Henri Pirenne

Mahoma y Carlomagno

Alianza Universidad

Mahoma
y Carlomagno

Alianza Universidad

Henri Pirenne

Mahoma y Carlomagno

Versión española de
Esther Benítez

Alianza
Editorial

Título original:
Mahomet et Charlemagne

Primera edición en "Alianza Universidad": 1978
Quinta reimpresión en "Alianza Universidad": 1993

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el art. 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte, sin la preceptiva autorización.

© 1970 Presses Universitaires de France
© ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1978, 1979, 1981, 1985, 1989, 1993
Calle Milán, 38; 28043 Madrid; telef. 300 00 45
ISBN: 84-206-2214-1
Depósito legal: M. 40.329 -1992
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

INDICE

Prefacio de Jacques PIRENNE 9
Advertencia de F. VERCAUTEREN 12

PRIMERA PARTE

EUROPA OCCIDENTAL ANTES DEL ISLAM

Capítulo I. Continuación de la civilización mediterránea en Occidente después de las invasiones germánicas 17

I. La «Romania» antes de los germanos 17
II. Las invasiones 20
III. Los germanos en la «Romania» 29
IV. Los Estados germánicos en Occidente 39
V. Justiniano (527-565) 52

Capítulo II. La situación económica y social tras las invasiones y la navegación mediterránea... 62

I. Las personas y las tierras 62
II. La navegación oriental. Sirios y judíos 66
III. El comercio interior... 79
IV. La moneda y la circulación monetaria... 88

Capítulo III. La vida intelectual después de las invasiones. 97

I. La tradición antigua... 97
II. La Iglesia... 101

III. El arte 106
IV. Carácter laico de la sociedad 111
Conclusión 114

Segunda parte

El Islam y los carolingios

Capítulo I. La expansión del Islam por el Mediterráneo ... 121

I. La invasión del Islam 121
II. El cierre del Mediterráneo occidental 134
III. Venecia y Bizancio 142

Capítulo II. El golpe de Estado carolingio y el cambio de orientación del papa 151

I. La decadencia merovingia 151
II. Los mayordomos de palacio carolingios 164
III. Italia, el papa y Bizancio. El cambio de orientación del papado 170
IV. El nuevo Imperio 181

Capítulo III. Los comienzos de la Edad Media... 190

I. La organización económica y social 190
II. La organización política... 213
III. La civilización intelectual 221
Conclusión 228

PREFACIO

Cuando mi padre cayó enfermo, el 28 de mayo de 1935 —el día de la muerte de su hijo mayor Henri-Edouard—, dejaba sobre su mesa las trescientas páginas del manuscrito que acababa de rematar, el 4 de mayo, de *Mahomet et Charlemagne.*

Era la coronación de sus últimos años de trabajo.

Siempre le había preocupado el problema del final de la Antigüedad y los comienzos de la Edad Media. Ya antes de la guerra ponía de relieve, en su curso de Historia medieval, los profundos rastros que habían dejado las instituciones del Bajo Imperio romano en las de la época franca. Pero al parecer la solución de ese problema capital se le presentó durante su cautiverio en Alemania, cuando, prisionero en el campo de Holzminden, organizó para los numerosos estudiantes rusos que compartían su suerte un curso de Historia económica de Europa. Y durante el confinamiento en el pueblo de Creuzburg, en Turingia, al redactar su *Histoire de l'Europe* (Historia de Europa), señala por vez primera la estrecha relación existente entre las conquistas del Islam y la formación de la Edad Media occidental.

La *Histoire de l'Europe,* inacabada, sólo se publicó después de su muerte [1]. Nadie conoció en su momento la tesis cuyo desarrollo aporta el presente volumen.

Sin embargo, mi padre jamás dejaría de escrutar ese problema, que fue la gran pasión científica de los últimos veinte años de su vida, acudiendo al estudio directo de las fuentes.

[1] Nouvelle Societé d'Edition, Bruselas, 1936.

En 1922, publicaba en la *Revue belge de philologie et d'histoire* un breve artículo titulado «Mahomet et Charlemagne», donde se afirmaba su tesis. La expuso a continuación en los Congresos internacionales de Historia de Bruselas, en 1923, y de Oslo, en 1928; fue el tema de un curso público enseñado en la Universidad de Bruselas en 1931-32, y de conferencias pronunciadas en las Universidades de Lille (1921), New York Columbia College (1922), Cambridge (1924), Montpellier (1929), Argel (1931), El Cairo (1934), así como en el Instituto histórico belga de Roma (1933).

Además, preparaba su obra a través de una serie de trabajos de detalle: «Un contraste économique: Mérovingiens et Carolingiens» (Un contraste económico: merovingios y carolingios) *(Revue belge de philologie et d'histoire,* II, 1923), «Le commerce du papyrus dans la Gaule mérovingienne» (El comercio del papiro en la Galia merovingia) *(Comptes rendus de l'Academie des Inscriptions et Belles-Lettres,* París, 1928), «L'instruction des marchands au Moyen Age» (La instrucción de los mercaderes en la Edad Media) *(Annales d'histoire économique et sociale,* I, 1929), «Le trésor des rois merovingiens» (El tesoro de los reyes merovingios) *(Festschrift til Halvdan Koht,* Oslo, 1933), «De l'état de l'instruction des laïques à l'époque mérovingienne» (Sobre la situación de la instrucción de los laicos en la época merovingia) *(Revue bénédictine,* 1934). Y en los primeros capítulos de sus *Villes du Moyen Age* (Ciudades de la Edad Media) (1927), hacía una exposición de su teoría, explicando mediante ella la evolución económica y social de los siglos que siguieron a la caída de Roma.

El volumen, cuya redacción finalizó mi padre el 4 de mayo de 1935, es, pues, el resultado de numerosos años de investigación. Pero aunque contiene todo el pensamiento de su autor, no hubiera sido, empero, entregado al público tal como lo publicamos hoy.

Mi padre tenía la costumbre de escribir dos veces todos sus libros. En la primera redacción, construía la obra sin la menor preocupación por la forma; hacía, en cierto sentido, las paredes maestras. Una segunda redacción, que no consistía en una simple corrección de la primera versión, sino en un texto realmente nuevo, imprimía a la obra la forma objetiva y voluntariamente reservada tras la cual le gustaba ocultar su propia personalidad y los sentimientos, que, en él, ocupaban un importante lugar.

Este primer bosquejo estaba escrito para sí mismo; urgido por las ideas que le interesaba exponer, solía ocurrirle que no construía enteramente su frase, que adoptaba así el aspecto de una especie de esquema, o bien la terminaba con un informe rasgo de la pluma que entenderán cuantos le hayan oído sacrificar a veces, al hablar, el final

de las frases, impaciente por proseguir con una idea que se anticipaba a su palabra.

Las referencias estaban indicadas sumariamente; a veces incluso mi padre se contentaba con remitir a una de sus fichas.

Ha sido preciso, pues, para presentar la obra al público, aportar ciertos retoques, los menos posibles, a la forma, completar las referencias, cotejar los textos citados.

Siempre que la redacción era completa, la he respetado escrupulosamente. Sólo me he permitido retocarla cuando se presentaba con un aspecto incompleto y, en tal caso, me he limitado, utilizando las notas de mi padre, a agregar las palabras indispensables para la comprensión.

El trabajo de establecer las referencias era más delicado. Mi madre y yo apelamos, para llevarlo a buen puerto, a uno de los discípulos más apreciados de mi padre, el señor F. Vercauteren, miembro del Fondo Nacional de la Investigación Científica y profesor de la Universidad colonial de Amberes. Los estudios a los cuales se ha consagrado han hecho de él uno de los expertos más eruditos en las fuentes y la literatura científica referente a la Alta Edad Media. Accedió solícito a nuestra demanda y consagró varios meses a cotejar todos los textos citados en el volumen, a comprobar y completar las referencias. Le expresamos aquí el testimonio de nuestro emocionado y cariñoso agradecimiento.

Tal como se presenta en el primer esbozo, la última obra escrita por mi padre encierra sus pensamientos más vivos, más atrevidos, más jóvenes, los que bullían en su cerebro en vísperas de su muerte. Con toda confianza los entregamos al público, dedicándoselos a todos aquellos que lo han querido y que, desde que ya no está entre nosotros, han tributado un unánime y magnífico homenaje no sólo a la obra, que remata la publicación de este trabajo, sino también al hombre, que sentirán sin duda revivir por entero en estas páginas, las últimas que escribió.

JACQUES PIRENNE

ADVERTENCIA

En el mes de enero de 1937, la señora de Pirenne y su hijo Jacques me rogaron que examinase el manuscrito de la obra póstuma de mi llorado maestro y que la revisara, con vistas a su publicación.

El texto ante el cual me encontré constituía una redacción integral, pero en esbozo. Además había sido retocado ligeramente, sólo desde el punto de vista de la forma, por Jacques Pirenne.

Importaba, ante todo, respetar fielmente el pensamiento de Henri Pirenne. Me prohibí, pues, cualquier cambio, cualquier supresión o adición capaz de modificar la tesis expuesta por el eminente historiador, aunque esta me pareciera, en algunos lugares, objeto de discusión. Se encontrará aquí, por tanto, una obra estrictamente personal de Henri Pirenne.

He tenido, empero, que comprobar la exactitud material de cierto número de hechos, fechas y citas de *Mahomet et Charlemagne*. Las notas y las remisiones bibliográficas, indispensables en un trabajo de esta naturaleza, sólo existían con frecuencia en estado embrionario; he creído oportuno redactarlas y desarrollarlas de acuerdo con las exigencias de la erudición contemporánea. E incluso en determinados casos he considerado que debía apoyar, añadiendo uno o varios textos, el punto de vista expuesto por mi eminente maestro.

Durante más de doce años tuve el insigne privilegio de trabajar bajo la dirección y con el apoyo de Henri Pirenne; creo poder afirmar que yo estaba al tanto de las ideas y teorías que profesaba

sobre la materia expuesta en la presente obra y que había sido objeto, por su parte, de diferentes trabajos preparatorios.

El destino no le permitió por desgracia ofrecer al público un libro *ad unguem;* por supuesto, no he tenido, de ninguna manera, la loca ambición de realizar ese pulido del que sólo él hubiera sido capaz, y al cual hubiera aportado tanto cuidado objetivo y conciencia erudita, cuanto ardor y entusiasmo había puesto al escribir la obra.

No olvido sobre todo que si se ha consentido en ver en mí algún título para proceder a este trabajo, se lo debo ante todo a Henri Pirenne, a su enseñanza y a su ejemplo. He creído que constituía para mí un piadoso deber permitir que el pensamiento del maestro nos aportara, incluso desde la tumba, el consuelo de su profunda ciencia, de su visión sintética y de su inmenso talento.

F. VERCAUTEREN

Primera Parte

EUROPA OCCIDENTAL ANTES DEL ISLAM

Capítulo 1
CONTINUACION DE LA CIVILIZACION MEDITERRANEA EN OCCIDENTE DESPUES DE LAS INVASIONES GERMANICAS

I.—La «Romania» antes de los germanos

De todos los caracteres de esa admirable construcción humana que fue el Imperio romano [1], el más sorprendente y también el más esencial es su carácter mediterráneo. Gracias a él, aunque griego en Oriente, latino en Occidente, su unidad se comunica al conjunto de las provincias. El mar, con toda la fuerza del término *Mare nostrum,* transmite ideas, religiones, mercancías [2]. Las provincias del Norte, Bélgica, Bretaña, Germania, Recia, Nórica, Panonia, no son sino fortificaciones avanzadas contra la barbarie. La vida se concentra a orillas del gran lago. Este es indispensable para el aprovisionamiento de Roma en trigos de Africa. Y es tanto más benéfico cuanto que la navegación por él resulta absolutamente segura, gracias a la desaparición secular de la piratería. Hacia él converge también, por las calzadas, el movimiento de todas las provincias. A medida que nos alejamos del mar, la civilización se enrarece progresivamente. La

[1] Es en el siglo IV cuando aparece la palabra *Romania* para designar a todos los países conquistados por Roma. Eug. ALBERTINI, *L'Empire romain,* en la colección «Peuples et civilisations», publicada bajo la dirección de L. HALPHEN y Ph. SAGNAC, t. IV, París, 1929, p. 388. Cfr. la recensión de A. GRENIER, de Holland ROSE, *The Mediterranean in the ancient world,* 2.ª ed., 1934, *Revue historique,* t. 173, 1934, p. 194.

[2] Fue el mar, sin duda, lo que impidió que la diarquía después de Teodosio engendrara dos imperios.

última gran ciudad del Norte es Lyon. Tréveris sólo debió su grandeza a su rango de capital momentánea. Todas las demás ciudades importantes, Cartago, Alejandría, Nápoles, Antioquía, están a orillas del mar o muy cerca de él.

Este carácter mediterráneo se afirma aún más a partir del siglo IV, pues Constantinopla, la nueva capital, es ante todo una ciudad marítima. Se opone a Roma, que es una mera consumidora, por su naturaleza de gran puerto franco, de fábrica, de gran base naval. Y su hegemonía es tanto mayor cuanto que Oriente es más activo: Siria es el punto de llegada de las vías que comunican el Imperio con la India y China; y se relaciona con el Norte por el mar Negro.

Occidente depende de ella para los objetos de lujo y las manufacturas.

El Imperio no conoce ni Asia, ni Africa, ni Europa. Aunque hay civilizaciones diversas, el fondo es el mismo en todas partes. Las mismas costumbres, los mismos hábitos, las mismas religiones en estas costas que, antaño, han conocido civilizaciones tan diferentes como la egipcia, la tiria, la púnica.

Donde se concentra la navegación es en Oriente [3]. Los sirios, o los así llamados, son los viajeros de los mares. Gracias a ellos el papiro, las especias, el marfil, los vinos de lujo se difunden hasta Bretaña. Las telas preciosas llegan de Egipto, igual que las hierbas para ascetas [4]. Por doquier hay colonias de sirios. Marsella es un puerto semigriego.

Al mismo tiempo que estos sirios, se encuentran judíos, dispersos, o mejor dicho agrupados, en todas las ciudades. Son marinos, corredores y banqueros cuya influencia ha sido tan esencial para la vida económica del tiempo como la influencia oriental que se descubre por esa misma época en el arte y las ideas religiosas. El ascetismo ha llegado de Oriente a Occidente por el mar, al igual que, antes de él, el culto de Mitra y el cristianismo.

Sin Ostia, Roma es incomprensible. Y si, por otra parte, Rávena se ha convertido en residencia de los emperadores *in partibus occidentis,* es a causa de la atracción de Constantinopla.

Gracias al Mediterráneo, el Imperio constituye, pues, del modo más evidente, una unidad económica. Es un gran territorio con peajes,

[3] Esta supremacía de Oriente, desde el siglo III (aunque ya antes), es puesta de relieve por BRATIANU en su artículo «La distribución del oro y las razones económicas de la división del Imperio romano», *Istros, Revue roumaine d'archéologie et d'histoire ancienne,* t. I, 1934, fasc. 2. Ve en ella el punto de partida de la separación entre Oriente y Occidente, que el Islam rematará. Cfr. también el estudio de PAULOVA sobre «El Islam y la civilización mediterránea», en los *Vestnik ceské Akademie (Memorias de la Academia checa),* Praga, 1934.

[4] P. PERDRIZET, «Scété et Landevenec», en *Mélanges N. Jorga,* París, 1933, página 745.

pero sin aduanas. Y se beneficia de la inmensa ventaja de la unidad monetaria, el sueldo de oro constantiniano, pieza de 4,55 gr. de oro fino, de curso en todas partes [5].

Es sabido que, a partir de Diocleciano, hubo una decadencia económica general. Pero parece seguro que el siglo IV conoció un resurgimiento y una circulación monetaria muy activa.

Para conseguir la seguridad en este Imperio rodeado por bárbaros, ha bastado, durante mucho tiempo, la presencia de las legiones en las fronteras: a lo largo del Sáhara, junto al Eúfrates, el Danubio, el Rin. Pero el agua se acumula detrás de la presa. En el siglo III, con ayuda de los disturbios civiles, se producen fisuras, y después brechas. Por todas partes hay una irrupción de francos, alamanes, godos que saquean la Galia, la Recia, la Panonia, la Tracia, y llegan incluso a España.

El escobazo de los emperadores ilirios rechaza todo eso y restablece la frontera. Pero por el lado de los germanos no basta ya el *limes,* es preciso ahora una resistencia a fondo. Se fortifican las ciudades del interior, esas ciudades que son los centros nerviosos del Imperio. Roma y Constantinopla se convierten en plazas fuertes modelos.

Ya no puede pensarse sólo en contener a los bárbaros. La población disminuye, el soldado se convierte en mercenario. Se necesitan bárbaros para el trabajo de los campos y para la tropa. Estos no piden nada mejor que ser reclutados al servicio de Roma. Así, el Imperio, en las fronteras, se germaniza por la sangre, pero no por lo demás, pues todo lo que penetra allí se romaniza [6]. Todos estos germanos que entran es para servir al Imperio disfrutando de él. Sienten por él el respeto de los bárbaros por lo civilizado. Apenas llegan adoptan su lengua, y también su religión, es decir, el cristianismo, a partir del siglo IV; y al cristianizarse, al perder sus dioses nacionales, al frecuentar las mismas iglesias, se confunden poco a poco con la población del Imperio.

Pronto todo el ejército estará compuesto por bárbaros y muchos de ellos, como el vándalo Estilicón, el godo Gaínas o el suevo Ricimero, harán carrera en él [7].

[5] ALBERTINI, *op. cit.*, p. 365.

[6] Sin embargo, en el 370 o el 375 (?), una ley de Valentiniano y Valente prohíbe los matrimonios entre *provintiales* y *gentiles*, bajo pena de muerte (*Código Teod.*, III, 14, 1). Cfr. F. LOT, *Les invasions germaniques*, París, 1935 (Bibl. hist.), p. 168.

[7] ALBERTINI, *op. cit.*, p. 412; F. LOT, PFISTER y GANSHOF, *Histoire du Moyen Age*, t. I, pp. 79-90, en la «Histoire générale», publicada bajo la dirección de G. GLOTZ. Ya bajo Teodosio, Arbogasto es *magister militum*. Cfr. LOT, *ibidem*, p. 22.

II.—Las invasiones

Durante el siglo V, como es sabido, el Imperio romano pierde sus zonas occidentales en beneficio de los bárbaros germánicos.

No era la primera vez que se había visto atacado por ellos. La amenaza era antigua y para contenerla se había establecido la frontera militar Rin-*limes*-Danubio. Había bastado para defender el Imperio hasta el siglo III; pero desde la primera gran oleada de bárbaros, había sido preciso renunciar a la gran confianza de antaño, adoptar una actitud defensiva, reforzar el ejército debilitando las unidades para conseguir mayor movilidad y constituirlo finalmente casi por entero con mercenarios bárbaros [8].

Gracias a esto, el Imperio siguió defendiéndose durante dos siglos.

¿Por qué cedió al final?

Tenía a su favor sus fortalezas, contra las cuales los bárbaros eran impotentes, sus calzadas estratégicas, la tradición de un arte militar varias veces secular, una consumada diplomacia que sabía dividir y comprar a los enemigos —éste fue uno de los aspectos esenciales de la resistencia— y la incapacidad de los agresores para entenderse entre sí. Tenía sobre todo a su favor el mar, al cual veremos el partido que supo sacarle hasta el establecimiento de los vándalos en Cartago.

Sé perfectamente que la diferencia de armamento entre el Imperio y los bárbaros no era lo que sería hoy, pero de todos modos la superioridad romana resultaba notoria contra gente sin intendencia, sin disciplina aprendida. Los bárbaros tenían, sin duda, la superioridad numérica, pero no sabían aprovisionarse: ¡recuérdense los visigodos muertos de hambre en Aquitania tras haber vivido del país, y Alarico en Italia!

Pero el Imperio tenía en contra —amén de la obligación de mantener ejércitos en sus fronteras de Africa y Asia cuando debía afrontar la amenaza en Europa— los disturbios civiles, los numerosos usurpadores que no vacilaban en entenderse con los bárbaros, las intrigas cortesanas que a un Estilicón oponían un Rufino, la pasividad de las poblaciones incapaces de resistencia, sin espíritu cívico, que despreciaban a los bárbaros, pero estaban dispuestas a soportar su yugo. No existía, pues, la ayuda, para la defensa, de la resistencia moral, ni entre las tropas ni en retaguardia. Felizmente, tampoco existían fuerzas morales en el lado del ataque. Nada animaba a los germanos contra el Imperio, ni motivos religiosos, ni odio racial, ni menos aún consideraciones políticas. En lugar de odiarlo, lo admira-

[8] ALBERTINI, *op. cit.*, p. 332.

ban. Todo lo que querían era establecerse allí y disfrutar de él. Y sus reyes aspiraban a las dignidades romanas. Nada similar al contraste que presentarían más adelante musulmanes y cristianos. Su paganismo no los excitaba contra los dioses romanos y no debía de excitarlos mucho más contra el Dios único. Ya a mediados del siglo IV un godo, Ulfilas, convertido en Bizancio al arrianismo, lo había llevado entre sus compatriotas del Dniéper, que a su vez lo introdujeron entre otros germanos, vándalos y burgundios [9]. Herejes sin saberlo, su cristianismo les acercaba, sin embargo, a los romanos.

Estos germanos orientales no carecían, por otra parte, de cierta iniciación a la civilización. Los godos, al bajar a orillas del mar Negro, habían entrado en contacto con la antigua cultura greco-oriental de los griegos y los sármatas de Crimea; allí aprendieron ese arte ornamental, esa orfebrería tornasolada que iban a difundir por Europa con el nombre de *Ars barbarica.*

El mar los había puesto en relaciones con el Bósforo, donde acababa de fundarse, en el 330, Constantinopla, la nueva gran ciudad, sobre el emplazamiento de la griega Bizancio (11 de mayo del 330) [10]. De ella, con Ulfilas, les había llegado el cristianismo, y es preciso admitir que seguramente Ulfilas no fue el único godo que se vio atraído por la brillante capital del Imperio. El curso natural de las cosas los destinaba a sufrir por el mar la influencia de Constantinopla, como, más adelante, la sufrirían los varegos.

Los bárbaros no se arrojaron espontáneamente sobre el Imperio. Les empujó la embestida de los hunos, que iba a determinar así toda la serie de invasiones. Por primera vez Europa experimentaría, a través del inmenso portillo de la llanura sármata, la repercusión de los choques de poblaciones en Extremo Oriente.

La llegada de los hunos lanzó a los godos sobre el Imperio. Parece que su manera de combatir, quizá su aspecto, su nomadismo, tan terrible para los sedentarios, les hicieron invencibles [11].

Los ostrogodos derrotados fueron rechazados hacia Panonia, y los visigodos huyeron al Danubio. Era en el 376, en otoño. Hubo que dejarlos pasar. ¿Cuántos eran? [12]. Imposible precisarlo. L. Schmidt supone que unas 40.000 almas, de las que 8.000 eran guerreros [13].

Franquearon la frontera con sus duques, como un pueblo, con el

[9] L. HALPHEN, *Les Barbares,* en «Peuples et civilisations», t. V, 1926, p. 74.
[10] ALBERTINI, *op. cit.*, p. 359.
[11] Sobre el nomadismo, véanse las excelentes observaciones de E.-F. GAUTIER, *Genséric, roi des Vandales*, París, 1932, *in fine.*
[12] F. DAHN, *Die Könige der Germanen*, t. VI, 1871, p. 50.
[13] L. SCHMIDT, *Geschichte der deutschen Stämme bis zum Ausgang der Völkerwanderung. Die Ostgermanen,* 2.ª ed., Munich, 1934, pp. 400-403.

consentimiento del emperador, que los reconoció como federados obligados a proporcionar reclutas al ejército romano.

Se trata de un hecho nuevo de suma importancia. Con ellos, entra en el Imperio un cuerpo extraño. Conservan su derecho nacional. No se les divide, sino que se les deja en grupos compactos. Es una operación chapucera. No se les han asignado tierras e, instalados en malas montañas, se rebelan al año siguiente (377). Lo que ansían es el Mediterráneo, hacia el cual afluyen.

El 9 de agosto del 378, en Andrinópolis, el emperador Valente, derrotado, muere en la batalla. Toda Tracia es saqueada, salvo las ciudades que los bárbaros no pueden tomar. Llegan hasta Constantinopla, que les ofrece resistencia, como resistirá más adelante a los árabes.

Sin ella, los germanos podían instalarse a orillas del mar y tocar así el punto vital del Imperio. Pero Teodosio los aleja de allí. En el 382, los establece en Mesia tras haberlos vencido. Pero continúan formando un pueblo. Durante la guerra han reemplazado, sin duda por motivos militares, a sus duques por un rey: Alarico. Nada más natural que éste desee extenderse y arriesgarse a la toma de Constantinopla, que le fascina. No hay que ver en ello, como hace L. Schmidt, dando crédito a Isidoro de Sevilla (!) [14], una tentativa de constituir en Oriente un reino nacional germánico. Aunque su número debió de aumentar considerablemente con llegadas del otro lado del Danubio, el carácter germánico de los godos se ha debilitado ya mucho con la gran cantidad de esclavos y aventureros que se han sumado a ellos.

El Imperio no ha tomado la menor precaución contra ellos, salvo sin duda la ley de Valentiniano y Valente, del 370 o del 375, que prohibía, bajo pena de muerte, los matrimonios entre romanos y bárbaros. Aunque, al impedir así su asimilación por la población romana, se les mantuvo en la situación de un cuerpo extraño dentro del Imperio y se contribuyó probablemente a lanzarlos a nuevas aventuras.

Al encontrar ante sí el campo libre, los godos saquean Grecia, Atenas, el Peloponeso. Estilicón, por mar, acude a combatirlos y los desvía hacia el Epiro. Sin embargo, se quedan en el Imperio y Arcadio les autoriza a instalarse, siempre como federados, en Iliria; esperando sin duda someterlos así a la autoridad del emperador, honra a Alarico con el título de *Magister militum per Illyricum* [15]. Por lo menos, los godos han quedado apartados de Constantinopla. Pero al encontrarse próximos a Italia, que todavía no ha sido asolada, se

[14] L. Schmidt, *op. cit.*, p. 426.
[15] L. Halphen, *op. cit.*, p. 16.

lanzan sobre ella en el 401. Estilicón los derrota en Pollenza y Verona y les hace retroceder en el 402. Según L. Schmidt, Alarico había invadido Italia para realizar sus «planes universales». Supone Schmidt, pues, que con los 100.000 hombres que le atribuye a Alarico, éste habría tenido la idea de sustituir el Imperio romano por un Imperio germánico.

En realidad es un caudillo que busca su propio provecho. Su carencia de convicciones es tal que se pone al servicio de Estilicón por 4.000 libras de oro, para actuar contra el mismo Arcadio con el cual ha pactado.

El asesinato de Estilicón viene muy a punto para sus planes. Con su ejército engrosado por gran parte de las tropas de aquél, vuelve a tomar en el 408 el camino de Italia [16]. Ya en Alarico, el bárbaro se transmuta en un intrigante militar romano. En el 409, como Honorio se niega a tratar con él, hace proclamar emperador al senador Prisco Atalo [17], que le eleva al grado superior de *Magister utriusque militiae praesentialis*. Después, para acercarse a Honorio, Alarico traiciona a su criatura. Pero Honorio no quiere convertirse en un segundo Atalo. Entonces Alarico saquea Roma, de la que se apodera por sorpresa y que sólo abandona llevándose consigo a Gala Placidia, hermana del emperador. ¿Va a volverse, sin duda, a partir de entonces contra Rávena? Al contrario. Se lanza hacia el Sur de Italia, todavía por saquear, contando con pasar desde allí a Africa, el granero de Roma y la más próspera de las provincias occidentales. Se sigue tratando de una marcha de pillajes para sobrevivir. Alarico no llegaría a Africa: murió a finales del año 410. Su entierro, en el Busento, fue el de un héroe de epopeya [18].

Su cuñado Ataúlfo, que le sucede, reanuda la marcha hacia el Norte. Tras unos meses de pillaje, marcha hacia la Galia, donde el usurpador Jovino acaba de tomar el poder. Necesita a toda costa un título romano. Ataúlfo, reñido con Jovino —que será asesinado en el 413 [19]—, rechazado por Honorio, que sigue inquebrantable, se casa en el 414 en Narbona con la hermosa Placidia, que lo convierte en cuñado del emperador. Entonces es cuando habría pronunciado

[16] Alarico desearía detenerse, pero no puede hacerlo; necesitaría la autorización del emperador, y éste se guarda de dejar a los bárbaros disponer de Italia, lo mismo que en Oriente no les ha permitido disponer de Tracia.

[17] F. Lot, Pfister y Ganshof, *Histoire du Moyen Age* (col. Glotz), t. I, página 35.

[18] V. C. Dawson, *The Making of Europe* (Nueva York, 1932), trad. francesa *Les origines de l'Europe* (París, 1934), p. 110.

[19] F. Lot, Pfister y Ganshof, *Histoire du Moyen Age* (col. Glotz), t. I, página 43.

la famosa frase recogida por Orosio [20]: «Primero deseé con ardor borrar el nombre de los romanos y cambiar el Imperio romano en Imperio gótico. La Romania, como vulgarmente se dice, se convertiría en Gotia; Ataúlfo hubiera reemplazado a César Augusto. Pero una prolongada experiencia me ha enseñado que la barbarie desenfrenada de los godos era incompatible con las leyes. Ahora bien, sin leyes no hay Estado *(respublica)*. He tomado, pues, el partido de aspirar a la gloria de restaurar en su integridad y de acrecentar el nombre romano gracias a la fuerza gótica. Espero pasar a la posteridad como el restaurador de Roma, puesto que me resulta imposible suplantarla» [21].

Era una aproximación a Honorio. Pero el emperador, inquebrantable, se niega a tratar con un germano que, desde Narbona, puede pretender dominar el mar.

Ataúlfo, entonces, incapaz de conferirse a sí mismo la dignidad imperial, vuelve a nombrar a Atalo emperador de Occidente, para reconstruir el Imperio con él.

Sin embargo, el infeliz se ve obligado a proseguir sus incursiones, pues se muere de hambre. Como Honorio ha ordenado bloquear la costa, pasa a España, dirigiéndose quizás a Africa, y allí muere asesinado en el 415 por uno de los suyos, recomendando a su hermano Walia que permanezca fiel a Roma.

Walia, hambriento también en España a causa del bloqueo de los puertos, intenta pasar a Africa, pero es rechazado por una tempestad. Occidente se encuentra, en ese momento, en una situación desesperada. En el 406, los hunos, que siguen avanzando, han empujado ante sí, esta vez al otro lado del Rin, a los vándalos, los alanos, los suevos y los burgundios que, arrollando a francos y alamanes, habían descendido a través de la Galia hasta el Mediterráneo, y llegaban a España. Para resistirles, el emperador apela a Walia. Empujado por la necesidad, éste acepta. Y, habiendo recibido de Roma 600.000

[20] OROSIO, *Adversus Paganos,* VII, 43, ed. K. Zangemeister, 1882, p. 560. L. SCHMIDT, *op. cit.*, p. 453, atribuye a Ataúlfo la idea de una *antirömische, nationalgotische Politik*. E. STEIN, *Geschichte des Spätrömischen Reiches*, t. I, 1928, p. 403, no dice una palabra de eso; pero observa que Ataúlfo imprime, después de su boda, un aire *Römerfreundlich* a su política.

[21] F. LOT, PFISTER y GANSHOF, *Histoire du Moyen Age*, t. I, p. 44. Seguramente L. Schmidt basa su tesis del «germanismo» de Ataúlfo en esta célebre frase. Pero si Ataúlfo ha pensado en sustituir el Imperio por un Estado «gótico», no dice «un estado de espíritu germánico»; de hecho, hubiera sido un Imperio romano cuyo gobierno habrían ejercido él y los godos. Si no lo hizo, se debió a que comprendió que los godos eran incapaces de obedecer a las leyes, lo cual significa a las leyes romanas. Ahora quiere poner la fuerza de su pueblo al servicio del Imperio, lo que prueba cuán ajeno está a la idea de destruir la *Romania*.

medidas de trigo [22], se vuelve contra la oleada de los bárbaros que, como sus visigodos, intentaban abrirse paso hacia Africa.

En el 418, el emperador autorizaba a los visigodos a establecerse en Aquitania Segunda, reconociéndole a Walia, como antaño a Alarico, el título de federado.

Establecidos entre el Loira y el Garona, a orillas del Atlántico, alejados del Mediterráneo, al que ya no amenazan, los godos obtienen por fin las tierras que no habían cesado de reclamar [23].

Esta vez se les trata como a un ejército romano y se aplican las reglas del alojamiento militar [24]. Pero ya a título permanente. Helos aquí, pues, fijados al suelo y diseminados entre los romanos. Su rey no reina sobre los romanos. Es sólo rey de su pueblo, *rex Gothorum,* al mismo tiempo que es su general; no es *rex Aquitaniae.* Los godos están acampados entre los romanos y unidos entre sí por la identidad del rey. Por encima subsiste el emperador, y para la población romana este rey germano no es sino un general de mercenarios al servicio del Imperio. El asentamiento de los godos fue considerado por la población como una prueba del poderío romano.

En el año 417, Rutilio Namaciano ensalza aún la eternidad de Roma [25].

El reconocimiento de los visigodos como «federados de Roma», su instalación legal en Aquitania, no iban empero a conducir a una pacificación. Veinte años más tarde, después de que Estilicón hubiera llamado a las legiones de la Galia para defender Italia, y cuando Genserico había logrado conquistar Africa, los visigodos se lanzan sobre Narbona (437), derrotan a los romanos en Toulouse (439), y esta vez obtienen un tratado que, probablemente, los reconoció como independientes, y no ya como federados [26].

El hecho esencial que determinó este derrumbamiento del poderío imperial en la Galia fue el paso de los vándalos a Africa bajo Genserico.

Realizando lo que los godos no habían podido hacer, Genserico

[22] E. STEIN, *op. cit.*, p. 404.

[23] Al principio se acantona a los federados en malas provincias: los visigodos, en Mesia, y más adelante, en Aquitania Segunda; los burgundios, en Saboya; los ostrogodos, en Panonia. Es comprensible que hayan querido salir de ellas.

[24] Según H. BRUNNER, *Deutsche Rechtsgeschichte* (Leipzig, 2.ª ed., 1906), tomo I, p. 67, la aplicación de las reglas de la *tertia* a los godos sería posterior en fecha.

Sobre el reglamento de distribución, véase E. STEIN, *op. cit.*, p. 406.

[25] F. LOT, PFISTER y GANSHOF, *Histoire du Moyen Age*, t. I, p. 51, hacen constar que en el 423, cuando muere Honorio, el Imperio ha restablecido su autoridad en Africa, Italia, la Galia, España.

[26] E. STEIN, *op. cit.*, p. 482.

logró, en el 427, gracias a los navíos de Cartagena, pasar el estrecho de Gibraltar y desembarcar en la costa africana 50.000 hombres. Para el Imperio fue el golpe decisivo. Es la misma alma de la República la que desaparece, dice Salviano. Cuando Genserico toma en el 439 Cartago, o sea la gran base naval de Occidente, y poco después Cerdeña, Córcega y las Baleares, la situación del Imperio en Occidente queda quebrantada a fondo. Ha perdido ese Mediterráneo que había sido hasta entonces el gran instrumento de su resistencia.

El aprovisionamiento de Roma peligra, igual que el avituallamiento del ejército, y éste será el punto de partida del levantamiento de Odoacro. El mar está en poder de los bárbaros. En el 441, el emperador envía contra ellos una expedición que esta vez fracasa, pues las fuerzas que actúan están igualadas, y los vándalos luchan sin duda contra la flota de Bizancio con la de Cartagena. Valentiniano no puede sino reconocer su establecimiento en las partes más ricas de Africa, en Cartago, en Bizacena y en Numidia (442)[27].

Se ha considerado a Genserico como un hombre genial. Lo que explica su gran papel es, sin duda, la posición que ocupa. Ha tenido éxito donde Alarico y Walia habían fracasado. Posee la provincia más próspera del Imperio. Vive en la abundancia. Está instalado y desde el gran puerto que domina puede entregarse a partir de entonces a una fructífera piratería. Amenaza tanto a Oriente como a Occidente, y se siente lo bastante temible como para desafiar al Imperio cuyos títulos no ambiciona.

Lo que explica la inacción del Imperio ante él durante varios años después de la tregua del 442, son los hunos.

En el 447, desde las llanuras del Tisza, Atila saquea Mesia y Tracia hasta las Termópilas. Después se vuelve contra la Galia, cruza el Rin en la primavera del 451 y lo devasta todo hasta el Loira.

Aecio, apoyado por los germanos, los francos, los burgundios y los visigodos[28], que actúan como buenos federados, lo detiene en las cercanías de Troyes. El arte militar romano y el valor germánico han colaborado. Teodorico I, rey de los visigodos, poniendo en práctica la frase de Walia sobre la gloria de restaurar el Imperio, cae en la batalla. La muerte de Atila en el 453 arruina su efímera obra y libera Occidente del peligro mogol. El Imperio entonces se vuelve hacia Genserico. Este se da cuenta del peligro y toma la delantera.

En el 455 aprovecha el asesinato de Valentiniano para negarse a reconocer a Máximo. Entra en Roma el 2 de junio del 455 y saquea la ciudad[29].

[27] F. Lot, Pfister y Ganshof, *Histoire du Moyen Age*, t. I, p. 63.
[28] L. Halphen, *op. cit.*, p. 32.
[29] E. Gautier, *Genséric*, pp. 233-235.

Pero se trata sólo de una tregua.

Alegando idéntico pretexto, Teodorico II, rey de los visigodos (453-466), rompe con el Imperio, favorece la elección del emperador galo Avito, hace que éste le envíe contra los suevos, a España, e inmediatamente emprende su marcha hacia el Mediterráneo. Vencido y hecho prisionero por Ricimero, Avito se hace obispo [30], pero esto no interrumpe la campaña de los visigodos. Los burgundios, por su parte, que tras haber sido vencidos por Aecio se habían establecido como federados en Saboya en el 443 [31], se apoderan de Lyon (457).

Mayoriano, que acaba de subir al trono, se enfrenta con el peligro. Recupera Lyon en el 458, y después, acudiendo a lo más urgente, se vuelve contra Genserico. Para combatirlo, cruza en el 460 los Pirineos con el fin de llegar a Africa por Gibraltar, pero muere asesinado en España (461).

Pronto Lyon vuelve a caer en manos de los burgundios que se extienden por todo el valle del Ródano hasta los límites de Provenza.

Por su parte, Teodorico II reanuda sus conquistas. Tras haber fracasado ante Arlés, cuya resistencia salva a Provenza, se apodera de Narbona (462). Después de él, Eurico (466-484) ataca a los suevos de España, los rechaza a Galicia y conquista la Península. Una falsa tregua y unos brulotes acabaron con él ante el cabo Bon. La partida, desde ese momento, está perdida.

Para resistir, es preciso que el Imperio recobre el dominio del mar cueste lo que cueste. El emperador León, en el 468, prepara una gran expedición contra Africa. Al parecer gastó nueve millones de *solidi* y equipó 1.100 navíos.

En Rávena, el emperador Antemio está paralizado por el *magister militum,* Ricimero. Lo único que puede hacer es retrasar mediante negociaciones (pues ya no tiene una flota) la ocupación de la Provenza amenazada por Eurico. Este es ya dueño de España y de la Galia, que ha conquistado hasta el Loira (en el 469).

La caída de Rómulo Augústulo entregará Provenza a los visigodos (476); a partir de entonces todo el Mediterráneo occidental se ha perdido.

En suma, nos preguntamos cómo ha podido durar tanto el Imperio y no podemos dejar de admirar su obstinación en resistir los gol-

[30] A. COVILLE, *Recherches sur l'histoire de Lyon du Ve siècle au IXe siècle (450-800)*, París, 1928, p. 121.

[31] Su establecimiento en Saboya se hace según el principio de la *tertia.* Como observa BRUNNER, *op. cit.*, t. I, 2.ª ed., pp. 65-66, se trata de vencidos. Este tipo de establecimiento, extendido a los visigodos y los ostrogodos, es, pues, de origen romano.

pes de la fortuna. Un Mayoriano, que arrebata Lyon a los burgundios y marcha sobre Genserico a través de España, es también digno de admiración. Para defenderse, el Imperio sólo cuenta con federados que no cesan de traicionarlo, como los visigodos y los burgundios, y con tropas de mercenarios cuya fidelidad no soporta los reveses y a los que la posesión de Africa y las islas por los vándalos impide avituallar bien.

Oriente, amenazado a lo largo del Danubio, no puede hacer nada. Su único esfuerzo se dirige contra Genserico. Seguramente, si los bárbaros hubieran querido destruir el Imperio, no tenían más que entenderse para lograrlo [32]. Pero no querían hacerlo.

Después de Mayoriano († 461), en Rávena no hay sino emperadores borrosos que viven a merced de los jefes militares bárbaros y de sus tropas de suevos: Ricimero († 472), el burgundio Gundobado, que, al regresar a la Galia para convertirse en rey de su pueblo, es sustituido por Orestes, de origen huno, el cual depone a Julio Nepote y entrega el trono a su propio hijo, Rómulo Augústulo.

Pero Orestes, que niega tierras a los soldados [33], es asesinado y las tropas proclaman rey al general Odoacro [34]. Este sólo tiene frente a sí a Rómulo Augústulo, hechura de Orestes, a quien envía a la ciudad de Lúculo en el cabo Miseno (476).

Zenón, emperador de Oriente, a falta de otra cosa reconoce como patricio a Odoacro. En realidad, nada ha cambiado. Odoacro es un funcionario imperial.

En el 488, para desviar a los ostrogodos de Panonia, donde se muestran amenazadores [35], Zenón los lanza sobre Italia para reconquistarla, empleando a germanos contra germanos, tras haber otorgado a su rey Teodorico el título de patricio. Y entonces es Verona, en el 489; después el Adda, en el 490, y por último, en el 493, la toma de Rávena y el asesinato de Odoacro. Teodorico, con autorización de Zenón, asume el gobierno de Italia mientras sigue siendo rey de su pueblo, que se asienta siguiendo el principio de la *tertia*.

[32] L. HALPHEN, *op. cit.*, p. 35, habla erróneamente de los esfuerzos «metódicos» de los bárbaros.

[33] L. SCHMIDT, *op. cit.*, p. 317. A causa de que los almacenes imperiales no pueden aprovisionarlos. ¡Siempre el Mediterráneo! Ellos querían que se les instalase, al tiempo que seguían siendo soldados romanos.

[34] El 23 de agosto del 476, Odoacro manda no a un pueblo, sino a todo tipo de soldados. Es rey, pero no nacional. Se adueña del poder gracias a un pronunciamiento militar. Odoacro devuelve a Constantinopla las insignias imperiales; no las toma para sí.

[35] L. HALPHEN, *op. cit.*, p. 45. Aunque se hayan establecido en ella como federados después de la muerte de Atila, habían amenazado Constantinopla (*ibidem*, p. 46).

Se acabó, ya no habrá más emperadores en Occidente (salvo un momento, en el siglo VI) antes de Carlomagno. En realidad todo Occidente es un mosaico de reinos bárbaros: ostrogodos en Italia, vándalos en Africa, suevos en Galicia, visigodos en España y al sur del Loira, burgundios en el valle del Ródano. Al norte de la Galia, lo que aún seguía siendo romano bajo Siagrio es conquistado en el 486 por Clodoveo, que aplasta a los alamanes en el valle del Rin y rechaza a los visigodos a España. Por último, en Bretaña se han instalado los anglosajones. Así, a comienzos del siglo VI ya no queda una pulgada de tierra en Occidente que obedezca al emperador. La catástrofe parece enorme a primera vista, tan enorme que se fecha a partir de la caída de Rómulo como un segundo acto del mundo. Sin embargo, examinada más de cerca, parece menos importante.

El emperador no ha desaparecido de derecho. No ha cedido nada de su soberanía. La vieja ficción de los federados continúa. Y los propios recién llegados reconocen su primacía.

Los únicos que la ignoran son los anglosajones. Para los demás, el emperador sigue siendo un soberano eminente. Teodorico gobierna en su nombre. El rey burgundio Segismundo le escribe en 516-518: *Vester quidem est populus meus* [36]. Clodoveo se gloría de recibir el título de cónsul [37]. Nadie se atreve a emplear el título de emperador [38]. Para eso habrá que esperar a Carlomagno. Constantinopla sigue siendo la capital de ese conjunto. Los reyes visigodos, ostrogodos y vándalos la toman por árbitro de sus querellas. El Imperio subsiste de derecho gracias a una especie de presencia mística; en realidad —y esto es mucho más importante— sobrevive la *Romania*.

III.—Los germanos en la «Romania»

En realidad, lo que la *Romania* ha perdido es poca cosa. Una franja fronteriza al norte y Gran Bretaña, donde los anglosajones han sustituido a los bretones, más o menos romanizados, parte de los cuales emigra a Bretaña. La partida perdida en el norte [39] puede evaluarse comparando la antigua línea *limes*-Rin-Danubio con la actual frontera

[36] *Lettres de Saint-Avit*, ed. Peiper, M. G. H. SS. Antiq., t. VI² p. 100.

[37] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, II, 38.

[38] Ni siquiera Odoacro se atrevió a ello. Y eso prueba que resulta inexacto creer, como Schmidt, que Alarico y Walia habrían querido sustituir el Imperio romano por un imperio germánico. Todos los que tuvieron fuerza, Ricimero, etc., hicieron nombrar emperadores a fantoches romanos. Odoacro es el primero que renunció a ello para reconocer al emperador de Constantinopla.

[39] F. LOT, *Les invasions*, p. 128, la estima para la Galia en 1/7. Y es preciso observar que no incluye ninguna región esencial.

lingüística entre la lengua germánica y la lengua romance. Allí hubo un deslizamiento de la Germania sobre el Imperio. Colonia, Maguncia, Tréveris, Ratisbona, Viena, son hoy ciudades alemanas y los *extremi hominum* están en tierras flamencas [40]. La población romanizada no desapareció de repente, sin duda. Aunque parece haberse borrado del todo en Tongres, en Tournai o en Arrás, en cambio subsisten cristianos, esto es romanos, en Colonia y en Tréveris, aunque los que perduraron se germanizaron poco a poco. Los *Romani* a los que apunta la Ley Sálica atestiguan la presencia de esos supervivientes y la *Vita Sancti Severini* permite sorprender, en la Nórica, una situación intermedia [41]. Se sabe, además, que los romanos se mantuvieron mucho tiempo en las montañas del Tirol y de Baviera [42]. Aquí hubo, pues, colonización, sustitución de una población por otra, germanización. El asentamiento masivo de los germanos occidentales en sus propias fronteras contrasta extrañamente con las formidables migraciones que llevaron a los godos del Dniéper a Italia y a España, a los burgundios del Elba al Rin, a los vándalos del Tisza a Africa. Los primeros se limitaron a cruzar el río donde César los había colocado. ¿Se trata de una cuestión racial? No lo creo en absoluto. Los francos, en el siglo III, habían avanzado mucho hacia los Pirineos y los sajones invadieron Inglaterra.

Creo, más bien, que lo explica la situación geográfica. Al instalarse en las fronteras del Imperio, no amenazaban directamente Constantinopla, Rávena, Africa, los puntos vitales del Imperio. Se pudo, pues, permitirles que se establecieran en el suelo, que se fijaran en él, lo cual negaron siempre los emperadores a los germanos occidentales antes del acantonamiento de los visigodos en Aquitania. Para mantenerlos en las fronteras, Juliano realizó expediciones contra francos y alamanes; la población romana retrocede ante ellos, no se han instalado, como las tropas mercenarias, según el sistema de la *tertia,* sino que colonizan lentamente el país ocupado, se fijan al suelo, como un pueblo que se enraíza. Por eso en el 406, cuando las legiones fueron retiradas, se dejaron detener por los pequeños puestos y los *castella* de la frontera romana de la línea Bavay-Courtrai-Boulogne y Bavay-Tongres [43]. Se limitaron a avanzar muy lentamente hacia el Sur, para apoderarse de Tournai en el 446. No constituyen un ejército conquistador, sino un pueblo en movimiento que se instala poco

[40] A. Demangeon y L. Fèbvre, *Le Rhin. Problèmes d'histoire et d'économie*, París, 1935, pp. 50 y ss.

[41] Ed. H. Sauppe, M. G. H. SS. Antiq., t. I², 1877.

[42] Sobre los vestigios romanos en Alsacia, Suiza, Baviera, véase Lot, *Les invasions*, pp. 217 y 220.

[43] G. des Marez, *Le problème de la colonisation franque et du régime agraire dans la Basse-Belgique*, Bruselas, 1926, p. 25.

a poco en las tierras fértiles que se le ofrecen. Es decir, no se mezclan con la población galorromana que progresivamente les va cediendo su lugar; esto explica que conserven lo que se podría denominar espíritu germánico, sus costumbres, sus tradiciones épicas. Importan su religión y su lengua, dan a las localidades del país nombres nuevos. Los vocablos germánicos en *ze(e)le,* en *inghem,* recuerdan los nombres de las familias de los primeros colonos.

Al sur del territorio que anegan por entero, se infiltran más lentamente, creando así una zona de población mixta que correspondería más o menos a la Bélgica valona, al norte de Francia, a Lorena; allí, los topónimos atestiguan en muchos lugares la presencia de una población germánica que más adelante se romanizaría [44].

Esta infiltración ha podido avanzar hasta el Sena [45].

Pero, en resumen, la germanización sólo se ha producido masivamente en los lugares donde la lengua se ha conservado. La *Romania* sólo ha desaparecido en las últimas conquistas de Roma, a lo largo de la fortificación avanzada que protegía el Mediterráneo: las dos Germanias, una parte de las Bélgicas, Recia, Nórica y Panonia.

Aparte esto, la *Romania* se ha conservado intacta y no podía ser de otra manera. El Imperio romano siguió siendo romano al igual que los Estados Unidos de América, a pesar de la inmigración, siguen siendo anglosajones.

Los recién llegados no eran en efecto sino una ínfima minoría. Sería preciso poder dar cifras para permitir cierta precisión científica. Pero no tenemos ningún documento que nos permita hacerlo. ¿Cuál era la población del Imperio [46]? ¿70 millones de habitantes? No parece que pueda atenderse a C. Jullian, que atribuye a la Galia una población de 40 a 20 millones de almas [47]. Resulta imposible precisar. Lo único evidente es que los germanos desaparecerían en la masa.

Dahn [48] estima que los visigodos, admitidos en el Imperio por

[44] Son los nombres en *baix, stain (stein),* etc. Cfr. F. Lot, «Del origen y la significación histórica y lingüística de los topónimos en *-ville* y en *-court*», *Romania,* t. LIX (1933), pp. 190 y ss. Véanse también las observaciones de M. Bloch en los *Annales d'histoire économique et sociale,* 1934, pp. 254-260, y de J. Vannérus, en la *Revue belge de philologie et d'histoire,* t. XIV, 1935, páginas 541 y ss. G. Kurth, en sus *Etudes franques,* t. I, p. 262, no nota casi nombres francos en Turena.

[45] Gamillscheg, *Romania Germanica,* t. I, 1934, p. 46: *Das Land zwischen Seine und Loire ist fränkisches Kulturgebiet, aber nicht mehr Siedlungsgebiet.*

[46] E. Stein, *op. cit.,* p. 3, dice que 50 millones a finales del siglo III.

[47] C. Jullian, *Histoire de la Gaule,* t. V, p. 27, estima en 40 millones la población de la Galia en el siglo II; admite que en el siglo IV esa cifra había disminuido a la mitad *(ibid.,* t. VII, p. 29).

[48] Dahn, *Die Könige der Germanen,* t. VI, p. 50.

Valente, contarían con un millón de habitantes; según Eutropio, y basándose en las cifras dadas para la batalla de Andrinópolis, L. Schmidt admite 8.000 guerreros y 40.000 almas en total [49]. Es cierto que a continuación debieron de engrosarse con germanos, con esclavos, con mercenarios, etc. Schmidt admite que cuando Walia entró en España (416), los visigodos eran 100.000.

Gautier [50] evalúa las tribus reunidas de vándalos y alanos, hombres, mujeres, viejos, niños, esclavos, cuando franquearon el estrecho de Gibraltar, en un número de 80.000. La cifra la da Víctor Vitense: *Transiens quantitas universa* [51]. Gautier [52] la considera exacta porque fue fácil evaluar la capacidad de la flota [53]. Por otra parte admite [54], con bastante verosimilitud, que el Africa romana pudo contar con una población igual a la de hoy; tendría, pues, de 7 a 8 millones de habitantes, es decir, la población romana habría sido cien veces más numerosa que las bandas de invasores vándalos.

Resulta difícil admitir que los visigodos hayan sido mucho más numerosos en su reino, que se extendía del Loira a Gibraltar, lo cual puede hacer verosímil la cifra de 100.000 dada por Schmidt.

Los burgundios [55] no parecen haber contado con mucho más de 25.000 almas, de las que 5.000 eran guerreros.

En el siglo v, según Doren [56], la población total de Italia se estima en 5 ó 6 millones. Pero no se sabe con certeza. En cuanto al número de ostrogodos, Schmidt [57] lo evalúa en 100.000 almas, con 20.000 guerreros [58].

[49] L. Schmidt, *op. cit.*, p. 403.

[50] E. Gautier, *Genséric*, p. 97.

[51] *Historia persecutionis Africanae provinciae*, I, 1, ed. Halm, M. G. H. SS. Antiq., t. III[1], p. 2.

[52] *Op. cit.*, p. 138.

[53] E. Stein, *Gesch. des Spät. Röm. Reiches*, t. I, 1928, p. 477, admite también esa cifra.

[54] E. Gautier, *Genséric*, p. 141.

[55] L. Schmidt, *op. cit.*, p. 168. En el 406 estaban establecidos en Germania. Cfr. a este respecto la reciente teoría expuesta por H. Grégoire, «La patria de los Nibelungos», *Byzantion*, t. IX, 1934, pp. 1-40, y las objeciones formuladas por M. F. Ganshof en la *Revue belge de philologie et d'histoire*, t. XIV, páginas 195-210. Su rey Gundachar, que pretendía extenderse por Bélgica, fue derrotado en 435-436 por Aecio. En el 443, Aecio traslada a los que quedan a *Sapaudia*. Cfr. Lot, Pfister y Ganshof, *Histoire du Moyen Age*, t. I, páginas 58-59. Coville, *op. cit.*, pp. 153 y ss., llega a 263.700 cabezas mediante combinaciones arbitrarias.

[56] Doren, *Italienische Wirtschaftsgeschichte* (col. Brodnitz), t. I, 1934, p. 29.

[57] L. Schmidt, *op. cit.*, p. 293.

[58] Para L. Hartmann, *Das Italienische Königreich*, t. I, p. 72 (en *Geschichte Italiens im Mittelalter*, t. I), que sigue a Dahn, Teodorico debió de haber guiado a cientos de miles de hombres.

Todo esto son meras conjeturas. Sin duda se calculará por encima de la verdad si, para las provincias occidentales fuera del *limes*, se estima la aportación germánica en un 5 por 100 de la población.

A decir verdad, una minoría puede transformar un pueblo cuando quiere dominarlo efectivamente, cuando sólo siente desprecio por él, y lo considera como una materia que hay que explotar; fue el caso de los normandos en Inglaterra, de los musulmanes dondequiera que aparecieron, e incluso de los romanos en las provincias conquistadas. Pero los germanos no querían destruir ni explotar el Imperio. En lugar de despreciarlo, lo admiraban. No tenían nada que oponerle en cuanto a fuerzas morales. Su período heroico cesó con su instalación. Los grandes recuerdos poéticos que iban a perdurar [59], como los Nibelungos, sólo se desarrollaron más adelante en Germania. Así, los invasores triunfantes conceden en todas partes a los provinciales una situación jurídica igual a la propia. Tenían que aprender del Imperio en todos los terrenos, ¿cómo iban a resistirse al ambiente?

Todavía, ¡si formaran grupos compactos! Pero, salvo en el caso de los vándalos, se encuentran diseminados por la «hospitalidad» entre los romanos. La distribución de las tierras los obliga a plegarse a los usos de la agricultura romana.

¿Y los matrimonios o las relaciones con las mujeres? Es muy cierto que no existió el *connubium* hasta el siglo VI, bajo Recaredo. Pero este obstáculo jurídico no era un obstáculo social. El número de uniones entre germanos y mujeres romanas debió de ser constante y el niño habla, como es bien sabido, la lengua de su madre [60]. Evidentemente, esos germanos debieron de romanizarse con una asombrosa rapidez. Se admite que los visigodos conservaron su lengua, pero se admite porque se quiere admitir [61]. No se puede citar nada que lo confirme. En el caso de los ostrogodos, se sabe por Procopio que aún los había que hablaban gótico en el ejército de Totila pero debían ser algunos raros casos aislados del Norte.

Para que se conservara la lengua, hubiera sido preciso una cultura comparable a la que se encuentra entre los anglosajones. Ahora bien, esta cultura falta por completo. Ulfilas no ha tenido un sucesor. No poseemos un solo texto, una sola carta en lengua germánica. La liturgia en las Iglesias antiguas se desarrollaba en lengua germánica, y sin embargo, nada ha dejado. Sólo, quizás, los francos redactaron la Ley Sálica, en la época merovingia, en lengua vulgar; las glosas

[59] DAWSON, *The making of Europe*, 1932, p. 98.

[60] Para la desaparición de la lengua entre los visigodos, véase GAMILLSCHEG, *Romania Germanica*, t. I, 1934, pp. 394 y ss., y L. SCHMIDT, *op. cit.*, p. 527.

[61] MARTROYE, *Genséric. La conquête vandale en Afrique et la destruction de l'Empire d'Occident*, París, 1907, p. 308.

malbérgicas serían sus vestigios. Pero Eurico, el más antiguo legislador germánico del que nos han llegado algunos textos, escribe en latín y todos los demás reyes germanos hicieron otro tanto.

En cuanto a un arte ornamental original, no se vuelven a encontrar rastros de él entre los visigodos después de la adopción del catolicismo en el 589, e incluso Zeiss [62] admite que sólo existió entre el pueblo.

Sin duda, el arrianismo pudo, durante cierto tiempo, impedir un contacto íntimo entre romanos y germanos. Sin embargo, no hay que exagerar su importancia. Los únicos reyes que favorecen verdaderamente al arrianismo son los vándalos, por motivos militares. Se sospecha que Gundobado era católico. Segismundo lo es desde el 516. Sin embargo, hay todavía arrianos en el 524. Y además está la conquista franca, que marca el triunfo del catolicismo ortodoxo. En resumen, el arrianismo fue débil incluso entre los burgundios [63]. En todas partes desapareció muy pronto. Los vándalos lo abandonan con la conquista de Justiniano en el 533; entre los visigodos, es abolido por Recaredo (586-601) [64]. Este arrianismo, además, era superficial, pues en ninguna parte se produjeron agitaciones cuando se suprimió. Según Dahn [65], la lengua gótica desapareció en el momento de la adopción del catolicismo por Recaredo, o por lo menos se limitó a seguir vegetando entre el pueblo bajo.

No está nada claro, pues, cómo habría podido mantenerse el elemento germánico. Para ello se hubiera necesitado por lo menos un apoyo constante de fuerzas de refresco llegadas de Germania. Y no lo hubo. Los vándalos no reciben ninguna aportación; ni los visigodos, cortados de todo contacto con Germania. ¿Acaso los ostrogodos permanecieron enlazados con los germanos por los Alpes? En el caso de los francos de la Galia, una vez acabada la conquista, la aportación bárbara no se incrementa. Basta para convencerse de ello con leer a Gregorio de Tours.

Hay, por lo demás, un argumento irrefutable. Si la lengua se hubiera conservado, habría dejado rastros en las lenguas romances. Ahora bien, aparte el préstamo de ciertas palabras, no hay otros rastros. Ni la fonética, ni la sintaxis indican la menor influencia germánica [66].

[62] H. Zeiss, *Die Grabfunde aus dem Spanischen Westgotenreich*, Berlín, 1934, pp. 126 y 138.

[63] Coville, *op. cit.*, pp. 167 y ss.

[64] La conversión de Recaredo es en 589.

[65] *Op. cit.*, t. V, p. 170.

[66] En lo que se refiere al vocabulario, sólo se encuentran préstamos en francés (cfr. Lot, *Invasions*, pp. 225 y ss., y Gamillscheg, *op. cit.*, t. I, pp. 293-295), es decir, allá donde, a partir del siglo IV, la población está en contacto con

Lo mismo puede decirse del tipo físico. ¿Dónde se encuentra el tipo vándalo en Africa [67], el visigótico en Italia? Hay rubios en Africa, pero Gautier [68] ha observado que los había ya antes de la llegada de los bárbaros. Sin embargo, dirá alguien, está el derecho, que es personal, romano para los romanos, germánico para los germanos; y es cierto. Pero ese derecho germánico está ya totalmente interpenetrado de romanismo en la legislación de Eurico. Y, después de éste, la influencia romana no cesa de acentuarse.

Entre los ostrogodos no hay un código especial para los ostrogodos que se han sometido al derecho territorial romano. Aunque, en cuanto soldados, dependen sólo de los tribunales militares, que son puramente góticos [69]. Este es el hecho esencial. Los germanos son soldados y arrianos y acaso los reyes protegieron el arrianismo para seguir manteniéndolos soldados.

Entre los burgundios y los vándalos la influencia del derecho romano sobre el derecho germánico es tan manifiesta como entre los visigodos [70]. ¿Y cómo, por otra parte, admitir la conservación del derecho germánico puro allá donde la familia consanguínea, la *sippe*, célula esencial del orden jurídico, ha desaparecido?

En realidad, con la personalidad de las leyes debió de ocurrir lo mismo que con el *connubium*. Sólo se conservó el derecho germánico en los países colonizados por los anglosajones, los francos salios y ripuarios, los alamanes y los bávaros [71].

Creer que la Ley Sálica fue el derecho de la Galia después de Clodoveo es un error total. Al margen de Bélgica, no había casi salios, salvo los grandes del círculo del rey. No se ve una sola alusión

los germanos. Nada similar en Aquitania, en España (visigodos), Africa (vándalos), Italia (ostrogodos). En cuanto al francés, la aportación germánica sería de unas 300 palabras.

[67] España no nos muestra una población que haya conservado el tipo germánico. E. PITTARD, *Les races et l'histoire*, 1924, p. 135.

[68] GAUTIER, *op. cit.*, p. 316.

[69] HARTMANN, *op. cit.*, t. I, p. 93.

[70] H. BRUNNER, *Deutsche Rechsgeschichte*, t. I, 2.ª ed., 1906, p. 504. Obsérvese que aunque apenas han transcurrido cincuenta años entre el establecimiento de los burgundios en la Galia y la redacción de la *Lex Gundobada*, esta traiciona los *Starke Einflüsse der Römischen Kultur* y carece de esa *frischen germanischen Ursprünglichkeit* que se encontrará más adelante en las leyes lombardas.

[71] Lo que dice F. Lot, en F. LOT, PFISTER y GANSHOF, *Histoire du Moyen Age*, t. I, p. 390, de la interpenetración de la población en la época merovingia, me parece absolutamente inexacto. Se contradice cuando, en *Les invasions*, página 274, afirma: «Aunque étnicamente Francia (la contemporánea) encierra algunos elementos germánicos, estos son anteriores a la conquista de la Galia por Clodoveo.»

a esa ley y a su procedimiento en Gregorio de Tours. Es preciso, pues, restringir su esfera de aplicación al extremo Norte.

No se encuentran, en efecto, ranchimburgos al sur del Sena. ¿Se ven *sculteti* o *grafiones*? La glosa malbérgica prueba por lo demás que nos hallamos ante un código establecido para un enjuiciamiento que se instruye en germánico. ¿Cuántos condes, casi todos romanos, habrían podido entenderlo? Todo lo que nos enseña sobre los usos agrarios, sobre la disposición de las casas, vale sólo para el Norte, colonizado por los germanos. Hay que estar cegado por los prejuicios para suponer que una ley tan rudimentaria como la Ley Sálica hubiera podido aplicarse al Sur del Loira.

¿Se dirá que los germanos traían consigo la moralidad de un pueblo joven, es decir, de un pueblo en el cual los lazos personales de fidelidad predominan sobre la sujeción al Estado? Es un tema convencional. Es al mismo tiempo un tema romántico y un dogma entre cierta escuela germánica. Es fácil citar a Salviano y su paralelo entre la decadencia moral de los romanos y las virtudes de los bárbaros. Pero esas virtudes no resistieron al asentamiento de los germanos entre los romanizados. *Mundus senescit,* se lee, a comienzos del siglo VII, en la crónica del seudo-Fredegario [72]. Y basta con leer a Gregorio de Tours para encontrar en él, a cada paso, los rastros de la más grosera decadencia moral: embriaguez, desenfreno, codicia, adulterios, asesinatos, abominables crueldades, y una perfidia que reina de arriba a abajo en el orden social. La corte de los reyes germánicos atestigua tantos crímenes como la de Rávena. Hartmann [73] hace observar que la *Germanische Treue* es una fábula convencional. Teodorico manda asesinar a Odoacro, tras haber jurado perdonarle la vida. Gontrán pide al pueblo que no le asesine. Todos los reyes visigodos, salvo raras excepciones, mueren a mano airada.

Entre los burgundios, en el año 500, Gudegiselo traiciona a su hermano Gundobado en favor de Clodoveo [74]. Clodomiro, hijo de Clodoveo, manda arrojar a un pozo a su prisionero Segismundo, rey de los burgundios [75]. El rey visigodo Teodorico I traiciona a los romanos. Y véase cómo se comporta Genserico con la hija del rey de los visigodos, su nuera.

La corte de los merovingios es un lupanar; Fredegunda, una espantosa bruja. Teodato manda asesinar a su esposa. Y esto no son sino muestras: por doquier reina una falta de moralidad casi increíble. La historia de Gundobado es, a este respecto, característica. La em-

[72] Ed. B. Krusch, M. G. H. SS. rer. Merov., t. II, p. 123.
[73] *Das Italienische Königreich*, t. I, de la *Geschichte Italiens*, p. 76.
[74] L. SCHMIDT, *op. cit.*, p. 151.
[75] *Ibid.*, p. 163.

briaguez parece un hábito común en todos. Las mujeres hacen que sus amantes asesinen a sus maridos. Todos se venden por oro. Y esto sin distinción de raza, tanto entre los romanos como entre los germanos. El propio clero —y hasta las religiosas [76]— está corrompido, aunque sea entre él donde se ha refugiado la moralidad. Pero, en el pueblo, la religiosidad no se alza más allá de una grosera taumaturgia. Lo que ha desaparecido en parte son los vicios urbanos, los mimos, las cortesanas, y no en todos los sitios. Todo eso se conserva entre los visigodos y sobre todo en Africa, entre los vándalos, pese a que éstos son los más germánicos de los bárbaros del Sur. Son afeminados, aficionados a los baños, a las villas lujosas. Las poesías compuestas bajo Hunerico y Trasamundo están esmaltadas de rasgos priápicos.

Se puede concluir, pues, que a partir de su establecimiento en el Imperio todos los aspectos heroicos y originales del carácter bárbaro desaparecen para dejar su lugar a una impregnación romana. El suelo de la *Romania* ha bebido la vida bárbara. ¿Cómo habría podido ser de otra manera, cuando el ejemplo viene de arriba? Al principio, sin duda, los reyes sólo se romanizaron imperfectamente. Eurico y Genserico conocen mal el latín. Pero ¿qué decir del más grande de todos, Teodorico? Se le ha convertido en Dietrich von Bern al otro lado de los Alpes, pero lo que domina en él es el bizantino.

A los siete años, su padre lo entregó como rehén al emperador [77] y fue educado en Constantinopla hasta la edad de dieciocho años. Zenón le hace *magister militum* y patricio y llega incluso, en el 474, a adoptarlo. Se casa con una princesa imperial [78]. En el 484 el emperador lo nombra cónsul. Después, tras una campaña en Asia Menor, se le alza una estatua en Constantinopla. Su hermana es dama de honor de la emperatriz.

En el 536 Evermudo, su hijastro, se rinde al punto a Belisario, prefiriendo irse a vivir como un patricio en Constantinopla a defender la causa de sus compatriotas bárbaros [79]. Su hija Amalasunta es totalmente romana [80]. Teodato, su yerno, se gloría de ser platónico [81].

Y lo mismo ocurre entre los burgundios, con ese bonito tipo de rey nacional que es Gundobado (480-516), que, en el 472, después

[76] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, X, 15.

[77] HARTMANN, *op. cit.*, t. I, p. 64.

[78] Véase su carta al rey de los turingios al enviarle su sobrina. CASIODORO, *Variae*, IV, 1, 2, ed. Th. Mommsen, M. G. H. SS. Antiq., t. XII, p. 114. Cfr. SCHMIDT, *op. cit.*, p. 340.

[79] HARTMANN, *op. cit.*, t. I, p. 261.

[80] *Ibid.*, p. 233.

[81] PROCOPIO, ed. Dewing *(The Loeb classical Library)*, t. III, pp. 22-24.

de la muerte de Ricimero, le sucede como patricio de Olibrio y hace nombrar, a la muerte de éste, a Glicerio [82], y después, en el 480, ¡sucede él mismo a su hermano Chilperico como rey de los burgundios!

Según Schmidt [83], Gundobado es muy cultivado, elocuente, instruido, se interesa por los asuntos teológicos y está en continuas relaciones con san Avito.

Lo mismo pasa con los reyes vándalos.

Entre los visigodos se observa la misma evolución. Sidonio ensalza la cultura de Teodorico II. Cita entre sus cortesanos al canciller León, que había sido historiador, jurista y poeta, a Lampridio, profesor de retórica y poeta [84]. Es Teodorico II quien, en el 455, nombra emperador a Avito. Estos reyes están absolutamente despegados de los viejos recuerdos de sus pueblos, que Carlomagno mandará recoger.

Y entre los francos, ¡está el rey-poeta Chilperico! [85].

Cuanto más se avanza, más se acentúa la romanización. Gautier [86] observa que después de Genserico los reyes vándalos entran de nuevo en la órbita del Imperio. Entre los visigodos, los progresos de la romanización son incesantes. El arrianismo ha desaparecido en todas partes a finales del siglo VI.

Una vez más, el germanismo sólo se mantiene en el Norte, al mismo tiempo que el paganismo, que sólo se borrará allí en el siglo VII. Cuando los ejércitos de Austrasia llegan a Italia en auxilio de los ostrogodos, provocan horror en éstos [87]; con toda verosimilitud, prefieren pertenecer a Bizancio que a los francos.

En suma, pues, la *Romania,* ligeramente reducida hacia el Norte, subsiste en conjunto [88]. Evidentemente, está muy afectada. En todos los terrenos: artes, letras, ciencias, es manifiesta la regresión. *Pereunte... liberalium cultura litterarum,* dice muy bien Gregorio de Tours [89]. La *Romania* vive por su masa. Pero nada la ha reemplazado. Nadie protesta contra ella. Ni los seglares ni la Iglesia conciben otra forma de civilización. En medio de la decadencia, una sola fuerza moral resiste: la Iglesia, y para la Iglesia el Imperio perdura aún. Gregorio Magno escribe al emperador que él reina sobre hombres, y los bár-

[82] COVILLE, *op. cit.*, pp. 175 y ss.
[83] SCHMIDT, *op. cit.*, pp. 146 y 149.
[84] SCHMIDT, *op. cit.*, pp. 527-528.
[85] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, V, 44, y VI, 46.
[86] GAUTIER, *op. cit.*, p. 270.
[87] HARTMANN, *op. cit.*, t. I, p. 284.
[88] De préstamos de los germanos, no hay sino los nombres propios, que nada prueban en cuanto a la nacionalidad. Se otorgan por adulación cortesana.
[89] *Hist. Franc Praefatio*, ed. Arndt. M. G. H. SS. rer. Merov., t. I, p. 7.

baros sobre esclavos [90]. Aunque la Iglesia ande en dimes y diretes con los emperadores de Bizancio, les sigue siendo fiel. ¿No sabe, por sus Padres, que el Imperio romano es querido por Dios y que resulta indispensable para el cristianismo? ¿No ha calcado sobre él su organización? ¿No habla su lengua? ¿No conserva su derecho y su cultura? ¿Y sus dignatarios no se reclutan todos entre las viejas familias senatoriales?

IV.—Los Estados germánicos en Occidente

No es preciso insistir, por ser demasiado evidente, en que las instituciones tribales de los germanos no pudieron conservarse en los nuevos reinos fundados en suelo del Imperio [91], en medio de una población romana. Sólo podían mantenerse en pequeños reinos, como los de los anglosajones, poblados por germanos.

Sin duda los reyes germánicos instalados en el Imperio fueron reyes nacionales para sus pueblos, *reges gentium,* como dice Gregorio Magno [92]. Se llaman *reges Gothorum, Vandalorum, Burgondionum, Francorum.* Pero, para los romanos, son generales romanos a quienes el emperador ha cedido el gobierno de la población civil. Aparecen bajo esta etiqueta romana [93], y se glorían de exhibirla ante sí: basta con recordar la cabalgada de Clodoveo cuando es nombrado cónsul honorario.

La situación más sencilla aparece bajo Teodorico. Este es, de hecho, un virrey romano. Sólo publica edictos, y no leyes.

Los godos forman sólo el ejército [94]. Todos los magistrados civiles son romanos y toda la administración romana se conserva en la medida de lo posible. Subsiste el Senado. Pero todo el poder se concentra en el rey y su corte, es decir, en el sacro palacio. Teodorico se limita a tomar el simple título de *rex,* como si quisiera borrar su ori-

[90] GREGORIO MAGNO, *Regist.*, XIII, 34, ed. Hartmann, M. G. H. Epist., tomo II, p. 397.

[91] No puede hablarse, como hacen ciertos autores, de la política social de estos reyes y de su *Konservative Haltung* frente a las instituciones imperiales.

[92] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta pontificum Romanorum*, t. I, 2.ª ed., página 212, núm. 1899.

[93] Se ha intentado vanamente conservarles un carácter germánico. Véase la divertida historia del carro de bueyes. H. PIRENNE, «El carro de bueyes de los últimos merovingios. Nota sobre un pasaje de Eginardo», *Mélanges Paul Thomas*, 1930, pp. 555-560.

[94] Casiodoro los denomina oficialmente *barbari* o *milites.* Cfr. L. SCHMIDT, «Zur Geschichte Rätiens unter der Herrschaft der Ostgoten», *Zeitschrift für Schweizerische Geschichte*, t. XIV, 1934, p. 451.

gen bárbaro. Reside en Rávena como los emperadores. La división de las provincias con sus *duces, rectores, praesides,* la constitución municipal con los *curiales* y *defensores,* la organización de los impuestos, todo se conserva. Acuña moneda, pero en nombre del emperador. Adopta el nombre de Flavius [95], señal de que toma la nacionalidad romana. Las inscripciones le llaman *semper Augustus, propagator Romani nominis.* La guardia del rey está organizada de acuerdo con el modelo bizantino, así como todo el ceremonial de la corte. La organización judicial es totalmente romana, incluso para los godos; el edicto de Teodorico es enteramente romano. No hay un derecho especial para los godos. En realidad, Teodorico lucha contra las guerras privadas y la barbarie germánica. El rey no ha protegido el derecho nacional de su pueblo [96]. Los godos constituyen las guarniciones de las ciudades, viven de las rentas de sus tierras [97], reciben un sueldo. No pueden desempeñar empleos civiles. Les está vedada la menor acción sobre el gobierno, salvo a quienes forman parte, con los romanos, del círculo del rey. En ese reino donde su rey manda, en realidad son extranjeros, pero extranjeros con buenas rentas, que viven cómodamente de su empleo. Eso es, y no un pretendido carácter nacional, lo que los liga entre sí y explica la energía de su resistencia bajo Justiniano. L. Schmidt [98] reconoce que, a partir de su establecimiento en Italia, se pierde la concepción gótica de la realeza [99]. Teodorico no es sino un funcionario de Zenón. Apenas llega a Italia, la Iglesia y la población lo reconocen como representante de la legalidad. El poder personal del rey se ejerce mediante *sajones* cuyo nombre gótico no impide que sean una imitación de los *agentes in rebus* romanos [100]. En suma, los godos son la base militar del poder real que, aparte eso, es romano.

Sin duda no se encuentra una huella romana tan profunda entre los otros bárbaros. Entre los vándalos, y a pesar de la ruptura con el Imperio, falta todo carácter germánico en la organización del Estado. Sin embargo, en este caso, pese a la ficción de los tratados, existe una ruptura total con el Imperio y sería una chanza considerar a Genserico como un funcionario. Este contrasta con Teodorico. En vez de tratar con miramientos y halagar como aquel a la población romana,

[95] Su título es *Flavius Theodoricus rex.*

[96] SCHMIDT, *op. cit.*, p. 387.

[97] Los godos están sometidos al impuesto territorial. Pero el rey vela porque tengan trigo barato.

[98] SCHMIDT, *op. cit.*, p. 292: *das gotische Volkskönigtum Theoderichs war erloschen.*

[99] Sin embargo, los ostrogodos eran más germánicos que los visigodos cuando se establecieron en Italia.

[100] HARTMANN, *op. cit.*, t. I, p. 100.

la trata con rigor y persigue su fe. En este caso no hay *tertia*. Los vándalos se han establecido en masa en la Zeugitana (Túnez septentrional), de la que desposeen o expropian a los propietarios romanos. Viven de sus colonos, como rentistas. Están exentos del impuesto. Su organización en *tausendschaften* [101], que Procopio llama *chiliarques*, es totalmente militar.

Pero todo derecho germánico, toda institución, mejor dicho, ha desaparecido cuando en el 442, Genserico, tras haber dominado una insurrección de la nobleza que trata de mantener en propio beneficio los restos de la organización tribal, estableció la monarquía absoluta [102]. Su gobierno es romano. Acuña monedas con la efigie de Honorio. Las inscripciones son romanas. Genserico se establece en Cartago como Teodorico en Rávena; hay un *palatium*. Ni la vida económica ni las realidades de la existencia cotidiana se ven afectadas.

Parece incluso que los reyes vándalos siguen entregando a Roma y Constantinopla las prestaciones de aceite [103]. Cuando Genserico establece el orden de sucesión al trono, lo hace mediante un codicilo redactado según las prescripciones de la legislación romana [104].

Los bereberes romanizados han seguido viviendo bajo los vándalos igual que en la época anterior [105]. La cancillería es romana [106]; a su frente, hay un *referendarius*, Petrus, del cual se han conservado algunos versos. Bajo Genserico se construyen las termas de Túnez. La literatura sigue con vida [107]. Víctor Tonnennensis cree aún en la inmortalidad del Imperio [108]. Los reyes marchan por los senderos de Roma como la Restauración por los senderos de Bonaparte. Por ejemplo, en el 484, el edicto de Genserico contra los católicos está copiado del de Honorio del 412 contra los donatistas [109]. Y en ese mismo edicto se ve que las clases de la población siguen siendo exactamente las mismas. En resumen, entre los vándalos hay aún menos

[101] GAUTIER, *op. cit.*, p. 207.

[102] SCHMIDT, *op. cit.*, p. 113.

[103] ALBERTINI, «Ostrakon bizantino de Negrina (Numidia)», en *Cinquantenaire de la Faculté des Lettres d'Alger*, 1932, pp. 52-62.

[104] MARTROYE, «El testamento de Genserico», en *Bulletin de la Société des Antiquaires de France*, 1911, p. 235.

[105] ALBERTINI, «Actas de venta del siglo v, encontradas en la región de Tebessa (Argelia)», en *Journal des Savants*, 1930, p. 30.

[106] R. HEUBERGER, *Über die Vandalische Reichskanzlei und die Urkunden der Könige der Vandalen*, Mitteilungen des Öster. Institut für Geschichtsforschung, XI Ergänzungsband, O. Redlich... Zugeeignet, 1929, pp. 76-113.

[107] Véase más adelante, pp. 97 y ss.

[108] *Chronicon*, ed. Mommsen, M. G. H. SS. Antiq., t. XI, pp. 184-206.

[109] Ch. SAUMAGNE, «¿Obreros agrícolas o merodeadores de almacenes? Los circunceliones de Africa», *Annales d'histoire économique et sociale*, t. VI, 1934, página 353.

rastros de germanismo que entre los ostrogodos. Es cierto que Africa, en el momento en que se establecieron en ella, era la más viva de las provincias de Occidente y que en seguida se impuso a ellos.

España y la Galia habían sufrido de muy distinta manera las invasiones y no estaban además tan romanizadas como Italia y Africa. Y sin embargo, el carácter germánico de los invasores cede igualmente ante las costumbres e instituciones romanas. Entre los visigodos, antes de la conquista de Clodoveo, los reyes viven a la romana en su capital de Toulouse; más adelante, será en Toledo. Los visigodos, establecidos según la «hospitalidad», no están considerados superiores jurídicamente a los romanos. El rey denomina al conjunto de sus súbditos *populus noster.* Pero cada cual conserva su derecho y no existe *connubium* entre romanos y germanos. Quizás la diferencia de culto, pues los visigodos eran arrianos, es una de las razones de esta ausencia de unión legal entre los antiguos ciudadanos romanos y los invasores. La prohibición del *connubium* desaparece bajo Leovigildo († 586), y el arrianismo bajo Recaredo. La comunidad de derecho entre romanos y godos se establece bajo Recesvinto.

Las *sortes* de los godos están exentas de impuestos. Las provincias se conservan con sus *rectores,* o *judices provinciarum, consulares, praesides;* están divididas en *civitates.* Tampoco hay nada de germánico, según Schmidt, en la organización agrícola.

El rey es absoluto: *dominus noster gloriosissimus rex.* La realeza es hereditaria y el pueblo no participa en el poder. Los rastros de asambleas del ejército señalados por Schmidt, a falta de poder descubrir verdaderas asambleas nacionales, son mera anécdota como las que se encuentran en muchos sitios, por lo demás, en el Bajo Imperio.

El rey nombra a todos sus agentes. Tiene, en su corte, dignatarios germanos y romanos; estos últimos más numerosos, por lo demás. El primer ministro de Eurico y de Alarico II, León de Narbona, une las funciones de *quaestor sacri palatii* y de *magister officiorum* de la corte imperial. El rey no tiene una «truste» guerrera, sino *domestici* a la romana. Los duques de provincias, los *comites* de las ciudades, son sobre todo romanos [110].

En las ciudades, la *curia* subsiste con un *defensor* ratificado por el rey. Los visigodos se dividen en *Tausendschaften, Fünfhundertschaften, Hundertschaften, Zehnschaften,* con jefes militares sobre cuyas atribuciones poseemos escasa información. Mientras duró el reino de Toulouse, no parece que los romanos estuvieran sujetos

[110] M. Bloch ha señalado, en la *Revue historique* de marzo-abril de 1930, página 336, cuán grotesca resulta la creencia en ciertas seudopersistencias del germanismo.

al servicio militar. La situación es, pues, la misma que entre los ostrogodos. Parece que, durante cierto tiempo, los visigodos tuvieron en el *millenarius* un magistrado aparte, como los ostrogodos. Pero ya bajo Eurico están sometidos a la jurisdicción del *comes* que juzga a la romana con *assessores,* legistas. No hay el menor rastro de germanismo en la organización del tribunal [111].

El código de Eurico, promulgado en el 475 para regular las relaciones de los godos con los romanos, está redactado por juristas romanos; es un documento totalmente romanizado. En cuanto al Breviario de Alarico (507), hecho para los romanos, es derecho romano casi puro. Hay una continuación del impuesto romano y el sistema monetario también es romano.

Los funcionarios del rey están a sueldo. En cuanto a la Iglesia, está sometida al rey, que ratifica la elección de los obispos. No existe una verdadera persecución contra los católicos, salvo excepcionalmente. A medida que se avanza, la romanización aumenta. Leovigildo (568-586) suprime los restos de la jurisdicción especial que existía para los godos, autoriza el matrimonio entre las dos razas, introduce el parentesco romano para los visigodos.

El rey tuvo, al principio, las insignias germánicas, que cambia más adelante por las insignias romanas [112]. Su autoridad es un poder público y no una simple tiranía personal. También se borra el antiguo carácter militar de los bárbaros. Los visigodos han mermado tanto, que en el 681 Ervigio obliga a los terratenientes a llevar al ejército la décima parte de sus esclavos armados.

Bajo Recaredo (586-608), la amalgama judicial es completa. El *Liber judiciorum,* promulgado por Recesvinto en el 634, lo atestigua. Su espíritu es romano y eclesiástico, pues después de la conversión de Recaredo la Iglesia desempeña un enorme papel. Los dieciocho concilios, que se reúnen del 589 al 701, están convocados por el rey. Este llama además a seglares de la corte al lado de los obispos. Se consulta a los concilios no sólo en materia eclesiástica, sino también civil [113].

Esta Iglesia, cuyos dignatarios sigue nombrando el rey, es muy realista, incluso frente a los reyes arrianos.

Cuando Atanagildo se rebela contra Leovigildo, la Iglesia perma-

[111] Sobre la romanización extraordinariamente rápida de los visigodos, véase GAMILLSCHEG, *Romania Germanica*, t. I, pp. 394 y ss.

[112] LOT, *La fin du monde antique et le début du Moyen Age*, en la colección «L'Evolution de l'humanité», París, 1927, p. 329; Recesvinto, hacia el 630, adopta el traje bizantino.

[113] LOT, *op. cit.*, p. 329.

nece fiel a éste. Proclama el carácter electivo del rey por ella y por los grandes (633), e introduce la coronación [114].

Esto no cambia en nada el absolutismo real que la Iglesia defiende: *Nefas est in dubium deducere ejus potestatem cui omnium gubernatio superno constat delegata judicio* [115].

Chindasvinto, elegido en mayo del 642, manda matar o reducir a la esclavitud a 700 aristócratas que pretenden oponerse a su omnipotencia [116].

El rey se ha apoyado en la Iglesia para hacer frente a la aristocracia [117]. Pero esa Iglesia, cuyos obispos nombra, se muestra servil ante él. No existe una teocracia. La realeza evoluciona hacia el sistema bizantino. El rey legisla, como los emperadores, en materia religiosa. Su elección, que Lot [118] parece tomarse en serio, es considerada por Ziegler una fantasmagoría. En realidad, hay, como en Bizancio, una mezcla de herencia, de intrigas, de abuso de autoridad. Leovigildo se casa con una princesa bizantina, lo cual no le impide expulsar a los bizantinos. Y estos reyes visigodos tienen *spatarii* igual que los emperadores [119].

Los reyes burgundios, cuyo efímero reino fue anexado por los reyes francos en el 534 [120], están en los mejores términos con el Imperio tras haber conseguido apoderarse de Lyon. Los burgundios están establecidos, como los ostrogodos y los visigodos, según la *hospitalitas* [121].

En el momento de su asentamiento, Sidonio los describe como bárbaros ingenuos y brutales. Pero sus reyes están absolutamente romanizados. Gundobado ha sido *magister militum praesentialis*. En su corte abundan los poetas y los rétores. El rey Segismundo se vanagloria de ser un soldado del Imperio y afirma que su país es una parte del Imperio [122]. Estos reyes tienen un *quaestor palatii* y *domestici*. Segismundo es un instrumento de Bizancio que recibe del emperador Anastasio el título de patricio. Los burgundios son los soldados del emperador contra los visigodos.

Así, se consideran como parte del Imperio. Fechan por los años

[114] La unción real es atestiguada por Wamba en el 672, pero sin duda es más antigua y se remonta quizá a Recaredo (586-608), M. Bloch, *Les rois thaumaturges*, 1924, p. 461.

[115] Texto del 30.° canon del VI Concilio de Toledo, citado por Ziegler, *Church and State in Visigothic Spain*, 1930, p. 101.

[116] F. Lot, *op. cit.*, p. 329.

[117] Ziegler, *op. cit.*, p. 126.

[118] *Op. cit.*, p. 329.

[119] P. Guilhiermoz, *Essai sur l'origine de la noblesse en France au Moyen Age*, 1902, p. 13, n. 55.

[120] Véanse los detalladísimos relatos en Coville, *op. cit.*, pp. 77-238.

[121] En el 443, en *Sapaudia*, Coville, *op. cit.*, p. 109.

[122] Hartmann, *op. cit.*, pp. 218-219.

de los cónsules, es decir, de los emperadores; el rey es *magister militum* en nombre del emperador.

Además, el poder real es absoluto y único. No se comparte; cuando el rey tiene varios hijos, los nombra virreyes [123]. La corte se compone sobre todo de romanos. No queda el menor rastro de banda guerrera; al frente de los *pagi* o *civitates* se encuentra un *comes*. A su lado, para hacer justicia, hay un *judex deputatus*, igualmente nombrado por el rey y que juzga según el uso romano.

La *sippe* primitiva ha desaparecido, aunque su recuerdo perdura en el nombre de los *Faramanni* (libres). La organización municipal romana subsiste en Vienne y en Lyon. También la organización de los impuestos y la monetaria son enteramente romanas.

El rey burgundio, como el visigodo, paga salarios a sus agentes. En este reino tan profundamente romanizado, los burgundios y los romanos tienen la misma condición jurídica, «*una conditione teneantur*» [124]. Parece que a diferencia de otros Estados germánicos, llamados federados, los romanos sirven en el ejército y existe el *connubium* con los burgundios.

Así, pues, ostrogodos, visigodos, vándalos y burgundios gobiernan a la romana. De los «principios germánicos», ni rastro, o tan poco que ni se nota. Es, bajo nuevos reyes, el viejo régimen que dura, con muchas pérdidas, sin duda. Una sola novedad: el ejército gratuito gracias a la distribución de las tierras. El Estado se ve aliviado del terrible presupuesto bélico que aplastaba a las poblaciones.

La administración, que por lo demás se ha vuelto rudimentaria, cuesta también menos. La Iglesia se encarga del resto. Pero, una vez más, todo lo que vive y funciona es romano. De las instituciones germánicas, de las asambleas de hombres libres, no subsiste nada. Por lo menos se encuentran, acá y allá, en el derecho, infiltraciones germánicas como el *Wehrgeld*. Pero se trata de un diminuto arroyo que se pierde en el río de la romanización jurídica: enjuiciamiento civil, contratos, testamentos, etc. Occidente recuerda esos palacios italianos convertidos en casas de alquiler y que, por degradados que estén, conservan su antigua arquitectura. Decadencia, sí, pero decadencia romana en la cual no aparece ningún germen de civilización nueva. La única característica de los germanos, el arrianismo, es una vieja herejía sin nada original y que apenas ha tenido alcance salvo entre los vándalos, al principio.

Se piensa que entre los francos las cosas fueron distintas [125], pues

[123] L. SCHMIDT, *op. cit.*, pp. 169 y 178.

[124] *Lex Gundobada*, X, ed. R. de Salis, M. G. H. Leges, t. II[1], p. 50.

[125] Es el punto de vista que defienden sobre todo H. BRUNNER en su *Deutsche Rechtsgeschichte*, y G. WAITZ en su *Deutsche Verfassungsgeschichte*.

desde el comienzo de las invasiones se les atribuye extraordinaria importancia, ya que, en efecto, rehicieron Europa en la época carolingia. Pero ¿ocurre eso desde el siglo VI? Creo que hay que responder rotundamente que no.

Sin duda el Estado franco es el único que, en sus regiones del Norte, conservó una población puramente germánica. Pero durante el período merovingio esta no desempeña el menor papel. Apenas iniciado el período, los reyes se instalan en el Sur, en tierras romanas, en París, en Soissons, en Metz, en Reims, en Orleáns y en sus alrededores [126]. Y si no van más al Sur, es sin duda para poder resistir mejor a Germania, frente a la cual adoptan la actitud defensiva de los emperadores romanos [127].

En el 531, Teuderico, con la ayuda de los sajones, destruye a los turingios [128]. En el 555, Clotario hace una expedición a Sajonia y Turingia y somete Baviera [129]. En el 556 [130] y en el 605 [131], se emprenden nuevas guerras contra los sajones. En 630-631 se produce la expedición de Dagoberto contra Samo [132]. En el 640, Turingia se subleva y recobra su independencia [133]. En el 689, Pipino combate contra los frisones [134].

De estos países germánicos no ha llegado ninguna influencia durante el período merovingio. El Estado franco, hasta su sumisión a los carolingios, es esencialmente neustriano y romano, desde la cuenca del Sena hasta los Pirineos y el mar. Los francos establecidos en él son, por otra parte, poco numerosos.

No tenemos información sobre las instituciones merovingias hasta después de la época de la conquista de las tierras visigóticas y bur-

[126] Cuando un rey de Austrasia se convierte en rey de todo el reino, se apresura a ir a establecerse a París. F. LOT, *Les invasions*, p. 208. Las observaciones arqueológicas de ABERG, *Die Franken und Westgothen in der Völkerwanderungszeit*, Upsala, 1922, y las filológicas de GAMILLSCHEG, *Romania Germanica*, t. I, p. 294, prueban que, desde mediados del siglo VI, los francos de la Galia no ejercieron ya influencia sobre las regiones de Germania.

[127] R. BUCHNER, *Die Provence in Merowingischer Zeit*, 1933, p. 2, n. 5. Según este autor, Clodoveo difiere de los demás reyes germánicos puramente mediterráneos en que aspira a la vez al Mediterráneo y a Germania. No ve que, en este aspecto, su actitud, y sobre todo la de sus sucesores, es puramente defensiva.

[128] G. RICHTER, *Annalen des fränkischen Reichs im Zeitalter der Merowinger* (1873), p. 48, y F. LOT, PFISTER y GANSHOF, *Histoire du Moyen Age*, t. I, p. 205.

[129] RICHTER, *op. cit.*, p. 61.

[130] *Ibid.*, p. 63.

[131] *Ibid.*, p. 102.

[132] *Ibid.*, p. 160.

[133] *Ibid.*, p. 165.

[134] *Ibid.*, p. 177.

gundias. Es cierto que la situación encontrada allí, así como en el territorio que gobernaba Siagrio, debió ejercer cierta influencia sobre las instituciones francas [135]. Sin embargo, una gran diferencia separa a los francos de los visigodos y los burgundios: no han conocido la *hospitalitas* ni, por consiguiente, la prohibición del *connubium* con los romanos. Y, además, los francos son católicos. Su fusión con la población galorromana se produce, pues, con la mayor facilidad.

Y sin embargo, es cierto que su romanización fue menos efectiva porque sus reyes vivieron en París en un medio menos romanizado que las ciudades de Rávena, Toulouse, Lyon o Cartago. Además, la Galia septentrional acababa de atravesar un período de guerra y sucesivas invasiones que habían provocado un cúmulo de estragos.

Sin embargo, conservan todo lo que pueden de las antiguas instituciones romanas y no es buena voluntad lo que les falta. Su Estado es más bárbaro, pero no es más germánico [136]. También aquí se conserva la organización de los impuestos [137] y de la moneda. También aquí hay condes en cada ciudad, habiendo desaparecido las provincias.

El *grafio,* el *thunginus,* los *rachimburgi* sólo existen en el Norte [138]. El *leudesamio,* germánico según Waitz, es de origen romano según Brunner [139]; la *commendatio* es también de origen romano [140].

Casi todos los agentes del rey, si no todos, se reclutan entre los galorromanos. Hasta el mejor general de la época, Mumulo, fue al parecer un galorromano [141].

E incluso en las oficinas que le rodean, el rey tiene *referendarii* galorromanos [142].

No subsisten rastros de asambleas públicas [143]. El propio rey pare-

[135] Los agentes del rey merovingio se denominan *judices*, como los del emperador.

[136] H. von Sybel, *Entstehung des Deutschen Königthums*, 2.ª ed., 1881, vio muy bien esto. Véase la polémica sostenida contra él por G. Waitz, *Deutsche Verfassungsgeschichte,* t. II, 1.ª parte, 3.ª ed., 1882, pp. 81 y ss.

[137] Waitz, *op. cit.*, t. II, 2.ª parte, 3.ª ed., p. 273, alega la negativa de los germanos a pagar el impuesto personal porque se le considera incompatible con la *ingenuitas*. Pero eso nada tiene de germánico. Cita, en la nota 3, un texto conciliar que lo prueba hasta la evidencia.

[138] Waitz, *op. cit.*, t. II, 2.ª parte, 3.ª ed., pp. 122 y ss., se esfuerza en probar que los funcionarios merovingios no son romanos. No existe ya separación entre lo militar y lo civil; el rey los destituye, ¡y no tienen un sueldo! Waitz confiesa por otra parte que la administración era ajena a los germanos (página 124), y olvida los funcionarios esclavos y romanos.

[139] Brunner, *op. cit.*, t. II, 2.ª ed., pp. 77-80.

[140] *Ibid.*, pp. 364-365.

[141] F. Lot, Pfister y Ganshof, *Histoire du Moyen Age*, t. I, p. 271.

[142] H. Bresslau, *Handbuch der Urkundenlehre*, t. I, 2.ª ed., 1912, páginas 360-362.

[143] Waitz, *op. cit.*, t. II, 2.ª parte, 3.ª ed., p. 241.

ce, eso sí, más germánico que los reyes de los otros pueblos bárbaros. Y, sin embargo, ¿qué es lo que tiene de específicamente germano? ¿Su largo cabello? [144]. El prejuicio es tan fuerte que se ha recurrido a invocar en favor de su naturaleza germánica la caricatura que hizo Eginardo de los últimos reyes merovingios. De todos los merovingios, sólo Teuderico, hijo mayor de Clodoveo († 534), ha dejado su nombre en la poesía germánica, sin duda a causa de su terrible expedición a Turingia. Es el Hugdietrich de la epopeya [145]. Los otros no han dejado, en la memoria de su pueblo, recuerdo de héroes nacionales.

El poder real, por otra parte, está ya implícito en la concepción imperial. El rey franco, como los demás reyes germánicos, es el centro de toda autoridad [146]. Es un déspota absoluto. En sus *praeceptiones* inscribe: *Si quis praecepta nostra contempserit oculorum evulsione multetur* [147], afirmando así la noción romana entre todas del *crimen laesae majestatis* [148].

Si es cierto que el rey se considera propietario de su reino, la realeza no tiene, sin embargo, un carácter tan privado como se ha pretendido. El rey distingue su fortuna particular de la hacienda pública [149]. No cabe duda de que la noción del poder real es más primitiva que entre los visigodos. A la muerte del rey, sus Estados se reparten entre sus hijos, pero eso es una consecuencia de la conquista y por otra parte nada tiene de germánico [150].

Tampoco cabe duda de que los reyes francos no tuvieron títulos romanos, salvo esporádicamente bajo Clodoveo. Pero intentan mantener el contacto con los emperadores de Bizancio [151].

Así, pues, incluso entre los francos se conserva el romanismo tradicional.

Si se examina el conjunto de estos reinos bárbaros, se encuentran

[144] Lo que WAITZ, *op. cit.*, t. II, 1.ª parte, 3.ª ed., pp. 205 y ss., dice del carácter germánico del rey carece de toda pertinencia.

[145] F. LOT, PFISTER y GANSHOF, *Histoire du Moyen Age*, t. I, p. 200, n. 98.

[146] Aunque la palabra «ban» designe el poder, éste no es germánico. La vieja palabra militar se ha conservado, sin más.

[147] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VI, 46; WAITZ, *op. cit.*, t. II, 1.ª parte, 3.ª ed., p. 212, cita a GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, IX, 8: *agendo contra voluntate vestram atque utilitatem publicam.*

[148] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, V, 25; VI, 37; IX, 13, 14; X, 19.

[149] Cfr. la situación entre los anglosajones. Véase W. STUBBS, *Histoire constitutionnelle de l'Angleterre*, ed. y trad. franc. de G. LEFÈBVRE y Ch. PETIT-DUTAILLIS, t. I, 1907, p. 183.

[150] Los repartos se encuentran solo entre los francos, quizá porque en el momento de la sucesión de Clodoveo no hay emperador en Occidente y porque de todos modos los francos no se acuerdan en ese momento del emperador.

[151] Teodoberto habría pensado en atacar Bizancio. LOT, PFISTER y GANSHOF, *Histoire du Moyen Age*, t. I, p. 208.

tres rasgos comunes: son absolutistas, son laicos y los instrumentos del reino son el Fisco y el Tesoro.

Y estos tres caracteres son romanos o, si se prefiere, bizantinos. Sin duda, el absolutismo llegó por sí mismo. El rey era ya muy poderoso como jefe militar en el momento de establecerse, y después, esta fuerza sólo pudo, a causa de los provinciales, adoptar la forma de absolutismo [152]. Para que fuera de otra manera, hubiera sido preciso que el rey se encontrara en la situación de los soberanos anglosajones. Nada menos germánico que la realeza de los jefes militares. Es el poder personal, es decir, exactamente lo que existe en el Imperio.

En todos estos reinos, el absolutismo del rey se explica por su potencia financiera. En todas partes, como sustituto del emperador, dispone del fisco y de los impuestos. Ahora bien, la fortuna del fisco es inmensa. Son el patrimonio imperial, los bosques, las tierras baldías, las minas, los puertos, las carreteras. Y son también los impuestos y la moneda. Así, el rey es un inmenso terrateniente y disfruta al mismo tiempo de un formidable tesoro en monedas de oro. Ningún príncipe de Occidente, antes del siglo XIII, debió estar tan provisto de dinero como esos reyes. La descripción de sus tesoros es una oleada de metal amarillo. Ante todo, gracias a ellos el rey puede pagar a sus funcionarios [153]. Los reyes merovingios conceden importantes asignaciones a cargo de su tesoro: antes del 695, el abad de Saint-Denis obtiene una renta de 200 sueldos de oro sobre el tesoro y otra de 100 sobre los almacenes del fisco *(cellarium fisci)* [154]; hacen préstamos a las ciudades [155], pagan a los encargados de misiones, corrompen o compran a quien quieren. La conservación del impuesto romano y el peaje son las fuentes esenciales de su poder. Considerarlos, como se ha solido hacer, viendo sólo en ellos grandes terratenientes, es un evidente error que no se explica sino porque se les ha visto bajo el aspecto de los reyes posteriores [156]. No, se parecen mucho más por su riqueza amonedada a los reyes bizantinos que a Carlomagno.

Y hacen de todo para aumentar ese tesoro que les sostiene. De ahí las innumerables confiscaciones. Chilperico manda hacer, en todo

[152] Ni rastro de herencia en las funciones. El rey elige a quien quiere, como el emperador.

[153] DAHN, *op. cit.*, t. VI, p. 290.

[154] H. PIRENNE, *El cellarium fisci*, Academia Real de Bélgica, *Bulletin de la Classe des Lettres et des Sciences morales et politiques*, 5.ª serie, t. XVI, 1930, números 5-7, p. 202.

[155] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, III, 34.

[156] H. PIRENNE, «Libertad y propiedad en Flandes del siglo VII al XI», Academia Real de Bélgica, *Bulletin de la Classe des Lettres*, 1911, pp. 522-523.

su reino, *discriptiones novas et graves* [157]. Existe toda una complicada administración financiera con sus registros, sus revisores, etc. Los reyes se asesinan entre sí para apoderarse de sus tesoros [158].

Además, disponen de los subsidios bizantinos, que son enormes: el emperador Mauricio envía 50.000 sueldos de oro a Childeberto para pagar su alianza contra los lombardos [159]. La dote dada a Rigontha en el 584 [160], la limosna de 6.000 sueldos hecha por Childeberto a la abadía de Saint-Germain para los pobres [161], la munificencia de Dagoberto I que recubre de plata el ábside de Saint-Denis [162], dan una idea de la riqueza de los reyes francos. Al igual que los bizantinos, utilizan ampliamente su tesoro para fines políticos; así, Brunegilda, en el 596, desvía mediante una *pecunia* un ataque de los ávaros contra Turingia [163].

Es imposible, pues, decir que los reyes atesoraban sólo para sí.

Pero los soberanos ostrogodos son todavía más ricos. Basta con pensar en las suntuosas construcciones erigidas por Teodorico. Y lo mismo ocurre con los visigodos: en el 631, el pretendiente Sisenando ofrece 200.000 sueldos de oro a Dagoberto para conseguir su apoyo contra Suintila [164]; y Leovigildo promete 30.000 al lugarteniente del emperador para que se alinee a su lado contra su hijo [165].

La importancia de los ingresos por peaje entre los visigodos se deduce de que los abusos de los recaudadores son castigados con la muerte como en el derecho romano [166]. Los libros de impuestos se encuentran siempre entre ellos [167] y los reyes pagan a sus funcionarios [168]. La descripción que Venancio Fortunato hace de los tesoros aportados por Galsuinda permite darse cuenta de su magnitud [169].

En suma, la intervención del oro es continua en esta política, como en la de Bizancio: los reyes compran y se dejan comprar.

Pero hay otro aspecto por el cual los Estados bárbaros continúan la tradición antigua: es su carácter laico. Toda la administración, en todos los grados, es secular. Aunque los reyes se entienden bien con

157 GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, V, 28.
158 FUSTEL DE COULANGES, *Les transformations de la royauté pendant l'époque carolingienne*, p. 19.
159 GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VI, 42.
160 *Ibid.*, VI, 45; VII, 9, 15.
161 S. DILL, *Roman society in Gaul in the Merovingian Age*, 1926, p. 280.
162 *Gesta Dagoberti regis*, c. 17, M. G. H. SS. rer. Merov., t. II, p. 406.
163 RICHTER, *op. cit.*, t. I, p. 98.
164 *Ibid.*, p. 161.
165 GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, V, 38.
166 DAHN, *Könige der Germanen*, t. VI, p. 290.
167 DAHN, *op. cit.*, t. VI, p. 260.
168 *Ibid.*, p. 275.
169 *Carmina*, VI, 5, ed. Krusch, M. G. H. SS. Antiq., t. IV, pp. 136 y ss.

los obispos, en general ni uno de estos ha desempeñado un cargo, a diferencia de lo que ocurrirá en la Edad Media. En cambio, muchos obispos son ex-referendarios reales [170]. En esto hay un notorio contraste con la política de Carlomagno, basada en los *missi,* de los que la mitad eran necesariamente obispos, o con la de Otón, que confió las riendas del gobierno a los obispos imperiales. Y es que, en víspera de las invasiones, los laicos, como más adelante veremos, son todavía instruidos [171].

El Estado profano merovingio se opone así muy claramente al Estado religioso carolingio. Y lo que es cierto para los merovingios, lo es también para todos los demás: ostrogodos, visigodos, vándalos, burgundios. A este respecto, pues, y ello es esencial, el antiguo orden de cosas continúa. El propio rey es un puro laico y ninguna ceremonia religiosa contribuye a su poder.

La Iglesia le está sometida. Aunque en teoría los obispos son nombrados por el clero, en realidad, y muy a menudo, el rey los nombra directamente. También en este caso se trata de la antigua tradición de la Iglesia de Estado. Como en Oriente, los obispos francos marchan con sus soberanos, cogidos de la mano [172]. Los reyes convocan los concilios. Y si los merovingios se abstienen de dirigirlos, entre los visigodos, en cambio, los concilios están, desde Recesvinto, asociados al Gobierno. Y la Iglesia se encuentra servilmente sometida al rey [173].

Pero los reyes sienten el mayor respeto por esa Iglesia a la que dominan. El ideal real es, según Gregorio de Tours, favorecer las iglesias y a los pobres [174]. La colman de favores y riquezas, la rodean de signos de respeto, aunque, salvo raras mujeres, no entren en el claustro. No parece que su piedad personal sea grande. Pero ven en

[170] Desiderio de Cahors fue tesorero del rey y prefecto de Marsella, San Ouen referendario en Neustria.

[171] H. BRESSLAU, *op. cit.*, t. I, 2.ª ed., pp. 364-367, cita referendarios convertidos en obispos. Véase también H. SPROEMBERG, *Marculf und die fränkische Reichskanzlei*, Neues Archiv, t. XLVII, 1927. pp. 124-125. LOENING, *Geschichte des Deutschen Kirchenrechts*, t. II, 1878, p. 262, muestra claramente que el Estado es laico, aunque se equivoque en la explicación del hecho. Véase también DAWSON, *op. cit.*, pp. 221-222.

[172] L. DUCHESNE, *L'Eglise au VIe siècle*, 1925, p. 528.

[173] Cfr. la curiosa anécdota contada por GREGORIO DE TOURS, *Liber vitae patrum*, VI, 3, M. G. H. SS. rer. Merov., t. I, pp. 681-682. Hay una combinación de elección anulada por el rey, que sin embargo nombra al candidato deseado, mediante grandes presentes, y hace celebrar un banquete en la ciudad episcopal. En suma, todo depende del rey. Véase *ibid.*, pp. 727 y ss., la vida de San Niceto, obispo de Tréveris, nombrado por un rey, enviado al exilio por otro, repuesto por un tercero.

[174] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, III, 25.

los obispos a jefes de la Iglesia, es decir, de una grandísima fuerza divina. Y, además, esos obispos gozan entre el pueblo de inmenso prestigio. Pueden ser y lo son, entre los visigodos por ejemplo, un útil contrapeso de la aristocracia laica.

V.—Justiniano (527-565)

No hay error mayor que creer que la idea del Imperio ha desaparecido después de la fragmentación de las provincias occidentales por los bárbaros. Nadie puede dudar de que el βασιλευς, que reina en Constantinopla, no extiende aún su autoridad teórica a todo el conjunto. Ya no gobierna, pero sigue reinando y hacia él se vuelven todos los ojos.

Sobre todo la Iglesia, para la cual el Imperio es una construcción providencial, no puede prescindir de él. Su jefe en Roma y la ciudad de Roma lo reconocen como soberano legítimo de la *ecclesia* [175].

Salvo el rey de los vándalos, los reyes bárbaros lo consideran su dueño, acuñan su efigie en sus monedas, solicitan y obtienen de él títulos y favores. Justiniano adopta a Teodoberto [176] al igual que Mauricio adoptará a Childeberto.

Los reyes someten sus litigios a Constantinopla o intentan allí tramar sus intrigas. Por su parte, el emperador no ha cedido nada. Es, pues, muy natural que, cuando se presente la ocasión, trate de recobrar lo suyo. Y a esta voluntad se suma en Justiniano la preocupación de restablecer la ortodoxia religiosa. Pese a la pérdida de casi todas las costas mediterráneas, Bizancio es capaz de intentar la gran empresa de reconstruir el Imperio.

Posee una flota que le da el dominio del mar. Está apoyada por la Iglesia, con la que Teodorico acaba de malquistarse. En Italia puede contar con el apoyo de las grandes familias romanas; en Africa, con la clientela de los refugiados de la aristocracia vándala que han buscado en la corte imperial un refugio contra las persecuciones reales; quizá contaba también con el levantamiento de las poblaciones provinciales.

Con el fin de poner de su parte el máximo de posibilidades de

175 Véase la obra de Gregorio Magno, que data, es cierto, de después de Justiniano. Basta con leer los textos de Mario de Avenches († 594), de Víctor Tonnennensis († 569), de Juan de Biclaro († 590), para ver que, para ellos, el Imperio continúa. Cfr. EBERT, *Histoire de la littérature du Moyen Age en Occident*, trad. AYMERICH y CONDAMIN, t. I, 1883, p. 618.

176 Teodoberto escribe lo más humildemente posible a Justiniano. A. VASILIEV, *Histoire de l'Empire byzantin*, trad. franc., París, 1932, t. I, p. 203, n. 2.

éxito, Justiniano, antes de emprender sus campañas, firma la paz con el Imperio persa (532) e inmoviliza, mediante subsidios, a los bárbaros de todas clases que merodean en las fronteras.

Bizancio no tiene que encararse con un frente único. No hay la menor política germánica. Teodorico había tratado de agrupar bajo su hegemonía a los otros Estados. Pero su meta había sido simplemente salvaguardar Italia. Para ello había sostenido a los visigodos contra los francos e impedido su total aplastamiento tras la batalla de Vouillé; había conseguido en el 509 que Clodoveo le cediera la Provenza y en 523 había intervenido para impedir que los francos aniquilaran Borgoña [177].

Su política, lejos de conciliarle los reyes francos, había convertido a los merovingios en sus enemigos irreductibles.

Si Bizancio no había intervenido para impedir que Teodorico se estableciera tan a fondo en Italia, es porque no se había sentido con fuerzas. Había tolerado la ocupación, había mantenido con Teodorico relaciones pacíficas, pero no había aceptado el hecho consumado.

Bizancio iba a encontrar en los francos sus aliados naturales contra los ostrogodos.

En el 526 murió Teodorico. Como un emperador romano [178], y en absoluta contradicción con la costumbre germánica, al morir había designado como sucesor a su nieto Atalarico, de diez años de edad, bajo la regencia de su madre Amalasunta.

Esta sólo toma el poder después de contar con el consentimiento de Justiniano, y en esa ocasión le manifiesta tal deferencia que el emperador puede considerar, acaso, el retorno de Italia al Imperio sin desenvainar la espada.

Entonces Justiniano dirige su ofensiva contra los vándalos. En el 533, en una sola campaña, Belisario vence al usurpador Gelimero, que ocupaba el trono en ese momento, y se apodera de toda la costa africana hasta Ceuta.

Justiniano se apresura a fijar allí un *limes*. Además, vuelve a tomar inmediatamente en sus manos el gobierno del país, en el cual se había conservado todo el sistema administrativo romano.

Los vándalos no reaccionaron. Se fundieron inmediatamente con la masa de la población romana y nunca más volvieron a constituir un problema.

Africa, la más rica de las provincias del Imperio, volvía a estar

[177] BUCHNER, *Die Provence in Merowingischer Zeit*, 1933, p. 3.
[178] HARTMANN, *op. cit.*, t. I, p. 229; F. LOT, *La fin du monde antique*, página 303.

ligada a él. Sólo los moros resistieron aún, para ser definitivamente sometidos en el 548 [179].

Cuando Justiniano acababa de apoderarse de Africa (533), el joven rey de los ostrogodos, Atalarico, murió (534). Su madre, Amalasunta, para conservar el poder, se casó con su primo Teodato; pero este la hacía perecer ya al año siguiente (535).

Justiniano interviene en seguida. Belisario se apodera de Sicilia (535), completando así la conquista de Africa; aclamado por la población, marcha hacia el Norte, se adueña de Nápoles y entra en Roma en el 536.

La dinastía romanizada de los ostrogodos no ofreció resistencia. Teodato presumía de platónico y de desdeñar las armas, y su hermano Evermudo se rindió en seguida a Belisario, prefiriendo ir a vivir como un patricio en Roma a defender la causa de sus compatriotas bárbaros [180].

Y, sin embargo, repentinamente, Belisario tropezó con una resistencia encarnizada.

Sintiéndose amenazados en la posesión de las tierras que se les habían asignado, los soldados ostrogodos alzan sobre los escudos a uno de sus oficiales, Vitiges, y lo aclaman como rey.

Inmediatamente Vitiges marcha sobre Roma, donde Belisario se ha encerrado (537), pero no puede forzar la ciudad y, obligado muy pronto a retirarse, se parapeta en Rávena.

Temiendo verse asaltado al norte por los francos, les cede la Provenza, que Justiniano se apresura a reconocerles [181].

Después, incapaz de defenderse contra las tropas de Belisario, Vitiges negocia.

Los godos ofrecen a Belisario la corona real, a condición de que les perdone la vida y les deje sus tierras. Belisario acepta o finge aceptar y entra en la ciudad (540). Se firma un tratado. Las guarniciones góticas prestan juramento a su nuevo rey. Y Belisario, habiendo terminado su misión, es llamado por el emperador. Entre la estupefacción de los godos, que no entienden que vaya a reanudar su servicio cuando podría ser un rey independiente, Belisario obedece. Se lleva consigo a Vitiges y a gran cantidad de godos que le siguen y que participarán con él en las guerras contra los persas.

Esta conducta de Belisario, que lleva a Italia un prefecto del pretorio y el gobierno regular de Roma, constituye una traición a los ojos de los godos. Los del Norte de Italia, cuyo territorio no ha sido aún ocupado enteramente por los imperiales, se sublevan, ofrecen

[179] A. VASILIEV, *op. cit.*, t. I, p. 178.
[180] HARTMANN, *op. cit.*, t. I, p. 261.
[181] F. KIENER, *Verfassungsgeschichte der Provence*, 1900, p. 22.

la corona a un oficial, Uraias, que la rechaza, y después a Ildibaldo, sobrino del rey visigodo Teudis [182]; este va a tratar de reconquistar Italia.

En ese momento la población italiana está aplastada por los impuestos. Belisario se ha llevado la gran mayoría de las tropas; lo que queda está repartido entre las guarniciones, sin un mando general.

Ildibaldo parte de Pavía con mil hombres y, gracias a la hostilidad de la población contra el nuevo gobierno imperial, obtiene importantes éxitos.

Vence al ejército romano mandado por el *magister militum per Illyricum,* pero en ese momento perece asesinado [183].

Su sucesor Erarico, que no es un godo, sino un rugio, trata al punto de negociar con Justiniano, ofreciéndole traicionar a su ejército e irse a vivir a Constantinopla, a cambio de la obtención del título de patricio. Asesinado antes de haber podido poner en práctica su proyecto (541), tuvo por sucesor a Totila, un primo de Ildibaldo. Dispuesto a reconocer la autoridad de Justiniano antes de su ascensión al trono, una vez convertido en rey iba a desplegar una notable energía [184].

Su ejército se incrementa con desertores imperiales, con esclavos, con colonos italianos atraídos por su hostilidad a los grandes terratenientes. Con este ejército se apodera de Roma (17 de diciembre del 546). Intenta entonces negociar con Justiniano, que lo considera un tirano y no se digna escucharle. Totila no pediría sino firmar la paz si Justiniano acepta que pague tributo y le proporcione el servicio militar [185]. En tales condiciones resulta difícil ver en él un héroe nacional. Pero ciertamente es uno de los más inteligentes y civilizados reyes germánicos y sus éxitos se deben, en gran parte, a su humanidad, que le concilia a las poblaciones romanas amargadas y desdichadas.

Obligado a la guerra por la negativa del emperador a negociar con él, recupera Sicilia, Cerdeña, Córcega, se hace una flota con los navíos bizantinos capturados, gracias a ella domina el Adriático y, habiendo reconquistado toda Italia, la gobierna como Teodorico.

Sin embargo, Justiniano no había renunciado a Italia. En el 551,

[182] HARTMANN, *op. cit.*, t. I, pp. 289-290.

[183] *Ibid.*, p. 301.

[184] LOT, PFISTER y GANSHOF, *Histoire du Moyen Age*, t. I, p. 157, lo califican de caballeresco y dicen que solo pensaba en salvar a su pueblo. HARTMANN, *op. cit.*, t. I, p. 302, parece verlo con más claridad al decir que sólo se identificó con su pueblo en la medida de sus intereses.

[185] HARTMANN, *op. cit.*, t. I, p. 328.

Narsés desembarca en ella con 20.000 hombres. Aplasta a Totila, que muere en la batalla. Su sucesor Teias, tras haber luchado a la desesperada, es vencido y matado en el 553, al pie del Vesubio.

Agotados, los godos se dirigen a los francos y los alamanes.

Pero las bandas francas y alamanas que responden a su llamada, tras haber saqueado indistintamente a godos y romanos, son aplastadas por los bizantinos cerca de Capua en el 554. El resto de los godos se somete por fin y es enviado a Asia a luchar contra los persas.

Italia queda reorganizada como provincia romana. El exarca o patricio se instala en Rávena. Pero el país se encuentra exangüe.

Durante esta lucha de veinte años entre bizantinos y ostrogodos la política franca intenta aprovecharse de la situación. En el 532, los francos se apoderan de Borgoña; en el 535, la amenaza que hacen pesar sobre Vitiges les vale la cesión de la Provenza, que Justiniano les reconoce al punto.

A pesar de eso, Teodoberto baja a Italia con un gran ejército y, como Vitiges está sitiado en Rávena, se apodera de la mayoría del Véneto y de Liguria. Obligado a retirarse a causa de las enfermedades que diezman sus tropas, Teodoberto conserva, sin embargo, una parte del Véneto y deja allí un duque que más adelante hace reconocer por Totila. Acaso pensaba atacar desde allí a Constantinopla [186].

Desde el Véneto se extendieron por Italia, en 552-553, las bandas franco-alamanas, que se hicieron aplastar al final por los bizantinos. Venecia, así, fue perdida por los francos.

Ni por un momento francos y ostrogodos consideraron la posibilidad de una alianza para constituir un bloque contra el Imperio, que no encontró, para ofrecerle resistencia, ninguna solidaridad germánica.

Una vez reconquistadas Africa e Italia, Justiniano se vuelve hacia España. Una lucha intestina le permite intervenir. Llamado por Atanagildo contra el rey Agila, ordena a Liberio, que acaba de reconquistar Sicilia, que desembarque en España. Agila, derrotado en Sevilla, es asesinado por sus soldados, que aclaman a Atanagildo, fiel servidor del emperador, en el 554.

Los romanos ocupan ahora todas las costas del mar Tirreno, salvo Provenza. La realeza visigótica, que reconoce por lo demás la soberanía imperial [187], se ve aislada del mar.

[186] RICHTER, *op. cit.*, pp. 57-58.

[187] Leovigildo, sucesor de Atanagildo (567), solicita del emperador Justino II que confirme su ascensión al trono. F. LOT, *La fin du monde antique*, p. 310.

El Mediterráneo ha vuelto a convertirse en un lago romano.

El Imperio había realizado un prodigioso esfuerzo. Para triunfar, tuvo que luchar en todos los frentes: mientras combatía en Italia, los persas [188], instigados por los ostrogodos, habían entrado en guerra contra él; en los Balcanes, los eslavos habían tenido que ser rechazados de las fronteras que atacaban.

En medio de estas incesantes guerras victoriosas, el Imperio, por otra parte, se adaptaba a la honda evolución que transformaba la sociedad y las costumbres. El Código que lleva el nombre de Justiniano es una de las grandes obras jurídicas de todos los tiempos.

De nuevo la civilización romana resplandece con el mayor brillo, y para conmemorar este admirable renacimiento del Imperio se alza Santa Sofía en el centro de la capital como un inmenso arco de triunfo erigido a la gloria de Dios y de Bizancio.

A la muerte de Justiniano, el Imperio está reconstruido, rodeado de fortalezas, pero profundamente agotado. Y, sin embargo, va a verse obligado a afrontar nuevas y terribles luchas.

El período que sigue al reinado de Justiniano, y que se extiende desde el 565 al 610, es uno de los más desolados de la historia bizantina [189]. La guerra hace estragos en todas las fronteras: los persas, los eslavos y los ávaros se arrojan sobre el Imperio y, en el 568, los lombardos invaden el Norte de Italia.

Sin embargo, para los contemporáneos, Bizancio no parece en decadencia: nadie prevé la catástrofe. En suma, ha vuelto a asentarse en todo Occidente y dispone de poderosos medios de acción: su flota, gracias a la cual mantiene el contacto con Rávena, Africa y España, su tesoro, su diplomacia. Y además tiene a su favor la incapacidad de sus adversarios para entenderse entre sí.

Sin embargo, el Imperio cede muy pronto en todos los frentes. El acontecimiento más importante de este período es sin discusión la invasión lombarda.

Los lombardos invaden Italia, pero aunque ya en el 575 llegan a Spoleto y Benevento, no conseguirán apoderarse de Roma, ni de Rávena, ni de Nápoles.

Por otra parte, los visigodos reconquistan España; en el 614, el Imperio sólo conserva las islas Baleares [190].

El Mediterráneo no está perdido, empero: Africa, Sicilia, el Sur de Italia siguen siendo romanos.

Los lombardos que han entrado en Italia son casi tan germánicos como los anglosajones instalados en Britania. Son, por vez primera

[188] VASILIEV, *op. cit.*, t. I, p. 181.
[189] VASILIEV, *op. cit.*, t. I, pp. 220-221.
[190] *Ibid.*, p. 261.

en el continente, invasores puros que nada tienen que ver con un ejército romano, ni con los *foederati*. Se imponen a la población, le arrebatan sus tierras, la reducen a la condición de vencida. Su ocupación constituye un asombroso contraste con la de los godos de Teodorico. Sus duques y sus reyes, elegidos por el ejército, son puramente germánicos. El pueblo vive aún bajo el régimen de las *farae*, es decir de las *sippen*. Sus costumbres, su derecho no han sufrido la menor influencia romana.

Llevaban todas las de ganar, pues Bizancio estaba paralizada por la guerra contra los persas y por las invasiones eslavas. Pero no forman más que bandas de saqueadores, incapaces de apoderarse de las plazas fuertes romanas, y que sublevan contra sí, por sus depredaciones y la estupidez de su política, a la Iglesia y a los francos.

Su llegada a Italia empuja hacia Bizancio al papado, que no ve posibilidad de apoyo sino en el emperador. El papa se convierte, sin duda, a partir de ese momento, en la ciudad arruinada, en el verdadero gobernador de Roma, pero la conserva para el Imperio. Aplaude la elección del abominable Focas. Gregorio Magno prodiga las promesas de devoción al emperador. Este acercamiento entre el papa y el emperador se realiza con tanta mayor facilidad cuanto que desde el cisma de Acacio (489-519), no ha vuelto a haber conflictos religiosos gracias a Justiniano. Y no los volverá a haber hasta la crisis del monofisismo (640-681). La elección del papa es ratificada por el exarca, lo cual indica su subordinación al Imperio. Sigue viviendo en el Imperio y se considera su súbdito.

La invasión lombarda ha estrechado igualmente los lazos entre el emperador y los francos, cuya conducta había sido tan hostil bajo Justiniano. Las infortunadas expediciones de los lombardos a la Galia, del 569 al 571, provocan un entendimiento de los francos con Bizancio. En el 576, al pedir ayuda al emperador el Senado romano, aquel no puede enviar más que tropas insuficientes y aconseja apelar al apoyo de los francos y corromper con oro a los duques lombardos.

En el 574, un nuevo ataque de los lombardos contra la Galia [191], que por lo demás desemboca en una derrota total, los lleva a firmar un tratado de paz con Gontrán de Borgoña y su aliado Childeberto II de Austrasia. Era un grave peligro para el Imperio.

La diplomacia imperial —que no escatima el oro— se esfuerza por mantener el antagonismo entre francos y lombardos, pues es lo único que puede conservar Italia en poder de Bizancio. Apoyado por el papa, el emperador entra en relación con Chilperico de Neustria,

[191] HARTMANN, *Geschichte Italiens im Mittelalter*, t. II, 1.ª parte, 1900, páginas 58 y ss.

que en el 581 logra apartar a Childeberto de Gontrán. Al mismo tiempo, el pretendiente Gundobado, que vive en Constantinopla, es enviado bien provisto de dinero a la Galia para disputarle el trono a Gontrán.

Por su parte, el duque Grasulfo de Friul, ganado a precio de oro, se pone en relación con Childeberto, y con su madre Brunegilda, a la que el emperador envía, en el 583, 50.000 sueldos de oro [192].

Decide así a Childeberto a emprender una campaña en Italia contra los lombardos; regresa de ella tras haber firmado, por dinero, la paz con ellos.

En ese momento, numerosos duques lombardos están ganados para Bizancio. Los duques que han seguido siendo independientes, sintiendo sin duda el peligro que corren a causa de la alianza del Imperio con los francos, reconstruyen en el 584 la realeza en favor de Autario, que reanuda al punto la lucha y, de no ser por la intervención de la flota imperial, se habría adueñado de Rávena.

Pero Autario amenaza tanto a los francos como al emperador. Así, en 588-589, Childeberto y su madre Brunegilda envían embajadores a Constantinopla para preparar con el emperador la guerra contra los lombardos [193].

Y en el 590 un gran ejército franco, al mando de veintidós duques, cae sobre Lombardía.

Por su parte, el exarca de Rávena marcha contra Autario, que se refugia en Pavía. El reino lombardo, a un dedo de la perdición, se vio salvado por la falta de entendimiento entre sus enemigos. En efecto, en ese momento acaba de terminar la guerra contra los persas y el exarca ha reanudado la ofensiva y se ha apoderado de Altinum, de Módena y de Mantua [194].

El Imperio, que dispone de sus fuerzas, se aparta de los francos al confiar en la posibilidad del completo retorno de Italia al Imperio [195]. Fue una maniobra nefasta.

El final de la alianza activa entre Bizancio y los francos inicia un período de grandes éxitos para los lombardos. El Imperio se ve obligado, por otra parte, a volverse de nuevo contra los persas y a afron-

[192] GASQUET, *L'Empire byzantin et la monarchie franque*, p. 198.

[193] Ya en 587 el duque Gontrán había sido enviado como embajador al emperador Mauricio. Véase GASQUET, *L'Empire byzantin et la monarchie franque*, páginas 185 y ss.

[194] HARTMANN, *op. cit.*, t. II, 1.ª parte, p. 72.

[195] En la propia Italia, ese retorno parecía probable, ya que, en el 590, el patriarca de Aquileia propone relegar hasta ese momento la solución del problema existente entre él y Roma a propósito de «los tres capítulos». HARTMANN, *op. cit.*, t. II, p. 89.

tar la invasión de los ávaros, dejando así el campo libre a los lombardos.

Los francos, por su parte, cesaron de intervenir en Italia. Una expedición organizada por ellos en 662-663, fracasó; sería la última antes de Carlomagno.

Una serie de treguas había preparado la paz, firmada como muy tarde en el 680 entre el emperador y los lombardos, que consagraba la partición de Italia entre ellos.

Este semifracaso del Imperio en Italia no le impidió mantener intacto su formidable prestigio. En el 629, Heraclio triunfa sobre los persas y Dagoberto le envía una embajada para felicitarle [196]. Gregorio Magno se constituye en intermediario del emperador ante los visigodos católicos [197]. Ebroino († 680-683) permite el paso de peregrinos anglosajones a través de la Galia cuando se convence de que no se trata de una *legatio imperatorum contra regnum* [198].

Hacia Constantinopla convergen todos los intrigantes de la política y de la Iglesia [199], como hacia un gran centro internacional e intelectual [200].

En resumen, el Imperio ha seguido siendo, a pesar de sus pérdidas, la única potencia mundial [201], igual que Constantinopla es la más importante ciudad civilizada. Su política se extiende a todos los pueblos. Domina absolutamente la de los Estados germánicos. No hay, hasta el siglo VIII [202], más elemento positivo en la historia que la influencia del Imperio. Y es seguro que ese Imperio se ha vuelto oriental.

El proceso de orientalización, que se manifiesta sin pausa desde Diocleciano, es, en realidad, cada vez más dominante. Y se observa incluso en la Iglesia, donde además provoca peligrosas resquebrajaduras.

Sin embargo, no hay que exagerar. Aparte las rupturas momentáneas, Roma sigue siendo la capital de la Iglesia, y cuando los emperadores no sostienen a la herejía, los papas vuelven a ellos.

Desde Constantinopla el bizantinismo se difunde poco a poco hacia Occidente, que no tiene nada que oponerle. Sus modas y su arte se propagan gracias a la navegación. Se asienta en Roma, donde hay multitud de monjes griegos, y en todo el sur de Italia. Su influen-

[196] VASILIEV, *op. cit.*, t. I, p. 263.
[197] HARTMANN, *op. cit.*, t. II, p. 176.
[198] HARTMANN, *op. cit.*, t. II, 2.ª parte, 1903, p. 198, n. 2.
[199] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VI, 24.
[200] Parece que se acude a Constantinopla a seguir estudios de medicina. GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, X, 15.
[201] HARTMANN, *op. cit.*, t. II, 1.ª parte, p. 85.
[202] DAWSON, *op. cit.*, p. 221.

cia es visible en España. Gana, naturalmente, toda Africa. En la Galia, el *cellarium fisci* hace pensar en los «comerciarios» bizantinos. Venecia gravita en la órbita de Constantinopla. Los Padres griegos son indispensables para el pensamiento religioso de Occidente. Sin duda, en el siglo VIII, cuando el emperador se haya convertido en βασιλευς των Ρωμαιων, la fisura entre griegos y latinos será definitiva; se puede fechar en el monofisismo (640-681) y sobre todo en la Iconoclastia (726-843) el comienzo de la gran crisis, pero ¡cuántos titubeos antes de la ruptura completa!

La influencia de los sirios se incrementa considerablemente en Roma, a donde llegan en gran número; varios papas serán sirios. Evidentemente una bizantinización de Occidente, más o menos alternada con el irlandismo y el anglosajonismo, marchaba en la dirección del futuro. La diferencia de las lenguas no sirvió de nada. La superioridad de una cultura sobre otra era demasiado grande. Desde el momento en que el Mediterráneo seguía siendo el mayor vehículo entre Oriente y Occidente, y lo seguía siendo, la preponderancia del primero sobre el segundo era inevitable. El mar, que los bizantinos continuaron dominando, expandía por doquier su influencia. Y gracias al mar vivía tanto en Occidente como en Oriente toda la civilización de la época. Del germanismo en sí no se podía esperar aún nada. Los lombardos, en el siglo VII, estaban a su vez en pleno proceso de romanización. Sin embargo, acababa de animarse un nuevo foco de cultura entre los anglosajones, pero les venía directamente del Mediterráneo.

Capítulo 2
LA SITUACION ECONOMICA Y SOCIAL TRAS LAS INVASIONES Y LA NAVEGACION MEDITERRANEA

I.—Las personas y las tierras

El régimen de las personas y de las tierras existente antes de las invasiones perdura exactamente igual tras ellas en la *Romania.* Hubo pillajes, sin duda, y violencias. El *Carmen de providentia divina,* escrito en el sur de la Galia a la llegada de los visigodos de Ataúlfo, compara sus estragos con los de una inundación del océano [1]. Pero después de la tempestad renació la calma. Paulino el Penitente, a quien la invasión ha arruinado y que ha huido ante ella, cuenta que lo salvó un godo que compró una pequeña hacienda que seguía poseyendo cerca de Marsella [2]. Imposible ilustrar mejor el equilibrio que sucedió al pillaje. He aquí una hacienda abandonada de la que los invasores no se apoderan. A partir de la «hospitalidad», del establecimiento de los germanos, la estabilidad reaparece. ¿Cómo se ha hecho la operación? Cabe suponer que los germanos se quedaron con la parte del león. Pero eso no produjo verdaderos trastornos. No entrañaba la menor transformación en las tierras. No introdujo ninguna nueva modalidad de cultivo. Los colonos romanos seguían ligados

[1] MIGNE, *Patr. Lat.*, t. 51, c. 617.
[2] *Eucharisticos*, ed. BRANDES, *Corp. Script. Eccles. Latin.*, t. XVI, 1888, página 311.

al suelo al que el impuesto los había atado. En vez de pagar a un amo romano pagaban a un germano. Los esclavos se distribuyeron. Y en cuanto a los campesinos, no debieron percibir grandes cambios. En ninguna de las comarcas de la *Romania* se observa la sustitución, tan visible en Inglaterra, de un sistema de cultivo por otro.

Las posesiones imperiales pasaron al fisco real, sin más cambios [3]. Subsistió la gran propiedad galorromana o hispanorromana o italorromana. Siguieron existiendo inmensas propiedades. Se sabe de algunas que contaban con 1.200 esclavos. Los grandes terratenientes conservaron sus *villae,* sus fortalezas. En cuanto a las tierras de la Iglesia, ya muy importantes en la época romana, subsistieron sin cambios. No se ve que el arrianismo haya modificado en nada la situación anterior.

Incluso entre los vándalos se produjo una simple sustitución de los antiguos propietarios por los recién llegados. Los vándalos vivieron en las ciudades romanas igual que antes de ellos lo habían hecho los romanos.

Albertini ha demostrado que el régimen de las tierras, las prestaciones de aceite, entregadas al tesoro, no variaron en Africa durante la conquista [4].

Si hubo cambios de régimen, si se implantaron usos comunitarios desconocidos por los romanos, fue solamente en los países de colonización, en el extremo norte del Imperio.

Así, todo subsiste en un pie de igualdad. Los impuestos territoriales que se conservan atestiguan además que no se ha producido ninguna transformación profunda.

En cuanto a la organización de la gran propiedad, se mantiene tal cual. Está confiada a *conductores* que la toman en arriendo y perciben los censos de los colonos.

Por otra parte, todo el sistema romano de concesión de tierras subsiste, en forma de «precarios» y beneficios. Las fórmulas nos muestran arrendamientos perpetuos, todo un sistema de propiedad idéntico o casi al sistema romano.

La gran propiedad agraria sigue llena de vigor. Gregorio de Tours [5] habla de un Chrodinus que funda *villae,* planta viñedos, construye edificios y organiza cultivos para dárselos a los obispos.

Gregorio Magno, al reorganizar los bienes de la Iglesia romana, reconstruye exactamente el sistema anterior.

Las grandes fincas de la Iglesia están administradas por *conduc-*

[3] H. PIRENNE, «El fisco real de Tournai», en *Mélanges F. Lot*, 1925, p. 641.
[4] Véase antes, pág. 41.
[5] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VI, 20.

tores que pagan una renta, con lo cual los monjes no tienen que ocuparse más que *de sola anima* [6].

Estos *conductores,* como los *juniores* de las posesiones del obispo de Mans en Ardin [7], en el Poitou, son seglares; son responsables de los censos, adelantan su importe al propietario, rinden cuentas, es decir, saben escribir.

Casi siempre las prestaciones son en dinero, lo cual demuestra que hay aún circulación de bienes, ventas en el mercado. Aún no se ve aparecer la economía propia de las *curtes* de la Edad Media.

En Provenza, en la época merovingia, el sistema de concesión de tierras es totalmente romano [8]. No hay, al parecer, más que pequeñas explotaciones de colonos. Pero en el Norte, en cambio, se ve el papel que desempeña la *terra indominicata.* El cartulario de Saint-Vincent de Mâcon da para la época del rey Gontrán (561-592) una lista de los *servientes* de esa finca que es explotada por esclavos y por las prestaciones personales de los arrendatarios [9].

El transporte masivo de cereales se sigue haciendo. En el 510, Teodorico envía grandes cantidades de granos a Provenza a causa de los estragos que allí ha hecho la guerra [10]; y es sabido que Gregorio Magno centralizaba los productos de las posesiones de la Iglesia.

Es indudable que la gran propiedad produce en esa época importantes ingresos en metálico. En el 593, Dinamio envió desde Provenza a Gregorio Magno 400 *solidi* [11]; dos años después, el mismo papa espera la llegada de ropas y esclavos anglosajones que se comprarán en Provenza con los productos de sus fincas [12]. Igualmente, en el 557, el papa Pelagio había esperado de Provenza auxilios para aliviar la miseria de Roma [13].

Hay, además, un normal comercio de trigo. A pesar de sus inmensos recursos, Gregorio Magno compra trigo [14].

[6] E. LESNE, *La propriété ecclésiastique en France aux époques romaine et mérovingienne*, París-Lille, 1910, p. 309. Véase también el texto de San Cesáreo de Arlés, citado en F. KIENER, *Verfassungsgeschichte der Provence*, p. 37, n. 84.

[7] Departamento de los Deux-Sèvres, distrito de Niort, cantón de Coulonges-sur-Autise.

[8] F. KIENER, *Verfassungsgeschichte der Provence*, Leipzig, 1900, pp. 34 y ss.; R. BUCHNER, *Die Provence in Merowingischer Zeit*, Stuttgart, 1933, p. 30, cree que la agricultura está aún bien desarrollada y es rentable.

[9] F. KIENER, *op. cit.*, p. 34.

[10] R. BUCHNER, *op. cit.*, p. 30, n. 1.

[11] GREGORIO MAGNO, *Registr.*, III, 33, ed. Ewald-Hartmann, M. G. H. Epist., t. I, p. 191.

[12] *Ibid.*, VI, 10, pp. 388-389.

[13] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, n. 947; cfr. BUCHNER, *op. cit.*, p. 31.

[14] HARTMANN, *Geschichte Italiens im Mittelalter*, t. II, p. 159, n. 16.

En 537-538, se ve que en Istria un *peregrinus acceptor* se dedica a compras importantes; no puede ser sino un comerciante en trigos [15].

Africa debió de conservar bajo los vándalos la prosperidad que le da el cultivo de cereales y olivos, puesto que se encuentra de nuevo tal prosperidad después del regreso de los bizantinos.

No parece que la Galia haya recobrado un aspecto más silvestre. Parece que el cultivo de la viña se conservó allí donde existía en tiempos de los romanos. Al leer a Gregorio de Tours no se tiene en absoluto la impresión de un campo en decadencia; siendo así, sería incomprensible la riqueza de los terrratenientes.

La conservación de la libra romana es, por lo demás, una prueba indirecta de la estabilidad de la situación económica.

En cuanto a las clases sociales, siguen siendo las mismas. En lo alto están los libres *(ingenui)* [16], que comprenden especialmente una aristocracia de grandes propietarios *(senatores)* [17].

La clase de los libres propiamente dichos no constituye, por lo demás, con toda probabilidad, sino una minoría.

Después, por debajo, se encuentran los colonos, numerosos sobre todo entre los visigodos, los *lites,* los libertos [18].

Todavía hay muchos esclavos. Como se verá más adelante, son sobre todo bárbaros extranjeros, anglosajones o de otras procedencias, prisioneros de guerra.

Hay además una población urbana de la que hablaremos más adelante.

En las grandes propiedades se encuentran talleres, donde las mujeres hilan y donde otros artesanos, esclavos o siervos patrimoniales, ejercen diversos oficios. Ya ocurría así durante los últimos siglos del Imperio [19].

La población ha conservado la huella que le ha impreso el régimen tributario, aunque éste ha disminuido mucho a causa de la

[15] CASIODORO, *Variae*, XII, 22, M. G. H. SS. Antiq., t. XII, p. 378.

[16] No hay que dejarse arrastrar a una pretendida infravaloración del número de hombres libres. Su característica esencial es que deben hacer el servicio militar. Cfr. en las *Leges Visigothorum*, IX, 2, 9, M. G. H. Leges, t. I, ed. Zeumer, p. 377, la ley de Ervigio, según la cual cada uno debe llevar al ejército la décima parte de sus esclavos. VERLINDEN, «La esclavitud en el mundo ibérico medieval», en *Anuario de Historia del Derecho Español,* t. XI, 1934, páginas 353-355.

[17] Para la supervivencia de las grandes familias, véase, por ejemplo, la de los Siagrios, estudiada por A. COVILLE, *Recherches sur l'histoire de Lyon du Ve siècle au IX siècle*, pp. 5 y ss.

[18] VERLINDEN, *op. cit.,* en *Anuario,* t. XI, p. 347. Según Verlinden, los colonos no desempeñan un papel importante.

[19] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, IX, 38, señala la existencia de ginecéos. Cfr. FUSTEL DE COULANGES, *L'alleu et le domaine rural*, p. 375.

reducción casi total de los gastos militares y administrativos. Y en este sentido la conquista germánica fue quizás beneficiosa para el pueblo. En resumen, en esa época lo que sigue siendo el elemento económico y social esencial es la gran posesión. Gracias a ella está ya constituida la base económica del feudalismo. Pero las relaciones de subordinación que se han establecido, para la gran mayoría de los hombres, respecto a los grandes terratenientes, se manifiestan aún sólo en el derecho privado. Entre el rey y sus súbditos no se ha interpuesto aún el *senior*. Y además, aunque la constitución de la sociedad sea sobre todo agraria, no lo es enteramente. El comercio y las ciudades desempeñan un considerable papel en el conjunto de la vida económica, social e intelectual.

II.—La navegación oriental. Sirios y judíos

De las dos partes del Imperio, la griega ha estado siempre más adelantada en civilización que la latina. Inútil insistir sobre este hecho evidente.

Por el mar se comunica con Occidente y Venecia. Particularmente Siria, a donde llegan las caravanas de la India, China y Arabia, se muestra muy activa.

Los sirios son entonces los carreteros del mar, como lo serán los holandeses en el siglo XVII. Gracias a ellos se exportan las especias y los productos industriales de las grandes ciudades orientales, Antioquía, Damasco, Alejandría, etc. Están en todos los puertos, pero también se les encuentra en el interior.

Bajo el Imperio, tienen centros en Alejandría, en Roma, en España, en la Galia, en Gran Bretaña e incluso en Carnunto, sobre el Danubio [20].

Las invasiones no han cambiado en nada esta situación. Quizás Genserico, con sus piraterías, estorbó un poco la navegación, pero en cualquier caso ésta reaparece en plena actividad después de él.

Salviano († c. 484), generalizando sin duda lo que ve en Marsella, habla de los *negociatorum et Syricorum omnium turbas quae majorem ferme civitatum universarum partem occupant* [21].

[20] P. CHARLESWORTH, *Trade-routes and commerce of the Roman Empire*, Cambridge, 2.ª ed., 1926, pp. 178, 202, 220, 238.

[21] Cfr. en general, P. SCHEFFER-BOICHORST, «Zur Geschichte der Syrer im Abendlande», en *Mitteilungen des Osterr. Instit. für Geschichtsforschung*, t. VI, 1885, pp. 521 y ss.; L. BRÉHIER, «Las colonias de orientales en Occidente al comienzo de la Edad Media», en *Byzant. Zeitschr.*, t. XII, 1903, pp. 1 y ss.; FUSTEL DE COULANGES, *La monarchie franque*, p. 257; J. EBERSOLT, *Orient et Occident*, 1928-1929, 2 vols.

La arqueología confirma también esta expansión siria, y los textos son todavía más significativos [22].

En el siglo VI, los orientales abundan en el sur de la Galia. La vida de San Cesáreo, obispo de Arlés († 542), dice que compuso para el pueblo himnos en griego y en latín [23]. Había también gran cantidad de ellos en el Norte, pues Gregorio de Tours habla de los mercaderes griegos de Orleáns que avanzan cantando al encuentro del rey [24]. Según la vida de Santa Genoveva († 512), San Simeón el Estilita († 460) interrogó sobre ella a los *negociatores euntes ac redeuntes* [25].

Pero al lado de estos mercaderes que iban y venían, había otros que se establecían [26]. Hay menciones de ello en varias inscripciones; una proviene de la capilla de San Eloy en el Eure [27], cerca de la desembocadura del Sena; el sirio al que se refiere comerciaba sin duda con Britania.

Había entre esos comerciantes gente muy rica que se asentaba en el país después de haber hecho fortuna. Gregorio de Tours cuenta la historia de un *negociator* de Burdeos [28] que poseía una gran mansión en la que se encontraba una capilla que contenía reliquias y que ofrece 100 sueldos de oro, y después 200, para que no se las quiten. Y también en París hay un Eusebio *negotiator, genere Syrus* [29] que, a fuerza de oro, compra la dignidad episcopal y después, reanudando la *scola* de su predecesor, constituye la suya con sirios. Es decir, que estos abundaban. Pero, naturalmente, hormigueaban sobre todo en el Sur.

La población de Narbona en el 589 [30] está compuesta por godos, romanos, judíos, griegos y sirios.

El azar nos ha negado informaciones similares sobre Italia, Africa y España, pero nadie creerá que lo que es cierto en la Galia no va a serlo también en esas comarcas. Debía de haber sirios y griegos

[22] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VII, 22; cfr. BRÉHIER, *L'art en France des invasions barbares à l'époque romane*, pp. 36 y 38.

[23] I, 19, SS. rer. Merov., t. III, p. 463.

[24] *Hist. Franc.*, VIII, 1.

[25] SS. rer. Merov., t. III, p. 226. Krusch, el editor de este texto, ¡considera este hecho como *no creíble*!

[26] E. LEBLANT, *Inscriptions chrétiennes de la Gaule*, t. I, pp. 207 y 328. Cfr. HÉRON DE VILLEFOSSE, «Dos inscripciones cristianas encontradas en Cartago», en *Comptes rendues des séances de l'Academie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 1916, p. 435.

[27] E. LEBLANT, *op. cit.*, t. I, p. 205, n. 125.

[28] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VII, 31.

[29] *Ibid.*, X, 26.

[30] Concilio de Narbona, MANSI, *Sacrorum Conciliorum... Collectio*, t. IX, c. 1015 y c. 1017.

entre los comerciantes de ultramar *(transmarini negociatores)* de los que hablan Teodorico y la ley de los visigodos. Se sabe, por la *Vita Patrum Emeritensium,* que comerciantes griegos llegaban por mar desde Oriente a España *(negociatores graecos in navibus de Orientibus advenisse)* (c. 570) [31].

Procopio señala la existencia en Nápoles, en tiempos de Belisario, de un gran mercader sirio, Antíoco, que es el jefe del partido romano [32]. Se sabe, por otra parte, que varios de esos sirios se encuentran en las cercanías de París [33]. Duchesne [34] cita a un sacerdote sirio monofisita que circula por la Galia hacia el 560 y entabla relaciones con San Nizier, obispo de Lyon († 573), que se dejó convencer por él de que el emperador era nestoriano.

Hay también influencias egipcias que se ejercen en la Galia: explican la popularidad en el país de ciertos santos egipcios [35], el hecho de que las iglesias de las Galias gocen de un derecho de asilo tan amplio como el de las iglesias de Egipto y sin duda también la presencia de un estilita en Yvoy [36].

Pero los sirios y los griegos no son los únicos orientales en Occidente. A su lado, y casi igual de numerosos, están los judíos. También ellos estaban difundidos por todas partes antes de las invasiones, y se quedan después de ellas.

En Nápoles, durante el asedio de Belisario, forman una gran parte de la población comerciante de la ciudad [37]. Pero son numerosos ya bajo Teodorico; en Roma y en Rávena, cuando el pueblo destruye su sinagoga, el rey interviene en su favor y condena a los católicos a indemnizarlos por los daños que les han causado [38]. Más adelante,

[31] A. A. S. S. Boll. Nov., t. I, p. 323. El P. de MOREAU, *Les missions médiévales (Histoire générale comparée des missions*, publicada por el barón DESCAMPS), 1932, p. 171, señala la presencia, hacia el 585, de griegos en Córdoba. La reconquista de Justiniano en el siglo VI contribuyó en gran medida a incrementar esta navegación.

[32] PROCOPIO, V, 8, 21, ed. Dewing, t. III, 1919, p. 74.

[33] Recensión de R. Dussaud de la obra de P. PERDRIZET, «El calendario parisiense a finales de la Edad Media» (1933), en *Syria*, t. XV, 1934, p. 210.

[34] Monseñor L. DUCHESNE, *L'Eglise au VIe siècle*, París, 1925, p. 191, n. 2.

[35] PERDRIZET, *La calendrier parisien à la fin du Moyen Age,* 1933, p. 35, y pp. 287-289. Adamnan, el biógrafo de San Columbano, refiere que algunos monjes irlandeses iban a Siria para estudiar allí la arquitectura de los monasterios. J. BAUM, *Aufgaben der frühchristlichen Kunstforschung in Britannien und Irland,* 1934, citado por los *Forschungen und Fortschritte*, t. IX, 1935, c. 223.

[36] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VIII, 15.

[37] HARTMANN, *op. cit.*, t. I, p. 262.

[38] HARTMANN, *op. cit.*, t. I, p. 222.

se les encuentra en Palermo (598)[39], en Terracina (591)[40], en Cagliari de Cerdeña (598); y son numerosos, pues en todas partes poseen sinagogas.

Lo mismo ocurre en España, los hay en Mérida y el obispo los recibe al mismo título que a los cristianos[41].

La *Lex Visigothorum* se ocupa de ellos[42]. Se limita a impedirles que hagan propaganda. Se ve que tienen la misma situación que tenían en el Imperio, ya que la ley de los visigodos dice que viven bajo la ley romana[43]. Más adelante, las leyes sobre la persecución muestran que su número era considerable. Lo mismo ocurrió en Italia[44]. Aunque, naturalmente, y gracias a Gregorio de Tours, estamos mejor informados sobre la Galia. Los hay en Clermont, en París, en Orleáns, en Tours, en Bourges, en Arlés[45]. Su centro es Marsella. Allí se refugian cuando se les persigue[46]. Se puede apreciar su número cuando se piensa que en Clermont se convirtieron 500[47]. Después del siglo VI, la situación sigue siendo idéntica. A mediados del siglo VII, la *Vita Sancti Sulpicii*[48] los menciona en Bourges.

Aunque el pueblo no los quiere[49], nadie les molesta, y menos que nadie las autoridades. En el 582, empero, el rey los obliga a convertirse a la fuerza en la Galia[50]. Al parecer Heraclio habría rogado a Dagoberto que los hiciera bautizar[51]. Unos aceptaron convertirse[52], otros huyeron a Marsella, donde se les dejaba en paz. A veces se les acusa de sacrilegio[53]. En Bourges, en la primera mitad del siglo VII, San Sulpicio hace bautizar a gran número de ellos[54]. En Clermont, el obispo Avito hace bautizar a muchos, aunque sin recurrir a la coac-

[39] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núm. 1564.
[40] *Ibid.*, núm. 1104.
[41] *Vita patrum Emeritensium*; MIGNE, *Patr. Lat.*, t. 80, col. 139.
[42] XII, 2, 14, M. G. H. Leges, t. I, ed. K. Zeumer, p. 420.
[43] XII, 2, 13, ed. Zeumer, *loc. cit.*, p. 419.
[44] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núm. 1157.
[45] F. KIENER, *op. cit.*, p. 28; F. VERCAUTEREN, *Etude sur les Civitates de la Belgique Seconde*, 1934, p. 446.
[46] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, V, 11.
[47] *Ibid.*
[48] M. G. H. SS. rer. Merov., t. IV, pp. 374-375.
[49] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, V, 11.
[50] *Ibid.*, 17.
[51] *Chronique du pseudo-Frédégaire*, VI, 65, M. G. H. SS. rer. Merov., t. II, página 153.
[52] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, V, 11.
[53] GREGORIO DE TOURS, *Liber in Gloria Martyrum*, cap. 21, ed. Krusch, M. G. H. SS. rer. Merov., t. I, p. 501.
[54] Véase más adelante, pág. 95.

ción [55]. Chilperico también mandó bautizarlos [56]; uno de ellos, que se negó, fue encarcelado. Pero Gregorio Magno, en el 591, reconviene a los laicos de Arlés y Marsella que hacen bautizar a la fuerza a los judíos [57]. E igualmente censura al obispo de Terracina, que los ha expulsado de sus sinagogas. Es preciso, dice, atraérselos con suavidad [58]. Ni tampoco quiere que el obispo de Nápoles les impida trabajar los días festivos [59]. La única restricción que quiere imponerles es que tengan esclavos cristianos [60]. Pide a Brunegilda que promulgue una ley para prohibírselo [61].

Algunos concilios, como el de Clermont, en el 535, prohíben que sean jueces [62]. Muchas estipulaciones de concilios merovingios prohíben los matrimonios entre judíos y cristianos, la presencia de cristianos en los banquetes de los judíos, la posesión por los judíos de *mancipia Christiana*. Un edicto del 614 les prohíbe intentar acciones públicas contra los cristianos [63].

En España, después de la conversión de Recaredo, la legislación contra ellos se vuelve rigurosa. Sisebuto (612-621) fuerza a algunos de ellos a hacerse cristianos, lo cual le atrae la censura de Isidoro [64]. Chintila (636-640) ordena que no haya más que católicos en el reino. Recesvinto (649-672) prohíbe la circuncisión, el sábado, las fiestas judías. Ervigio (680-687) ordena a los judíos que abjuren en el curso del año so pena de confiscación y exilio. Egica (687-702) les prohíbe el comercio con el extranjero y con los cristianos. Estalla una rebelión popular contra los judíos; a consecuencia de ella, todos son declarados esclavos de los cristianos (696). Isidoro de Sevilla ha compuesto, por otra parte, contra ellos un *contra Judaeos* [65]. Le habían ofrecido dinero a Recaredo, que lo rechazó [66]. Cuando la persecución de Sisebuto, gran cantidad de judíos se refugiaron en la Galia [67].

Ciertos judíos eran marinos o por lo menos propietarios de bar-

55 GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, V, 11. Sobre los judíos de Lyon, véase COVILLE, *op. cit.*, pp. 538 y ss.
56 GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VI, 17.
57 JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núm. 1115.
58 *Ibid.*, núm. 1104.
59 *Ibid.*, núm. 1879.
60 *Ibid.*, núm. 1157.
61 *Ibid.*, núms. 1743-1744.
62 M. G. H. Concilia, ed. Maasen, t. I, p. 67.
63 M. G. H. Capit., ed. Boretius-Krause, t. I, p. 22.
64 ZIEGLER, *Church and State in Visigothic Spain*, 1930, p. 189.
65 A. EBERT, *op. cit.*, trad. franc. AYMERIC y CONDAMIN, t. I, 1883, p. 631.
66 JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núm. 1757.
67 J. ARONIUS, *Regesten der Geschichte der Juden*, p. 21, núm. 59.

cos [68]; otros poseían tierras cultivadas por colonos o por *originarii* [69]; otros eran médicos [70]. Pero en su inmensa mayoría se consagraban al comercio y sobre todo a prestar dinero con intereses. Muchos eran mercaderes de esclavos; por ejemplo, en Narbona [71].

Los hay que se dedican al comercio marítico [72]. Gregorio de Tours cita varios que venden especias en Tours a un precio demasiado elevado, con la complicidad del obispo [73]. En París, el judío Prisco, que es *familiaris* del rey Chilperico, es su proveedor de especias [74], a menos que sea su banquero, pues la palabra *species* que utiliza Gregorio de Tours parece, en cierto pasaje, tener el sentido de numerario [75]. Las *Gesta Dagoberti* [76] hablan de un *negociator* Salomón que es judío. Pero muchos —sin duda la mayoría— se ocupan de la banca y gran número de ellos parecen riquísimos.

Al lado de los sirios y de los judíos había, sin duda, africanos entre los *transmarini negociatores* de los que hablan Casiodoro y la ley de los visigodos. Cartago era una gran ciudad, etapa de la navegación hacia Oriente y de allí procedían probablemente los camellos utilizados como animales de carga en la Galia [77].

Aunque la navegación es activa sobre todo en el Mediterráneo, también es importante en Burdeos y Nantes, desde donde se dirige por el Atlántico hacia las Islas Británicas —con las cuales se hace un comercio de esclavos sajones— y hacia Galicia [78]. La navegación de Bélgica, tan viva bajo los romanos [79], debió de sufrir mucho con la invasión de Inglaterra por los anglosajones. Pero subsiste. Tiel, Duurstede y Quentovic conservan un movimiento marítimo que alimenta acaso las pañerías flamencas [80]. Pero aquí, parece que el comer-

[68] JAFFÉ-WATTENBACH, *op. cit.*, núm. 1564.
[69] *Ibid.*, núm. 1293.
[70] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, V, 6.
[71] ARONIUS, *Regesten zur Geschichte der Juden*, p. 19, núm. 53.
[72] GREGORIO DE TOURS, *Liber in Gloria Confessorum*, c. 95, ed. Krusch, M. G. H. SS. rer. Merov., t. I, p. 809.
[73] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, IV, 12.
[74] *Ibid.*, VI, 5.
[75] GREGORIO DE TOURS, *ibid.*, IV, 35. Obsérvese que la palabra ha dado, en francés, a la vez las palabras *épices* (especias) y *espèces* (especies, metálico).
[76] Ed. Krusch, M. G. H. SS. rer. Merov., t. II, p. 413. Hay que observar, empero, que esas *Gesta* sólo se escribieron en el siglo IX.
[77] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VII, 35; *Vita S. Eligii*, SS. rer. Merov., tomo IV, p. 702.
[78] VENANCIO FORTUNATO, *Vita Sancti Germani*, c. 47, M. G. H. SS. rer. Merov., t. VII, pp. 401-402.
[79] Fr. CUMONT, *Comment la Belgique fut romanisée*, 2.ª ed., Bruselas, 1919, páginas 25-29.
[80] H. PIRENNE, «¿Paños de Frisia o paños de Flandes?», en *Vierteljahrschr. für Soz. und Wirtschaftsgeschichte*, t. VI, 1909, p. 313.

cio está en manos de gente del país [81]. En el Mediterráneo, la Galia tiene varios puertos. Al lado de Marsella, están Fos [82], Narbona, Agde, Niza.

La organización romana parece haberse conservado. En los muelles —*cataplus* [83]— parece existir una especie de bolsa. En Fos, por ejemplo, se encuentra un almacén del fisco. En Italia sabemos que, en el reinado de Teodorico, toda clase de funcionarios se preocupaban por la regularización del comercio [84]. Igualmente, en España, hay *thelonearii* constituidos especialmente para los *transmarini negociatores*. Los comerciantes bizantinos, introducidos en Cartago tras la reconquista [85], tuvieron que ejercer sin duda cierta influencia en todo el mar Tirreno.

Todas estas menciones prueban que sería un error pretender considerar que este comercio sólo se refería a los objetos de lujo. Sin duda la arqueología sólo nos ha conservado estos y el *Liber Judiciorum* visigodo habla del *transmarinus negociator* que trae oro, plata, ropas y toda clase de objetos de lujo [86]. Pero se podrían citar otras muchas cosas: los marfiles de procedencia egipcia representados en nuestros tesoros [87], la túnica litúrgica historiada de Saqqesara [88], las bolsas de Fenicia [89] que, según Gregorio de Tours, eran de uso corriente entre los mercaderes, y los velos orientales con que se engalanaban los altares [90]. Sin duda, el gran lujo era totalmente oriental y la moda de Constantinopla marcaba la pauta como hoy la de París; es sabido que el lujo era muy grande entre los merovingios [91]. Abundan los textos que nos informan sobre el uso de ropas de seda

[81] Las raras piezas de oro anglosajonas, acuñadas en el Sur, atestiguan cierta actividad comercial.

[82] PAULY-WISSOWA, *Real-Encyclopädie*, t. VII, c. 75, núm. 12.

[83] F. VERCAUTEREN, «Cataplus y Catabolus», en *Bulletin Ducange*, t. II, 1925, p. 98.

[84] CASIODORO, *Variae*, V, 39, publica un reglamento de peaje para los *transmarini*, ed. Mommsen, M. G. H. SS. Antiq., t. XII, p. 164.

[85] DIEHL, *L'Afrique byzantine*, p. 500; G. MILLET, «Sobre los sellos de los *commerciarii* bizantinos», en *Mélanges G. Schlumberger*, t. II, 1924, pp. 324-326.

[86] «*Si quis transmarinus negociator aurum, argentum, vestimenta vel quelibet ornamenta... vendiderit*», *Lex Visigothorum*, XI, 3, 1, ed. K. Zeumer, M. G. H. Leges, t. I, p. 404.

[87] M. LAURENT, *Les ivoires prégothiques conservés en Belgique*, 1912, pp. 9, 17, 20, 84.

[88] *Cooperturium Sarmaticum*. GREGORIO DE TOURS, *Liber Vitae Patrum*, c. 11, ed. Krusch, SS. rer. Merov., t. I, p. 701.

[89] GREGORIO DE TOURS, *Liber in Gloria Confess.*, c. 110, ed. Krusch, *loc. cit.*, p. 819.

[90] FUSTEL DE COULANGES, *La monarchie franque*, p. 257.

[91] Para el lujo merovingio, véase la *Vita S. Eligii episcopi Noviomagensis*, I, 12, ed. Krusch, M. G. H. SS. rer Merov., t. IV, p. 678.

tanto por los hombres como por las mujeres [92]. Y esa seda, ¿de dónde podía venir, sino de Oriente? Se traía de China hasta el momento en que Justiniano ordenó su fabricación en el Imperio.

El lujo de la mesa también era aprovisionado por Oriente. Gregorio [93] habla de los vinos de Siria exportados por el puerto de Gaza [94]. Se encontraban en todas partes y en grandes cantidades. Gregorio de Tours cuenta que una viuda llevaba todos los días un sextario a la tumba de su marido, en Lyon [95], y señala que en Tours, por otra parte, él lo manda a buscar a la tienda para obsequiar a un huésped [96]. Se encontraba, pues, en el comercio normal. Quizás se habla de ese vino en una carta de Desiderio de Cahors que anuncia a Pablo, obispo de Verdún, que le envía diez toneles de Falerno [97], lo cual indica, dicho sea de paso, un intenso tráfico interior [98].

Había también otras bebidas de lujo. En el 597, Gregorio Magno escribe al obispo de Alejandría a propósito de una bebida llamada *Cognidium* [99]; la exportan unos mercaderes establecidos seguramente en Alejandría, como se infiere por el destinatario de la carta.

Y había, sin duda, también productos alimenticios importados de Oriente. En cualquier caso, los ascetas comían durante la cuaresma hierbas amargas importadas de Egipto. Gregorio de Tours habla de un eremita de la región de Niza que sólo se alimentaba con raíces que le traían de Alejandría [100].

Eso supone ya un comercio cuya amplitud supera la simple importación de joyas y de ropas. Pero el gran negocio del comercio oriental, que lo convertía en un comercio verdaderamente ligado a la vida diaria, era la importación de especias [101]. Nunca se insistirá demasiado sobre su importancia. El Imperio romano ya las había recibido de todas clases de la India, de Arabia, de la China. Son las especias lo que había labrado la prosperidad de Palmira y de Apamea. Plinio

[92] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VI, 10, 35; X, 16; *Liber in gloria martyrum*, SS. rer. Merov., t. I, pp. 491, 535, 549; *Liber de virtutibus S. Martini*, I, 11, *ibid.*, p. 595; II, 23, *ibid.*, p. 617.

[93] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VII, p. 29.

[94] Sobre esos vinos, véase la *Vida de Porfirio, obispo de Gaza,* por MARCOS EL DIÁCONO, publicada por H. GREGOIRE y M. A. KUGENER, París, 1930, páginas 124-126.

[95] GREGORIO DE TOURS, *Liber in Gloria Confessorum*, c. 64, ed. Krusch, *loc. cit.*, p. 785.

[96] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VII, 29.

[97] M. G. H. Epist. Merov., t. I, p. 209, hacia 630-647.

[98] Fortunato cita igualmente el vino de Gaza, *Vita S. Martini*, II, v. 81, ed. Leo, M. G. H. SS. Antiq., t. IV², p. 316.

[99] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núm. 1483.

[100] *Hist. Franc.*, VI, 6.

[101] F. CUMONT, *Fouilles de Doura-Europos*, 1926, p. XXXIII.

el Viejo estima en por lo menos 100 millones de nuestros francos la suma que el Imperio gastaba anualmente, para adquirirlas, en la India, Arabia y China. Su difusión por el Imperio romano no se vio interrumpida por las invasiones. Continúan, después de ellas, formando parte de la alimentación corriente [102].

Podemos ya darnos cuenta por el tratado de Antimo, médico griego expulsado de Bizancio en el 478, y que fue enviado por Teodorico como embajador a Teuderico I, rey de Austrasia (511-534) [103].

Un diploma, dado a la abadía de Corbie el 29 de abril del 716 por Chilperico II, arroja una clara luz sobre ese comercio [104]. Esta acta confirma otros documentos análogos otorgados a Corbie por Clotario III (657-673) y Childerico II (673-675). El soberano concede a esta iglesia autorización para retirar mercancías del *cellarium fisci* de Fos. Y leo allí la enumeración siguiente:

10.000 libras de aceite;
30 modios de *garum* (tipo de condimento) [105];
30 libras de pimienta;
150 libras de cominos;
2 libras de clavo;
1 libra de canela;
2 libras de nardo;
30 libras de *costum* (planta aromática) [106];
50 libras de dátiles;
100 libras de higos;
100 libras de almendras;
30 libras de pistachos;
100 libras de aceitunas;
50 libras de *hidrio* (tipo de planta aromática) [107];
150 libras de garbanzos;
20 libras de arroz;
10 libras de *auro pimento*;
10 pieles *seoda* (¿pieles engrasadas?) [108];

[102] LOT, PFISTER y GANSHOF, *Hist. du Moyen Age*, t. I, p. 356, estiman que solo se usaban en la corte y entre la aristocracia.

[103] *Epistula de observatione ciborum*, ed. Ed. Liechtenhan, 1928 *(Corpus Medicorum Latinorum*, t. VIII[1]).

[104] L. LEVILLAIN, *Examen critique des chartes... de Corbie*, 1902, p. 235, número 15.

[105] DUCANGE, *Glossarium, verbo garum*.

[106] E. JEANSELME, «Sobre un prontuario de terapéutica bizantino», en *Mélanges Ch. Diehl*, t. I, 1930, p. 150, n. 12; DUCANGE, *op. cit.*, *costum*, vino cocido.

[107] DUCANGE, *verbo hidrio*. Solo se encuentra esa palabra aquí; ¿se trata quizá de un error de lectura?

[108] DUCANGE, *sub verbo seoda*.

10 pieles de Córdoba;
50 manos de papiros.

Sin duda no todas esas mercancías, como por ejemplo el aceite, constituyen especias llegadas de Oriente. Pero en su mayoría lo son. Y el acta nos permite sacar diversas conclusiones. Ante todo, que el almacén del fisco estaba abundantemente provisto siempre de esas especias, ya que el permiso concedido a los monjes no especifica la época: irán cuando quieran. Y además, es difícil creer que nos hallamos ante una liberalidad otorgada sólo al monasterio de Corbie. Pero incluso aunque así fuera, es preciso deducir que las especias estaban tan difundidas que la propia cocina de los monjes no podía prescindir de ellas.

Esto es tan cierto, que el rey prevé el empleo por los *missi* del monasterio, en Fos, de una libra de *garum,* de una onza de pimienta, y de dos onzas de comino. Así, hasta unos pobres diablos no podían prescindir de la pimienta, lo mismo que no podían prescindir de la sal. Estas prestaciones a los *missi* debían hacerse en todas las etapas o, si se quiere, en todos los relevos de posta a la ida y a la vuelta, lo cual equivale a decir que se encontraban en cualquier sitio.

Se puede hacer una comprobación análoga leyendo la *tractoria* que Marculfo nos ha conservado [109]. Se encuentran en ella más o menos las mismas especias que en el acta de Corbie. Sé perfectamente que Krusch [110] ha pretendido que la fórmula de Marculfo se limita a copiar el diploma de Corbie. Se burla diciendo que los funcionarios reales no comieron todo eso, y sin duda tiene razón [111]. Pero es imposible admitir, por otra parte, que Marculfo haya podido introducir la enumeración de todas esas especias en su fórmula si dichas especias fueran raras. Para él, todo eso debía ser de uso corriente y esto es tanto más significativo cuanto que escribe en el Norte. Por otra parte, ¿es exacto que Marculfo no ha hecho sino copiar el diploma de Corbie? [112]. Se ha observado que agrega animales comestibles a la lista que figura en el acta de Corbie. Y si se hubiera limitado simplemente a copiar esa pieza, ¿por qué iba a omitir la mención relativa al papiro? [113].

[109] *Formulae*, I, 11, ed. Zeumer, p. 49.

[110] KRUSCH, *Ursprung und Text von Markulfs Formelsammlung,* Nachrichten von der Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen, 1916, p. 256.

[111] En cambio, en la época carolingia la alimentación de los funcionarios no prevé el uso de ninguna especia. G. WAITZ, *Deutsche Verfassungsgeschichte*, tomo IV, 2.ª ed., p. 23.

[112] SPROEMBERG, «Marculf und die Fränkische Reichskanzlei», *Neues Archiv*, tomo 47, 1927, p. 89, admite el punto de vista de Krusch.

[113] En lo que se refiere a las especias, el comercio merovingio se parece

En cualquier caso, el diploma de Corbie y lo que de él puede deducirse bastan para subrayar la importancia esencial del tráfico de especias en la época merovingia. Y no cabe duda de que lo que es cierto para la Galia lo es también para otras costas del mar Tirreno.

Otro artículo de gran consumo procedente de Oriente es el papiro [114]. Egipto tiene el monopolio para proporcionar a todo el Imperio el material corriente de la escritura, ya que el pergamino estaba reservado para los escritos de lujo. Ahora bien: después de las invasiones, como antes de ellas, la práctica de la escritura se conservó en todo Occidente. Forma parte de la vida social. Toda la vida jurídica, toda la vida administrativa, quiero decir el funcionamiento del Estado, la exige, así como las relaciones sociales. Los mercaderes tienen dependientes, *mercenarii litterati*. Se necesitan masas de papiro para llevar los registros del fisco, para los notarios de los tribunales, para las correspondencias privadas, para los monasterios. El de Corbie —ya lo hemos visto— consume al año cincuenta manos *(tomi)* de papiro retiradas del *cellarium fisci* de Fos. Evidentemente, este género se descarga en los muelles portuarios en cargamentos enteros.

El apóstrofe de Gregorio a su colega de Nantes, cuyos insultos no podrían ser inscritos en todo el papiro que se desembarca en el puerto de Marsella [115], es una prueba contundente de la abundancia del arribo de esta mercancía. Además, se empleaba también el papiro para confeccionar mechas de velas y también, al parecer, para guarnecer con él los costados de los faroles tras haberlo engrasado [116]; el hecho de que uno pudiera abastecerse de él en las tiendas de Cambrai prueba que se encontraba en todo el país [117]. Era, pues, un objeto de gran consumo y materia por consiguiente de un comercio al por mayor, que irradiaba desde Alejandría a todo el Mediterráneo. Es sabido que disponemos aún de la prueba material de esto en los hermosos diplomas reales conservados en los Archivos Nacionales de

a aquel al que se entregan las ciudades italianas desde el siglo XII. GREGORIO DE TOURS señala que se venden especias en casa de los mercaderes en París *(Hist. Franc.*, VI, 32).

[114] H. PIRENNE, «El comercio del papiro en la Galia merovingia», *Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 1928, páginas 178-191.

[115] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, V, 5: *O si te habuisset Massilia sacerdotem! Numquam naves oleum aut reliquas species detulissent, nisi cartam tantum, quo majorem opportunitatem scribendi ad bonos infamandos haberes. Sed paupertas cartae finem imponit verbositati.*

[116] GREGORIO DE TOURS, *Liber in gloria martyrum*, M. G. H. SS. rer. Merov., tomo I, p. 558; *Liber de virtutibus S. Martini, ibid.*, p. 644; *Liber Vitae Patrum, ibid.*, p. 698.

[117] F. VERCAUTEREN, *Etude sur les Civitates*, pp. 211-212.

París [118] y en algunos fragmentos de cartas privadas, restos de los innumerables *scrinia* en los que los particulares conservaban sus papeles de negocios y su correspondencia, igual que las ciudades guardaban las actas insertadas en las *gesta municipalia.*

La fragilidad del papiro en los climas del Norte explica fácilmente que quede tan poco; eso no debe engañarnos sobre la cantidad que antaño se usó. Y el número de informaciones que poseemos sobre la Galia, gracias a Gregorio de Tours, no debe hacernos olvidar el consumo, ciertamente mucho más considerable, que de él se hacía en Italia y en España, y que por tanto debía de alimentar una importación singularmente activa.

Hay otro género que figura también muy ampliamente en el comercio de la época. Era el aceite. Se necesitaba corrientemente para la alimentación, ante todo, pues parece que en la Galia meridional la cocina se hacía sobre todo con aceite, como en España y en Italia. Los olivos indígenas no bastaban para el consumo. Había que traerlo de fuera. Y en tanta mayor medida cuanto que el alumbrado de las iglesias en esa época, y sin duda justamente a causa de la abundancia de aceite, no exigía cera, como más adelante, sino aceite. Ahora bien, Africa era el gran productor en el Imperio y debía seguir siéndolo hasta la conquista musulmana. Se expedía desde Africa en *orcae.* Teodorico, entre 509 y 511, escribe al obispo de Salona [119] para recomendarle al comerciante Johannes que ha proporcionado al obispo *sexaginta orcas olei ad implenda luminaria* y que pide que le paguen. Y la continuación de la carta demuestra que eso no era sino una *parvitas,* es decir, una bagatela. Gregorio de Tours proporciona informaciones sobre el comercio del aceite en Marsella [120]; habla de un mercader a quien le han robado en el muelle 70 *orcae* de aceite [121]. Un diploma de Clodoveo III, del año 692, renovado en el 716, pero que se remonta a Dagoberto I († 639), concede al monasterio de Saint-Denis una renta anual de 100 sueldos, con la cual los *actores regii* comprarán aceite en el *cellarium fisci,* según el *ordo cataboli* [122]. Una fórmula de Marculfo cita Marsella como el puerto donde se suele comprar el aprovisionamiento de las *luminaria* [123].

Ese aceite subía, pues, hasta el Norte. El texto de Corbie, del 716, referente a las 10.000 libras de aceite, establece la misma cosa.

[118] LAUER y SAMARAN, *Les diplômes originaux des Mérovingiens*, París, 1908.

[119] CASIODORO, *Variae*, III, 7, ed. Mommsen, M. G. H. SS. Antiq., t. XII, página 83. Este texto me lo comunicó amablemente el señor Kugener.

[120] BUCHNER, *Die Provence*, pp. 44-45. Se basa especialmente en GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, V, 5.

[121] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, IV, 43.

[122] R. BUCHNER, *op. cit.*, pp. 44-45.

[123] MARCULFO, *Supplementum*, I, ed. K. Zeumer, p. 107.

Ahora bien, en este caso no se puede pensar que se trata del aceite de Provenza, puesto que se encuentra almacenado en el *cellarium fisci* [124]. Un texto que habla de exportación de aceite por Burdeos permite creer que ese aceite era expedido desde Marsella [125].

Todo esto atestigua activas relaciones con Africa. Pero el hecho, curiosísimo, de que se empleen camellos como animales de carga en España y la Galia, arroja también una viva luz sobre esas relaciones. Pues esos camellos sólo pueden proceder de Africa, donde Roma los ha introducido en el siglo II. Evidentemente, se habrían difundido por este lado del mar antes de las invasiones. Gregorio de Tours [126] menciona los camellos y los caballos cargados *cum ingenti pondere auri atque argenti* y abandonados por el ejército de Gundobado durante su retirada. Igualmente Brunegilda es paseada sobre un camello delante del ejército, antes de su suplicio [127]. Lo cual prueba, al parecer, por comparación con el texto anterior, que los ejércitos transportaban sus bagajes en camellos. La *Vita Sancti Eligii* [128] habla de un camello que acompaña al obispo cuando viaja. En España, el rey Wamba hace conducir a Toledo al rebelde Paulo *abrasis barbis pedibusque nudatis, subsqualentibus veste vel habitu induti, camelorum vehiculis imponuntur* [129].

De todo esto resulta más que evidente la existencia de un movimiento muy activo de navegación por el mar Tirreno con Oriente y con las costas de Africa. Cartago parece haber sido la escala hacia Oriente. Se hacía también una navegación de cabotaje a lo largo de las costas de Italia, de Provenza y de España. La gente del Norte que iba a Roma se embarcaba en Marsella para Porto, en la desembocadura del Tíber [130]. Los viajeros hacia Constantinopla iban por mar. La ruta de tierra por el Danubio, atestada de bárbaros, no era muy frecuentada [131]. Se podía también ir por Rávena y Bari. Quizás había una navegación regular entre Marsella y España, análoga a la de

[124] El cálculo de BUCHNER, *op. cit.*, p. 45, que estima que la importación de aceite en Fos asciende a 200.000 libras anuales, no puede ser tenido en cuenta.

[125] *Vita S. Filiberti abbatis Gemeticensis*, M. G. H. SS. rer. Merov., t. V, página 602.

[126] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VII, 35.

[127] PSEUDO-FREDEGARIO, *Chronica*, IV, 42, SS. rer. Merov., t. II, p. 141; *Vita Columbani*, I, 29, *ibid.*, t. IV, p. 106; *Liber Historiae Francorum*, c. 40, *ibid.*, t. II, pág. 310.

[128] *Vita S. Eligii*, II, 13, M. G. H. SS. rer. Merov., t. IV, p. 702.

[129] JULIÁN DE TOLEDO, *Historia Wambae*, SS. rer. Merov., t. V, p. 525. DUCANGE, *sub verbo* Camelus, cita un texto de la *Vita SS. Voti et Felicis* relativo a España donde hay que leer *Camelus* y no corregir en *rupicapra* (gamuza) como hace Ducange.

[130] R. BUCHNER, *op. cit.*, p. 32.

[131] *Ibid.*, p. 33.

nuestros cargueros. Puede deducirse de la expresión *negotio solito* usada por Gregorio de Tours [132]. Creo que puede decirse que la navegación siguió siendo por lo menos tan activa como bajo el Imperio. Después de Genserico, no se vuelve a oír hablar de piratería. Y con toda evidencia el comercio al que se entregan es el gran comercio al por mayor. Es imposible dudarlo si se tiene en cuenta el tipo de las importaciones, su regularidad y las fortunas que amasan los comerciantes.

El único puerto que conocemos bien, Marsella, nos da toda la impresión de un gran puerto. Es una ciudad cosmopolita. Su importancia se deduce del deseo que los reyes muestran por poseer la ciudad con ocasión de los repartos del reino [133]. Se encuentran allí judíos y sirios en gran cantidad, sin contar los griegos y con toda seguridad también los godos. Los *Annales Petaviani* [134] nos hablan de un *negociator* anglosajón, Botto, el cual, puesto que su hijo ha muerto en el 790, debe de haberse establecido allí a comienzos del siglo VIII, es decir, en una época en la que se inicia la decadencia. La ciudad debía de estar muy poblada y haber conservado aún esas grandes casas de pisos como aquellas cuyas ruinas subsisten en Ostia. Gregorio de Tours [135] habla de ocho personas que mueren en una sola casa, lo cual permite sin duda pensar en una especie de caserón de alquiler. Se llegará también a la misma conclusión si se observa la frecuencia de las epidemias en esa ciudad marítima bajo el obispo Teodoro (c. 566-c. 591). Un navío procedente de España llevó allí una epidemia que duró dos meses [136]. Se difundió por el interior hasta los alrededores de Lyon [137]. En Provenza y Narbona se citan frecuentemente otras epidemias [138]. En 598-599, Fredegario describe una epidemia que hace pensar en la peste negra [139].

III.—El comercio interior

Naturalmente, resulta imposible admitir que los comerciantes orientales, judíos y otros, se limitaban a importar a la cuenca del mar Tirreno sin exportar nada. Sus barcos se llevaban evidentemente un

132 GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, IX, 22.
133 LOT, PFISTER y GANSHOF, *Hist. du Moyen Age*, t. I, pp. 258 y 259.
134 *Annales Petaviani*, M. G. H. SS., t. I, p. 17.
135 GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, IX, 22.
136 GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, IX, 21 y 22.
137 *Ibid.*, X, 25.
138 *Ibid.*, VIII, 39, y VI, 14.
139 *Chronica*, IV, 18, SS. rer. Merov., t. II, p. 128: *Eo anno cladis glandolaria Marsilia et reliquas Provinciae civitates graviter vastavit.*

flete de regreso. El principal debió de consistir en esclavos. Es sabido que la esclavitud doméstica y rural está aún sumamente difundida después del siglo v. Incluso estaría tentado, por mi parte, creer que las invasiones germánicas le dieron un nuevo período de prosperidad. Los germanos la practicaban, como los romanos, y habrán traído consigo bastantes esclavos. Sus guerras contra los bárbaros del otro lado del Rin y contra los lombardos habrán contribuido aún más a ella.

Por otra parte, aunque la Iglesia, al admitir al esclavo a los Sacramentos y al reconocerle el derecho, o mejor dicho la obligación de casarse, elevó su condición, en principio no condenó ni atacó, sin embargo, la institución servil [140]. Los *mancipia* se encontraban, pues, por doquier, y no sólo en las grandes fincas, sino al servicio de todos los particulares de cierta fortuna. Por muchos que se manumitiesen, siempre quedaban, y las continuas llegadas alimentaban su número [141].

La gran fuente eran los pueblos bárbaros. Con toda seguridad era un mercader de esclavos ese Samo del que Fredegario [142] cuenta que llega hasta los vendos al frente de una tropa de comerciantes aventureros en 623-624. Esos comerciantes iban allá como los varegos del siglo IX a Rusia, para hacer esclavos y sin duda también para traer pieles. Los vendos podían ser comprados y vendidos sin escrúpulos, pues eran paganos, y los concilios sólo ponían obstáculos a la venta de esclavos cristianos fuera del reino, lo cual prueba justamente que se vendían esclavos en el extranjero [143].

Samo no era, por lo demás, único en su especie, pues, convertido en rey de los vendos, mandó asesinar a unos comerciantes francos, lo cual provocó la guerra entre él y Dagoberto. Su subida al trono hace palpable la asimilación entre él y los varegos. Se puede, por otra parte, suponer que vendía armas a los bárbaros, como lo hacían los comerciantes fraudulentos de la frontera contra los cuales tanto legislaron las capitulares de los reyes francos. Por lo demás, aunque Frede-

[140] Su punto de vista siguió siendo exactamente igual al que era en el Imperio romano. Cfr. VERLINDEN, *op. cit.*, *Anuario de Historia del Derecho Español*, tomo XI (1934), p. 312.

[141] La *Lex Visigothorum*, III, 4, 17, ed. Zeumer, M. G. H. Leges, t. I, página 157, menciona incluso esclavos entre los *pauperes*. En efecto, se les entregan las prostitutas reincidentes para que estén *in gravi servitio*.

[142] FREDEGARIO, *op. cit.*, IV, 48, M. G. H. SS. rer. Merov., t. II, p. 144. Cfr. VERLINDEN, «El franco Samo», *Revue belge de philologie et d'histoire*, tomo XII, 1933, pp. 1090-1095. FUSTEL DE COULANGES, *La monarchie franque*, página 258, ¡compara a Samo con el jefe de una gran compañía comercial!

[143] El Concilio de Chalon, de 639-654, M. G. H. Concilia, ed. Maasen, t. I, página 210, prohíbe vender esclavos fuera del reino franco.

gario llama a Samo *negucians,* y a sus compañeros *negutiantes,* no se puede ver en él un mercader profesional, sino más bien un aventurero.

También se vendían en la Galia esclavos moros; otros eran turingios, otros más procedían de Inglaterra [144].

Había gran cantidad de esclavos ingleses en el mercado de Marsella, donde, en el 595, Gregorio Magno los manda comprar para que los envíen a Roma con el fin de convertirlos [145]. Probablemente se trataba de prisioneros hechos durante las guerras de los bretones con los sajones, que la navegación transportaba a la Galia. Acaso era esa gente la que San Amando († 674-675) redimía en tierras de Gante [146]. Sin duda eran también gente del Norte esos esclavos llevados por un comerciante a las cercanías de Cambrai, de quienes nos habla la *Vita Gaugerici* [147].

Por doquier se encontraban esclavos para comprar. Gregorio de Tours [148] habla de esclavos sajones pertenecientes a un comerciante del Orlanesado.

Fredegario cuenta [149] que Bilichilda, que se convirtió en esposa de Teodoberto, había sido comprada a unos *negociatores* por Brunegilda, sin duda a causa de su belleza.

Los peajes de Arrás y de Tournai revelan igualmente el tránsito de esclavos por los cuales los comerciantes deben pagar unos derechos [150].

[144] *Vita S. Eligii,* M. G. H. SS. rer. Merov., t. IV, p. 676. VERLINDEN, *op. cit.*, p. 379, piensa que probablemente se vendían también en España. Santa Batilde había sido de *partibus transmarinis... vili pretio venundata,* SS. rer. Merov., t. II, p. 482; cfr. LESNE, *La propriété ecclésiastique en France,* I, 1910, página 359. En Clermont, Sigibaldo tenía como esclavo *(in cujus servitio erat adolescens quidam nomine Brachio)* un criado para la caza del jabalí que era turingio. GREGORIO DE TOURS, *Liber Vitae Patrum,* M. G. SS. rer. Merov., t. I, página 712. GUILHIERMOZ, *Essai sur l'origine de la noblesse en France au Moyen Age,* 1902, p. 74, se equivoca ciertamente al querer ver en él un soldado privado.

[145] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta,* núm. 1386.

[146] DE MOREAU, *Saint Amand,* 1927, p. 133. Sobre esas compras de cautivos, véase LESNE, *op. cit.*, pp. 357 y 369.

[147] *Vita S. Gaugerici,* ed. Krusch, M. G. H. SS. rer. Merov., t. III, p. 656. Cfr. VERCAUTEREN, *Etudes sur les Civitates,* p. 213.

[148] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VII, 46.

[149] *Op. cit.,* M. G. H. SS. rer. Merov., t. II, pp. 134 y 135.

[150] El peaje de Arrás, que figura en el *Cartulaire de Saint-Vaast* de GUIMAN, ed. Van Drival, p. 167, permite reconocer aún bajo su ropaje del siglo XII un viejo fondo merovingio. El texto lo atribuye a un *rex Theodericus* (p. 165). Ahora bien, la venta del *servus* y de la *ancilla* está mencionada en el párrafo titulado *De Bestiis.* Se observa lo mismo en la tarifa del peaje de Tournai: *si servus vel ancilla vel auri uncia vendantur....* P. ROLLAND, *Deux tarifs du tonlieu de Tournai,* Lille, 1935, p. 17.

Todos estos esclavos, capturados [151] por los émulos de Samo o traídos de Britania, eran encaminados hacia los puertos del Mediterráneo [152]. Se les encuentra a la venta en Narbona [153]. Se les encuentra en Nápoles [154], a donde llegaban, sin duda, de Marsella, que era el gran mercado [155].

Gran cantidad de mercaderes se ocupaban de este comercio de esclavos [156]. Parece que se trataba sobre todo de judíos. El Concilio de Mâcon, en el 583, permite a los cristianos redimir los esclavos de los judíos por 12 sueldos, ya para darles la libertad, ya para quedárselos a su servicio. Se citan comerciantes judíos de esclavos en Narbona [157] y Nápoles [158].

De todo ello podemos concluir que existía un importante comercio de esclavos en las costas del mar Tirreno; y no parece dudoso que los barcos que traían las especias, la seda, el papiro, los exportaban como flete de regreso hacia Oriente.

La Galia, además, parece haber entregado a Oriente, amén de esclavos, ropas, telas, maderas para la construcción, quizás también

151 PABLO DIACONO, *Historia Langobardorum*, ed. Bethmann & G. Waitz, I, 1, M. G. H. SS. rer. Langob. et. Ital., p. 48, dice que gran cantidad de bárbaros fueron traídos de la populosa Germania para ser vendidos a los pueblos del Sur.

152 Sobre la venta de esclavos en Marsella, v. *Vita Boniti*, M. G. H. SS. rer. Merov., t. VI, p. 121. Sobre el comercio de esclavos, véase A. DORSCH, *Wirtschaftliche und Soziale Grundlagen der Europäischen Kulturentwicklung*, Viena, 2.ª ed., 1924, t. II, p. 175; Br. HAHN, *Die Wirtschaftliche Tätigkeit der Juden im Fränkischen und Deutschen Reich bis zum zweiten Kreuzzug*, Friburgo, 1911, p. 23; FUSTEL DE COULANGES, *L'alleu et le domaine rural*, p. 279.

153 JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núm. 1467.

154 *Ibid.*, núm. 1409.

155 La *Vita S. Eligii*, I, 10, M. G. H. SS. rer. Merov., t. IV, p. 677, habla de los cautivos liberados por San Eloy, unas veces en número de veinte o treinta, otras de cincuenta: *nonnumquam vero agmen integrum et usque ad centum animas, cum navem egrederentur utriusque sexus, ex diversis gentibus venientes, pariter liberabat Romanorum scilicet, Gallorum atque Brittanorum necnon et Maurorum, sed praecipue ex genere Saxonorum, qui abunde eo tempore veluti greges a sedibus propriis evulsi in diversa distrahebantur*. Cfr. BUCHNER, *op. cit.*, página 47.

156 Una fórmula de Sens, M. G. H. Formulae, ed. Zeumer, p. 189, núm. 9, se refiere a la compra de un esclavo por un *homo negotians*. Una fórmula de Angers, *ibid.*, p. 22, núm. 51, es una orden de busca del esclavo fugitivo de un *negociens*.

157 JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núm. 1467.

158 JAFFÉ-WATTENBACH, *op. cit.*, núm. 1629, y también los núms. 1409 y 1242, del año 593, donde aún se habla de la compra de esclavos cristianos por un judío.

granza; Gregorio Magno compra ropa en Marsella y en Arlés y manda expedir a Alejandría maderas compradas en la Galia [159].

En cualquier caso, la gran circulación del oro nos fuerza a admitir una exportación importante.

Al lado de este comercio internacional en el que han tenido una parte preponderante, si no exclusiva, los extranjeros, el comercio interior desempeñaba un importante papel en la vida económica de Occidente. En esto el espectáculo cambia. Evidentemente, acabamos de verlo, los judíos se distinguían en él y lo mismo ocurría seguramente con los sirios establecidos en el país y que hemos señalado antes. Pero al lado de ellos, los nativos ocupaban un lugar considerable. Es evidente que entre ellos se encontraban no sólo tenderos, sino también comerciantes profesionales [160].

La anécdota que Gregorio de Tours recoge sobre los comerciantes de Verdún [161] es característica al respecto: como la miseria abrumaba a la ciudad en tiempos del obispo Desiderato (primera mitad del siglo VI), este pide prestados 7.000 *aurei* al rey Teodoberto y los distribuye entre los *cives «at illi negotia exercentes divites per hoc effecti sunt et usque hodie magni habentur»*. Esto prueba sin lugar a dudas un vivo comercio [162]. Y es notable que el obispo hable al rey de levantar el comercio de su ciudad *sicut reliquae habent*; hay que concluir de ello que la actividad comercial es propia de todas las ciudades [163].

Gregorio de Tours [164] relata, entre otros, un suceso que arroja una viva luz sobre la vida comercial de la época: «Durante una hambruna, el comerciante Cristóforo de Tours se enteró de que una gran partida de vino acababa de llegar a Orleáns. Parte al punto, bien provisto de dinero por su suegro, sin duda comerciante también, compra

[159] *Registr.*, VI, 10, M. G. H. Epist., t. I, p. 388. Un texto de LYDUS señala también las telas de Arrás, *De Magistratibus*, I, 17, ed. Wuensch, Teubner, 1903, p. 21. Véanse, sin embargo, las reservas que expresa F. VERCAUTEREN, *Etudes sur les Civitates*, p. 183.

[160] A. DOPSCH, *Wirtschaftliche Grundlagen*, t. II, 2.ª ed., p. 439, refuta la idea de que solo habría habido mercaderes extranjeros.

[161] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, III, 34.

[162] Los obispos se interesaban por el comercio. En Nantes, el obispo Félix manda agrandar el puerto, VENANCIO FORTUNATO, *Carmina*, III, 10, M. G. H. SS. Antiq., t. IV[1], p. 62.

[163] Lot, en LOT, PFISTER y GANSHOF, *Histoire du Moyen Age*, t. I, p. 365, cita justamente el ejemplo de Verdún para probar la insignificancia del capitalismo. Pero si se hacen semejantes comparaciones entre nuestra época y el siglo XIII, se llegará a idénticas conclusiones sobre este último período. Es muy cierto, por lo demás, que aquí se trata de detallistas y, por tanto, de detallistas muy activos.

[164] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VII, 46.

el vino y lo manda cargar en barcas. Después se dispone a regresar a su casa a caballo, pero en el camino le matan dos esclavos sajones que lo acompañaban.» He aquí un ejemplo de especulación mercantil que nada tiene de medieval. Este Cristóforo es evidentemente un gran comerciante, quiero decir un comerciante al por mayor que pretende hacer un buen negocio acaparando mercancía en propio beneficio. Y obsérvese que está solo. Nada en ese comercio recuerda las guildas o las bolsas: es comercio individualista a la romana [165] Y Gregorio de Tours señala que otros mercaderes se entregaban a idénticas especulaciones [166].

El fraude daba también su rendimiento. El mismo Gregorio de Tours [167] cuenta la historia de un comerciante que, con un *triens*, gana 100 *solidi* adulterando su vino. Sin duda en este caso se trata de un detallista.

No cabe duda que también hubo en Italia comerciantes de profesión; como prueba de ello bastan las menciones de los mercaderes lombardos que sirven en el ejército. Constituyen, pues, una clase social independiente que vive de comprar y vender. La prueba de que son muy numerosos es que su servicio militar está reglamentado aparte [168].

No cabe duda de que el comercio proporcionaba grandes beneficios. Parece que el botín logrado en Poitou entre los mercaderes saqueados por los hijos de Wado fue muy considerable [169].

Pero tenemos pruebas más seguras. El epitafio de un mercader de Lyon dice que era «el consuelo de los afligidos y el refugio de los pobres»; debía, pues, ser riquísimo [170].

En el 626, el mercader Juan lega unas propiedades a la abadía de Saint-Denis y a diversas iglesias de la diócesis de París [171]. Como el rey confirma la donación, se trata de bienes importantes. Fortu-

[165] Sin embargo, también hay mercaderes que viajan en grupo en el siglo VI; véase a continuación lo que se dice de Wado.

[166] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VII, 45.

[167] GREGORIO DE TOURS, *Liber in Gloria Confessorum*, c. 110, SS. rer. Merov., t. I, p. 819.

[168] *Leges Ahistulfi regis*, ed. F. Bluhme, M. H. G. Leges, t. III, in-f.°, p. 196, número 750. Estos mercaderes son evidentemente los sucesores de aquellos en favor de los cuales legislaba Teodorico en 507-511: «*ne genus hominum, quod vivit lucris, ad necem possit pervenire dispendiis*». CASIODORO, *op. cit.*, II, 26, M. G. H. SS. Antiq., t. XII, p. 61. Cfr. A. DOPSCH, *Wirtschaftliche Grundlagen*, tomo II, 2.ª ed., p. 437; DOREN, *Italienische Wirtschaftsgeschichte*, 1934, página 122, observa que esas leyes de Astolfo deben remontarse a textos más antiguos, pues los mercaderes aparecen divididos ya en varias categorías.

[169] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, X, 21.

[170] LEBLANT, *Inscriptions*, t. I, p. 41. Cfr. COVILLE, *op. cit.*, p. 534.

[171] J. HAVET, *Oeuvres*, t. I, 1896, p. 229 (texto definitivo).

nato escribe un epitafio para el mercader Juliano, conocido por sus liberales limosnas [172]. En el 651, Leodebodo, abad de Saint-Aignan en Orleáns, lega a la abadía de Saint-Pierre en Fleury-sur-Loire fincas urbanas que él había comprado antaño a un comerciante; este era por tanto propietario de casas situadas en la ciudad [173].

El *Rodulfus negotiens* cuyo nombre está inscrito en una libra romana es sin duda un comerciante merovingio [174]. Gregorio de Tours habla también de un mercader de Comminges, en quien me siento tentado de ver un propietario de tiendas [175].

Conocemos también a un mercader de Poitiers que va a Tréveris y a Metz [176], donde se entrevista con otro mercader que compra y vende sal y navega por el Mosela.

Con eso basta para afirmar como nada dudosa, y ciertamente hasta finales del siglo VII, la presencia de numerosos mercaderes indígenas al lado de los judíos y los mercaderes orientales; entre ellos, seguramente los había muy ricos; habrá que esperar mucho para volver a encontrarlos tan importantes.

El comercio, tal y como existía en el Imperio antes de las invasiones, se ha mantenido, pues, con certeza, después de ellas.

¿Dónde se hacía el comercio? Evidentemente en las ciudades. Según todos los informes que poseemos, allí es donde habitan los *negociatores*. Están instalados en el interior del recinto, en el *oppidum civitatis* [177].

Las ciudades tenían a la vez un aspecto eclesiástico y comercial. Se encontraba en ellas, incluso en ciudades del Norte como Meaux, calles con soportales que se prolongaban a veces hasta el arrabal [178]. Esas casas con soportales debían de dar, incluso en el Norte, un aspecto italiano a las ciudades. Servían, sin duda, para albergar las

[172] LEBLANT, *Inscriptions*, t. II, p. 520, núm. 645.

[173] «*Quod de heredibus Pauloni negociatoris, quondam visus sum comparasse, areas scilicet in oppido civitatis Aurelianensium cum domibus desuper positis, acolabus ibidem residentibus*», PROU y VIDIER, *Recueil des chartes de Saint-Benoît-sur-Loire*, t. I, 1900, p. 7. Cfr. sobre este mismo mercader, FUSTEL DE COULANGES, *La monarchie franque*, p. 256, n. 5.

[174] M. PROU, *Catalogue des monnaies carolingiennes de la Bibliothèque nationale*, París, 1896, p. XXXVIII.

[175] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VII, 37: «*Chariulfus valde dives ac praepotens, cujus adpotecis ac prumtuariis urbi valde referta erant*».

[176] GREGORIO DE TOURS, *Liber de virtutibus S. Martini*, IV, 29, M. G. H. SS. rer. Merov., t. I, p. 656.

[177] J. HAVET, *Oeuvres*, t. I, p. 230, y el texto citado en la p. 84, n. 6.

[178] San Faron heredó en Meaux *casas cum areis, tam infra muros quam extra muros civitatis*. PARDESSUS, *Diplomata*, t. II, p. 16, núm. CCLVII.

tiendas, que en general estaban agrupadas; era el caso sobre todo, según Gregorio de Tours [179], de París.

En esas ciudades, al lado de los comerciantes vivían artesanos sobre los que poseemos escasas informaciones. San Cesáreo los menciona en Arlés, en el siglo VI [180]. La industria del vidrio parece haber sido muy importante: las tumbas merovingias contienen gran número de objetos de vidrio.

El *curator civitatis* y el *defensor civitatis* tenían a su cargo la vigilancia de mercados y mercancías [181]. En Rávena parecen haberse conservado algunos restos de los colegios de artesanos de la Antigüedad.

¿Es posible establecer la importancia de las ciudades después de las invasiones? Sólo tenemos al respecto informes esporádicos. En la Galia, los cascos urbanos estaban muy poco desarrollados. Vercauteren [182] evalúa su población en 6.000 almas y a menudo en mucho menos.

La población debía, sin embargo, estar muy aglomerada y quizás no eran raras las grandes casas, como en Marsella [183]; había, en París, casas construidas sobre los puentes [184].

Las ciudades del Sur son más considerables. En Fréjus, según las ruinas, se ve que la ciudad antigua debió de ser cinco veces mayor que la ciudad actual. Nimes cubría un territorio de 320 hectáreas más o menos [185]. El casco romano de Tolosa habría tenido un perímetro de tres kilómetros [186]. Y Hartmann admite para Milán, en la época de Teodorico, 30.000 habitantes [187].

Cierto que las ciudades habían sufrido con las invasiones. Se habían derrumbado puentes que habían sido sustituidos por puentes de barcas. Pero las ciudades seguían subsistiendo todas. Los obispos las habían restaurado, además. Y no cabe duda de que, al igual que

[179] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VII, 37, nos habla de las *apotecae* y los *prumptuaria* de Comminges. En París, GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VI, 32, nos muestra a Leudaste: *domus negutiantum circumiens, species rimatur, argentum pensat atque diversa ornamenta prospicit.* Vuelve a hablar de esas *domus necutiantum*, *ibid.*, VIII, 33, que parecen colocadas en hilera,

[180] Citado por F. KIENER, *op. cit.*, p. 29, n. 38; *sutores, aurifices, fabri vel reliqui artifices.*

[181] KIENER, *op. cit.*, p. 15.

[182] F. VERCAUTEREN, *Etude sur les Civitates de la Belgique Seconde*, Bruselas, 1934, pp. 354 y 359.

[183] Cfr. para Angers, GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VIII, 42.

[184] *Vita S. Leobini*, c. 62, ed. Krusch, SS. Antiq., t. IV², p. 79.

[185] BLANCHET, *Les enceintes romaines de la Gaule*, París, 1907, páginas 211 y 208.

[186] *Ibid.*, p. 202, n. 3.

[187] Se ve en la *Lex Visigothorum*, III, 4, 17, ed. Zeumer, M. G. H. Leges, página 157, que en las ciudades españolas abundaban las prostitutas profesionales, libres y esclavas.

eran los centros de la administración religiosa y civil, también eran centros permanentes de comercio. Desde este punto de vista, también continúa la economía antigua. No se encuentra nada parecido a las grandes ferias reguladoras de la Edad Media, como las de Champaña.

Sin embargo, existen ferias, aunque sin duda son ferias locales [188]. En el Norte se crean nuevas ferias: la de Saint-Denis se cita por primera vez en el 709 [189]. Pero esas ferias desempeñan sólo un papel secundario. Según L. de Valdeavellano [190], en España no se encuentran. Y en cualquier caso, en ninguna parte se hallan los pequeños mercados que abundaron en el período carolingio. No hay que ver en ello una prueba de debilidad comercial. Al contrario. Los mercados no son un elemento esencial en las ciudades donde hay mercaderes profesionales, y que son sitios de comercio permanente. Cuando el comercio haya desaparecido se organizarán todos esos pequeños centros económicos de aprovisionamiento, con su área restringida y frecuentados sólo por mercaderes ocasionales. Leyendo a Gregorio de Tours se tiene la impresión, al contrario, de encontrarse en una época de comercio urbano. Los *conventus* de los mercaderes se hacen en las ciudades [191]. No se encuentran en el campo. Constituye un error seguro, como ha observado Waitz [192], considerar lugares de mercado los innumerables sitios inscritos en las monedas merovingias por los *monetarii*. Lo que se encuentra en el período merovingio, como en la Antigüedad, son *portus*, es decir etapas y desembarcaderos, pero no mercados. El rey cobra peajes en las ciudades, en los *portus* [193]. Son los antiguos peajes romanos, conservados en los mismos lugares [194].

[188] Una carta dirigida hacia 630-655 a Desiderio, obispo de Cahors, M. G. H. Epist., t. III, p. 214, habla de *istas ferias in Rutenico vel vicinas urbes*, es decir, de las ferias de Rodez, a las que los habitantes de Cahors tienen prohibido concurrir a causa de la peste que reina en Marsella.

[189] VERCAUTEREN, *op. cit.*, p. 450. Según Levillain, esa feria fue instituida en el 634 o el 635, «Estudio sobre la abadía de Saint-Denis», *Bibl. de l'Ecole des Chartes*, t. XCI, 1930, p. 14.

[190] L. G. DE VALDEAVELLANO, «El mercado. Apuntes para su estudio en León y Castilla durante la Edad Media», *Anuario de Historia del Derecho Español*, t. VIII, 1931, p. 225.

[191] *Lex Visigothorum*, IX, 2, 4, ed. Zeumer, M. G. H. Leges, t. I, in-4.°, página 368.

[192] G. WAITZ, *op. cit.*, t. II, 2.ª parte, 3.ª ed., p. 309.

[193] Los diplomas hablan del peaje percibido *per civitates seu per castella seu per portus, seu per trexitus*, M. G. H. Diplomata, in-f.°, ed. Pertz, p. 46, número 51. Véase otra mención de *portus*, *Recueil des chartes de Stavelot-Malmédy*, ed. J. Halkin & Roland, t. I, p. 13, núm. 4. Se ve, por ese mismo texto (diploma de Sigiberto III, del 652), que se ejercía allí un *negotiantum commertia* y que el rey tenía allí *telonearii*.

[194] La fórmula número 1 del suplemento de Marculfo, ed. Zeumer, M. G. H. Formulae, p. 107, enumera los peajes de la cuenca del Ródano: Marsella, Tolón, Fos, Arlés, Aviñón, Soyon, Valence, Vienne, Lyon y Chalon-sur-Saône.

Eso sí, se comprueban ya abusos. Hay condes que intentan establecer nuevos peajes en beneficio propio, lo cual lleva a Clotario II, en el 614, a intervenir ordenando que los peajes subsistan igual que estaban bajo su predecesor [195].

Teodorico escribe en el mismo sentido a sus agentes en España, con el fin de impedir los fraudes en el peaje en detrimento de los *transmarini* [196].

El peaje comprende todo tipo de tasas: *portaticum, rotaticum, pulveraticum,* etc. El carácter del peaje es netamente fiscal y no económico. Parece haberse percibido exclusivamente en dinero [197]. El rey puede eximir de él a las abadías, pero, salvo en el período de la decadencia, no suele cederlo. El peaje es un impuesto en beneficio del rey. Y además rinde mucho. La prueba nos la da la importancia de las rentas constituidas por el rey sobre el *cellarium fisci,* en beneficio de ciertas abadías, sobre todo.

La recaudación era posible gracias a que el rey disponía de agentes que sabían leer y escribir, los *telonearii.* Sin duda tenían arrendado el peaje y probablemente por eso los judíos, pese a la reprobación de los concilios, recibían su recaudación [198].

En los grandes puertos había almacenes [199] y funcionarios destinados en los puertos, como nos demuestra la legislación de Teodorico.

En cuanto al correo, subsiste en toda la cuenca del mar Tirreno.

La circulación se hace por las calzadas romanas. Puentes de barcas reemplazan a los viejos puentes en ruinas. La autoridad vela por que las orillas de los cursos de agua se dejen libres por lo menos en el espacio de una *pertica legalis* a cada lado, con objeto de permitir el remolcado de las chalanas.

IV.—La moneda y la circulación monetaria

El sueldo de oro romano, reajustado por Constantino, era la unidad monetaria en todo el imperio en el momento de las invasiones [200].

[195] Edicto de Clotario II, 18 de octubre del 614, M. G. H. Capit., t. I, página 22.

[196] CASIODORO, *Variae*, V, 39, M. G. H. SS. Antiq., t. XII, p. 165.

[197] G. WAITZ, *op. cit.*, t. II, 2.ª parte, 3.ª ed., p. 301, dice, por razones que creo erróneas, que se cobraba en especies.

[198] Tenemos un ejemplo en el *negociator Salomon,* seguramente un judío, que era el *Hoflieferant* de Dagoberto y al cual este había cedido el peaje percibido en una puerta de París, *Gesta Dagoberti*, c. 33, ed. Krusch M. G. H. SS. rer. Merov., t. II, p. 413.

[199] Véase lo que hemos dicho antes del *cellarium fisci.*

[200] El sueldo de oro de Constantino pesaba 4,48 gr.; se sacaban 72 sueldos de una libra. El valor oro del sueldo era de 15,43 F. E. STEIN, *Geschichte des Spätrömischen Reiches*, Viena, 1928, t. I, p. 177.

Ese sistema monetario, que los bárbaros conocían hacía mucho gracias a los subsidios que el Imperio les había entregado, se guardaron de tocarlo.

En algunos países ocupados por ellos no se observa, al principio, el menor cambio en la circulación monetaria. Y más aún, los reyes germánicos acuñan moneda con la efigie de los emperadores [201].

Nada atestigua mejor la persistencia de la unidad económica del Imperio. Era imposible privarlo del beneficio de la unidad monetaria. Hasta el cataclismo contemporáneo de los carolingios, el Oriente griego y el Occidente conquistado por los germanos comulgaron en el monometalismo áureo que había sido el del Imperio. Los navegantes sirios, al desembarcar en los puertos del mar Tirreno, encontraban en ellos las mismas monedas a que estaban acostumbrados en el mar Egeo. Y más aún, las piezas monetarias de los nuevos reinos bárbaros adoptaron los cambios introducidos en la moneda bizantina [202].

Naturalmente, hay monedas de plata y de bronce, pero no se puede ver en ello, con Dopsch [203], la introducción del bimetalismo. Sólo el oro es la moneda oficial. El sistema monetario de los bárbaros es el de Roma. El sistema carolingio, que será el monometalismo de plata, es el de la Edad Media.

Sólo hay una excepción entre los anglosajones, donde el metal plata desempeña el principal papel. Sin embargo, se acuñaron algunas monedas de oro en las zonas meridionales de la isla, es decir en las que están en relaciones comerciales con la Galia, y parece que esas monedas son obra de monederos merovingios [204].

En el reino de Mercia, por ejemplo, más alejado, no se han encontrado sino monedas de plata, algunas de ellas con leyendas rúnicas [205].

Los reyes merovingios acuñaron monedas pseudo-imperiales, cuya serie se cierra con el reinado de Heraclio (610-641), el primer emperador que tuvo enfrentamientos con los árabes [206].

Estas, en general, se diferencian al primer vistazo de la acuñación imperial. En cambio, se parecen mucho entre sí. A menudo no puede

[201] Gunnar MICKWITZ, *Geld und Wirtschaft im Römischen Reich des IV. Jahrhunderts nach Christi*, Helsingfors, 1932, concluye, en la p. 190, que es imposible considerar el siglo IV como un siglo de *Naturalwirtschaft*.

[202] Cuando, a finales del siglo VI, la cruz reemplaza a la victoria en las monedas imperiales, los monederos de Marsella, y después los demás, siguen este ejemplo. M. PROU, *Catalogue des monnaies mérovingiennes de la Bibliothèque nationale*, París, 1892, p. LXXXV.

[203] A. DOPSCH, *Die Wirtschaftsentwicklung der Karolingerzeit, vornehmlich in Deutschland*, t. II, 2.ª ed., 1922, p. 300.

[204] ENGEL y SERRURE, *Traité de numismatique du Moyen Age*, t. I, París, 1891, p. 177.

[205] *Ibid.*, pp. 179-180.

[206] M. PROU, *Catalogue des monnaies mérovingiennes*, pp. XXVII y XXVIII.

asegurarse si han sido acuñadas por los visigodos, los burgundios o los francos [207]. Lo que hizo que los bárbaros conservaran la moneda romana fue la necesidad económica [208]. Lo prueba que la imitación de los tipos romanos continuó en Marsella y en las regiones vecinas más tiempo que en otros lugares [209]. Es raro encontrar el nombre de los reyes francos en las monedas. Se halla por primera vez, con gran escándalo de Procopio, durante la guerra de Teodoberto I en Italia contra Justiniano, en 539-540. Llevan incluso la palabra «Victor», que es de un uso excepcional en la numismática romana [210]. Como esas monedas son mucho más hermosas que todas las demás monedas francas, Prou [211] supone que Teodoberto las mandó acuñar durante su expedición de Italia, o mejor dicho que lo fueron en las regiones que aquel conservó durante cierto tiempo después de dicha expedición. Sólo a partir de Clotario II (584-629/630) el nombre real sustituye al del emperador en las cecas de Marsella, Viviers, Valence, Arlés y Uzés. La fórmula *Victoria Augustorum* es reemplazada por *Victoria Chlotarii* [212].

En la Galia, bajo Justino II (565-578), los monederos, primero en Provenza, adoptaron para el sueldo de oro el peso de 21 silicuas en lugar de 24. Quizás sean esos los *solidi Gallicani* que una carta de Gregorio Magno parece afirmar que no tienen curso en Italia [213].

La acuñación en oro de los bárbaros es abundante sobre todo entre francos y visigodos. No se conocen monedas de oro vándalas; entre los ostrogodos, sólo se tienen las de Teodorico. Es preciso explicar eso sin duda por la gran difusión de las monedas de oro romanas que debía existir entre ellos. Pues, al menos en el caso de los vándalos, se sabe que su país fue riquísimo.

La acuñación ha conservado naturalmente su carácter real, pero la organización de las cecas está, si así puede decirse, descentralizada. Los reyes visigodos abrieron cecas en diferentes ciudades [214].

[207] Prou, *op. cit.*, p. XVI.
[208] *Ibid.*, p. XV.
[209] *Ibid.*, p. XXVI.
[210] *Ibid.*, p. XXXII.
[211] *Ibid.*, pp. XXXIV y XXXV.
[212] *Ibid.*, p. XXXIX.
[213] *Ibid.*, p. LXIV.
[214] Engel y Serrure, *op. cit.*, t. I, p. 50. Había cuatro cecas en la Galia en la época romana: Tréveris, Arlés, Lyon y Narbona. Prou, *Catalogue des monnaies mérovingiennes*, p. LXV. F. Lot, *Un grand domaine à l'époque franque. Ardin en Poitou*, Cincuentenario de la Escuela Práctica de Altos Estudios, Biblioteca de la Escuela de Altos Estudios, fasc. 230, París, 1921, p. 127, dice que los sueldos de oro procedentes del impuesto eran convertidos *in situ* en lingotes por los monederos. Eso se hacía ya en la época romana. Véase *Codex Theodosianus*, XII, 6, 13, ley del 367.

Entre los francos, hay una ceca en palacio y en diversas ciudades. Pero existen también monedas acuñadas por las iglesias y por una infinidad de *monetarii*. No cabe duda de que esa diversidad de monedas nació del modo de percepción del impuesto.

Resultaba «cómodo autorizar al recaudador de un impuesto especial, al arrendatario de una salina, al administrador de una hacienda real, al ecónomo de un monasterio, etc., a recibir si era preciso como pago prestaciones en especies, monedas extranjeras o antiguas, metales al peso, y a entregar el importe de su recaudación o de su arrendamiento en monedas acuñadas *in situ* y que llevaban una firma que servía de garantía de su título y su valor, y un topónimo que recordaba su origen» [215].

Luschin [216] cree discernir, en esa acuñación del oro proporcionado por el impuesto, un uso romano. Para él, los monederos no son gente insignificante, sino los arrendatarios del impuesto.

Es preciso suponer con Luschin que se ejercía un control sobre la acuñación de esas monedas, puesto que de esta diversidad no se deriva el desorden de las monedas feudales que conoció la Edad Media.

Para Prou [217], los monederos son obreros huidos de las viejas cecas imperiales, que se han puesto a trabajar para el público.

En algunas de las monedas acuñadas por los monederos se leen las palabras *ratio fisci* o *ratio domini* [218], lo cual parece indicar que la moneda se acuñó bajo el control del fisco. El hecho de que los monederos acuñen no sólo en gran número de ciudades, sino en *vici, castra, villae,* parece confirmar por otra parte la hipótesis de que esas monedas se acuñaron con motivo de la percepción del impuesto. Es imposible creer, como Prou [219], que en todos esos lugares hubiera otras tantas cecas. Ahora bien, él mismo reconoce que los monederos no eran funcionarios públicos [220]. Muy raros después de Pipino, desaparecen definitivamente en el 781 [221], es decir, en la época en que se desvanece igualmente el impuesto romano.

No existe concesión de la acuñación de moneda en la época mero-

[215] ENGEL y SERRURE, *op. cit.*, t. I, p. 97.

[216] A. LUSCHIN VON EBENGREUTH, *Allgemeine Münzkunde und Geldgeschichte*, 2.ª ed., 1926, p. 97.

[217] PROU, *Catalogue des monnaies mérovingiennes*, p. LXXXI. Creo que eso coincide con el texto de la *Vita S. Eligii*, I, 15, M. G. H. SS. rer. Merov., t. IV, página 681.

[218] PROU, *op. cit.*, p. LI.

[219] *Ibid.*, pp. LXX y LXXXII.

[220] *Ibid.*, p. LXXXI.

[221] PROU, *Catalogue des monnaies carolingiennes*, p. XLVII.

vingia [222]. Según monseñor Lesne, las Iglesias habrían acuñado moneda simplemente para movilizar sus recursos. «La acuñación eclesiástica, escribe, parece menos el ejercicio de un derecho real que la facultad dejada al clero y a los monjes de transformar sus ahorros en valores de cambio y en dinero líquido» [223].

Estas acuñaciones constantes y lo que sabemos por otra parte de la riqueza en oro de los reyes [224], de la Iglesia y de los particulares [225], prueban que había un stock de oro verdaderamente considerable en Occidente. Y sin embargo, no se disponía de minas de oro y hay que considerar como una insignificancia lo que se podía sacar de las arenas auríferas. ¿Cómo podría hablarse de «economía natural» en presencia de esos tesoros considerables y tan móviles?

¡Cuántos hechos característicos a este respecto! [226]. El obispo Balduino de Tours distribuye 20.000 sueldos de oro a los pobres. El oro abunda en las ropas, abunda también entre los particulares, como lo prueban las continuas confiscaciones del rey [227].

El Tesoro real, alimentado además por el impuesto, también lo está por los considerables subsidios del emperador, que le envía hasta 50.000 sueldos de oro. Es una formidable bomba aspirante. Pero es también una bomba impelente, pues el oro del rey no se estanca en sus arcas. Sirve para formar opulentas rentas, para dotar a sus hijas, para otorgar dones a sus fieles, liberales limosnas a los pobres; sirve también para permitir préstamos con interés como el que el rey hace al obispo de Verdún, para asignar rentas, como hacemos nosotros con los cheques de una cuenta corriente, en favor de eclesiásticos necesitados, para proveer de dinero a San Amando, que va a evangelizar a los francos; para comprar, como hace Brunegilda, la paz a los bárbaros [228]; para cubrir de plata, como hizo Dagoberto, el ábside de Saint-Denis, para comprar *missoria* en Constantinopla, para pagar

[222] Prou lo duda, sin embargo.

[223] LESNE, *op. cit.*, p. 273.

[224] Cfr. las coronas de oro encontradas en Guarrazar, cerca de Toledo (siglo VII). Prueban la riqueza del tesoro real en esa época. Cfr. A. RIEGL, *Spätrömische Kunstindustrie*, 1927, p. 381.

[225] Sobre la riqueza de los particulares en oro y piedras preciosas, véase GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, X, 21, y sobre todo IX, 9. La mujer del duque Rauching posee un tesoro que vale tanto como el del rey.

[226] El trabajo de KLOSS, *Goldvorrat und Geldverkehr im Merowingerreich*, 1929, no tiene en cuenta los textos citados por LESNE, *op. cit.*, p. 200.

[227] Sobre la riqueza de la Iglesia, véase LESNE, *op. cit.*, p. 200. Los tesoros de las iglesias servían, en caso de necesidad, para hacer monedas. Se encuentra un ejemplo en GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VII, 24, donde el obispo manda convertir en moneda, para evitar un saqueo de su ciudad, un cáliz de oro.

[228] G. RICHTER, *Annalen des Fränkischen Reichs im Zeitalter der Merovinger*, 1873, p. 98.

los gastos de la cancillería, de la *scola* y para mil cosas más. Admito que una parte de esos inmensos recursos sea producto del botín de guerra obtenido de germanos y eslavos, de los subsidios bizantinos, de tributos pagados por los godos después de Teodorico y más adelante por los lombardos [229], pero todo eso no basta para explicar su abundancia. La única posibilidad que veo de aportar continuamente tanto oro a Occidente es el comercio. Es preciso, pues, considerarlo como un bien más importante de lo que se ha creído hasta ahora, y sobre todo negarse a admitir que se haya limitado a una importación a cambio de dinero contante.

Se ha pretendido explicar el tesoro de oro de los reyes como una acumulación en sus manos de todo el oro del país. Prou [230], para defender esta tesis, invoca una ley de los emperadores Graciano, Valentiniano y Teodosio que prohibía pagar en oro a los bárbaros. Pero es evidente que semejante ley no podía ser aplicada entre los bárbaros que eran independientes del emperador. Según Luschin, el *stock* de oro de los reyes bárbaros habría consistido en monedas romanas y objetos de orfebrería. De haber sido así, es seguro que la reserva de oro de la Galia no habría podido mantenerse desde Clodoveo a Carlos Martel, por lo menos, es decir, durante dos siglos y medio [231]. Debió de haber nuevas llegadas de oro. ¿Cómo? Por el comercio.

Los reyes bárbaros, además, importaron oro. La ley visigótica lo prueba [232]. Gregorio de Tours muestra al rey comprándolo en Constantinopla [233] y cuenta la historia de un naufragio frente a Agde, lo cual deja claro el transporte de oro por mar. La venta de trigo, por otra parte, también aporta con seguridad oro al país [234]. El paso

229 Igualmente se ve, en el 631, al pretendiente Sisenando ofrecer 200.000 sueldos a Dagoberto. G RICHTER, *Annalen*, p. 161.

230 PROU, *Catalogue des monnaies mérovingiennes*, pp. XI y CV. Lot cree también en ese drenaje del oro. LOT, PFISTER y GANSHOF, *op. cit.*, p. 358.

231 M. BLOCH, «El problema del oro en la Edad Media», en *Annales d'histoire économique et sociale*, t. V, 1933, pp. 1 y ss.; SOETBEER, «Beiträge zur Geschichte des Beld- und Münzwesens in Deutschland», *Forschungen zur Deutschen Geschichte*, t. II, 1862, p. 307; A. LUSCHIN VON EBENGREUTH, *Allgemeine Münzkunde und Geldgeschichte des Mittelalters und der Neueren Zeit*, Munich y Berlín, 2.ª ed., 1926, p. 41.

232 *Lex Visigothorum*, XI, 3, 1, ed. Zeumer, M. G. H. Leges, t. I, p. 404: *Si quis transmarinus negotiator aurum, argentum, vestimenta, vel quelibet ornamenta provincialibus nostris vendiderit, et conpetenti pretio fuerint venundata...*

233 GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VI, 2.

234 CASIODORO, *Variae*, XII, 22, M. G. H. SS. Antiq., t. XII, p. 378: Teodorico, dirigiéndose a la gente de Istria, le dice que, si no tienen trigo que vender, no podrán recibir oro.

del oro, como el de los esclavos, está señalado en las tarifas de peaje [235].

Ya hemos citado ese texto que muestra al papa Gregorio Magno ordenando al sacerdote Cándido comprar en Provenza ropas y esclavos anglosajones con piezas de oro galas que no tienen curso en Roma y que él le ha entregado.

No cabe duda de que poseemos pocos textos, pero si los historiadores hubieran debido atenerse sólo a las fuentes literarias de la Edad Media, ¿cómo habrían podido conocer el gran desarrollo de su comercio? Sólo aparece en las fuentes de archivo. Ahora bien, para el período merovingio han desaparecido todos los archivos, salvo algunos diplomas reales y un pequeñísimo número de papeles privados. Hay, pues, que razonar por analogía.

La presencia de ese gran *stock* de oro tiene que poderse explicar. Si el comercio extranjero lo hubiera absorbido, tendríamos que verlo disminuir con el tiempo. Y no se ve nada de eso.

Es cierto que existe una gran circulación monetaria. Hay que renunciar a la idea de que la época merovingia vivió en un régimen de economía natural. Lot [236], para defender este punto de vista, cita el ejemplo de la ciudad de Clermont que pagaba el impuesto en cereales y vino: pero precisamente ese impuesto en especies se cambió en un impuesto-moneda a petición del obispo. Agreguemos que esta historia, narrada por Gregorio de Tours, se remonta al siglo IV, o sea a la época imperial. Gregorio se limita a recordarla subrayando que la intervención del obispo fue beneficiosa, lo que prueba que en su tiempo el impuesto se pagaba aún normalmente en metálico. Por otra parte, nunca se habla en Gregorio de Tours de pagos hechos más que en dinero, y hemos mostrado anteriormente que todas las entregas de impuestos al rey se hacían en oro.

Por lo demás, ciertamente había grandes cantidades de numerario en circulación, y se pretendía hacerlo fructificar. Sin ello no se podría comprender cómo gran cantidad de ambiciosos ofrecen al rey sumas considerables para convertirse en obispos. La costumbre de dar en arriendo la recaudación de los impuestos prueba eso mismo [237]. Una anécdota, contada por Gregorio de Tours [238], pone muy en claro la importancia del comercio del dinero. El judío Armentario, con un

[235] GUIMAN, *Cartulaire de Saint-Vaast d'Arras*, p. 167, y P. ROLLAND, *Deux tarifs du tonlieu de Tournai*, 1935, p. 37.

[236] F. LOT, *Un grand domaine à l'époque franque*, Biblioteca de la Escuela de Altos Estudios, fasc. 230, p. 123. Da como fuente a GREGORIO DE TOURS, *Liber Vitae Patrum*, M. G. H. SS. rer. Merov., t. I, p. 669.

[237] LOT, *ibid.*, p. 125.

[238] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VII, 23.

correligionario y dos cristianos, habían ido a Tours para exigir las fianzas que habían adelantado, como arrendatarios del impuesto sin duda *(propter tributa publica)*, al *vicarius* Injuriosus y al conde Eonomius. Estos les habían prometido devolvérselas con los intereses *(cum usuris)*. Estos arrendatarios del impuesto habían prestado dinero, además, al *tribunus* Medardo, a quien pedían igualmente el reembolso de la deuda. A los poderosos deudores no se les ocurrió nada mejor que invitar a sus acreedores a un banquete en el curso del cual los hicieron asesinar.

Según las apariencias, esos judíos y cristianos asociados, que eran los acreedores de los altos funcionarios, habían constituido su capital por medio del comercio. Y observemos que lo prestan a interés: *cum usuris*. Es una prueba, y de la mayor importancia, de que bajo los merovingios el interés se considera lícito. Todo el mundo lo practica, incluso el rey, que concede a la ciudad de Verdún un préstamo con intereses [239].

Según una fórmula de Marculfo [240], el interés era de 1 *triens* por sueldo, lo cual representaba el 33,5 por 100. Según el Breviario de Alarico, sólo era el 12,5 por 100 [241]. Quizás habría que llegar a la conclusión de una restricción de los capitales entre las dos fechas. Pero ¿es seguro que nos encontramos ante intereses comerciales?

La Iglesia, es cierto, no cesa de prohibir a los clérigos e incluso a los laicos la práctica del interés usurario, lo cual parece indicar que el tipo de interés tiende a aumentar [242].

Son los judíos sobre todo los que se mezclaban en este comercio del dinero [243]. Ya hemos señalado que había judíos entre los recaudadores del peaje, e incluso parece que hubo muchos, ya que los concilios protestaron al respecto [244]. También los había entre los monederos y se encuentran los nombres de algunos de ellos en las monedas [245]. Su clientela, como la de los prestamistas de dinero en general, debía de ser muy considerable. Amén de a los recaudadores

239 *Ibid.*, III, 34.

240 MARCULFO, II, 26, M. G. H. Formulae, ed. Zeumer, p. 92.

241 *Lex romana Visigothorum*, II, 33, ed. Haenel, pp. 68-70.

242 Concilio de Orleáns de 538, c. 30, M. G. H. Concilia, t. I, ed. Maasen, página 82, Concilio de Clichy de 626-627, c. I, *ibid.*, p. 197.

243 En Clermont, el sacerdote Eufrasio, hijo de un senador, ofrece al rey, con el fin de ser nombrado obispo, las riquezas que ha pedido en préstamo a unos judíos: «*Susceptas a Judaeis species magnas*», GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, IV, 35. El obispo Cautinus es «*Judaeis valde carus ac subditus...*», porque les pide dinero prestado o compra objetos de lujo. GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, IV, 12.

244 M. G. H. Concilia, t. I, p. 67, *a.*" 535, y p. 158, *a.*" 583.

245 A. LUSCHIN, *op. cit.*, p. 83; PROU, *op. cit.*, p. LXXVI.

de impuestos, debía extenderse a los *locatores* de las fincas de la Iglesia, que también arrendaban su recaudación. El crédito también debía de haber entrado en el comercio. Sidonio [246] cuenta la historia de un clérigo *(lector)* de Clermont que va a Marsella para hacer compras al por mayor a los importadores del lugar con dinero prestado; revende al por menor en Clermont y, con los beneficios, paga a su acreedor y aún le queda una buena suma.

Sin duda esto constituye un ejemplo de ese *turpe lucrum* que los concilios prohibieron al clero [247].

De todo ello se deduce, pues, hasta la evidencia, la continuación de la vida económica romana en la época merovingia en toda la cuenca del Tirreno. No cabe duda de que lo que acabamos de comprobar en la Galia ocurre también en Africa y en España.

Existen todos los rasgos: predominio de la navegación oriental e importación de sus productos, organización de los puertos, del peaje, del impuesto, circulación y acuñación de la moneda, continuación del préstamo con intereses, falta de pequeños mercados, persistencia de una actividad comercial constante en las ciudades, desarrollada por mercaderes profesionales. Hay, sin duda, en el terreno comercial como en los demás, un retroceso debido a la «barbarización» de las costumbres, pero no existe un corte con lo que ha sido la vida económica del Imperio. El movimiento comercial mediterráneo prosigue con singular insistencia. Y lo mismo ocurre con la agricultura que, sin duda, sigue siendo la base de la vida económica, pero al lado de la cual el comercio conserva un papel esencial, tanto en la vida cotidiana —por la venta de especias, de ropas, etc.— como en la vida del Estado —por los recursos que le procura el peaje— y en la vida social —por la presencia de mercaderes y la existencia del crédito [248].

[246] SIDONIO APOLINAR, *Epistulae*, VII, 7, ed. Luetjohann, M. G. H. SS. Antiq., t. VIII, p. 110.

[247] El Concilio de Orleáns, del 538, *loc. cit.*, p. 82, prohíbe a los clérigos, a partir del grado de diácono, *pecuniam commodere ad usuras*. En 626-627, el Concilio de Clichy, *ibid.*, p. 197, reitera la misma prohibición al clero, y agrega: «*Sexcuplum vel decoplum exigere prohibemus omnibus christianis*».

[248] Hubo ciertamente, tras los trastornos del siglo v, un período de reconstrucción, caracterizado por el gran número de nuevos monumentos que se edificaron; eso sería inexplicable si no se admite un grado bastante importante de prosperidad económica.

Capítulo 3
LA VIDA INTELECTUAL DESPUES DE LAS INVASIONES

I.—La tradición antigua [1]

Es inútil insistir sobre la creciente decadencia del orden intelectual y de la cultura antigua a partir del siglo III. Se confirma en todas partes, en la ciencia, el arte, las letras. Cabría decir que el propio espíritu se ve afectado. Por doquier se encuentra pesimismo y desaliento. La tentativa de Juliano fracasa y, después de ella, el genio antiguo ya no pretende escapar a la influencia cristiana.

La vida nueva de la Iglesia conserva aún durante mucho tiempo los ropajes, no hechos para ella, de la vida pagana. Se ajusta aún a una tradición literaria cuyo prestigio respeta. Conserva la poesía virgiliana y la prosa de los rétores. Aunque el contenido cambia, el continente permanece idéntico. La aparición de una literatura cristiana es muy posterior a la aparición del sentimiento cristiano.

El triunfo oficial y definitivo del cristianismo en tiempos de Constantino no coincidió, por otra parte, con su clara victoria, que ya se había producido. Nadie pretende ya oponerse a él. La adhesión es universal, pero la influencia sólo es completa entre una minoría de ascetas e intelectuales. Muchos entran en la Iglesia por interés: los grandes, como Sidonio Apolinar, para conservar su influjo social; los desdichados, para obtener un amparo.

[1] Naturalmente, no se encontrará aquí sino un bosquejo sin la menor pretensión, salvo la de mostrar la continuación de esa tradición.

En muchos la vida espiritual ya no es antigua pero tampoco es aún cristiana, y para todos ellos es comprensible que no haya más literatura que la literatura tradicional [2]. Lo que determina aún la actitud de todos estos tibios son las antiguas escuelas de gramática y retórica.

Las invasiones germánicas de Occidente no podían cambiar nada en esta situación y no cambiaron nada [3]. ¿Cómo hubieran podido hacerlo? Es sabido que los germanos no sólo no aportaban ninguna idea nueva, sino que allá donde se establecieron dejaron perdurar —salvo los anglosajones— la lengua latina como único medio de expresión. En este terreno, como en todos los demás, se asimilaron. Su actitud fue la misma en lo intelectual que en lo político o lo económico. Sus reyes, apenas instalados, se rodean de rétores, juristas, poetas. A estos recurren para escribir sus leyes, redactar su correspondencia, extender, siguiendo los modelos antiguos, las actas de su cancillería. En resumen, conservan intacta la situación existente. Con ellos la decadencia continúa, con la única diferencia de que se acelera, pues es fácil comprender que la barbarización fue más funesta aún para la cultura espiritual que para la cultura material. Bajo las dinastías de los nuevos Estados de la cuenca occidental del Mediterráneo, lo que se realiza es la decadencia de una decadencia.

Véase a este respecto el reino ostrogodo. Todo prosigue igual que bajo el Imperio. Basta con recordar los nombres de los dos canilleres de Teodorico, Casiodoro y Boecio. Y hay otros. El poeta Rústico Elpidio, autor de un *Carmen de Christi Jesu Beneficii,* fue médico y favorito de Teodorico [4]. Citemos también a Enodio, nacido sin duda en Arlés en el 473 y totalmente profano, aunque obispo de Pavía, hasta el punto de celebrar los amores de Pasifae [5]. Es un rétor convertido en profesor de elocuencia sagrada, por así decirlo. Gracias a él se ve que las escuelas de retórica de Roma están aún en plena actividad. Escribe el panegírico de Teodorico entre el 504 y el 508, en el mismo estilo prosopopéyico y pretencioso que su biografía de Antonio, monje de Lérins [6]. También considera básica para la educación del cristiano la gramática, la retórica que «rige el Universo».

[2] Véase, por ejemplo, EBERT, *Histoire de la littérature latine au Moyen Age*, traducida por AYMERIC y CONDAMIN, t. I, p. 445. Enumera entre los cristianos que de tales solo tienen el nombre a Claudio, Flavio Merobaudes, Sidonio Apolinar. Típico también a este respecto es Enodio, nacido probablemente en Arlés, y cuya educación es puramente retórica, *ibid.*, p. 461.

[3] R. BUCHNER, *op. cit.*, p. 85, dice perfectamente lo que hay que decir desde este punto de vista: continuación de la *Spätantike.*

[4] EBERT, *op. cit.*, t. I, p. 442.

[5] *Ibid.*, p. 464.

[6] *Ibid.*, t. I, p. 467.

Recomienda, para educar a los jóvenes, algunos rétores distinguidos de Roma, así como la casa de una dama «tan piadosa como espiritual» [7]. Esto es, esta literatura se sostiene en gran parte por la frase. Pero eso mismo prueba que había aún bastantes letrados en la alta sociedad de la Italia de Teodorico.

Boecio, nacido en Roma en el 480, pertenecía a la gran familia de los Anicios. Cónsul en el 510, pasó a ser después canciller de Teodorico, que le confió el encargo de organizar el sistema monetario; fue ejecutado en el 525 por tramar una conspiración con Bizancio. Tradujo a Aristóteles y sus comentarios influyeron en la Edad Media; tradujo también el *Isagoge* de Porfirio, así como obras de músicos y matemáticos griegos. Después, en la prisión, escribió el *De consolatione philosophiae,* en el que el cristianismo se mezcla con una moral estoico-romana. Es también un espíritu selecto y un pensador.

Casiodoro es un gran señor nacido hacia el 477. Fue el principal ministro de Teodorico, cuyo favor ganó con un panegírico compuesto en su honor. A los veinte años fue cuestor y secretario de Teodorico, y hasta el reinado de Vitiges conservó su puesto en la corte, pero su influencia ya no fue preponderante después de la regencia de Amalasunta (535). En el 540 se retiró del mundo para consagrarse a la vida religiosa en el monasterio de Vivarium, fundado por él en sus tierras del Bruttium que su bisabuelo había defendido antaño contra Genserico. Hubiera querido que los monjes reuniesen en los claustros todas las obras de la literatura clásica antigua. Quizás esta idea de hacer que la cultura se refugiara en los monasterios estuvo inspirada por la guerra de Justiniano, que le impidió por otra parte establecer la escuela de teología que soñaba con fundar.

Es preciso ahora mencionar a Arator, que entró al servicio del Estado durante el reinado de Atalarico y fue *comes domesticorum* y *comes rerum privatarum.* Entró en la Iglesia probablemente durante el asedio de Roma por Vitiges, para encontrar un asilo. En el 544, declamaba públicamente su poema *De actibus apostolorum* en la iglesia de San Pedro ad Vincula.

Venancio Fortunato, nacido entre el 530 y el 540, estudió gramática, retórica y jurisprudencia en Rávena. En el 560, partió hacia la Galia donde se conquistó los favores de Sigiberto de Austrasia y de otros grandes personajes. En Poitiers, entra en relación con Santa Radegunda, que acababa de fundar allí el monasterio de la Santa Cruz. Fue sacerdote y murió de obispo de Poitiers.

Sus poemas son sobre todo panegíricos; se le deben en especial los de Chilperico, cuyo talentc alaba, y Fredegunda. Ensalza la elo-

[7] *Ibid.*, t. I, p. 468.

cuencia romana de Cariberto [8]. Alaba al duque Lupus, un romano a quien le gusta atraer a la corte de su señor aquellos compatriotas suyos que se han distinguido por su erudición, como Andarquio [9]. Celebra la elocuencia de Gogo; compuso un epitalamio con motivo de la boda de Sigiberto y Brunegilda en el cual aparecen Cupido y Venus. Es autor del epitafio de una bárbara, Vilithuta, muerta de parto a los diecisiete años y a quien la cultura había convertido en una romana. Escribió también himnos religiosos.

Partenio, que ha estudiado en Roma, fue *magister officiorum* de Teodoberto. Gregorio de Tours [10] cuenta cómo fue lapidado por el pueblo, que lo acusaba de los impuestos demasiado gravosos. Tenía amistad con Arator [11].

El papel desempeñado por los rétores romanos no es menos importante entre los vándalos. Draconcio dirige al rey Guntamundo (484-496) un poema titulado *Satisfactio*. Ha sido discípulo del gramático Feliciano; se ve en sus obras que los propios vándalos asistían, en compañía de los romanos, a las clases de los gramáticos. Es notable, además, que su familia hubiera seguido poseyendo sus bienes. Tras haber aprendido gramática y retórica, se había consagrado a la carrera jurídica. Más adelante fue perseguido por Guntamundo, quien lo mandó arrojar en prisión y confiscó sus bienes por una obra en verso en la que parece haber ensalzado demasiado al emperador en detrimento del rey [12].

Bajo Trasamundo (496-523) e Hilderico (523-530) se sitúan los poetas de la *Antología:* Florentino, Flavio Félix, Luxorio, Mavorcio, Coronato, Calbulo, que hacen, aunque cristianos, literatura pagano-antigua [13]. Ensalzan las magníficas termas de Trasamundo, los monumentos construidos en Aliana [14]; hablan del gramático Fausto, amigo de Luxorio. El cristianismo se mezcla con la obscenidad en esos poemas [15].

El conde vándalo Sigesteo, protector del poeta Partenio, es poeta él mismo [16]. Tampoco podemos olvidar a Fulgencio, gramático de profesión, que escribió en Cartago en los veinte últimos años del siglo v. Ampuloso, incorrecto, hace mitología alegórica, único medio de salvar los oropeles a los que aún son tan aficionados los gramáticos.

[8] Ebert, *op. cit.*, t. I, p. 556.
[9] Gregorio de Tours, *Hist. Franc.*, IV, 46.
[10] *Ibid.*, III, 36.
[11] Hartmann, *op. cit.*, t. I, p. 191.
[12] Ebert, *op. cit.*, t. I, p. 409.
[13] *Ibid.*, t. I, p. 457.
[14] *Ibid.*, p. 458.
[15] *Ibid.*, p. 460.
[16] Manitius, *Geschichte der Christlich-Lateinischen Poesie*, p. 402.

La misma situación se encuentra entre todos los germanos. Sidonio es el gran hombre entre los burgundios [17]. Entre los visigodos, Eurico está ya rodeado por rétores. Los reyes Wamba, Sisebuto, Chindasvinto, Chintila, son escritores. Otros, como Eugenio de Toledo, Juan de Biclaro, Isidoro de Sevilla, escriben en latín e incluso un buen idioma [18].

Entre los francos, recordemos que el rey Chilperico escribió poemas latinos [19].

Por último hay que tener en cuenta la influencia de Constantinopla, centro de atracción intelectual y de estudios. Parece que fue sobre todo escuela de médicos, como puede comprobarse en diversos pasajes de Gregorio de Tours.

En suma, las invasiones no modificaron el carácter de la vida intelectual en la cuenca del Mediterráneo occidental. La literatura continúa «vegetando», si no se quiere decir floreciendo, en Roma, en Rávena, en Cartago, en Toledo y en la Galia, sin que aparezca ningún elemento nuevo hasta el momento en que se deje sentir la influencia de los anglosajones. Sin duda la decadencia es manifiesta, pero la tradición subsiste. Como todavía hay escritores, está claro que hay aún un público para leerlos e incluso un público relativamente letrado. Los poetas han trasladado a los reyes germánicos las adulaciones serviles que dedicaban antes al emperador. Aparte que sean más insulsos, repiten los mismos temas.

Esta vida intelectual a la antigua prosigue aún en el siglo VII, ya que el papa Gregorio Magno reprocha a Desiderio, obispo de Vienne, que se consagre sólo a la gramática, y en España se encuentran bastantes buenos historiadores hasta la conquista árabe.

La aportación de los germanos a todo esto es completamente nula [20].

II.—La Iglesia

Es más que evidente que la Iglesia continuó desarrollándose en la misma línea después de la caída de los emperadores en Occidente.

[17] A. COVILLE, *op. cit.*, p. 226.

[18] La literatura visigótica es superior a la de los otros germanos, según MANITIUS, *Geschichte der Christlich-Lateinischen Poesie*, p. 402.

[19] Sobre el carácter de la cultura entre los francos, véase H. PIRENNE, «Sobre la situación de los laicos en la época merovingia», *Revue bénédictine*, abril-julio 1934, p. 165.

[20] Para encontrar, con Ebert, un reflejo del alma germánica en la obra de Fortunato, es evidente que hay que verlo *a priori*. Consúltese R. BUCHNER, *op. cit.*, p. 84.

En realidad, la Iglesia representa por excelencia la continuidad del romanismo. Cree tanto más en el Imperio cuanto que éste es para ella el plan providencial. Todo su personal es romano y se recluta entre esa aristocracia que incorpora lo que subsiste de la civilización [21]. Sólo mucho más adelante entrarán en ella algunos bárbaros.

Desde el punto de vista social, su influencia es inmensa. El papa en Roma, el obispo en la ciudad, son los personajes principales. Quien quiere hacer carrera o guarecerse contra los temporales debe refugiarse en la Iglesia, ya sea un gran señor como Sidonio o Avito, o esté arruinado como Paulino el Penitente. Casi todos los escritores que acabamos de señalar terminaron en su seno.

Pero también están los que entran en ella por convicción, empujados por la fe. Y en esto, sin duda, hay que atribuir un gran papel al ascetismo oriental. Se difundió muy pronto por Occidente y constituye uno de los rasgos esenciales de la época [22].

San Martín, nacido en Hungría, fue obispo de Tours (372-397) y fundó hacia el 360 el monasterio de Ligugé, cerca de Poitiers. San Juan Casiano, monje en Belén, después en Egipto y en Constantinopla, crea San Víctor de Marsella hacia el 413. Hacia el 410, Honorato, que se convertiría en obispo de Arlés, funda el monasterio de Lérins en la diócesis de Grasse; allí se dejó sentir hondamente la influencia de ese ascetismo egipcio que vemos difundirse por la Galia en la misma época [23], al mismo tiempo que el monacato oriental.

Los bárbaros no lo atacan. E incluso hay que admitir que los trastornos que provocaron contribuyeron en gran medida a desarrollar al monacato, empujando al claustro, al margen de un mundo que resultaba imposible, a gran cantidad de los mejores ingenios de la época. Casiodoro funda el Vivarium en sus tierras; San Benito (480-543) sienta las bases de la célebre abadía de Montecassino y le da la famosa regla «benedictina» que Gregorio Magno difundiría.

El movimiento se extiende del sur al norte. Santa Radegunda

[21] Véase al respecto el trabajo de Hélène WIERUSZOWSKI, «Die Zusammensetzung des gallischen und fränkischen Episkopats bis zum Vertrag von Verdun», en los *Bonner Jahrbücher*, t. 127, 1922, pp. 1-83. Da, en la p. 16, una estadística de los obispos de la Galia en el siglo VI, en la que aparece que son casi todos romanos.

[22] La influencia del monacato egipcio se observa en Lérins. El inglés San Patricio, que convirtió Irlanda en el 432, vivió en Lérins, y de allí llevó a Irlanda influencias religiosas y artísticas egipcias (BAUM, *op. cit.*, citado por los *Forschungen und Fortschritte*, t. XI, 1935, cc. 222 y 223).

[23] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VIII, 15, menciona un estilita en Eposium (Yvoy). Sobre otros excesos de ascetismo, véase DILL, *Roman Society in Gaul in the Merovingian Age*, p. 356.

va a buscar a Arlés la regla de San Cesáreo, que introduce en su propio monasterio de Poitiers.

Este Cesáreo es muy representativo de su tiempo [24]. Salido de una gran familia de Chalon-sur-Saône, va, a la edad de veinte años, en el 490, a buscar un asilo en Lérins. Y toda su vida revela al cristiano entusiasta. Fue, desde el 502 al 543, obispo de la antigua Arlés, a la que Ausonio llamaba la «Roma gala». El rey de los visigodos, Alarico II, lo destierra a Burdeos. Más adelante, se le encuentra en relaciones con Teodorico. Se orienta hacia el papado, en el cual ve, en medio de los cambios de dominación que ha presenciado, el símbolo del Imperio desaparecido. Encara la vida religiosa con el ideal del monje, consagrada a la caridad, las predicaciones, el canto de los himnos y la enseñanza. Celebra numerosos sínodos para reformar la Iglesia. Gracias a él, la mediterránea Arlés se convierte en la pieza clave de la Iglesia franca. Casi todo el derecho canónico de la Francia merovingia sale de Arlés en el siglo VI [25] y las colecciones conciliares de Arlés son el modelo de todas las posteriores [26]. En el 513, el papa Símaco le concede el derecho de llevar el *pallium* y lo nombra su representante en la Galia. Ya en el 500 había asumido la dirección de un monasterio disoluto en una isla del Ródano, cerca de Arlés, y le había dado una regla [27]. Después, en el 512, funda en Arlés un monasterio de mujeres que, en el 523, cuenta ya con 200 monjas. Le da una regla, pero evita que sea muy rigurosa y prevé lecturas, labores de costura, canto de himnos, copias caligráficas; lo coloca bajo la protección de Roma.

Sus sermones, sencillos y populares, cuyos manuscritos enviaba a todas partes, tuvieron enorme influencia en la Galia, en España y en Italia.

Al igual que San Cesáreo en la Galia, San Benito es la gran figura religiosa del siglo VI en Italia. Nacido probablemente cerca de Spoleto, se educa en Roma antes de retirarse a las soledades de Sobiaco. A su alrededor se agrupan algunos ascetas. En el 529 se establece con ellos en Montecassino. Su regla ha utilizado las de Casiano, Rufino, San Agustín. No prescribe el estudio aunque en ella se hable de libros que hay que leer en cuaresma; tiene un carácter práctico sin excesiva austeridad. Lo que contribuyó sin duda a su futura importancia universal fue su proximidad a Roma.

[24] Véase su *Vita*, publicada en los SS. rer. Merov., t. III, p. 457.

[25] L. DUCHESNE, *Fastes épiscopaux de l'ancienne Gaule*, t. I, 2.ª ed., 1907, página 145.

[26] *Ibid.*, pp. 142 y ss.

[27] SCHUBERT, *Geschichte der christlichen Kirche im Frühmittelalter*, p. 61.

La difusión del monacato en esa época es extraordinaria [28]. Los reyes [29], los aristócratas, los obispos [30] crean abadías.

Los grandes propagadores del monacato serán, en España, San Fructuoso, obispo de Braga († 665), y en Roma, Gregorio Magno.

Su huella es especialmente intensa a orillas del Mediterráneo. Parece asociarse allí a la evangelización de los paganos, como demuestran las biografías de esos grandes aquitanos, San Amando († 675-676) y San Remaclo (c. 650-670), evangelizadores y monjes a la vez.

También son monjes los que irán a evangelizar a los anglosajones. La misión dirigida por Agustín, que llevaba consigo cuarenta monjes, llegó al reino de Kent hacia la Pascua del año 597 [31]. En el 627, el cristianismo se había difundido desde Kent hasta el Northumberland. La cristianización era completa en el 686 [32].

Así, esa extensión septentrional de la Iglesia cuyas consecuencias serían tan profundas, parte del Mediterráneo. Fue obra de hombres totalmente romanizados y de gran cultura, como Agustín y sus compañeros.

En el 668, el papa Vitelio envía a Canterbury como arzobispo a Teodoro de Tarso, que ha estudiado en Atenas. Su amigo Adriano, que lo acompaña, es africano, sabe griego y latín. El es quien, con los irlandeses, ha propagado la cultura antigua entre los anglosajones [33].

Así, pues, el Mediterráneo es el foco del cristianismo vivo. Niceto, obispo de Tréveris, es originario de Limoges, y se pueden citar otros muchos. Teuderico I envía clérigos de Clermont a Tréveris [34].

El hombre de esa época que mayor influencia ejerció sobre el futuro es Gregorio Magno. Es un patricio como Casiodoro. Empieza siendo predicador. Por ascetismo, vende sus bienes y con su producto funda siete conventos. Aunque monje, el papa lo envía en el 580 como nuncio a Constantinopla. En el 590 ya es papa. Muere en

[28] San Columbano († 615) llegó a la Galia en el 590. Cfr. De Moreau, *Les missions médiévales*, 1932, p. 188. Se verá en Hauck, *Kirchengeschichte Deutschlands*, tomo I, pp. 288 y ss., el gran número de monasterios fundados a imitación de Luxeuil en el siglo VII, sobre todo en el Norte. Es preciso notar esta influencia al lado de la del Mediterráneo. Parece que Luxeuil tenía más renombre que Lérins; *ibid.*, t. I, p. 296. Sin embargo, la regla de San Columbano, demasiado ascética, no se mantuvo y fue sustituida por la de San Benito.

[29] Por ejemplo, Sigiberto III, que funda la abadía de Stavelot-Malmédy, *Rec. des chartes de Stavelot-Malmédy*, ed. J. Halkin & Rolland, t. I, pp. 1 y 5.

[30] Sobre los monasterios del siglo VII, véase Hauck, *Kirchengeschichte Deutschland*, t. I, p. 298.

[31] De Moreau, *Les missions médiévales*, p. 138.

[32] De Moreau, *op. cit.*, p. 165.

[33] Beda, *Historia Ecclesiastica*, IV, 1; Migne, *Patr. lat.*, t. 95, cc. 171-172.

[34] Hauck, *op. cit.*, t. I, p. 122.

el 604. Como escritor, busca la sencillez. Desdeña las flores de la retórica profana, que considera estéril verborrea [35]. Sin embargo, era cultivado, aunque en él el fondo domina sobre la forma y su obra constituye una auténtica ruptura con la tradición de la retórica antigua. Eso tenía que ocurrir no sólo porque dicha retórica fuera evidentemente estéril, sino también porque el ascetismo, que recordaba a la Iglesia su misión, la llevaba hacia el pueblo.

Ya Eugipio, en su vida de San Severino, se niega a usar un estilo que a la gente del pueblo le costaría trabajo comprender [36]. Y San Cesáreo de Arlés dice expresamente que tiene mucho cuidado de escribir de forma que lo entiendan los iletrados [37].

Así, la Iglesia se adapta. Convierte a la literatura en un instrumento de cultura para el pueblo, es decir, un instrumento de edificación.

Gregorio Magno rompió, dice Roger [38], con las letras antiguas. Censura a Desiderio, obispo de Vienne, por dedicarse a la enseñanza de la gramática y por cantar, siendo cristiano, las alabanzas de Júpiter [39].

Así, la Iglesia, consciente de su misión, se sirve del latín vulgar, o mejor dicho de un latín sin retórica, accesible al pueblo [40]. Quiere escribir en ese latín del pueblo que es una lengua viva, la lengua de la época, que no se preocupa por las incorrecciones. Compone para el pueblo vidas de santos que sólo aspiran a la edificación milagrosa. Esta sencillez de lenguaje, que es la de Isidoro de Sevilla († 646), no es exclusiva de la ciencia. Isidoro es un compilador que pretende poner la ciencia antigua al alcance de sus contemporáneos. Nada subsiste en él del espíritu antiguo. Pero da a conocer recetas y hechos. Fue la Enciclopedia de la Edad Media. Y él también es un mediterráneo.

Así, en la *Romania* del Sur se opera también esa nueva orientación que el espíritu cristiano da a la literatura, la cual, aunque quizás bárbara de forma, no deja por ello de ser viva y activa. Es la última forma en la que el latín fue aún escrito como lengua hablada, como lengua de los laicos. Pues todos estos clérigos que abandonan la tradición antigua para que se les entienda escriben para los laicos. En

[35] EBERT, *op. cit.*, t. I, p. 588.
[36] EBERT, *op. cit.*, t. I, p. 482.
[37] *Ibid.*, p. 503.
[38] ROGER, *L'enseignement des lettres classiques d'Ausone à Alcuin*, 1905, páginas 187 y ss.
[39] JAFFÉ-WATTENBACH, *op. cit.*, núm. 1824.
[40] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc. Praefatio: philosophantem rhetorem intellegunt pauci, loquentem rusticum multi.* Cfr. SCHUBERT, *op. cit.*, p. 67.

Inglaterra ocurre otra cosa distinta: allí el latín es importado como lengua de cultura para las necesidades de la Iglesia, pero no se realiza el menor esfuerzo para introducirlo en el pueblo, que sigue siendo de lengua puramente germánica.

Llegará el día en que los clérigos usarán de nuevo un latín clásico. Pero entonces ese latín se habrá convertido en una lengua culta que sólo escribirán para la gente de la Iglesia.

III.—El arte

Después de las invasiones, no se comprueba ninguna interrupción en la evolución artística de la región mediterránea. El arte testimonia la continuación del proceso de orientalización que, bajo la influencia de Persia, de Siria, de Egipto, se manifiesta cada vez más en el Imperio.

Existe una reacción antihelenística que se podría comparar con la reacción romántica contra el arte clásico y que se traduce en la estilización de la figura, el zoomorfismo, el gusto por la decoración, los adornos, el color.

Occidente no escapa a esta orientalización progresiva. Se deja sentir tanto más cuanto más activas son las relaciones comerciales con Siria, Egipto, Constantinopla. Los mercaderes sirios, proveedores de objetos de lujo, han diseminado por doquier, a partir del siglo III, e incluso en Gran Bretaña, orfebrería y marfiles llegados de Oriente.

La influencia de la Iglesia y la del monacato actúan en el mismo sentido. Occidente sigue, como siempre, el ejemplo. Las invasiones germánicas no han aportado en esto ningún cambio [41].

Podría decirse, por el contrario, que colaboraron en ese movimiento porque los germanos, y sobre todo los godos, durante su estancia en la llanura rusa sufrieron hondas influencias orientales llegadas por el mar Negro. Sus fíbulas, sus collares, sus anillos, sus objetos de orfebrería *cloisonnée* están influidos por ese arte decorativo sármata y persa, con el que se han mezclado, sin duda, los caracteres propios de su mobiliario de la edad del bronce. Conocieron también un arte que los romanos denominaban *ars barbarica* y que se extendió por el Imperio antes de las invasiones, pues se ve prac-

[41] ROSTOVTZEFF, *Iranians and Greeks in South Russia*, Oxford, 1922, páginas 185-186, ha podido decir que lo que se denomina arte merovingio no es sino la versión europea del arte sármata nacido en Asia central. Véase sobre el tema BRÉHIER, *L'art en France des invasions barbares à l'époque romane*, páginas 17 y ss., y sobre todo pp. 23 y 26.

ticado en Lyon por un artesano originario de la Comagene [42]. En el siglo IV, la bisutería *cloisonnée* es ya de uso corriente en los ejércitos imperiales [43].

Los artesanos locales se entregan al exotismo. Podemos preguntarnos, por lo demás, en qué medida este arte es practicado por los propios germanos. Sabemos, por la ley de los burgundios, que tenían esclavos orfebres encargados de proveer los adornos de guerreros y mujeres, y esos esclavos eran, sin duda, griegos al principio y más adelante romanos. Son ellos los que difundieron este arte por el Imperio en la época de las invasiones; floreció entre los visigodos, así como entre vándalos y burgundios [44].

Pero a medida que se establecía un contacto con la tradición antigua, ese arte «bárbaro» se restringía al pueblo. Los reyes y los magnates quisieron algo mejor. No concebían otro arte que el del Imperio. Chilperico muestra a Gregorio de Tours las hermosas piezas de oro que el emperador le ha enviado y le dice que ha mandado hacer una fuente de oro y que mandará hacer otras en Constantinopla «para honrar la raza de los francos» [45]. Según Zeiss [46], la *Tierornamentik* ha desaparecido muy pronto y, ya en el siglo VI, la veta propiamente germánica del arte visigótico se ha agotado.

Los germanos, instalados en la *Romania,* no hicieron brotar un arte original, como los irlandeses y los anglosajones. Entre estos últimos, a falta de un ambiente romano, el arte conservó un carácter nacional, exactamente igual que el derecho y las instituciones. Pero su influencia sólo se manifestaría en la Galia mucho después, en el siglo VII para los irlandeses, en el siglo VIII para los anglosajones [47].

Hemos conservado de este arte bárbaro, muy inferior por lo demás a las obras maestras del arte sármata en que se inspiró en su origen, piezas muy hermosas, como la coraza de Teodorico, el evangeliario de Teodolinda en la catedral de Monza y las coronas de Gua-

[42] BRÉHIER, *op. cit.*, p. 38.

[43] *Ibid.*, p. 28.

[44] Véase para los visigodos J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, *Grundzüge einer Westgotischen Archäologie,* 1934, citado por los *Forschungen und Fortschritte,* tomo XI, 1935, c. 123. Este autor distingue tres épocas en el arte visigótico: gótico antes del 500, visigótico hasta el 600, y después bizantino. Durante este último período, el germanismo ha sido absorbido por el medio nacional y mediterráneo.

[45] GREGORIO DE TOURS, VI, 2. Cfr. FUSTEL DE COULANGES, *Les transformations de la royauté*, pp. 19 y 20.

[46] H. ZEISS, «Zur ethnischen Deutung frühmittelaterlicher Funde», en *Germania*, t. XIV, 1930, p. 12.

[47] Creo, a este respecto, que BRÉHIER se equivoca al englobar en el mismo conjunto el arte de la Galia merovingia, el de la España visigoda, el de la Italia de ostrogodos y lombardos, el de los países anglosajones y escandinavos.

rrazar. Es difícil, por otra parte, considerar tales obras como producciones bárbaras. Riegl y Zeiss admiten que, en lo concerniente sobre todo a las coronas, es un arte de operarios romanos. San Eloy, que ha fabricado diversas obras de arte [48], es un galorromano. No se puede hablar, pues, de un arte propiamente germánico, sino más bien de arte oriental.

Habría que desentrañar las influencias debidas a la importación masiva de orfebrería y marfiles de Bizancio, Siria, Egipto. Según Dawson [49], el arte irano-gótico aportado por los bárbaros cede en Francia, desde mediados del siglo VI, y por tanto aún más pronto en el Sur, ante el arte sirio y bizantino que se difunde por el Mediterráneo [50]. Un sabio escandinavo ha señalado la importancia de las aportaciones orientales al arte germánico de los anglosajones [51].

Persia ejerció su influjo mediante la importación de sus alfombras hasta el propio centro de la Galia [52].

El arte copto de Egipto actuó sobre todo mediante los marfiles de Alejandría y las telas. Recordemos, además, que ya cuando San Honorato funda en el 410 el monasterio de Lérins llegaron varios religiosos egipcios para establecerse en él.

En resumen, el arte venido por el Mediterráneo, totalmente oriental, se encontró con el de los bárbaros, también oriental, y hubo una interpenetración, que se hizo evidentemente bajo el predominio de la corriente llegada del sur, puesto que esta poseía la técnica más desarrollada [53].

Esta penetración oriental se nota en toda la Galia, en Italia, en Africa, en España. Imprime a todo el Occidente una huella bizantina.

La tumba de Childerico, según Babelon, es obra de artistas bizantinos establecidos en la Galia [54]. A ellos se deberían los objetos más perfectos; los más groseros serían obra de torpes discípulos bárbaros. Schmidt admite que el arte bárbaro de esta época es obra de esclavos galorromanos que trabajan al gusto germánico, es decir al gusto

[48] BRÉHIER, *op. cit.*, p. 56.

[49] DAWSON, *The making of Europe*, p. 97.

[50] MICHEL, *Histoire de l'art*, t. I, 1905, p. 397, señala en la Galia varios monumentos, piedras tumbales, sarcófagos, y en especial el sarcófago de Boecio, obispo de Carpentras, que son arte puramente sirio.

[51] N. ABERG, *The Anglo-Saxons in England during the early centuries after the invasions*, 1926, pp. 7-8.

[52] Sidonio Apolinar habla de las alfombras persas que se usaban en Auvernia. MICHEL, *op. cit.*, t. I, p. 399.

[53] MICHEL, *Histoire de l'art*, t. I, p. 399.

[54] E. BABELON, «La tumba del rey Childerico», *Mém. de la Soc. des Antiq. de France*, serie 8.ª, t. VI, 1924, p. 112.

oriental [55]. Idéntica orientalización en todas las demás artes decorativas, aparte la orfebrería. Las espléndidas telas que Dagoberto ofrece a Saint-Denis son tejidos orientales. El papa Adriano (772-795) entregó, durante su pontificado, nada menos que 903 piezas de telas preciosas a las basílicas de Roma [56]. Son tejidos de seda fabricados en Constantinopla o en otros lugares, bajo la influencia de modelos persas [57].

Idéntico orientalismo en la decoración de los manuscritos. El sacramentario de Gellone, obra visigótica, está decorado con loros de brillante plumaje, con pavos reales, quebrantahuesos, leones, serpientes que indican suficientemente su origen. También pueden descubrirse en él influencias armenias [58].

Los manuscritos difundidos en el siglo VII por los irlandeses tendrán en cambio un carácter nacional y más bárbaro. En ellos se verán mezclados motivos indígenas, de origen prehistórico, con elementos orientales, aportados sin duda por el arte de los galos [59].

El mosaico procede del mismo espíritu. Los temas mitológicos y cristianos empleados en la época galorromana desaparecen para dejar su lugar a los follajes y al bestiario de los que tantos ejemplos ofrecen los mosaicos sirios y africanos del siglo V [60]. En San Crisógono del Trastévere, en Roma, un pavimento de mosaico que data de la reconstrucción de Gregorio III en el 731, muestra águilas y dragones alternados en medallones, entre lazos y rosetones [61]. Igualmente, en los fragmentos de mosaicos de la iglesia de San Ginés, en Thiers, construida en el 575 por San Avito, obispo de Clermont, se reconoce la imitación de una tela persa. «Nada muestra mejor que este pequeño monumento, que apenas mide un metro de largo, la boga de las telas orientales en la Galia merovingia» [62].

Probablemente debió de ocurrir lo mismo con la pintura decorativa. Gregorio de Tours cuenta que Gundobado se hace pasar por un *pictor* decorando las casas [63]. Se ve, en este texto, que se policroma-

[55] L. SCHMIDT, *Geschichte der Deutschen Stämme. Die Ostgermanen*, 2.ª ed., 1934, p. 193. Cfr. el *faber argentarius* que cita la *Lex Burgundionum*, X, 3, ed. von Salis, M. G. H. Leges, t. II[1], p. 50.

[56] BRÉHIER, *op. cit.*, p. 61.

[57] Se encuentran aún diversas muestras en los tesoros de las iglesias; por ejemplo, en Sens. BRÉHIER, *op. cit.*, p. 63.

[58] BRÉHIER, *op. cit.*, p. 67.

[59] *Ibid.*, p. 69.

[60] *Ibid.*, p. 107.

[61] *Ibid.*, p. 107.

[62] *Ibid.*, p. 109.

[63] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, VII, 36.

ban también las habitaciones privadas, sin duda al estilo de las telas orientales.

Se policromaban también las iglesias y sin duda la figura humana debía de desempeñar un gran papel, como en los mosaicos de San Vital de Rávena. Gregorio Magno censura al obispo de Marsella, Sereno, por destruir las pinturas de su iglesia, donde sirven, dice, para la instrucción religiosa del pueblo [64].

No hay que imaginarse la época de los siglos VI y VII como vacía de actividad artística. Se construye por todas partes [65]. Basta con recordar aquí monumentos de primer orden como la iglesia de San Vital de Rávena. El lujo bizantino se encuentra en todas las construcciones de la época. En Clermont, el obispo construye una iglesia con revestimientos de mármol, cuarenta y dos ventanas y setenta columnas [66].

Fortunato describe la iglesia de San Germán, construida en el 537, con sus columnas de mármol y sus ventanas con vidrios, y la *Vita Droctovei* habla de sus mosaicos, de sus pinturas y de las placas doradas del techo [67].

Leontino de Burdeos (hacia el 550) construye nueve iglesias [68]. Sidonio, a finales del siglo V, en plenas invasiones, se quejaba de que apenas se cuidaran las antiguas iglesias [69]. Pero una vez acabados los trastornos, se recupera el tiempo perdido. Por todas partes se restaura y edifica, lo cual indica evidentemente cierto grado de prosperidad. Niceto de Tréveris, Vilico de Metz, Carentino de Colonia restauran y embellecen las iglesias [70].

El obispo de Maguncia construye la iglesia de San Jorge y un baptisterio en Xanten. Desiderio de Cahors (630-655) edifica gran cantidad de iglesias en la ciudad y sus cercanías, así como un monasterio. Agreguemos las construcciones de Agrícola en Chalons [71], de Dalmacio en Rodez [72]. Muchos obreros *(artifices)* eran traídos de

[64] SAN GREGORIO, *Registrum*, IX, 208, ed. Hartmann, M. G. H. Epistolae, tomo II, p. 195.

[65] La *Vita* de SAN DESIDERIO DE CAHORS nos informa de que el santo manda alzar y decorar muchas iglesias. Ed. R. Poupardin, p. 23.

[66] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, II, 16.

[67] *Vita Droctovei*, M. G. H. SS. rer. Merov., t. III, p 541.

[68] HAUCK, *op. cit.*, I, p. 220, destaca el gran número de construcciones de iglesias.

[69] HAUCK, *op. cit.*, p. 220.

[70] Agerico de Verdún oye de labios de Fortunato (HAUCK, *op. cit.*, t. I, página 208): *Templa vetusta novas pretiosus et nova condis, cultor est Domini te famulante domus.* Se verán otros ejemplos en E. LESNE, *op. cit.*, p. 338.

[71] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, V, 45.

[72] *Ibid.*, V, 46.

Italia. Sabemos que el obispo Niceto hizo venir de Italia *artifices* a Tréveris [73]. Pero también había arquitectos bárbaros [74].

El baptisterio de Poitiers puede darnos una idea de sus construcciones, que tampoco escapaban a la influencia oriental [75].

En resumen, lo que sabemos de todas las artes y en todos los sentidos nos muestra, como dice Bréhier [76], «al arte occidental desprendido de toda influencia clásica». Pero Bréhier se equivoca al pretender que ese arte se hubiera desarrollado en el mismo sentido que el árabe de no haber sido por el renacimiento carolingio. No, lo evidente es que se desarrollaba en el sentido bizantino. Toda la cuenca del Mediterráneo seguía el ejemplo de Constantinopla.

IV.—Carácter laico de la sociedad

Es preciso insistir sobre un último hecho que no ha merecido gran atención hasta ahora y que, sin embargo, remata la demostración de que la sociedad continúa siendo exactamente igual a la de antes de las invasiones: es su carácter laico. Por grande que sea el respeto que se profesa a la Iglesia, por grande que sea su influencia, la Iglesia no se integra en el Estado. El poder político de los reyes, como el de los emperadores, es puramente secular. Cuando los reyes suben al trono, no se celebra ninguna ceremonia religiosa, salvo entre los visigodos a partir de finales del siglo VII. Ninguna fórmula de transmisión *Gratia Dei* en sus diplomas. Ningún eclesiástico está encargado de funciones en su corte. Sus ministros y funcionarios son seglares. Los reyes son jefes de la Iglesia, nombran a los obispos, convocan los concilios, a veces incluso participan en ellos. Hay, a este respecto, entre ellos y los gobiernos posteriores al siglo VIII un contraste total [77]. La *scola* que mantienen en la corte no se parece en nada

[73] Es bastante probable que esos constructores vinieran del Milanesado. HAUCK, *op. cit.*, t. I, p. 220, n. 8.

[74] Mencionados por Fortunato, *Carmina*, II, 8, M. G. H. SS. Antiq., t. IV, página 37. Este texto coincide quizá con el de la *Vita* de SAN DESIDERIO DE CAHORS, ed. Poupardin, p. 38, donde se habla de una basílica construida: *more antiquorum... quadris ac dedolatis lapidibus... non quidem nostro gallicano more*. La misma *Vita* recuerda que SAN DESIDERIO edificó las murallas de CAHORS: *quadratorum lapidum compactione*, *ibid.*, ed. Poupardin, p. 19.

[75] Puig y Cadafalch observa en la catedral de Egara (la actual Tarrasa, en Cataluña), construida de 516 a 546, influencias llegadas de Asia Menor y Egipto. *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 1931, pp. 154 y siguientes.

[76] BRÉHIER, *op. cit.*, p. 111.

[77] No se puede entrar en el clero sin el asentimiento del rey o del conde. H. BRUNNER, *Deutsche Rechtsgeschichte*, t. II, 2.ª ed., 1928, p. 316.

a la escuela palatina de Carlomagno. Aunque dejan a la Iglesia encargarse voluntariamente de muchos servicios públicos, no delegan ninguno en ella. No le reconocen más jurisdicción que la disciplinaria. La someten al impuesto. La protegen, pero no se subordinan a ella. Y es preciso observar que la Iglesia, a cambio de su protección, les es particularmente fiel. Incluso bajo los reyes arrianos, no se ve que se haya rebelado contra ellos [78].

Si ocurre esto, es porque la propia sociedad aún no depende de la Iglesia para su vida social, es aún capaz de proporcionar al Estado su personal laico.

La aristocracia senatorial, formada en las escuelas de gramática y retórica, es el vivero del alto personal gubernamental. Basta con recordar los nombres de Casiodoro y Boecio. Y después de ellos, pese a la decadencia de la cultura, sigue ocurriendo lo mismo. En palacio, incluso entre los merovingios, abundaban los laicos instruidos. Sabemos, por Gregorio de Tours, que los hijos de los reyes eran cuidadosamente iniciados al cultivo de las letras, y eso en mayor medida aún entre ostrogodos y visigodos. El pomposo estilo de las misivas escritas por la cancillería merovingia a los emperadores prueba que aún hay en las oficinas, incluso en la época de Brunegilda, redactores con estudios [79]. Y nadie duda de que sean seglares, ya que la cancillería, conforme al ejemplo imperial, está compuesta exclusivamente por laicos [80].

Se podrían poner muchos ejemplos. Asteriolo y Secundino, favoritos de Teodoberto I, son *rethoricis inbutus litteris* [81]; Partenio, *magister officiorum et patricius*, bajo el mismo rey, ha ido a Roma a completar su formación literaria [82]. La educación de esos funcionarios no era puramente literaria, empero [83].

Desiderio de Cahors, tesorero real bajo Clotario II (613-629/630), está instruido en la *gallicana eloquentia* y en las *Leges Romanae*. En el siglo VII hay ciertamente en palacio gente mucho más formada y cultivada de lo que se supone.

[78] BRUNNER, *op. cit.*, t. II, 2.ª ed., p. 418.

[79] HARTMANN, *op. cit.*, t. II[1], p. 70.

[80] F. LOT, «¿En qué época se dejó de hablar latín?», *Bulletin Ducange*, t. VI, 1931, p. 100, cree que no hay más enseñanza que la de los maestros particulares.

[81] GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, III, 33.

[82] Es el mismo Partenio que fue asesinado en Tréveris a causa de los impuestos con que abrumaba al pueblo. GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.*, III, 36.

[83] Bonitus, referendario de Sigiberto III (634-656), es calificado de «*grammaticorum inbutus iniciis necnon Theodosii edoctus decretis*». *Vita S. Boniti*, M. G. H. SS. rer. Merov., t. IV, p. 120.

Para los visigodos, basta con leer sus leyes, en las que encuentran libre curso la verbosidad y la retórica, pero que se distinguen al mismo tiempo por sus minuciosas prescripciones sobre la vida social, para ver que la formación literaria de ese personal corría parejas con la práctica de los negocios.

Así, los reyes han gobernado con hombres en quienes perduraba la tradición literaria y política de Roma, pero lo que puede resultar más asombroso es que han administrado con un personal letrado. No podía ser de otro modo. La organización administrativa del Imperio, que se esforzaron por conservar, exigía imperiosamente la colaboración de agentes instruidos. ¿Cómo hubiera sido posible, sin eso, redactar y tener al día los registros del impuesto, proceder a las operaciones del catastro, expedir todas las actas que emanaban del tribunal real y de la cancillería palatina? E incluso entre los funcionarios subalternos, ¿cómo llevar las cuentas del peaje sin saber leer y escribir? En las ciudades, la redacción de las *gesta municipalia* nos fuerza a aceptar la misma conclusión.

Pero lo que ocupa sobre todo a muchos *notarii* en todo el territorio es el derecho romano o el derecho romanizado con su procedimiento escrito, la consignación de los juicios, de los contratos, de los testamentos. Para esa gente escribe Marculfo. Eran en su inmensa mayoría laicos, a pesar del *diaconus* que se encuentra mencionado en las fórmulas de Bourges y de Angers [84].

Había, evidentemente, escuelas para todo ese personal. Lo he demostrado ya en otro trabajo [85]. Incluso entre los lombardos subsisten esas escuelas [86].

Entre los visigodos, la escritura está tan difundida que el rey fija el precio al que se venderán los ejemplares de la ley. Así, saber leer y escribir es muy corriente en todo lo que se refiere a la administración.

Lo mismo ocurre, por necesidad económica, en el mundo de los mercaderes. Una clase de mercaderes profesionales, que comerciaba a grandes distancias, no hubiera podido mantenerse sin un mínimo de instrucción. Sabemos además, por Cesáreo de Arlés, que los mercaderes tenían empleados letrados.

En la época merovingia la escritura es indispensable, pues, para

[84] M G. H. Formulae, ed. Zeumer, pp. 4 y 176. Según BRUNNER, *op. cit.*, tomo I, 2.ª ed., p. 577, las fórmulas de Angers fueron escritas por un escribiente de la curia municipal. Probablemente son en parte de comienzos del siglo VII. Las de Bourges son del siglo VIII.

[85] H. PIRENNE, «Sobre la situación de la instrucción de los laicos en la época merovingia», *Revue bénédictine*, t. XLVI, 1934, p. 165.

[86] HARTMANN, *op. cit.*, t. II², p. 27.

la vida social. Y eso explica que en todos los reinos constituidos en Occidente se haya conservado la cursiva romana, con la forma de minúscula cursiva que adoptó en el siglo V; se trata de una escritura rápida, de una escritura de negocios y no de una caligrafía. De ella provienen las escrituras merovingia, visigótica y lombarda [87] que antaño se denominaban erróneamente escrituras nacionales, pues no son sino la estricta continuación de la cursiva romana perpetuada por los agentes de la administración, las oficinas y los mercaderes.

Esta escritura cursiva es la adecuada para la lengua viva aunque decadente de la época. En la vida corriente, el latín está aún más adulterado que en la literatura; se ha convertido en una lengua llena de incorrecciones y solecismos, infiel a la gramática, pero que no por ello deja de ser auténtico latín. Es lo que los letrados denominan el latín rústico. Pero consienten en él y lo emplean, sobre todo en la Galia, porque es la lengua popular, la de todos. Y la administración hace lo mismo. Y sin duda ese era el latín que se enseñaba en las pequeñas escuelas. No hay un solo texto que nos muestre, como ocurrirá en el siglo IX, que en la iglesia el pueblo ya no entiende al cura. También en este caso hay, si se quiere, una barbarización de la lengua, barbarización que no tiene por otra parte nada de germánica. La lengua subsiste y es la que da, hasta el curso del siglo VIII, unidad a la *Romania* [88].

Conclusión

Mírese por donde se mire, el período inaugurado por el establecimiento de los bárbaros en el Imperio no ha introducido en la historia nada absolutamente nuevo [89]. Lo que los germanos han destruido es el gobierno imperial *in partibus occidentis,* pero no el Imperio. Ellos mismos, al instalarse en él como *foederati,* lo reconocen. Lejos de querer introducir nada nuevo, se alojan en él, y si su instalación entraña graves degradaciones, no trae consigo un plan nuevo; casi podría decirse que el viejo palacio está ahora dividido en departamentos, pero como construcción subsiste. En resumen, el carácter

[87] M. PROU, *Manuel de paléographie*, 4.ª ed., 1924, p. 65.

[88] LOT, *op. cit.*, en el *Bulletin Ducange*, t. VI, 1931, p. 102; MULLER, «Sobre el uso de la expresión *lingua Romana* desde el siglo I al IX», *Zeitschrift für Romanische Philologie*, t. XLIII, 1923, p. 9; F. VERCAUTEREN, «El *Romanus* de las fuentes francas», *Revue belge de philologie et d'histoire,* t. XI, 1932, pp. 77-88.

[89] Se conservan: la lengua, la moneda, la escritura (papiro), los pesos y medidas, la alimentación, las clases sociales, la religión —se ha exagerado el papel del arrianismo—, el arte, el derecho, la administración, los impuestos, la organización económica.

esencial de la *Romania* sigue siendo mediterráneo. Los países fronterizos que han permanecido germánicos e Inglaterra no desempeñan aún el menor papel; el error consiste en haberlos tomado en esta época como punto de partida. Considerando las cosas como son, la gran novedad de la época es un hecho político: una pluralidad de Estados sustituye en Occidente a la unidad del Estado romano. Y eso es sin duda considerable. El aspecto de Europa cambia, pero su vida en el fondo permanece inmutable. Esos Estados, a los que se llama nacionales, no lo son en absoluto, sino simples fragmentos del gran conjunto al que han sustituido. Sólo hay una transformación profunda en Britania.

Allí el emperador y la civilización del Imperio han desaparecido. Nada queda de la tradición. Se manifiesta un nuevo mundo. El derecho, la lengua, las instituciones, dejan su lugar a las de los germanos. Aparece una civilización de tipo nuevo, que se puede denominar civilización nórdica o germánica. Se opone a la civilización mediterránea sincretizada en el Bajo Imperio, esa forma última de la Antigüedad. En Britania no queda nada del Estado romano con su ideal legislativo, su población civil, su religión cristiana, sino una sociedad que ha conservado entre sus miembros el lazo de la sangre, la comunidad familiar con todas las consecuencias que esta entraña en el derecho, la moral, la economía, un paganismo aliado con cantos heroicos; eso es lo que constituye la originalidad de esos bárbaros que han hecho retroceder al viejo mundo para tomar su lugar. En Britania se inicia una nueva edad que no gravita hacia el Sur. El hombre del Norte ha conquistado y tomado para sí ese extremo de la *Romania* de la que no conserva ningún recuerdo, cuya majestad aleja, a la cual nada debe. Con toda la fuerza del término, la reemplaza y, al reemplazarla, la destruye.

Los invasores anglosajones han pasado directamente del ambiente germánico al Imperio, sin haber sufrido la influencia romana. La provincia de Britania donde se han establecido era, además, la menos romanizada. Han seguido siendo por tanto ellos mismos; el alma germánica, el alma nórdica, el alma bárbara, el alma de los pueblos cuyo estado de adelanto era, si así puede decirse, homérico, fue en esa tierra el factor histórico esencial.

Pero el espectáculo que presenta la Britania anglosajona es único. Sería inútil buscarlo en el continente. La *Romania* subsiste en éste, salvo en las orillas a lo largo del Rin, en los campos decumanos y a lo largo del Danubio, es decir en las provincias de Germania, Recia, Nórica y Panonia, todas ellas próximas a la Germania, que se ha desbordado sobre el Imperio y lo ha hecho retroceder ante sí. Pero esos confines no desempeñaron el menor papel, pues se agre-

garon a los Estados fundados, como el de los francos o los ostrogodos, en plena *Romania*. Ahora bien, lo que subsiste con toda evidencia es la antigua situación. Los invasores, muy poco numerosos, y además en contacto con el Imperio desde hace demasiado tiempo, se han visto fatalmente absorbidos y no han pedido nada mejor. Lo que debe sorprender es que exista en esos nuevos Estados que obedecen todos a dinastías germánicas tan poco germanismo. La lengua, la religión, las instituciones, el arte, son puros, o casi. Se encuentra alguna influencia en el derecho de los países situados al norte del Sena y de los Alpes, pero hasta la llegada de los lombardos a Italia es muy poca cosa. Si se ha creído lo contrario, se debe a que se siguió la escuela germánica y se atribuyó abusivamente a la Galia, a Italia, a España, lo que se encuentra en las *Leges Barbarorum* de los salios, los ripuarios y los bávaros. Y también se debe a que se proyectó al período anterior a los carolingios lo que sólo es cierto en el caso de estos. Además se ha exagerado el papel de la Galia merovingia, dejándose dominar justamente por la idea de lo que será más adelante, pero que aún no es.

¿Qué es Clodoveo en comparación con Teodorico? Y, después de Clodoveo, observemos que, pese a todos sus esfuerzos, los reyes francos no consiguen instalarse en Italia, ni siquiera recobrar el Narbonesado de manos de los visigodos. Evidentemente, además, tienden hacia el Mediterráneo. Su conquista del otro lado del Rin, lejos de tener como consecuencia la germanización de su reino, tiene por objeto defenderlo de los bárbaros. Admitir que, en las condiciones en que se asentaron y con el pequeño número de gente que trajeron consigo, visigodos, burgundios, ostrogodos, vándalos y francos hubieran podido querer germanizar el Imperio, es admitir lo imposible. *Stat mole sua.*

Además, no hay que olvidar el papel de la Iglesia, en la cual se ha refugiado Roma y que la impone a los bárbaros al mismo tiempo que ella misma se impone a ellos.

Los reyes germánicos fueron en Occidente, en el mundo romano que se descomponía en tanto que Estado, puntos de cristalización política, si así puede llamárseles. Pero en torno a ellos, con pérdidas inevitables, lo que ha continuado es el equilibrio social viejo o, mejor dicho, antiguo.

En otros términos, la unidad mediterránea que constituye la esencia de ese mundo antiguo se mantiene en todas sus manifestaciones. La creciente helenización de Oriente no le impide seguir influyendo sobre Occidente con su comercio, su arte, las agitaciones de su vida religiosa. En cierta medida, ya lo hemos visto, Occidente se bizantiniza.

Eso explica el movimiento de reconquista de Justiniano, que casi vuelve a hacer del Mediterráneo un lago romano. Y, sin duda, visto con nuestra óptica, parece claro que ese imperio no podía durar. Pero a los contemporáneos no les ocurría lo mismo. La invasión lombarda no tuvo ciertamente la importancia que se le atribuye. Lo sorprendente de ella es su lentitud.

La política mediterránea de Justiniano, que es tal puesto que sacrifica a ella sus luchas contra los persas y los eslavos, corresponde al espíritu mediterráneo de toda la civilización europea de los siglos V al VII. A orillas de ese *mare nostrum* se encuentran todas las manifestaciones específicas de la vida de la época. Como bajo el Imperio, hacia él gravita el comercio; allí escriben los últimos representantes de la literatura antigua, un Boecio, un Casiorodo, allí nace y se desarrolla con un Cesáreo de Arlés y un Gregorio Magno la nueva literatura de la Iglesia, allí con un Isidoro de Sevilla se hace el inventario de la civilización gracias al cual la Edad Media conocerá la Antigüedad; allí, en Lérins o en Montecassino, el monacato, llegado de Oriente, se aclimata al medio occidental; de allí parten los misioneros que convertirán Inglaterra; allí se alzan los monumentos característicos de ese arte helenístico-oriental que parece destinado a ser el de Occidente, igual que ha seguido siendo el de Oriente.

Ningún indicio, en el siglo VII, anuncia aún el final de la comunidad de civilización establecida por el Imperio romano desde las Columnas de Hércules al mar Egeo y desde las costas de Egipto y Africa a las de Italia, la Galia y España. El mundo nuevo no ha perdido el carácter mediterráneo del mundo antiguo. A orillas del Mediterráneo se concentra y nutre cuanto posee de actividad.

Nada anuncia que la milenaria evolución deba verse bruscamente interrumpida. Nadie espera una catástrofe. Si los inmediatos sucesores de Justiniano no pueden continuar la obra de este, no han renunciado a ella. Se niegan a hacer ninguna concesión a los lombardos, fortifican febrilmente Africa, establecen allí sus *temas* como en Italia; su política se extiende a los francos, así como a los visigodos; su flota es la dueña del mar; el papa de Roma ve en ellos al soberano.

El mayor ingenio de Occidente, Gregorio Magno, papa desde el 590 al 604, saluda al emperador Focas, en el 603, como aquel que reina solo sobre hombres libres, mientras que los reyes de Occidente solo reinan, dice, sobre esclavos: *Hoc namque inter reges gentium et reipublicae imperatores distat, quod reges gentium domini servorum sunt, imperatores vero reipublicae domini liberorum* [90].

[90] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núm. 1899.

El Imperio jamás la ha considerado como uno de sus puntos sensibles, ni concentrado allí una gran parte de sus fuerzas militares. Era una línea de vigilancia atravesada por las caravanas que traían perfumes y especias. El Imperio persa, también vecino de Arabia, había actuado de igual manera con ella. En suma, no se podía temer nada de los beduinos nómadas de la península cuya civilización estaba aún en la etapa tribal, cuyas creencias religiosas eran apenas superiores al fetichismo y que se pasaban el tiempo guerreando entre sí, o saqueando las caravanas que iban de Sur a Norte, desde el Yemen hacia Palestina, Siria y la península del Sinaí, pasando por La Meca y Yathreb (la futura Medina).

Ocupados con su conflicto secular, ni el Imperio romano ni el Imperio persa parecen haber sospechado la propaganda mediante la cual Mahoma, entre una lucha confusa de tribus, iba a dar a su pueblo una religión que pronto proyectaría sobre el mundo, al mismo tiempo que su dominación. El Imperio estaba ya seriamente amenazado ¡y Juan Damasceno sólo veía en el Islam una especie de cisma de naturaleza análoga a las herejías precedentes! [3].

Cuando Mahoma murió, en el 632, nada revelaba el peligro que iba a manifestarse fulminantemente dos años después (634). En la frontera no se había tomado ninguna medida. Evidentemente, mientras que la amenaza germánica había atraído sin cesar la atención de los emperadores, el ataque árabe los cogió por sorpresa. En cierto sentido, la expansión del Islam fue una casualidad, si se entiende por ello la imprevisible consecuencia de varias causas que se combinan. El éxito del ataque se explica por el agotamiento de los dos imperios vecinos de Arabia, el romano y el persa, a consecuencia de la larga lucha que los había enfrentado y que se había visto coronada al fin por la victoria de Heraclio sobre Cosroes († 627) [4].

Bizancio acababa de reconquistar su brillo y su futuro parecía asegurado por la caída del enemigo secular que le devolvía Siria, Palestina y Egipto. La Santa Cruz, robada en tiempos, era devuelta triunfalmente por el vencedor a Constantinopla. El soberano de la India enviaba a Heraclio sus felicitaciones y el rey de los francos, Dagoberto, firmaba con él una paz perpetua. Podía esperarse, debía esperarse después de eso, ver a Heraclio reanudar en Occidente la política de Justiniano. Los lombardos ocupaban una parte de Italia, sí, y los visigodos, en el 624, habían arrebatado a Bizancio sus últimos puestos en España, pero ¿qué era eso comparado con el formidable resurgimiento que acababa de realizarse en Oriente?

[3] VASILIEV, *op. cit.*, t. I, p. 274.
[4] *Ibid.*, p. 263.

Segunda Parte

EL ISLAM Y LOS CAROLINGIOS

Capítulo 1
LA EXPANSION DEL ISLAM POR EL MEDITERRANEO

I.—La invasión del Islam

Para comprender la expansión del Islam en el siglo VII, nada más sugerente que compararla, en su influencia sobre el Imperio romano, con las invasiones germánicas. Estas son el desenlace de una situación también vieja, más vieja incluso que el Imperio y que ha pesado con más o menos fuerza sobre toda su historia. Cuando el Imperio, derrumbadas las fronteras, abandona la lucha, sus invasores se dejan al punto absorber por él y, en la medida de lo posible, continúan su civilización y entran en la comunidad sobre la cual esta se basa.

Por el contrario, el Imperio no ha tenido, o casi, antes de la época de Mahoma, relaciones con la península Arábiga [1]. Se ha contentado con construir una muralla para proteger a Siria de las bandas nómadas de habitantes del desierto, lo mismo que, en el norte de Britania, había construido una contra las invasiones de los pictos; pero ese *limes* sirio, algunas de cuyas ruinas pueden reconocerse aún hoy en el desierto, no es nada comparado con el del Rin o el Danubio [2].

[1] Es inútil hablar aquí del reino de Palmira, destruido en el siglo III, y que está al norte de la península. VASILIEV, *Histoire de l'Empire byzantin*, traducción franc., t. I, 1932, p. 265.

[2] VASILIEV, *op. cit.*, t. I, p. 265, citando a DUSSAUD, *Les Arabes en Syrie avant l'Islam*, París, 1907.

El Imperio jamás la ha considerado como uno de sus puntos sensibles, ni concentrado allí una gran parte de sus fuerzas militares. Era una línea de vigilancia atravesada por las caravanas que traían perfumes y especias. El Imperio persa, también vecino de Arabia, había actuado de igual manera con ella. En suma, no se podía temer nada de los beduinos nómadas de la península cuya civilización estaba aún en la etapa tribal, cuyas creencias religiosas eran apenas superiores al fetichismo y que se pasaban el tiempo guerreando entre sí, o saqueando las caravanas que iban de Sur a Norte, desde el Yemen hacia Palestina, Siria y la península del Sinaí, pasando por La Meca y Yathreb (la futura Medina).

Ocupados con su conflicto secular, ni el Imperio romano ni el Imperio persa parecen haber sospechado la propaganda mediante la cual Mahoma, entre una lucha confusa de tribus, iba a dar a su pueblo una religión que pronto proyectaría sobre el mundo, al mismo tiempo que su dominación. El Imperio estaba ya seriamente amenazado ¡y Juan Damasceno sólo veía en el Islam una especie de cisma de naturaleza análoga a las herejías precedentes! [3].

Cuando Mahoma murió, en el 632, nada revelaba el peligro que iba a manifestarse fulminantemente dos años después (634). En la frontera no se había tomado ninguna medida. Evidentemente, mientras que la amenaza germánica había atraído sin cesar la atención de los emperadores, el ataque árabe los cogió por sorpresa. En cierto sentido, la expansión del Islam fue una casualidad, si se entiende por ello la imprevisible consecuencia de varias causas que se combinan. El éxito del ataque se explica por el agotamiento de los dos imperios vecinos de Arabia, el romano y el persa, a consecuencia de la larga lucha que los había enfrentado y que se había visto coronada al fin por la victoria de Heraclio sobre Cosroes († 627) [4].

Bizancio acababa de reconquistar su brillo y su futuro parecía asegurado por la caída del enemigo secular que le devolvía Siria, Palestina y Egipto. La Santa Cruz, robada en tiempos, era devuelta triunfalmente por el vencedor a Constantinopla. El soberano de la India enviaba a Heraclio sus felicitaciones y el rey de los francos, Dagoberto, firmaba con él una paz perpetua. Podía esperarse, debía esperarse después de eso, ver a Heraclio reanudar en Occidente la política de Justiniano. Los lombardos ocupaban una parte de Italia, sí, y los visigodos, en el 624, habían arrebatado a Bizancio sus últimos puestos en España, pero ¿qué era eso comparado con el formidable resurgimiento que acababa de realizarse en Oriente?

[3] VASILIEV, *op. cit.*, t. I, p. 274.
[4] *Ibid.*, p. 263.

Sin embargo, el esfuerzo, excesivo sin duda, ha agotado al Imperio. Las provincias que Persia acaba de devolverle se las va a arrebatar bruscamente el Islam. Heraclio (610-641) asistiría impotente al primer desencadenamiento de esa fuerza nueva que desorientó al mundo y lo confundió [5].

La conquista árabe que se desencadena a la vez sobre Europa y Asia carece de precedentes; la rapidez de sus éxitos no se puede comparar más que con la rapidez con que se constituyeron los imperios mogoles de un Atila o, más adelante, de un Gengis Kan o un Tamerlán. Pero éstos fueron tan efímeros como duradera fue la conquista del Islam. Esta religión tiene aún hoy sus fieles en casi todos los sitios donde se impuso bajo los primeros califas. Es un verdadero milagro su fulminante difusión, comparada con el lento avance del cristianismo.

Al lado de esta irrupción, ¿qué son las conquistas, tanto tiempo detenidas y tan poco violentas de los germanos que, desde hace siglos, sólo han conseguido roer los bordes de la *Romania*?

En cambio el Imperio se derrumba por lienzos enteros ante los árabes. En el 634, estos se apoderan de la fortaleza bizantina de Bothra (Bosra), al otro lado del Jordán; en el 635, Damasco cae ante ellos; en el 636, la batalla de Yarmuk les da toda Siria; en el 637 ó 638, Jerusalén les abre sus puertas, mientras que hacia Asia conquistan Mesopotamia y Persia. Después Egipto es atacado a su vez; poco después de la muerte de Heraclio (641) cae Alejandría, y pronto todo el país es ocupado. Y la expansión, continuando siempre, anega las posesiones bizantinas de Africa del Norte.

Todo esto se explica, sin duda, por su carácter imprevisto, por el desconcierto de los ejércitos bizantinos desorganizados y sorprendidos por una nueva manera de combatir, por el descontento religioso y nacional de los monofisitas y de los nestorianos de Siria a quienes el Imperio no quiere hacer ninguna concesión, por el de la iglesia copta de Egipto y por la debilidad de los persas [6]. Pero todas esas razones resultan insuficientes para explicar un triunfo tan total. La inmensidad de los resultados logrados no guarda proporción con la importancia del conquistador [7].

La gran pregunta que se plantea es saber por qué los árabes, que desde luego no eran más numerosos que los germanos, no fueron

[5] *Ibid.*, p. 280.

[6] L. HALPHEN, *Les Barbares. Des grandes invasions aux conquêtes turques du XIe siècle*, París, 1926, p. 132: «Si los árabes vencieron, es porque el mundo al que atacaban estaba dispuesto a caer en ruinas.»

[7] DAWSON, *Les origines de l'Europe*, trad. franc., p. 153, ve en el entusiasmo religioso la causa esencial de las conquistas.

absorbidos como ellos por las poblaciones de las regiones de superior civilización de las que se apoderaron. Todo estriba en eso. No hay sino una respuesta, y es de orden moral. Mientras que los germanos no tienen nada para oponer al cristianismo del Imperio, los árabes están exaltados por una fe nueva. Eso y solo eso los vuelve imposibles de asimilar. Pues, en lo demás, no tienen más prevenciones que los germanos contra la civilización de los conquistados. Al contrario, se la asimilan con asombrosa rapidez; en ciencia, aprenden de los griegos; en arte, de los griegos y los persas. Ni siquiera son fanáticos, al menos al principio, y no pretenden convertir a sus súbditos. Pero quieren hacerles obedecer al dios único, Alá, y a su profeta Mahoma y, puesto que éste era árabe, a Arabia. Su religión universal es al mismo tiempo nacional. Son los servidores de Dios.

Islam significa resignación o sumisión a Dios y musulmán quiere decir sumiso. Alá es uno y es lógico por tanto que todos sus servidores tengan el deber de imponerlo a los incrédulos, a los infieles. Lo que se proponen no es, como se ha dicho, su conversión, sino su sujeción [8]. Eso es lo que traen consigo. No piden nada mejor, después de la conquista, que apoderarse, como de un botín, de la ciencia y el arte de los infieles; los cultivarán en honor de Alá. Incluso tomarán de ellos sus instituciones en la medida en que puedan serles útiles. Por lo demás, los empujan a ello sus propias conquistas. Para gobernar el Imperio que han fundado no pueden basarse ya en sus instituciones tribales, igual que los germanos no pudieron imponer las suyas al Imperio romano. La diferencia estriba en que, dondequiera que estén, dominan. Los vencidos son sus súbditos, son los únicos que pagan el impuesto, están al margen de la comunidad de los creyentes. La barrera es infranqueable; no se puede producir ninguna fusión entre las poblaciones conquistadas y los musulmanes. ¡Qué enorme contraste con un Teodorico, que se pone al servicio de sus vencidos e intenta asimilarse a ellos!

Entre los germanos, el vencedor irá espontáneamente hacia el vencido. Entre los árabes ocurre lo contrario, el vencido irá hacia el vencedor y sólo podrá hacerlo sirviendo, como él, a Alá, leyendo, como él, el Corán, es decir, aprendiendo la lengua que es la lengua santa al mismo tiempo que la lengua dueña.

Ninguna propaganda ni tampoco, como los cristianos después del triunfo de la Iglesia, ninguna opresión religiosa. «Si Dios hubiera querido, dice el Corán, no habría hecho más que un solo pueblo con todos los hombres», y condena en idénticos términos la violencia con-

[8] VASILIEV, *op. cit.*, t. I, p. 279, citando a GOLDZIHER, *Vorlesungen über den Islam*, 1910.

tra el error [9]. Sólo exige la obediencia a Alá, obediencia externa de seres inferiores, degradados, despreciables, a quienes se tolera pero que viven en la abyección. Eso es lo que resulta intolerable y, para el infiel, desmoralizador. No se ataca su fe, se la ignora, y ese es el medio más eficaz para apartarlo de ella y llevarlo a Alá, que al mismo tiempo que le devolverá la dignidad le abrirá las puertas de la ciudad musulmana. Como la religión obliga en conciencia al musulmán a tratar al infiel como súbdito, el infiel va a él, y al ir a él, rompe con su patria y con su pueblo [10].

El germano se romaniza en cuanto entra en la *Romania*. El romano, en cambio, se arabiza en cuanto es conquistado por el Islam [11]. Poco importa que, incluso en plena Edad Media, hayan subsistido entre los musulmanes pequeñas comunidades de coptos, nestorianos y sobre todo de judíos. No por ello el ambiente ha dejado de transformarse a fondo. Ha habido un corte, una neta ruptura con el pasado. El nuevo amo no permite que en el radio que domina ninguna influencia escape al control de Alá. Su derecho sacado del Corán sustituye al derecho romano, su lengua al griego y al latín.

Al cristianizarse, el Imperio había cambiado de alma, si así puede decirse; al islamizarse, cambia a la vez de alma y de cuerpo. La sociedad civil se transforma tanto como la sociedad religiosa.

Con el Islam, un nuevo mundo se introduce en esas riberas mediterráneas donde Roma había difundido el sincretismo de su civilización. Se produce un desgarramiento que durará hasta nuestros días. A orillas del *Mare nostrum* se despliegan ya dos civilizaciones diferentes y hostiles. Y si en nuestros días la europea ha subordinado a la asiática, no la ha asimilado. El mar que había sido hasta entonces centro de la cristiandad se convierte en su frontera. La unidad mediterránea se ha roto.

La primera expansión disminuye bajo el califa Otmán y el asesinato de este, en el 656, inicia una crisis política y religiosa que sólo cesa con el advenimiento de Mu'awiya en el 660.

Entraba en el orden de las cosas que un poder dotado de una fuerza expansiva como la del Islam debiera imponerse en toda la cuenca del gran lago interior. Y de hecho, se esforzó en ello. A partir de la segunda mitad del siglo VII aspira a convertirse en una potencia marítima en esas aguas dominadas por Bizancio, bajo el reinado de

[9] *Ibid.*, p. 275.

[10] Por otra parte, también se va al Islam por interés. En Africa, según Ibn Jaldún, los bereberes apostataron doce veces en setenta años. JULIEN, *Histoire de l'Afrique du Nord*, 1931, p. 320.

[11] En España, en el siglo IX, los propios cristianos ya no saben latín y se traducen al árabe los textos de los concilios.

Constante II (641-668). Los navíos árabes del califa Mu'awiya (660) comienzan a invadir las aguas bizantinas. Ocupan la isla de Chipre y, no lejos de la costa de Asia Menor, obtienen una victoria naval sobre el propio emperador Constante II; se apoderan de Rodas y llegan hasta Creta y Sicilia [12]. Después hacen del puerto de Cízico una base naval desde la que asedian, en varias ocasiones, Constantinopla, que les resiste victoriosamente con el fuego griego, hasta que en 677 renuncian a la empresa [13].

La oleada hacia Africa, iniciada por el emir de Egipto Ibn Saud, en el 647, había desembocado en una victoria sobre el exarca Gregorio. Sin embargo, las fortalezas construidas bajo Justiniano no habían sucumbido y los bereberes, olvidando su vieja hostilidad a los romanos, habían cooperado con estos contra el invasor. Una vez más se revelaba la importancia de Africa, cuya conquista por los vándalos había provocado antaño la decadencia defensiva del Imperio en Occidente. De ella dependía la seguridad de Sicilia y de Italia, el paso marítimo hacia Occidente. Para poder defenderla, sin duda, Constante II se establece en Siracusa después de la última visita a Roma efectuada por un emperador bizantino.

Los problemas del califato en esa época condujeron a una tregua.

Pero la subida al trono de Mu'awiya en el 660 haría que se reanudase la lucha. En el 664, una nueva gran *razzia* provoca una nueva derrota de los bizantinos. El ejército que estos habían enviado a Adrumeto fue derrotado y tomada la fortaleza de Djelula, después de lo cual los invasores se retiraron [14]. Para evitar a la vez la reanudación de una ofensiva de los bizantinos, que poseían las ciudades costeras, y contener a los bereberes del macizo de Aures, Sidi Okba ('Uqba ibn-Nafi') funda en el 670 Cairuán, «plaza de armas» del Islam hasta el fin de los tiempos [15]. De ella parten las incursiones, acompañadas por matanzas, contra los bereberes que siguen resistiendo en sus montañas. En el 681, Okba, en un avance formidable, llega al Atlántico. Pero una reacción de los bereberes y de los romanos lo barre todo. El príncipe bereber Kosayla entra vencedor en Cairuán y los bereberes que habían abrazado el Islam se apresuran a abjurar [16]. Los bizantinos, por su parte, pasan a la ofensiva. Vencidos en Cairuán, los musulmanes de Kosayla retroceden hacia Barca,

[12] VASILIEV, *op. cit.*, t. I, p. 282.

[13] Atacan Constantinopla en 668 y 669; en el 673, inician un bloqueo, que dura unos cinco años. HALPHEN, *op. cit.*, p. 139.

[14] JULIEN, *op. cit.*, p. 318.

[15] *Ibid.*, p. 319.

[16] JULIEN, *op. cit.*, p. 320. Este autor me parece que minimiza totalmente el papel de los bizantinos en beneficio de los bereberes.

donde los sorprende y extermina un cuerpo de desembarco bizantino (689). Su jefe cayó en la batalla [17].

Esta victoria, que devuelve la costa de Africa a los bizantinos, amenaza toda la expansión árabe por el Mediterráneo. Los árabes, obstinados, vuelven a la carga; Cartago es tomada por asalto (695). El emperador Leoncio ve el peligro y arma una flota que, mandada por el patricio Juan, consigue recuperar la ciudad.

Los bereberes, por su parte, agrupados en torno a la misteriosa reina llamada la Kahina, aplastan el ejército árabe cerca de Tebessa y lo rechazan a Tripolitania [18].

Pero al año siguiente Hasan reanuda el ataque y se apodera de Cartago (698), cuya conquista sería esta vez definitiva. Los habitantes han huido. Se sustituye en seguida la ciudad antigua por una nueva capital, en el fondo del golfo: Túnez, cuyo puerto de La Goleta va a convertirse en la gran base del Islam en el Mediterráneo. Los árabes, que por fin tienen una flota, dispersan a los navíos bizantinos. El dominio del mar les pertenece ya. Pronto los griegos no conservarán sino la plaza de Septem (Ceuta), con algunos restos de la Mauritania Segunda y de Tingitania, Mallorca, Menorca y unas cuantas ciudades en España. Parece que establecieron con esas posesiones diseminadas un exarcado que perduraría aún diez años [19].

Nada tenía que hacer, a partir de entonces, la resistencia de los bereberes bajo la reina Kahina. Acorralada en el Aures, es asesinada y su cabeza enviada al califa.

Los años siguientes presencian la impresión de la huella árabe. Musa ibn-Nusair (Muza) somete Marruecos e impone el Islam a las tribus bereberes [20].

Son esos recién convertidos los que conquistarán España. Esta ya se había visto hostigada al mismo tiempo que Cerdeña y Sicilia. Era la consecuencia necesaria de la ocupación de Africa. En el 675, los árabes habían atacado España por mar, pero la flota visigoda los había rechazado [21].

El estrecho de Gibraltar no podía detener a los conquistadores; los visigodos lo sospechaban. En el 694, el rey Egica acusa a los judíos de conspirar con los musulmanes y quizás, en efecto, las persecuciones de las que eran objeto los inducían a esperar la conquista del país. En el 710 el hijo de Vitiza, Akhila, desposeído por Rodrigo, duque de la Bética, huye a Marruecos, donde, sin duda, solicita la

[17] JULIEN, *op. cit.*, p. 321.
[18] JULIEN, *op. cit.*, pp. 322-323.
[19] *Ibid.*, p. 323.
[20] *Ibid.*, p. 327.
[21] LOT, PFISTER y GANSHOF, *Histoire du Moyen Age*, t. I, p. 240.

ayuda de los musulmanes. Estos, en cualquier caso, sacan partido de los acontecimientos, pues en el 711 un ejército que se evalúa en 7.000 bereberes, mandado por Tariq, cruza el estrecho. Vencido Rodrigo en el primer choque, todas las ciudades se abren ante el conquistador que, apoyado en el 712 por un ejército de refuerzo, remata la toma de posesión del país. En el 713 Muza, el gobernador de Africa del Norte, proclama en la capital de Toledo la soberanía del califa de Damasco [22].

¿Por qué detenerse en España? Esta, por otra parte, se prolonga en el Narbonesado. Apenas completada la sumisión de la península, en el 720 los musulmanes se apoderan de Narbona, después sitian Toulouse, mermando así el reino franco. El rey, impotente, no hace nada. El duque Eudes de Aquitania los rechaza en el 721, pero Narbona sigue en sus manos. Desde allí parte, en el 725, un nuevo y formidable empuje. Carcasona es tomada y los caballeros de la Media Luna llegan hasta Autun, saqueada el 22 de agosto del 725.

Nueva *razzia* en el 732, obra del emir de España Abd ar-Rahman (Abderramán) que, partiendo de Pamplona, pasa los Pirineos y marcha sobre Burdeos. Eudes, derrotado, huye junto a Carlos Martel. En vista de la impotencia que manifiesta el Sur, la reacción contra los musulmanes partirá por fin del Norte. Carlos marcha con Eudes al encuentro del invasor y lo alcanza en el mismo paso de Poitiers donde Clodoveo venció antaño a los visigodos. El choque se produce en octubre del 732. Abderramán es vencido y muere [23], pero el peligro no está descartado. Ahora amenaza a Provenza, es decir, al mar. En el 735, el gobernador árabe de Narbona, Yusuf Ibn Abderramán, se apodera de Arlés, apoyado en las complicidades que encuentra en el país [24].

Después, en el 737, los árabes toman Aviñón con el apoyo de Maucontus y extienden sus devastaciones hasta Lyon y hasta Aquitania. Carlos marcha de nuevo contra ellos. Recupera Aviñón y acude a atacar Narbona, ante la cual derrota un ejército de refuerzo árabe llegado por mar, pero no puede tomar la ciudad. Regresa a Austrasia con un inmenso botín, pues ha tomado, destruido e incendiado Maguelonne, Agde, Béziers y Nimes [25].

[22] HALPHEN, *op. cit.*, pp. 142-143.

[23] Esta batalla no tiene la importancia que se le atribuye. No es comparable con la victoria obtenida sobre Atila. Marca el final de una incursión, pero en realidad no detiene nada. De haber sido vencido Carlos, el resultado hubiera sido simplemente un pillaje más considerable.

[24] BREYSIG, *Jahrbücher des Fränkisches Reiches. Die Zeit Karl Martels*, páginas 77-78.

[25] BREYSIG, *op. cit.*, p. 84.

Estos éxitos no impiden una nueva incursión de los árabes a Provenza en el 739. Esta vez, amenazan también a los lombardos. Carlos, con el auxilio de estos últimos, los rechaza una vez más [26].

Todo lo que sigue es oscuro, pero parece que los árabes sometieron de nuevo la costa provenzal y se mantuvieron en ella unos años. Pipino los expulsó de allí en el 752, pero atacó en vano Narbona [27]. Solo se apoderaría definitivamente de ella en el 759. Esta victoria marca, si no el final de las expediciones contra Provenza, al menos el de la expansión musulmana por el continente occidental [28]. Al igual que Constantinopla ha resistido el gran ataque del 718, protegiendo así Oriente, aquí son las fuerzas intactas de Austrasia, los vasallos de los carolingios, las que salvan a Occidente.

Sin embargo, si en Oriente la flota bizantina logra alejar al Islam del mar Egeo, en Occidente el Tirreno caerá en su poder.

Las expediciones contra Sicilia se suceden en 720, 727, 728, 730, 732, 752, 753; interrumpidas un período por trastornos civiles en Africa [29], se reanudan en el 827 bajo el emir aglabí Siadet Allah I, que aprovecha una rebelión contra el emperador para intentar un golpe de mano contra Siracusa. Una flota árabe sale de Susa en el 827, pero los bizantinos impulsan enérgicamente la guerra y una flota bizantina los obliga a levantar el sitio de Siracusa.

Por su parte, los musulmanes reciben refuerzos de España, y después, de Africa. En agosto-septiembre del 831 se apoderan de Palermo tras un año de asedio, adquiriendo así una base defensiva en Sicilia. Pese a este fracaso, la resistencia de los bizantinos prosigue con energía por mar y tierra. No pueden impedir empero que los musulmanes, ayudados por los napolitanos, se apoderen de Mesina en el 843. En el 859, la sede de la resistencia bizantina es vencida y Siracusa sucumbe, el 21 de mayo del 878, tras una heroica defensa.

[26] *Ibid.*, p. 86.

[27] H. HAHN, *Jahrbücher des Fränkischen Reichs*, 741-752, p. 141.

[28] Habrá aún bastantes devastaciones en Provenza. En el 799, los sarracenos saquean las costas de Aquitania, sin duda por el lado atlántico, *Miracula S. Filiberti*, M. G. H. SS., t. XV, p. 303. Cfr. W. WOGEL, *Die Normannen und das Fränkische Reich*, Heidelberg, 1907, p. 51, n. 4. Ya en el 768 los moros hostigan las costas de Marsella, *Chronique du pseudo-Frédégaire, Continuatio*, M. G. H. SS. rer. Merov., t. II, p. 191. En el 778, amenazan Italia, JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núm. 2424. En el 793, atacan Septimania, BÖHMER-MUHLBACHER, *Regesten*, p. 138. En el 813, pillaje de Niza y Civitavecchia; en el 838, pillaje de Marsella. En el 848, toma de Marsella. En 847 y 850, devastación de Provenza. En el 889, los árabes se establecen en Saint-Tropez y en La Garde-Freynet. Por el lado del Atlántico están los sarracenos, llegados de España en el siglo VIII, en la isla de Noirmoutier, POUPARDIN, *Monuments de l'histoire des abbayes de Saint Philibert*, 1905, p. 66.

[29] HARTMANN, *op. cit.*, t. III, pp. 170-171.

Mientras el Imperio bizantino luchaba para salvar Sicilia, Carlomagno se enfrentaba con los musulmanes en las fronteras de España. En el 778 envía un ejército que fracasa ante Zaragoza y cuya retaguardia se deja matar en Roncesvalles. Se decide entonces a una postura defensiva, hasta el momento en que los sarracenos invaden Septimania (793) y establece contra ellos la Marca Hispánica (795) [30], en la que su hijo Luis, rey de Aquitania, se apoyaría en el 801 para apoderarse de Barcelona. Tras diversas expediciones infructuosas, dirigidas en especial por el *missus* Ingoberto en el 810, Tortosa cayó igualmente en manos de Luis en el 811. En cambio fracasó ante Huesca. No llegaría más lejos [31].

En realidad Carlomagno encontró en España una resistencia sumamente viva. Y Eginardo exagera cuando narra que ocupó todo el país hasta el Ebro. En realidad solo tocó el río en dos puntos, en el alto valle, al sur de Navarra, y en el bajo valle, en Tortosa, admitiendo que esa ciudad fuera ocupada de veras [32].

Si Carlomagno no pudo aprovechar la toma de Barcelona se debió a que carecía de flota. Nada podía contra los sarracenos que poseían Túnez, dominaban las costas de España y ocupaban las islas. Intentó defender las Baleares y obtuvo algunos éxitos pasajeros. En el 798 los musulmanes devastaron estas islas [33]. Al año siguiente, cediendo a las peticiones de sus habitantes, Carlomagno les envió tropas que sin duda fueron transportadas en navíos baleares. Esta demostración militar fue eficaz, al parecer, pues las enseñas árabes fueron enviadas como trofeos al rey [34]. Pero no se ve que los francos se hayan mantenido en las islas.

En realidad Carlomagno guerreó casi todo el tiempo en la región de los Pirineos. Se benefició de las agitaciones que perturbaron el mundo musulmán. La fundación del califato omeya de Córdoba en 765, dirigido contra el de los abasidas de Bagdad, le fue favorable, pues cada uno de ellos estaba interesado en tratar con tino a los francos.

Carlomagno no obtuvo apenas éxitos en otros puntos del Mediterráneo. En el 806, los sarracenos se apoderan de la islita de Pantelaria y venden en España como esclavos a los monjes que han encontrado allí. Carlos los manda redimir [35]. Ese mismo año, 806, Pipino,

[30] RICHTER y KOHL, *Annalen des Fränkischen Reichs im Zeitalter der Karolinger*, p. 132.

[31] KLEINCLAUSZ, *Charlemagne*, París, 1934, pp. 326 y ss.

[32] KLEINCLAUSZ, *op. cit.*, p. 330.

[33] RICHTER y KOHL, *op. cit.*, p. 141.

[34] *Annales regni Francorum, a.*" 799, ed. Kurze, M. G. H. SS. in us. schol., página 180.

[35] KLEINCLAUSZ, *op. cit.*, p. 332, n. 2.

su hijo, rey de Italia, intenta expulsar a los sarracenos de Córcega, donde se han asentado. Arma una flota y, según los anales carolingios, se adueña de la isla. Pero ya en el 807 ha vuelto a caer en poder de los enemigos [36].

Inmediatamente Carlos envía contra ellos al condestable Burchard, que los obliga a retirarse tras un combate en el que pierden trece navíos. Pero de nuevo la victoria es efímera, pues en el 808, el papa León III, hablando con Carlos de las medidas que toma para defender la costa italiana, le ruega que se encargue de Córcega [37]. Y se ve, en efecto, que en el 809 y el 810 los sarracenos ocupan Córcega y Cerdeña.

La situación se agrava cuando Africa, erosionada por trastornos endémicos, se organiza bajo la dinastía de los aglabíes que reconocen al califa de Bagdad, Harun al-Raschid.

En el 812, los sarracenos de Africa, a pesar de la llegada de una flota griega al mando de un patricio y reforzada por barcos de Gaeta y Amalfi, saquean las islas de Lampedusa, Ponza e Ischia. León III pone las costas de Italia en estado de defensa [38], y el emperador le envía a su primo Wala para ayudarle. Carlos entra también en relaciones con el patricio Jorge, pero éste firma una tregua de diez años con el enemigo. Sin embargo, no se tiene en ninguna cuenta, y la guerra en el mar no cede; la destrucción en una tormenta de una flota sarracena de cien navíos, en el 813, hace disminuir un poco las *razzias* de los árabes de España, que no cesan de pillar Civitavecchia, Niza, Cerdeña y Córcega, de donde se llevan 500 cautivos.

Sin embargo, en medio de estas guerras se intentan algunos esfuerzos diplomáticos. Ya en el 765 Pipino había enviado una embajada a Bagdad. En el 768, había recibido en Aquitania a unos enviados de los sarracenos de España, llegados por Marsella. En el 810, Harun al-Raschid había enviado una embajada a Carlomagno que, en el 812, firmaba, por otra parte, un tratado con el español Alhakem.

Estos intentos diversos no tuvieron ningún resultado. Y Carlomagno, cada vez más incapaz de resistir a las flotas musulmanas, se resignó a la defensa, parando difícilmente los golpes que recibía.

La situación iba a empeorar aún después de la muerte de Carlomagno. Sin duda, en el 828, Bonifacio de Toscana avanza con una pequeña flota destinada a la protección de Córcega y Cerdeña hasta las costas de Africa, entre Cartago y Utica [39]. Supongo que aprovechó

[36] *Annales regni Francorum*, a[os] 806 y 807, ed. Kurze, pp. 122 y 124.
[37] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núm. 2515; KLEINCLAUSZ, *op. cit.*, p. 331.
[38] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núm. 2524.
[39] HARTMANN, *op. cit.*, t. III, p. 179, observa que es la única expedición a ultramar intentada por los francos. Cfr. RICHTER y KOHL, *op. cit.*, p. 260.

que los musulmanes estaban ocupados en ese momento en Sicilia. Pero unos años después Italia, al norte de las ciudades bizantinas, fue presa fácil para los musulmanes, Bríndisi y Tarento fueron asoladas (838), Bari conquistada (840), la flota de Bizancio y Venecia derrotada. En el 841 los musulmanes devastan Ancona y la costa dálmata hasta Cattaro. Y Lotario, en el 846, no oculta en absoluto que temía la anexión de Italia [40].

En el 846, setenta navíos atacan Ostia y Porto, avanzan devastándolo todo hasta las murallas de Roma y profanan la iglesia de San Pedro. La guarnición de Gregoriópolis no ha podido detenerlos. Finalmente son rechazados por Guido de Spoleto. La expedición de Lotario al año siguiente, 847, no logra recuperar Bari.

En el 849, por instigación del papa, Amalfi, Gaeta y Nápoles constituyen una liga contra los sarracenos y reúnen en Ostia una flota que el papa León IV acude a bendecir [41]. Obtiene una gran victoria naval sobre los sarracenos. Al mismo tiempo, el papa ciñe con una muralla el burgo del Vaticano y lo convierte en la *Civitas Leonina* (848-852) [42].

En el 852, el papa asienta en Porto, fortificada por él, a corsos que huyen de la isla, pero la nueva ciudad no prospera. Crea también Leópolis para sustituir a Civitavecchia, vaciada por el terror que inspiran los sarracenos [43]. Igualmente restaura Orta y Ameria en Toscana, para proporcionar un refugio a los habitantes con ocasión de las incursiones musulmanas [44]. Eso no impide que éstos, en el 876 y 877, devasten la campiña romana; el papa implora en vano al emperador de Bizancio. Los desastres que este sufre en ese momento en Sicilia, donde Siracusa sucumbe (878), le impiden sin duda intervenir, y al final el papa se ve obligado a pagar anualmente a los moros, para escapar a sus golpes de mano, 20.000 *mancusi* de plata. Por otra parte, se trata sólo de simples bandas de piratas que se proponen sólo el pillaje. En el 883, la abadía de Montecassino es incendiada y destruida [45]. En el 890, la abadía de Farfa es sitiada y resiste durante siete años. Subiaco es destruida, el valle del Anio y Tívoli son asolados. Los sarracenos han constituido una plaza

[40] M. G. H. Capit., t. II, p. 67. Provenza, por esa misma época, fue saqueada de nuevo en el 849. HARTMANN, *op. cit.*, t. III, p. 224. Lo sería de nuevo en el 890. M. G. H. Capit., t. II, p. 377.

[41] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, p. 330.

[42] M. G. H. Capit., t. II, p. 66. Lotario ordena, en el 846, una suscripción en todo el Imperio para la erección de ese muro.

[43] HARTMANN, *op. cit.*, t. III, p. 213.

[44] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núm. 2959. Pillaje de las costas italianas en 872.

[45] GAY, *L'Italie méridionale et l'Empire byzantin*, 1904, p. 130.

fuerte no lejos de Roma, en Saracinesco; otra en los montes Sabinos, en Ciciliano.

La campiña romana se convierte en un desierto: *redacta est terra in solitudinem*. Sólo en el 916 renacerá la calma, cuando Juan X, el emperador, los príncipes del sur de Italia y el emperador de Constantinopla, que envía galeras a Nápoles, obliguen a la ciudad y a sus vecinas a abandonar su alianza con los sarracenos y, unidos a ellas, derroten por fin sobre el Garigliano a los terribles invasores.

Puede decirse, pues, que desde la conquista de España y sobre todo de Africa, el Mediterráneo occidental se convierte en un lago musulmán. El Imperio franco, desprovisto de flota, nada puede. Solo poseen aún barcos Nápoles, Gaeta y Amalfi. Pero sus intereses comerciales los inducen a abandonar al demasiado remoto Bizancio, para acercarse a los musulmanes.

Gracias a su defección, los sarracenos pudieron por fin tomar Sicilia. La flota bizantina es poderosa, sí, incluso más que las de las ciudades marítimas italianas, gracias al fuego griego que la convierte en un temible medio de guerra; pero una vez tomada Sicilia, se ve casi completamente cortada de Occidente, donde ya no hace sino raras e inútiles apariciones. Sin embargo, les ha permitido a los emperadores salvaguardar su Imperio, que es sobre todo costero [46]; gracias a ella las aguas en torno a Grecia seguirán siendo libres e Italia escapará finalmente al dominio del Islam. Treinta años después de su conquista por los musulmanes en el 840, la flota del emperador Basilio, con sus 400 barcos, recuperaba Bari [47]. Fue un hecho esencial, que impidió a los musulmanes establecerse en Italia, mantuvo la soberanía bizantina y garantizó la seguridad de Venecia.

Gracias también a su flota, Bizancio pudo conservar una especie de supremacía sobre Nápoles, Amalfi y Gaeta, cuya política consistía en evolucionar entre el emperador, el duque de Benevento e incluso los musulmanes, para conservar la autonomía necesaria para su comercio.

La expansión islámica no pudo, pues, englobar todo el Mediterrá-

[46] La flota defiende Bizancio no sólo de los musulmanes, sino también de los francos; en el 806, basta con el envío de una flota, contra la cual Carlomagno no puede nada, para que éste renuncie a Venecia. Los francos, en el mar, dependen totalmente de las flotas italianas; en el 846, Lotario, que no tiene flota, pide a los venecianos que ataquen a los sarracenos de Benevento *navali expedicione*. M. G. H. Capit., t. II, p. 67.

[47] SCHAUBE, *Handelsgeschichte der Romanischen Völker des Mittelmeergebiets*, Munich, 1906, p. 26. Luis II había fracasado en la campaña emprendida en Italia de 866 a 873 a consecuencia de la discordia surgida entre él y los italianos, quienes incluso lo hicieron prisionero un tiempo, HARTMANN, *op. cit.*, tomo III, pp. 265, 288, 296.

neo. Lo cerca por el este, el sur y el oeste, pero no pudo morderlo por el norte. El antiguo mar romano se ha convertido en el límite entre el Islam y la Cristiandad. Todas las antiguas provincias mediterráneas conquistadas por los musulmanes gravitan ya hacia Bagdad [48].

Al mismo tiempo, Oriente ha quedado separado de Occidente. El lazo que la invasión germánica había dejado subsistir se ha cortado. Bizancio ya no es ahora sino el centro de un Imperio griego, para el cual ya no existe la menor posibilidad de una política justinianea. Se ve reducido a defender sus últimas posesiones. Sus plazas más occidentales están en Nápoles, Venecia, Gaeta, Amalfi. La flota permite aún conservar el contacto con ellas, impidiendo así al Mediterráneo oriental convertirse en un lago musulmán. Pero el Mediterráneo occidental no es más que eso. El, que había sido la gran vía de comunicación, es hoy una infranqueable barrera.

El Islam ha roto la unidad mediterránea que las invasiones germánicas habían dejado subsistir.

Se trata del hecho más esencial ocurrido en la historia europea después de las guerras púnicas. Es el final de la tradición antigua. Es el comienzo de la Edad Media, en el mismo momento en que Europa estaba en vías de bizantinizarse.

II.—El cierre del Mediterráneo occidental

Mientras el Mediterráneo era cristiano, la navegación oriental mantuvo el comercio con Occidente. Siria y Egipto eran sus dos principales centros; ahora bien, precisamente esas dos ricas provincias son las primeras en caer bajo la dominación del Islam. Sería un palmario error considerar que esa dominación afectó a la actividad económica. Aunque hubo graves trastornos, aunque se comprueba una considerable emigración de sirios a Occidente, no hay que creer, sin embargo, que el armazón económico se derrumbase. Damasco se ha convertido en la primera capital del califato. No han dejado de importarse especias, de fabricarse papiros, de funcionar los puertos. Los cristianos no eran molestados, siempre que pagasen el impuesto. El comercio ha continuado, pues, aunque ha cambiado de dirección [49].

[48] Hablando de Africa, dice Marçais: «Los puentes entre ella y la Europa cristiana están cortados. Vive con los ojos clavados en Bagdad o en El Cairo.»

[49] A propósito del cierre del Mediterráneo occidental por el Islam (no ocurre lo mismo con Oriente), véase el texto del cristiano-árabe Yahya ibn-Said de Antioquía, que, en el siglo XI, refiere que desde el papa Agatón (678-681) no posee con certeza la lista de los «patriarcas de Roma». BÉDIER, «Carlomagno y Palestina», *Revue historique*, t. CLVII, 1928, p. 281.

Se cae por su peso que, en plena guerra, el vencedor no permite que sus súbditos trafiquen con el vencido. Y cuando la paz reanimó la actividad en las provincias conquistadas, el Islam orientó el comercio hacia los nuevos destinos que le abría la inmensidad de sus conquistas.

Se abrieron nuevas vías comerciales, que unían el mar Caspio con el Báltico por el Volga, y los escandinavos, cuyos mercaderes frecuentaban las orillas del mar Negro, debieron de tomar en seguida el nuevo camino; no se necesitan más pruebas que las numerosas monedas orientales halladas en Gotlandia.

Es cierto que los disturbios inseparables de la conquista de Siria (634-636) y después de Egipto (640-642), obstaculizaron momentáneamente la navegación [50].

Los barcos debieron de ser requisados para la flota que el Islam organiza inmediatamente en el mar Egeo. Por otra parte, no es fácil imaginarse a los mercaderes pasando entre flotas hostiles, a menos que aprovecharan las circunstancias, como debieron hacer muchos de ellos, para entregarse a la piratería.

Es preciso admitir ciertamente que a partir de mediados del siglo VII la navegación de los puertos musulmanes del Egeo hacia los puertos que han seguido siendo cristianos se ha vuelto imposible; si subsiste algo, es casi nada.

Desde Bizancio y desde las costas que ésta defiende a su alrededor, la navegación, protegida por la flota, hacia las otras regiones griegas de Grecia, el Adriático, Italia meridional y Sicilia, pudo mantenerse, pero resulta difícil admitir que pudiera aventurarse más lejos puesto que ya en el 650 el Islam ataca Sicilia.

En cuanto al movimiento comercial de Africa, el continuo devastamiento del país, desde 643 a 708, acabó indudablemente con él. Los raros vestigios que habían podido conservarse desaparecen después de la toma de Cartago y la fundación de Túnez en el 698.

La conquista de España en el 711 e, inmediatamente después, la inseguridad en que vive la costa de Provenza, acaban de hacer absolutamente imposible toda navegación comercial por el Mediterráneo occidental. Y los últimos puertos cristianos no habrían podido mantener entre sí el menor movimiento marítimo, ya que no tenían flota o casi.

Así, puede afirmarse que la navegación con Oriente cesa a partir de los alrededores del año 650 con las regiones situadas al este de

[50] No se debe al azar que la serie de monedas pseudoimperiales de la Galia se detenga en Heraclio (610-641). Cfr. PROU, *Catalogue des monnaies mérovingiennes*, pp. XXVII-XXVIII.

Sicilia y que, en la segunda mitad del siglo VII, se extingue en todas las costas de Occidente.

A comienzos del siglo VIII, su desaparición es total. Ya no hay tráfico mediterráneo, salvo en las costas bizantinas; como dice Ibn Jaldún (con la reserva que hay que hacer para Bizancio): «Los cristianos ya no pueden hacer flotar una tabla en el mar.» El Mediterráneo queda entregado desde ese momento a los piratas sarracenos. En el siglo IX, se apoderan de las islas, destruyen los puertos, hacen *razzias* por doquier. El gran puerto de Marsella, antaño la principal escala de Occidente con Levante, queda vacío. La antigua unidad económica del Mediterráneo se ha roto, y seguirá así hasta la época de las Cruzadas. Había resistido ante las invasiones germánicas; cede ante el irresistible empuje del Islam.

¿Cómo iba a poder resistir Occidente? Los francos carecían de flota. La de los visigodos es aniquilada y el enemigo está, en cambio, bien preparado. El puerto de Túnez y su arsenal son inexpugnables. En todas las costas se alzan *Ribat,* puestos semirreligiosos, semimilitares, que se relacionan entre sí y mantienen un perpetuo estado de guerra. Los cristianos nada pudieron contra ese poderío marítimo; el hecho de que sólo hicieron una pequeña incursión contra la costa de Africa es la prueba más evidente.

Hay que insistir sobre este punto, ya que excelentes eruditos no admiten que la conquista musulmana haya podido producir un corte tan neto. Creen incluso que los mercaderes sirios continuaron frecuentando, como antaño, Italia y la Galia en el curso de los siglos VII y VIII. Es cierto que Roma, sobre todo, acogió gran cantidad de sirios durante las primeras décadas que siguieron a la conquista de su país por los árabes. Y su influencia y su número debieron de ser considerables, pues varios de ellos, como Sergio I (687-701) y Constantino I (708-715) fueron elevados al papado. Desde Roma, cierto número de esos refugiados, cuyo conocimiento de la lengua griega les aseguraba un gran prestigio, se expandieron pronto hacia el Norte llevando consigo manuscritos, marfiles, objetos de orfebrería de que se habían provisto al abandonar su patria. Los soberanos carolingios no dejaron de emplearlos en la obra de renovación literaria y artística que habían emprendido. Carlomagno encargó a algunos de revisar el texto de los evangelios. Y probablemente uno de sus compatriotas fue el que dejó en Metz un texto griego de las *Laudas* mencionado allí en el siglo IX.

Debe considerarse como una prueba más de la penetración siria en Occidente, después del siglo VII, la influencia que el arte de Asia Menor ejerció sobre el desarrollo de la ornamentación en la época carolingia. Nadie ignora, por lo demás, que muchos eclesiásticos de

la *Francia* se dirigían a Oriente para venerar los santuarios de Palestina, y que regresaban no sólo provistos de reliquias, sino también, sin duda, de manuscritos y ornamentos sagrados.

Es un hecho bien conocido que Harun al-Raschid, deseoso de ganarse a Carlomagno en su lucha contra los Omeyas, le dio la tumba de Cristo [51], así como un vago protectorado sobre los Santos Lugares.

Pero todos estos hechos, por interesantes que sean para la historia de la civilización, no lo son para la historia económica. La emigración de sabios y artistas no pone en claro en absoluto la existencia de relaciones comerciales entre su país de origen y aquellos donde van a buscar refugio. El siglo XV, que vio a tantos eruditos bizantinos huir a Italia empujados por los turcos, ¿no es acaso la época en que Constantinopla deja de ser un gran puerto? No hay que confundir la circulación de mercancías con la de peregrinos, eruditos y artistas. La primera supone una organización de los transportes y relaciones permanentes de importación y exportación; la segunda se efectúa al azar de las circunstancias. Para que fuera lícito afirmar la persistencia de la navegación siria y oriental por el mar Tirreno y el golfo de León después del siglo VII, habría que demostrar que Marsella y los puertos de Provenza siguieron en relación, después de esa fecha, con Levante. Ahora bien, el último texto que se puede invocar al respecto es el documento de Corbie, del 716 [52].

Según ese texto, el almacén del fisco de Marsella o de Fos estaba aún en esa época lleno de especias y aceite, es decir, de productos originarios de Asia y Africa. Creo, sin embargo, que nos hallamos ante un arcaísmo. Se trata de un acta que confirma a la abadía de Corbie viejos privilegios; es muy verosímil que reprodujera tal cual los textos anteriores. En efecto, es imposible que el aceite de Africa haya podido ser importado aún en ese momento. Podría admitirse, es cierto, que el *cellarium fisci* vivía de sus stocks, pero entonces eso ya no indica la existencia de relaciones comerciales activas en el 716. En cualquier caso, es la última mención que tenemos de pro-

[51] Según KLEINCLAUSZ, «La leyenda del protectorado de Carlomagno sobre Tierra Santa», *Syria*, 1926, pp. 211-233, Harun solo le dio al emperador el sepulcro de Cristo. BÉDIER, recogiendo la cuestión (*op. cit.*, *Revue historique*, tomo CLVII, 1928, pp. 277-291), piensa que, sin que hubiera concesión de protectorado, Harun concedió a Carlos una «autoridad moral» sobre los cristianos de Palestina.

[52] R. BUCHNER, *op. cit.*, p. 48, estima que el comercio existe aún en esa fecha, pero ya no después, sobre todo porque la abadía de Saint-Denis no hace confirmar más sus privilegios. En el 695, obtiene una *villa* a cambio de una renta en metálico percibida del tesoro público. Ph. LAUER, *Les diplômes originaux des Mérovingiens*, pl. 24. Cfr. LEVILLAIN, «Estudios sobre la abadía de Saint-Denis», *Bibl. Ecole des Chartes*, t. XCI, 1930, pp. 288 y ss.

ductos orientales almacenados en los puertos de Provenza. Cuatro años después, por lo demás, los musulmanes desembarcan en esas costas y saquean el país. Marsella está muerta en esa época. Se alegará en vano, para probar su actividad, el paso de peregrinos que se dirigen a Oriente. Es cierto, en efecto, que bastantes peregrinaciones suponen travesías marítimas, al no poder efectuarse por el valle del Danubio ocupado por los ávaros, y después por los húngaros. Pero cada vez que se pueden conocer los itinerarios seguidos, se observa que los piadosos viajeros se embarcan en los puertos de la Italia bizantina. San Willibaldo, el futuro obispo de Eichstädt, se embarca en el 726 en Gaeta después de haber franqueado los Alpes. Madalveo, obispo de Verdún, al dirigirse a Jerusalén, coge en Apulia, hacia el 776, un navío que parte hacia Constantinopla [53].

Las cartas de San Bonifacio nos muestran a los anglosajones llegando a Roma por tierra en lugar de tomar la ruta de Marsella e imponiéndose la travesía de los Alpes. Y de Tarento parte, en el siglo IX, el monje Bernardo para ir a Alejandría [54].

No solamente no tenemos ningún texto sobre la presencia de mercaderes sirios y orientales, sino que comprobamos que a partir del siglo VIII todos los productos que ellos importaban ya no se encuentran en la Galia; no hay réplica posible contra ese hecho [55].

El papiro, ante todo, ha desaparecido. Todas las obras escritas en papiro en Occidente que conocemos son de los siglos VI o VII. Hasta 659-677, la cancillería real merovingia se sirvió exclusivamente del papiro. Después aparece el pergamino [56]. Algunas actas privadas

[53] Hay todavía cierta navegación en el siglo VIII. Por ejemplo, los papas envían a menudo sus embajadores a Pipino *marino itinere* a causa de los lombardos. Pero el propio hecho de que eso se señale, indica que es excepcional. También los embajadores enviados por los califas a Pipino y a Carlos llegan por Marsella, Porto, Venecia y Pisa.

[54] BUCHNER, *op. cit.*, p. 49, proporciona otros ejemplos, de los que se deduce que ya no hay navegación de Marsella a Roma. Por error, Kleinclausz informa de que los legados enviados por Carlomagno a Bizancio se han embarcado en Marsella.

[55] Sé perfectamente que habría que rendir las armas si los *Cappi*, citados en el 877 por la capitular de Kiersy (M. G. H. Capit., t. II, p. 361, parag. 31), fueran, como supone M. THOMPSON (*Economic and social history of the Middle Ages*, 1928, p. 269), mercaderes sirios. Pero para admitir eso es preciso suponer con él que *Cappi* no es sino la forma latinizada de la palabra griega καπηλος, que, convertida en *Kapîla* en sirio, significa mercader.

Pero, amén de que se trata de una imposibilidad lingüística, hay que tener cuidado con el hecho de que la expresión *Cappi* no designa más que a judíos. Y, por último, ese famoso *apax legomenon* no se debe sin duda sino a una mala lectura de Sirmond que, en 1623, editó ese texto siguiendo un manuscrito hoy desaparecido.

[56] La primera acta real sobre pergamino es del 12 de septiembre de 677.

se han escrito todavía en ese material, sacado sin duda de viejos stocks, hasta finales del siglo VIII. Después no se vuelve a encontrar.

Y esto no puede explicarse por la interrupción de su fabricación, pues esta continuó, como prueban con toda evidencia las hermosas actas sobre papiro del siglo VII del Museo Arabe de El Cairo. La desaparición del papiro en la Galia sólo puede deberse, por tanto, a una disminución del comercio, y después a su cese. El pergamino parece poco difundido al principio. Gregorio de Tours, que lo denomina *membrana,* sólo lo cita una vez [57] y parece indicar que lo fabricaban los monjes para uso propio. Ahora bien: es sabido cuán tenaces son los usos de una cancillería. Si a finales del siglo VII las oficinas del rey habían dejado de servirse del papiro, es porque resultaba dificilísimo procurárselo.

El uso del papiro se conservó un poco en Italia. Los papas se sirvieron de él por última vez en el 1057. ¿Hay que admitir, con Bresslau, que utilizaban viejos stocks? ¿Venía de Sicilia, donde los árabes introdujeron su fabricación en el siglo X? Esa procedencia siciliana es muy discutida, sin embargo. Me parece verosímil que se consiguiera mediante el comercio de los puertos bizantinos: Nápoles, Gaeta, Amalfi, Venecia.

Pero en la Galia se había acabado.

Las especias, como el papiro, desaparecen de los textos después del 716 [58]. Los estatutos de Adalardo de Corbie solo mencionan el *pulmentaria,* es decir una especie de sopa de hierbas [59].

[57] *Liber Vitae Patrum*, M. G. H. SS. rer. Merov., t. I, p. 742.

[58] Se ha negado eso invocando un texto, que figura a continuación de los famosos estatutos del abad Adalardo de Corbie, en un manuscrito cuya redacción Levillain sitúa poco después de 986 (LEVILLAIN, «Los estatutos de Adalardo», *Le Moyen Age*, 1900, p. 335). Ahora bien, como esos estatutos se redactaron en el 822, suele acordarse en general colocar la redacción de ese texto entre 822 y 986.

De ser así, resultaría que se habría podido continuar en esa época, y en todo caso después del 822, aprovisionándose de papiros en el mercado de Cambrai y, por tanto, en toda la Galia. Pero es muy sorprendente comprobar que nada confirma ese texto. En realidad, no hay el menor problema. El texto en cuestión no forma cuerpo con los estatutos; es una adición posterior, y se remonta sin duda posible a la época merovingia.

El texto consiste esencialmente, en efecto, en una larga lista de especias que los monjes de Corbie podían comprar en el mercado de Cambrai. Ahora bien, basta con echar una ojeada a la lista para encontrar, aumentados con algunos otros, todos los productos citados en la carta del 716 para Corbie. Nada más sencillo a primera vista, y es lo que no se ha dejado de hacer, que explicar esta concordancia con la continuidad de la exportación. Pero desgraciadamente es imposible. *Polyptyque de l'abbé Irminon*, ed. B. Guérard, t. II, p. 336.

[59] DUCANGE, *Glossarium*, v.° *pulmentum*.

Las especias debieron desaparecer, en efecto, al mismo tiempo que el papiro, pues llegaban en los mismos barcos.

Hojeemos las capitulares. Sólo citan, en lo que se refiere a especias y productos exóticos, plantas que se pueden cultivar en las *villae* [60], como la granza, el comino o las almendras [61]. Pero la pimienta, el clavo *(cariofilo)*, el nardo *(spico)*, la canela, los dátiles, los pistachos, no se encuentran ni una sola vez.

Las *tractoriae* carolingias mencionan entre los alimentos que se servirán a los funcionarios de viaje pan, carne de cerdo, pollos, huevos, sal, hierbas, legumbres, pescado, queso, pero ni una sola especia [62].

Igualmente la *tractoria «de conjectu missis dando»* [63], del 829, enumera como alimentos que hay que proporcionar a los *missi* 40 panes, carne de cerdo o de cordero, 4 pollos, 20 huevos, 8 sextarios de vino, 2 modios de cerveza, 2 modios de trigo. Es un menú rústico.

Los *Capitula episcoporum* [64] de 845-850 atribuyen a los obispos, con ocasión de sus desplazamientos, 100 panes, carne de cerdo, 50 sextarios de vino, 10 pollos, 50 huevos, 1 cordero, 1 cochinillo, 6 modios de avena para los caballos, 3 carros de heno, miel, aceite, cera. Pero no se habla de condimentos.

Se ve, por las cartas de San Bonifacio, que las especias se han vuelto raras y carísimas. El recibe o envía regalos que consisten en pequeñas cantidades de incienso [65]. En 742-743, un cardenal le envía *aliquantum cotzumbri quod incensum, Domino offeratis* [66]. En el 748, un archidiácono de Roma le hace también un pequeño envío de especias y perfumes [67]. Esos regalos prueban la rareza de las especias al norte de los Alpes, ya que constituyen valiosos dones. Obsérvese, además, que todas vienen de Italia. El puerto de Marsella ya no las recibe. El *cellarium fisci* está vacío, o incluso, lo cual es muy probable, ha sido incendiado por los sarracenos. Y las especias ya no son un artículo de comercio normal. Si todavía se introducen un poco, es gracias a vendedores ambulantes.

En toda la literatura del tiempo, abundantísima, no se habla de ellas.

Ante esta carencia, puede afirmarse que las especias han desaparecido, a finales del siglo VII y comienzos del VIII, de la alimentación

60 M. G. H. Capit., t. I, p. 90. Capitular *«de villis»*, c. 70.
61 M. G. H. Capit., t. I, p. 91, *ibid.*
62 *Formulae*, ed. K. Zeumer, p. 292.
63 M. G. H. Capit., t. II, p. 10.
64 *Ibid.*, p. 83.
65 M. G. H. Epist. selectae, in-8.°, t. I, 1916, ed. Tangl, p. 156.
66 *Ibid.*, p. 97.
67 *Ibid.*, pp. 189 y 191.

corriente. Sólo reaparecerán en ella a partir del siglo XII, cuando el mar vuelva a abrirse.

Ocurre lo mismo, naturalmente, con el vino de Gaza, que también desaparece. Africa ya no exporta aceite. El que se utiliza aún viene de Provenza. Lo que sirve ahora para el alumbrado de las iglesias es la cera.

También el uso de la seda parece muy ajeno a la época. Sólo encuentro una única mención en las capitulares [68].

Es conocida la sencillez del vestuario de Carlomagno. La corte lo imitó, ciertamente. Pero no cabe duda de que esa sencillez, que contrasta enormemente con el lujo merovingio, era forzosa.

De todo esto hay que deducir el cese de la importación oriental a consecuencia de la expansión islámica.

Hay que hacer constar otro hecho muy sorprendente, y es el progresivo enrarecimiento del oro. Podemos percibirlo en la acuñación de oro merovingia en el siglo VIII, cuyas piezas contienen una aleación de plata cada vez mayor. Evidentemente, el oro ha dejado de llegar de Oriente. Mientras que continúa circulando en Italia, en la Galia se rarifica hasta el punto de que se renuncia a servirse de él como moneda. A partir de Pipino y de Carlomagno ya no se acuñan, salvo raras excepciones, más que denarios de plata. El oro solamente recobrará su puesto en el sistema monetario en la misma época en que las especias recobrarán el suyo en la alimentación.

Se trata de un hecho esencial, más válido que cualquier texto. Es preciso admitir que la circulación del oro era una consecuencia del comercio, puesto que donde se conservó el comercio, o sea en la Italia del Sur, el oro también se conservó.

La desaparición del comercio oriental y del tráfico marítimo tuvo como consecuencia la desaparición de los mercaderes profesionales en el interior del país. Casi nunca vuelve a mencionárseles en los textos; todas las menciones que se encuentran pueden interpretarse como referidas a mercaderes ocasionales. No veo en esa época un solo *negociator* del tipo merovingio, es decir, alguien que presta dinero a interés, se hace enterrar en un sarcófago, dona bienes a los pobres y a las iglesias. Nada nos demuestra que haya aún, en las ciudades, colonias de comerciantes o una *domus negotiantum*. En cuanto clase, los comerciantes han desaparecido, con toda seguridad. El comercio

[68] M. G. H. Capit., t. I, p. 251, en los *Brevium Exempla*, compuestos hacia 810, donde se habla de la presencia en el tesoro de una iglesia de una *dalmatica sirica*, de *fanones lineos serico paratos*, de *linteamina serico parata*, de *manicas sericeas auro et margaritis paratas et alias sericeas*, de *plumatium serico indutum*. Son todos ornamentos litúrgicos, pero cierto número se remonta sin duda al período anterior.

no ha desaparecido, pues es imposible imaginar una época sin ningún intercambio, pero ha asumido otro carácter. Como veremos más adelante, el espíritu de la época le es hostil, salvo en tierras bizantinas. La restricción de los conocimientos de lectura y escritura entre los laicos hace imposible, por otra parte, que se mantenga una clase de gente que vive normalmente de comprar y vender. Y la desaparición de los préstamos con interés prueba, a su vez, la regresión económica producida por el cierre del mar.

No se vaya a creer que los musulmanes de Africa y España, o incluso de Siria, han podido sustituir a los antiguos comerciantes del Levante bizantino. Ante todo, entre ellos y los cristianos hay una guerra perpetua. No piensan en traficar, sino en pillar. Ni un solo texto menciona a alguno establecido en la Galia o Italia. Es un hecho comprobado que los comerciantes musulmanes no se instalan fuera del Islam. Si han comerciado, lo hicieron entre sí. No se encuentra un solo indicio de la existencia de un tráfico, después de la conquista, entre Africa y los cristianos, salvo, como ya dijimos, en lo que concierne a los cristianos de la Italia del Sur. Pero no se comprueba nada similar en el caso de los de las costas de Provenza.

En estas condiciones lo que queda para sostener el comercio son los judíos. Abundan en todas partes. Los árabes no los han expulsado, ni matado, y los cristianos no han cambiado de actitud frente a ellos. Constituyen, pues, la única clase cuya subsistencia se deba al negocio. Y son al mismo tiempo, gracias al contacto que conservan unos con otros, el único lazo económico que subsiste entre el Islam y la Cristiandad, o, si se quiere, entre Oriente y Occidente.

III.—Venecia y Bizancio

Puede decirse que la invasión islámica fue tan decisiva para Oriente como para el Occidente europeo. Antes de ella, el emperador de Constantinopla es aún el emperador romano. La política de Justiniano es típica a este respecto; pretende mantener, bajo la autoridad imperial, todo el Mediterráneo. Después de ella, en cambio, el emperador se ve reducido a la defensiva en las aguas griegas a la espera de llamar a Occidente en su auxilio en el siglo XI. El Islam lo inmoviliza y lo absorbe. Toda la explicación de su política está en eso. Occidente le está ya vedado.

Una vez perdidas Africa y Cartago, que la política bizantina se ha empeñado en defender en desastrosas condiciones, la esfera de acción de dicha política no sobrepasará Italia, donde incluso no conseguirá conservar sino las costas. En el interior, Bizancio ya no puede

resistir a los lombardos; su impotencia provocará la rebelión del país y la defección del papa. El Imperio ya sólo lucha por Sicilia, el Adriático y las ciudades del Sur, que constituyen para él puestos avanzados cada vez más autónomos, por otra parte.

La expansión del Islam ha acabado por morir en las fronteras bizantinas. Le ha arrebatado sus provincias sirias, egipcias y africanas, explotando en parte las diferencias de nacionalidad, pero el bloque griego ha resistido y ha salvado a Europa y, sin duda, al cristianismo con ella.

Sin embargo, el choque ha sido duro: Bizancio, atacada dos veces en la época de pleno vigor del Islam, ha debido su victoria a la flota. Sigue siendo, a pesar de todo, una gran potencia marítima.

De todas las prolongaciones bizantinas hacia el Oeste, la más importante y original es la extraordinaria Venecia, el más curioso logro de la historia económica de todos los tiempos, junto con el de las Provincias Unidas. Los primeros habitantes de los islotes arenosos y desolados de la laguna son infelices que huyen ante las hordas de Atila en el siglo v, cuando éste ataca Aquileia. Han llegado otros durante la ocupación franca de Istria en la época de Narsés [69] y sobre todo con ocasión de la invasión lombarda. Así se pobló toda esa franja de tierras marinas con un éxodo momentáneo al principio, después definitivo. Grado acoge a la mayoría de los fugitivos de Aquileia, cuyo obispo tomó el título de patriarca y fue el jefe espiritual de la nueva Venecia. Caorle, en el estuario del Livenza, recibió a los emigrantes y el obispo de Concordia. Después estuvieron Heracliana y Aquileia, cerca del Piave. La gente de Altinum se refugió en Torcello, Murano, Mazzorbo. Los de Padua se establecieron en Malamocco y Chioggia. Al principio, el grupo de islotes donde más adelante crecerá Venecia fue el menos poblado: Rialto, Spinalunga, Dorsoduro, Olivolo, solo recibieron algunos pescadores [70].

En la primitiva Venecia de los siglos VI y VII, el centro religioso fue Grado, el centro político Heracliana, el centro comercial Torcello. Huyendo de los vencedores de tierra firme, se mantuvo allí la administración bizantina, representada por algunos funcionarios y por *tribuni*.

Hay allí una población esencialmente marítima que describe Casiodoro y que recuerda la de la Holanda primitiva. «De lejos parece que las barcas se deslizan por la pradera, pues solo se distingue la obra muerta» [71]. Está claro que semejante vida tuvo que ser

[69] HARTMANN, *op. cit.*, t. II², pp. 102 y ss.
[70] Ch. DIEHL, *Une république patricienne, Venise*, p. 5.
[71] DIEHL, *op. cit.*, p. 7.

favorable para la expansión de la energía y del ingenio. Ante todo, se basaba en la pesca y la fabricación de la sal, que las barcas iban a trocar por trigo a la ribera. El único centro comercial de la región es Comacchio, en la desembocadura del Po, frecuentado por las naves bizantinas que traen aceite y especias. Comacchio, el puerto del valle del Po, aprovechó sin duda el cese del tráfico oriental con el golfo de León. Un tratado de comercio, firmado hacia el 715 con la ciudad de Liutprando, en el cual se menciona la pimienta, demuestra que el puerto estaba en relaciones con Levante [72].

No cabe duda de que los venecianos imitaron muy pronto a sus vecinos. Sea como sea, su comercio nace en el curso del siglo VIII. En 787-791, sus mercaderes son expulsados de Rávena a petición de Carlomagno —lo cual prueba que no habían querido reconocerle como rey de los lombardos [73]; su alianza con Bizancio resultó necesariamente reforzada con esto. Sus relaciones con el emperador, demasiado alejado, no ofrecen sino ventajas. Su ideal es la autonomía bajo uno o dos dux que ellos eligen y que son ratificados por Bizancio.

De cuando en cuando surgen discrepancias. Venecia entonces se vuelve hacia el emperador franco. Así, en el 805, envía una embajada a Carlos para colocarse bajo su protección. Aunque esta medida se relaciona más bien con las luchas de partidos en las ciudades y con los conflictos con Grado, cuyo patriarca ha pedido ya, en el 803, la protección de Carlos [74]. En ese momento, Venecia acaba de imponerse a las pequeñas ciudades de la costa dálmata y sin duda teme una reacción de Bizancio. Este incidente no deja de tener una enorme importancia, aunque haya sido poco notado. Carlos, en respuesta a la embajada de los venecianos, anexó inmediatamente su ciudad al reino de Italia; su imperio tuvo, a partir de entonces, la oportunidad de convertirse en una potencia marítima y de poner el pie en Dalmacia. Y no la aprovechó. Bizancio, en cambio, vio en seguida el peligro. Ya al año siguiente Nicéforo envía una flota que obtiene inmediatamente la sumisión de Venecia. Carlos no reacciona; se limita a ofrecer un refugio en sus Estados al patriarca de Grado [75].

En el 807, el rey de Italia, Pipino, firmaba una tregua con el comandante de la flota, Nicetas, y los venecianos entregaban los culpables al βασιλεος, que los mandó desterrar. Recompensó a sus partidarios con los títulos de *spatarii* y de υπατος [76].

El asunto era demasiado tentador para quedarse así. En el 810,

[72] R. BUCHNER, *op. cit.*, p. 58.
[73] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núm. 2480.
[74] RICHTER y KOHL, *op. cit.*, t. II, p. 166.
[75] RICHTER y KOHL, *op. cit.*, t. II, p. 172; HARTMANN, *op. cit.*, t. III, p. 60.
[76] RICHTER y KOHL, *op. cit.*, t. II, p. 178.

Pipino, tras pedir prestados barcos a Comacchio, recuperaba Venecia y la costa dálmata [77]. Pero una flota bizantina, al mando de Pablo, prefecto de Cefalonia, le obligó inmediatamente a abandonar sus conquistas. Murió ese mismo año (8 de julio). Carlos se apresuró a invitar a Aquisgrán a los legados bizantinos, con quienes firmó una paz, abandonándoles Venecia y las ciudades de Istria, de Liburnia y de Dalmacia. Esa paz se convirtió en un tratado definitivo el 13 de enero de 812: el Imperio carolingio renunciaba al mar en el que acababa de probar de forma resonante su impotencia [78]. Venecia iba a gravitar decididamente en la órbita bizantina y a marcar, en el límite de Occidente, el comienzo de otro mundo. Su *piazza* lo prueba mejor que cualquier texto.

La paz del 812 daba a Venecia una posición excepcionalmente favorable. Fue la condición de su futura grandeza [79]. Por una parte, su unión con el Imperio facilitaba su expansión por Oriente, y sin amenazar su autonomía, ya que el Imperio necesitaba su apoyo en la lucha contra el Islam. Y por otra parte, le abría el Occidente, pues al tiempo que Carlomagno renunciaba a poseerla, le reconocía el derecho de comerciar en el Imperio franco. Intangible por el Oeste, solo tenía que temer a Comacchio, que poseía la desembocadura del Po. Así, en el 875 destruyó a su rival, que desapareció definitivamente. A partir de entonces, de su comercio dependerán los mercados y puertos de la Alta Italia: Pavía, Cremona, Milán, etc. [80].

Quedaba el peligro sarraceno. En este punto el interés de Venecia coincide con el del emperador. A partir del 828, éste le pide el concurso de sus barcos de guerra. En el 840, Venecia envía sesenta navíos contra Tarento en ayuda del Imperio; ante ello, los musulmanes queman Ancona y capturan los barcos venecianos [81]. En 867-871, Venecia actúa contra Bari por mar, de acuerdo con los bizantinos y con Luis II, que ataca la ciudad por tierra. Pero en el 872 los musulmanes atacan Dalmacia; en el 875, asedian Grado. Sin embargo, Venecia conserva el dominio del Adriático y gracias a él asegura la navegación hacia Levante. Lo cual, por otra parte, no impide a Venecia traficar con el Islam. El emperador ha prohibido en 814-820 el comercio con los sarracenos de Siria y Egipto, pero los venecianos, al tiempo que luchan contra el infiel, negocian con él. Y una flota de diez navíos trae de Alejandría, en el 827, las reliquias de San Marcos, robadas

[77] HARTMANN, *op. cit.*, t. III, p. 62.
[78] RICHTER y KOHL, *op. cit.*, t. II, p. 188; HARTMANN, *op. cit.*, t. III, p. 64.
[79] HARTMANN, *op. cit.*, t. III, p. 66.
[80] HARTMANN, «Die Wirtschaftlichen Anfänge Venedigs», *Vierteljahrschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte*, t. II, 1904, pp. 434-442.
[81] SCHAUBE, *op. cit.*, p. 3.

a la ciudad a espaldas tanto de los cristianos como de los musulmanes [82].

El gran comercio de Venecia es el de los esclavos eslavos de la costa dálmata. En el 876, el dux lo prohíbe en vano. Los mercaderes venden incluso, a mediados del siglo IX, esclavos cristianos a los musulmanes [83].

El tratado de comercio firmado por Venecia con Lotario en el 840 [84], que la muestra como una ciudad esencialmente mercantil, prohíbe la venta de esclavos cristianos y la de eunucos. Venecia es, por excelencia, un puerto, un mercado. Recobra el papel que antaño poseía Marsella. Allí embarcan los pasajeros hacia Levante y desde allí se exportan a Egipto maderas para la construcción.

De Oriente llegan especias y seda, que al punto son reexportadas a través de Italia, hacia Pavía y hacia Roma [85]. Sin duda debió de haber también cierto transporte al otro lado de los Alpes [86], aunque el comercio por ese camino haya sido insignificante en esta época.

Venecia tiene también como mercado toda la costa dálmata. Sin duda con ella se verifica el comercio más activo.

Comparada con Occidente, Venecia es otro mundo. Sus habitantes tienen un espíritu mercantil y no les preocupan las prohibiciones relativas al *turpe lucrum* [87]. Y esa mentalidad es sencillamente lo que ha desaparecido en el mundo occidental y en Italia después de las conquistas árabes, aunque se mantiene aún en Venecia y en todas las otras plazas bizantinas de la Italia meridional.

Bari, por ejemplo, sigue siendo completamente griega y conservará instituciones municipales bizantinas hasta Bohemundo [88]. Aunque Bari ha estado ocupada por los musulmanes hasta el 871, su «soldán» entrega permisos de navegación a los monjes que parten hacia Jerusalén y los recomienda al califa de Bagdad [89].

Lo mismo ocurre con Salerno, Nápoles, Gaeta, Amalfi, en la costa occidental. Se trata de puertos esencialmente activos y que, como Venecia, solo conservan un vínculo muy débil con Bizancio;

82 HARTMANN, *op. cit.*, t. III, p. 68.

83 SCHAUBE, *op. cit.*, p. 3, n. 3, y p. 22; A. DOPSCH, *Die Wirtschaftsentwicklung der Karolingerzeit*, t. II, 2.ª ed., 1922, p. 143.

84 M. G. H. Capit., t. II, p. 130.

85 THOMPSON, *Economic and social history of the Middle Ages*, 1928, p. 267.

86 R. BUCHNER, *op. cit.*, p. 59.

87 Véase al respecto la curiosa historia de San Gerardo de Aurillac. F. L. GANSHOF, «Nota sobre un pasaje de la vida de San Gerardo de Aurillac», *Mélanges Jorga*, 1933, pp. 295-307.

88 BRÉHIER, «Boletín histórico. Historia bizantina», *Revue historique*, tomo CLIII, 1926, p. 205.

89 GAY, *L'Italie méridonale et l'Empire byzantin*, p. 66.

luchan también por su autonomía contra el duque de Benevento. Su *hinterland* es mucho más rico que el de Venecia, pues Benevento conserva su moneda de oro y no está lejos de Roma, que sigue siendo, gracias a sus iglesias y a la afluencia de peregrinos, una gran consumidora de especias, perfumes, telas preciosas e incluso de papiros. Además, en el ducado de Benevento se mantiene una civilización bastante refinada aún. Pablo Diácono enseña allí el griego a la princesa Adelperga. El duque Arichis, a finales del siglo VIII, construyó una iglesia de Santa Sofía que embelleció con adornos venidos de Constantinopla; se jacta de recibir de Oriente telas de seda, de púrpura, jarrones de oro y de plata cincelada, así como productos de la India, Arabia, Etiopía [90].

Hay que insistir sobre el hecho de que los duques de Benevento conserven la moneda de oro [91] y hasta el sistema monetario bizantino [92]. La continuación de la unidad mediterránea, que debía desaparecer más adelante, aún es visible aquí.

Esas ciudades marítimas del Sur conservan una flota. En el 820, se señalan ocho barcos mercantes que regresan de Cerdeña a Italia [93] y han sido capturados por piratas sarracenos. Ha de suponerse que con sus barcos se hizo, en 828, la expedición de Bonifacio de Toscana a Africa, pues se sabe que al respecto hubo un entendimiento entre los dos emperadores.

El papa habla a Carlomagno de los navíos griegos *(naves Graecorum gentis)* que ha mandado incendiar en Civitavecchia. Quizás esos navíos se remontaban a veces hasta la costa de Provenza, y aparecían en el siglo IX en Marsella y Arlés. Pero su navegación gravita hacia Levante y su órbita es bizantina. Lo cual no les impide, como a los venecianos, no solo mantener relaciones con los puertos árabes de España y Africa, sino incluso, como los napolitanos, acudir a veces en auxilio de estos en el ataque a Sicilia. Eso se deriva de la misma manera de ser que hizo a algunos naturales de los países aliados proporcionar municiones a Alemania durante la Gran Guerra.

En el 879, el almirante griego, enviado para defender Sicilia, apresa numerosos barcos mercantes que, a pesar de la guerra, comerciaban entre Italia y Sicilia. Les quitó tal cantidad de aceite —prueba

[90] GAY, *op. cit.*, pp. 46-48.

[91] Pagan en sueldos de oro sus multas a los soberanos francos.

[92] ENGEL y SERRURE, *Traité de numismatique*, p. 288.

[93] *Annales regni Francorum, a.*" 820, ed. Kurze, M. G. H. SS. in *us. schol.*, página 153: *In Italico mari octo naves negotiatorum de Sardinia ad Italiam revertentium.*

de que venían de Africa— que el precio de esta mercancía descendió, en Constantinopla, a cifras ridículas [94].

Este comercio de los puertos de la Italia meridional con los musulmanes era también un comercio de esclavos. El papa se lo reprocha [95]. Ya en el 836, el tratado entre Nápoles y el duque de Benevento reconoce a los mercaderes de la ciudad la más amplia libertad comercial en el ducado, que sin duda no puede prescindir de ellos. Pero les prohíbe comprar esclavos lombardos para dedicarse a su tráfico [96]. Lo cual nos enseña que esos esclavos venían de Lombardía, o sea del Imperio franco.

Y, sin embargo, esos mismos vendedores de carne humana, en el 849 obtienen una gran victoria marítima en favor del papa, ante Ostia. Y San Genaro es objeto en Nápoles de una veneración tan grande como San Marcos en Venecia.

La más puramente comercial de esas ciudades es Amalfi. Sólo posee un pequeño territorio montañoso cuyos bosques le proporcionan madera para la construcción de sus barcos, que llegan hasta Siria [97].

Por lo demás, entre todos esos mercaderes y el duque de Benevento no hay la menor armonía. Ni siquiera hay armonía entre ellos mismos. Hacia el 830, Nápoles, para resistir al duque, se apoya en los sarracenos. Se alía de nuevo con ellos, hacia el 870, contra su rival Amalfi, y después, en el 880, contra la influencia bizantina que con Basilio I vuelve a ser poderosa [98]. En ese momento, Gaeta se acerca también a los sarracenos, después se vuelve al papa, que hace concesiones a su *hypatos* [99]. En el 875, navíos de todas las ciudades del Sur, unidos a los de los sarracenos, saquean la costa romana y Luis II declara que Nápoles se ha convertido en una nueva Africa [100]. En el 877, el papa Juan VIII trata en vano, con dinero y con la excomunión, de apartar a Amalfi de los sarracenos. Sin embargo, ese mismo año la ciudad se compromete a proteger contra ellos la costa del sur de Italia [101].

La política de esas ciudades comerciales parece, a primera vista, lo más confusa posible. Se explica, sin embargo, por la constante y exclusiva preocupación de proteger su comercio. Sus alianzas con

[94] GAY, *op. cit.*, p. 112.
[95] *Ibid.*, p. 33.
[96] *Ibid.*, pp. 41-42.
[97] *Ibid.*, p. 249.
[98] *Ibid.*, pp. 98 y 127.
[99] *Ibid.*, p. 128.
[100] *Ibid.*, p. 98.
[101] HARTMANN, *op. cit.*, t. III², p. 35.

los musulmanes no impiden que resistan a ultranza contra todo intento de conquista por parte de aquellos.

En el 856, los sarracenos, cuya finalidad es apoderarse de la Italia meridional, que atacan a la vez por Bari y por el Oeste, asaltan Nápoles y destruyen Miseno [102]. Si las ciudades acceden a comerciar con ellos, no quieren sufrir su yugo, ni dejarles el dominio de sus mares. Su política al respecto es totalmente similar a la de los venecianos. Desconfían de todo lo que no sea ellas mismas y no quieren obedecer a nadie. Pero son implacables rivales, y para destruirse entre sí no vacilan en aliarse con los musulmanes; así, Nápoles los ayuda en el 843 a apoderarse de Mesina, arrebatada al Imperio bizantino del que la propia Nápoles forma parte. Pero también en este caso esas ciudades sólo aceptan frente a Bizancio una sujeción puramente nominal. Sólo las hace actuar una amenaza directa contra su prosperidad. Por ello no sostienen, en el 846, los esfuerzos de Lotario contra los musulmanes, igual que no apoyarán, más adelante, los de Luis II [103]. Gay dice muy acertadamente: «Por una fuerza invencible, los Estados marítimos, Gaeta, Nápoles, Amalfi, se ven empujados siempre hacia la alianza sarracena... Lo esencial para ellos es conservar el litoral y asegurarse los intereses de su comercio. Negociando con los sarracenos, tienen su parte de botín y siguen enriqueciéndose. La política de Nápoles y Amalfi es ante todo una política de mercaderes que viven del pillaje en igual medida que del comercio regular» [104]. Por eso no han ayudado al emperador a defender Sicilia. Su política ha sido la de los holandeses en el Japón en el siglo XVII. Por otra parte, ¿con quién habrían podido comerciar si hubieran descuidado las costas musulmanas? Oriente pertenecía a Venecia.

Resumamos. El Mediterráneo cristiano está dividido en dos cuencas: el Este y el Oeste, rodeadas por los países del Islam. Estos, una vez terminada la guerra de Conquista a finales del siglo IX, forman un mundo aparte que se basta a sí mismo y se orienta hacia Bagdad. Hacia ese punto central se encaminaban las caravanas de Asia y la gran ruta que, por el Volga, llegaba al Báltico. De allí se irradian los productos hacia Africa y España. Los musulmanes no comercian con los cristianos. Pero no se cierran a ellos. Les permiten frecuentar sus puertos, llevarles esclavos y madera y traerse lo que quieran comprar.

La actividad de la navegación cristiana prosigue, por lo demás.

[102] *Ibid.*, t. III[1], p. 249.
[103] M. G. H. Capit., t. II, p. 67.
[104] GAY, *op. cit.*, p. 129.

solo en Oriente, y con Oriente se relaciona la punta avanzada de la Italia del Sur. Allí, Bizancio ha sabido conservar el dominio del mar sobre el Islam. Los barcos continúan circulando desde Venecia, a lo largo de la costa adriática, de la costa griega, hacia la gran ciudad del Bósforo. Y no dejan de visitar además los puertos musulmanes de Asia Menor, de Egipto, de Africa, de Sicilia y de España. La creciente prosperidad de los países musulmanes, una vez pasado el período de expansión, resulta ventajosa para las ciudades marítimas de Italia. Gracias a dicha prosperidad se conserva, en la Italia meridional y en el Imperio bizantino, una civilización avanzada con ciudades, moneda de oro, mercaderes profesionales, en suma, una civilización que guarda sus antiguas bases.

En Occidente, en cambio, la costa del golfo de León y de la Riviera hasta la desembocadura del Tíber, asolada por la guerra y los piratas, a los cuales, por carecer de flota, los cristianos no han podido ofrecer resistencia, no es más que un desierto y un objetivo de piratería. Los puertos y las ciudades están abandonados. Se ha cortado el lazo con Oriente y no se anuda ninguna nueva relación con las costas sarracenas. Es la muerte. El Imperio carolingio presenta el más sorprendente contraste con el bizantino. Es puramente terrestre, porque está embotellado. Los territorios mediterráneos, antaño los más vivos de esos países, y que mantenían la vida del conjunto, son hoy los más pobres, los más desiertos, los más amenazados. Por primera vez en la historia, el eje de la civilización occidental se ha visto empujado hacia el Norte: durante muchos siglos se mantendrá entre el Sena y el Rin. Y los pueblos germánicos, que no han desempeñado hasta el momento sino el papel negativo de destructores, van a verse llamados a desempeñar ahora un papel positivo en la reconstrucción de la civilización europea.

La tradición antigua se rompe porque el Islam ha destruido la vieja unidad mediterránea.

Capítulo 2
EL GOLPE DE ESTADO CAROLINGIO Y EL CAMBIO DE ORIENTACION DEL PAPA

I.—La decadencia merovingia

De todos los Estados fundados en Occidente por los germanos a finales del siglo v en la cuenca del Mediterráneo, los dos más brillantes al principio, los reinos vándalo y ostrogodo, habían caído bajo los golpes de Justiniano. Los visigodos, a partir del 629, habían arrebatado al Imperio el pequeño territorio que le quedaba en la península [1]. Los francos habían salido indemnes. En cuanto a los lombardos, por un instante pareció que iban a reconstruir el reino de Italia en beneficio propio. La obligación en que se encontró el Imperio de defenderse de los persas había favorecido su empresa; Bizancio tuvo que recurrir contra ellos a la alianza franca, que no carecía de peligros. Sin embargo, la victoria de Heraclio hacía presagiar una reanudación de la ofensiva bizantina cuando, de repente, hizo irrupción el Islam.

Ante él, el Imperio había retrocedido definitivamente. Había perdido Africa, y sus posesiones de Italia estaban amenazadas por los musulmanes establecidos en Sicilia. Los visigodos habían sido aniquilados. Los francos, perdida parte del Sur, se habían recuperado en Poitiers, pero a pesar de todo seguían aislados del mar. Solo los lombardos no habían recibido aún los golpes del Islam que, por el

[1] LOT, PFISTER y GANSHOF, *Histoire du Moyen Age*, t. I, p. 237.

contrario, los habían favorecido, por una parte, al debilitar el dominio de Bizancio, obligada a hacerles frente por el Este y, por otra parte, al protegerlos contra el peligro franco.

A Francia, sin embargo, que había detenido en Occidente la expansión continental del Islam, le estaba reservado reconstruir Europa sobre nuevas bases.

De ella dependía el futuro. Pero Francia, tal como se presenta en ese momento, es muy diferente de la Francia merovingia. Su centro de gravedad ya no es la *Romania*. Se ha desplazado hacia el Norte germánico y por vez primera aparece una fuerza política que ha dejado de gravitar hacia el Mediterráneo, donde domina el Islam. Con los carolingios, Europa toma una nueva orientación definitiva. Hasta ellos, Europa ha continuado viviendo la vida de la Antigüedad. Pero el Islam ha trastornado todas las condiciones tradicionales. Los carolingios se encontrarán en una situación que no han hecho, que se han encontrado y de la que sacarán un partido que inicia una nueva época. Su papel solo se explica a causa de la transformación del equilibrio que el Islam impone al mundo. El golpe de Estado por el que sustituyen a la dinastía merovingia, la única que subsistía después de las invasiones, sólo se comprende en gran parte por el cierre del Mediterráneo por los sarracenos. Esto parece evidente si se estudia sin prejuicios la decadencia merovingia. Si eso no ha sorprendido a nadie, es porque siempre se ha considerado el período franco como un todo en el cual los carolingios figuraban como los continuadores de los merovingios; se ha creído que la continuidad se manifestaba tanto en los terrenos del derecho y las instituciones como en los de la economía y la organización social. Ahora bien, hay una esencial diferencia entre la época merovingia y el período carolingio. Ante todo, la situación europea que les ha tocado presenta un contraste total. Fustel de Coulanges lo ha dicho muy bien: «Obsérvense los ciento cincuenta años que siguieron a la muerte de Clodoveo... se notará que los hombres difieren poco de lo que habían sido en el último siglo del Imperio. Trasladémonos, por el contrario, a los siglos VIII y IX y veremos que, bajo apariencias quizás más romanas, la sociedad es absolutamente diferente de lo que había sido bajo la autoridad de Roma» [2]. Y Waitz, por su parte, había tenido razón al separar las dos épocas, así como Brunner se equivocó al unirlas.

El corte de los dos mundos se realiza definitivamente con el golpe de Estado de Pipino. Pero se prepara mucho antes. El Estado mero-

[2] FUSTEL DE COULANGES, *L'invasion germanique et la fin de l'Empire*, página 559.

vingio no conoce más que una prolongada decadencia a partir de la muerte de Dagoberto I en el 639. Esa decadencia es la de la realeza. Se ha visto antes que el poder real es absoluto, carácter que ha recogido del Imperio romano. Para que el Estado sea gobernado, es preciso que el rey conserve la capacidad de afirmarse; por lo demás, no existe oposición de ningún tipo, ni nacional ni política, contra esta manera de gobernar [3]. Los propios repartos que reclasifican tan a menudo hombres y territorios son cosa de los reyes que se distribuyen su herencia. A los pueblos les es indiferente. El prestigio de la dinastía es muy grande y sin duda incomprensible sin la Iglesia, pues para explicarlo no se puede invocar ningún sentimiento germánico.

Precisamente en Germania se produjo en el 656 el intento de Grimoaldo, hijo de Pipino I, de suplantar al rey legítimo, lo cual provoca la indignación de los francos y conduce a la detención y la muerte del culpable [4].

El rey se apoya en la Iglesia a la cual protege y a la que en realidad domina. En el 644, en el momento en que se inicia la decadencia, Sigiberto III prohíbe aún que se celebren sínodos sin su autorización [5].

En general se hace remontar la decadencia merovingia al edicto de Clotario II, de 614. Pero ese edicto me parece un medio de atraerse a la Iglesia consolidando su posición sobre todo con privilegios jurisdiccionales [6].

En cualquier caso, Dagoberto I es todavía un gran rey que guerrea contra los germanos y disfruta de una posición europea que no ha tenido ninguno de sus predecesores desde Teodoberto.

El reino franco, bajo los merovingios, es una potencia que desempeña un papel internacional dominado por una política constante: instalarse sólidamente en el Mediterráneo. Desde su asentamiento en la Galia los merovingios habían tratado de llegar a Provenza. Teodorico los había apartado de ella. Entonces se habían vuelto hacia España y habían entablado una lucha contra los visigodos [7].

La guerra de Justiniano contra los ostrogodos iba a abrirles el camino del mar. Cuando el emperador solicita su apoyo en el 535,

[3] FUSTEL DE COULANGES, *Les transformations de la royauté pendant l'époque carolingienne*, p. 85.

[4] RICHTER, *Annalen des Fränk. Reichs im Zeitalter der Merowinger*, p. 168.

[5] RICHTER, *op. cit.*, p. 167.

[6] FUSTEL DE COULANGES, *Les transformations de la royauté pendant l'époque carolingienne*, no ve absolutamente nada en el edicto de 614 que indique un hundimiento de la realeza. En sentido contrario, véase LOT, en LOT, PFISTER y GANSHOF, *Histoire du Moyen Age*, t. I, pp. 321-322.

[7] RICHTER, *op. cit.*, pp. 49 y 53.

Vitiges, para impedir la alianza entre el emperador y los francos, les cede la Provenza que antaño Teodorico les había impedido conquistar a los visigodos [8]. Instalado en la costa e intentando poner el pie en Italia, Teodoberto se alía por un momento con los ostrogodos, a los que envía un ejército de 10.000 hombres [9]. Pero pronto, volviéndose a la vez contra godos y bizantinos, conquista en el 539 la mayoría del Véneto y de Liguria [10].

El reino es tan vigoroso en esa época que, apenas finalizada la campaña de Italia, Childeberto y Clotario reanudan la guerra contra los visigodos (542), se apoderan de Pamplona, devastan el valle del Ebro; pero fracasan ante Zaragoza y por último son rechazados por Teudis [11].

El fracaso de España vuelve a lanzar a los reyes francos contra Italia. En el 552, un ejército franco, reforzado con alamanes, vuelve a caer sobre la península contra los imperiales, saquea el país hasta que, diezmado por las enfermedades y aplastado por Narsés, lo que queda de él se ve obligado a retirarse a la Galia.

Derrotados por las armas, los francos iban a obtener una importante provincia gracias a la política. En el 567, el territorio visigodo entre el Garona y los Pirineos se convierte en franco por el matrimonio de Chilperico con Galsuinda [12].

La llegada de los lombardos a Italia debía ser, para los merovingios, una nueva causa de guerra con Italia.

A partir del 568 los lombardos atacan Provenza. Rechazados, la invaden de nuevo en el 575 [13]. En el 583, ante las súplicas del papa Pelagio II que le implora que intervenga contra los lombardos, Childeberto II se alía contra ellos con el emperador Mauricio, quien paga esta alianza con 50.000 sueldos de oro, y envía un ejército franco a combatir en Italia, sin éxito, por lo demás, hasta 585 [14].

Sin embargo, ese mismo año (585), Gontrán ataca Septimania; sus tropas son rechazadas con grandes pérdidas por Recaredo, el hijo de Leovigildo. Pero la situación de hostilidad persiste. En el 589, Gontrán renueva su ataque, pero esta vez sufre una derrota definitiva cerca de Carcasona [15].

Este fracaso de los ejércitos francos parecía tanto más serio

[8] HARTMANN, *op. cit.*, t. I, p. 267.
[9] *Ibid.*, pp. 282-283.
[10] *Ibid.*, p. 284. Cfr. RICHTER, *op. cit.*, p. 57.
[11] RICHTER, *op. cit.*, p. 58.
[12] *Ibid.*, p. 69.
[13] *Ibid.*, pp. 70 y 72.
[14] *Ibid.*, p. 81.
[15] *Ibid.*, pp. 87 y 93.

cuanto que en el 588 el ejército de Childeberto había sido derrotado por los lombardos en Italia [16], lo cual había inducido al rey, en el 589, a firmar la paz con ellos.

Pero Childeberto no había renunciado a su política italiana. Ya al año siguiente (590) dirigía una nueva expedición contra los lombardos. No tendría éxito, y esta vez hubo que resignarse a la paz [17].

Dagoberto, el último gran rey merovingio, continuaría esta política de intervención en Italia y España. En el 629, se aliaba con el emperador Heraclio y, en el 630, sostenía al pretendiente visigodo Sisenando contra el rey Suintila [18]. Dagoberto iba a ser el último representante de la política tradicional de su dinastía. Después de él ya no habrá más intervenciones políticas en Italia ni en España, al margen de una expedición, fracasada por otra parte, en 662-663 [19].

El reino se debilita también hacia el Norte; en Germania, Turingia se hace independiente, Baviera casi lo logra, y los sajones adoptan una actitud amenazadora. Así, pues, a partir de 630-632, el Estado merovingio se repliega sobre sí mismo, y cae en decadencia. Sin duda han contribuido a ello las incesantes luchas civiles entre reyes, así como el conflicto Fredegunda-Brunegilda, y después las intrigas de Brunegilda hasta su espantosa muerte en el 613. Pero es preciso recordar que, hasta el 613, las luchas civiles habían sido regla general. Lo que ahora las vuelve más graves son las continuas minorías de edad de los reyes. En el 715, cuando Chilperico II sube al trono, hacía veinticinco años que ningún rey había conseguido llegar a la edad adulta. Y eso se explica por el desenfreno y los excesos venéreos de esos príncipes que pueden permitírselo todo. La mayoría de ellos son, sin duda, unos degenerados. Clodoveo II muere loco. Eso es lo que da a la decadencia merovingia su aspecto sórdido, que contrasta tan vivamente con la de los emperadores romanos de Occidente y más adelante con la de los carolingios. Ninguno de esos reyes ejerce ya ningún tipo de acción; son juguetes en las manos de los mayordomos de palacio, contra los cuales ni siquiera tratan de reaccionar. Ni uno solo intentó mandar asesinar a su mayordomo de palacio como lo hacían en tiempos los emperadores de Rávena; al contrario, a veces los asesinan a ellos. Viven bajo la tutela de su madre y a veces de su tía. Pero a partir de Brunegilda, visigoda además, las reinas son elegidas por su belleza. La reina Nautechilda es una criada *(puella de ministerio)* a la que Dagoberto ha metido

[16] *Ibid.*, p. 92.
[17] RICHTER, *op. cit.*, p. 94.
[18] *Ibid.*, pp. 159 y 161.
[19] HARTMANN, *op. cit.*, t. II, p. 247.

en su cama. De ello resulta que el mayordomo de palacio se vuelve omnipotente. Es el *shogun* de los japoneses.

La disminución de los recursos de que disponen los reyes merovingios en el siglo VII los entrega, por otra parte, a una creciente influencia de la aristocracia terrateniente cuyo poder no cesa de aumentar. Naturalmente, como ha sido siempre la regla de una aristocracia, ésta trata de imponerse a la realeza y, para ello, de convertirla en electiva.

Mientras el rey había sido poderoso, había podido contenerla. Nombraba a quien quería en los condados y, en realidad, también en los obispados. Hacía condenar a quien quería con el pretexto de lesa majestad, lo cual, gracias a la confiscación subsiguiente, enriquecía su tesoro. Mientras el tesoro le había proporcionado bastantes recursos, había tenido en sus manos un formidable *instrumentum regni*. Es preciso notar que, puesto que todos los peajes pertenecían al rey, el tesoro seguía nutriéndose ampliamente en la medida en que el comercio seguía siendo floreciente.

Ese tesoro permitía mantener la *trustis* real, que es la guardia del rey y, si se quiere, su auténtico ejército permanente [20].

Pero es preciso que él pueda pagar para que en esa época, donde los mismos reyes dan continuamente ejemplo de perjurio, los «antrustiones» permanezcan fieles a su juramento. Ahora bien, ese tesoro que es la verdadera base del poder real, comienza a menguar en el curso del siglo VII. Ante todo, ya no está el botín de las guerras exteriores. Tampoco existen ya los subsidios bizantinos. El rey no es en absoluto un «terrateniente», que sólo vive de sus tierras [21]; basta, para tener la seguridad de ello, con leer a Gregorio de Tours. Evidentemente, hay grandes cantidades de tierras y *villae* que constituyen su erario. Puede dar aún muchas, e incluso derrochar en provecho de sus amigos y de las iglesias, a las que colma muy en especial [22].

Pero no veo, en Gregorio de Tours, el papel político que desempeña esta propiedad. Por lo demás, en la medida en que el rey es poderoso, puede quitar lo que ha dado. Y no entiendo muy bien cómo, en medio de continuos repartos, podría establecer su poder

[20] GUILHIERMOZ, *Essai sur les origines de la noblesse*, p. 70.

[21] LOT, PFISTER y GANSHOF, *op. cit.*, pp. 318-320.

[22] La propia inmensidad de las donaciones de tierras hechas por los reyes, que, según LOT, PFISTER y GANSHOF, *op. cit.*, p. 340, dan al clero una riqueza mayor que en ninguna otra época, indica que no debían conceder gran importancia ni a esas tierras, ni a sus productos, ni siquiera al impuesto que provenía de ellas. Hay que admitir, pues, que el *teloneum* era, con mucho, la parte más importante de sus recursos.

sobre el impuesto territorial, incesantemente repartido también. Todo indica que lo que constituye lo esencial de sus ingresos es el impuesto. Fustel de Coulanges reconoce que, por sí solo, bastaba para enriquecer a la realeza y para proveer a todas las necesidades de su gobierno [23].

¿Cómo, pues, ese impuesto, herencia de Roma, que jamás ha sido suprimido, proporciona cada vez menos ingresos? Según Fustel de Coulanges, la causa ha de buscarse en la resistencia de los obispos y en las inmunidades concedidas a los grandes, tanto seglares como eclesiásticos. El rey habría socavado él mismo, pues, la base de su poder [24]. Y también las rentas del peaje se habrían reducido cada vez más a consecuencia de las exenciones otorgadas.

Pero habría que encontrar una razón para esta política de los reyes que desemboca en la destrucción de la propia base de su poder. ¿Por qué no concedieron, como se hizo más adelante, el propio impuesto? Sin duda otorgan franquicias, pero no abandonan su derecho de regalía. Por otra parte, las exenciones de impuesto, es decir, de peaje, sólo afectan a los monasterios y con seguridad no son ellos los que mantienen la gran circulación de las mercancías. Esta tiene su origen en el comercio. Es preciso, pues, admitir que, al disminuir el comercio, el impuesto directo, o sea los peajes, habrá disminuido también. Ahora bien, según hemos visto antes, la disminución del comercio debió de empezar hacia el 650, lo cual corresponde exactamente a los progresos de la anarquía en el reino. A finales del siglo VII, es seguro que los recursos pecuniarios del rey han descendido enormemente. Una prueba curiosa la da el hecho de que, en el 695, el rey da la *villa* de Nassigny a la abadía de Saint-Denis, a cambio del abandono por esta última de una renta perpetua de 300 sueldos que percibía del tesoro. Así, el rey prefiere sus recursos en metálico a su tierra [25].

No cabe duda de que esos recursos dependían sobre todo de los peajes sobre la circulación comercial. La percepción era infinitamente más fácil que la del impuesto territorial y apenas provocaba resistencias. No se ve que los obispos hayan intervenido al respecto. Sin embargo, el impuesto territorial se ha conservado con toda seguridad al lado del peaje, aunque produciendo cada vez menos. Sin duda, especulando con la creciente debilidad del rey, los grandes le han arrebatado cada vez más privilegios de inmunidad. Pero el error

[23] FUSTEL, *Les transformations*, pp. 29 y ss.

[24] Véanse todos los ejemplos que pone FUSTEL DE COULANGES, *Les transformations*, pp. 32 y ss., de la condonación o la abolición del impuesto territorial. Sobre las inmunidades, véase LOT, PFISTER y GANSHOF, *op. cit.*, pp. 316-317.

[25] H. PIRENNE, «El *Cellarium fisci*», *Bulletin de la Classe des Lettres de l'Academie royal de Belgique*, 1930, p. 202.

consiste en ver en las inmunidades la causa de la debilidad del rey; son, en realidad, una consecuencia de ella.

Parece evidente, pues, que la debilitación del tesoro, que provocó la debilitación de la realeza y del Estado, es sobre todo una consecuencia de la creciente anemia del comercio [26]. Ahora bien, ésta se debe a la desaparición del comercio marítimo provocada por la expansión del Islam por las costas del Mediterráneo. Esta decadencia del comercio afectaría sobre todo a Neustria, donde se encontraban las ciudades comerciales. Por eso esta región del reino, que había sido la base del poderío real, cedería poco a poco ante Austrasia, donde la vida se basaba evidentemente menos en la economía monetaria. En cuanto al impuesto, sólo se percibía entre los bávaros y los turingios; por lo que concierne a los sajones, sabemos que pagan de tributo 500 vacas [27]. La decadencia del comercio afectó, pues, mucho menos a las regiones del Norte, esencialmente agrícolas. Después de la ruina de la economía urbana y comercial, es fácilmente explicable que el movimiento de restauración proviniera de ellas. La decadencia del comercio, al concentrar toda la vida en la tierra, daría a la aristocracia un poderío que nada podría ya limitar. En Neustria, la aristocracia se esfuerza en seguida por aprovechar la creciente debilidad del rey. Cierto es que la realeza tratará de resistirle. La política de Brunegilda vuelve a encontrarse, en la medida en que permite entreverlo nuestra mísera información, en la del mayordomo Ebroino. El despotismo del que se le acusa, ya en el 664, se explica ciertamente por su tentativa de mantener la administración real, es decir, la administración a la romana, con su personal real, que pretende imponerse a todos, incluso a los grandes.

Puede considerarse el asesinato de Ebroino, en 680 ó 683, como señal del fracaso definitivo de la lucha de los reyes contra los grandes. Ahora bien, en ese momento, que coincide más o menos con la toma de Cartago, el comercio marítimo está reducido a casi nada.

A partir de ahora el rey está en manos de la aristocracia. Quizás ha tratado, para resistirle aún, de apoyarse en la Iglesia. Pero la propia Iglesia cae en la anarquía. Basta, para darse cuenta de ello, con leer las listas episcopales redactadas por monseñor Duchesne [28]. Demuestran que el desorden de las iglesias es infinitamente mayor en

[26] No se diga que exagero la importancia del comercio. Sin duda, desde el punto de vista absoluto, no era gran cosa; pero tampoco el comercio de la Edad Media tenía una amplitud considerable, y sin embargo, ¡cuántas consecuencias han tenido las prohibiciones de las lanas inglesas, por ejemplo, en los siglos XIII y XIV!

[27] F. LOT, «La conquista de las tierras entre el Sena y el Loira por los Francos», *Revue historique*, t. CLXV, 1930, pp. 249-251.

[28] *Fastes épiscopaux de l'ancienne Gaule*, 3 vols.

el Sur de la Galia que en el Norte. De manera general, los obispos del Sur, cuya influencia había sido preponderante en la Iglesia de la Galia, desaparecen hacia el 680 para no reaparecer sino hacia el 800. Sin duda, hay que tener en cuenta el azar que nos ha hurtado los nombres, pero el hecho es demasiado general para no atribuirlo a una causa profunda.

En Perigord, después de Ermenomaris (673-675) no habrá ya obispos antes del siglo x [29]. Lo mismo ocurre en Agen [30]. En Burdeos no se encuentran ya desde 673-675 a 814 [31]; en Mende, desde el 627 a Luis el Piadoso [32]; en Limoges se señala una interrupción de un siglo en la sucesión de los obispos después de Emeno [33], y en Cahors, después de Beto (673-675) [34]; en Auch, los obispos sólo reaparecen en el 836 [35]. Ningún obispo es mencionado en Lectoure [36], en Saint-Bertrand-de-Comminges, en Saint-Lizier, en Aire, en Autun desde 696 a 762 [37], en Chalon de 675 a 779 [38], en Ginebra desde el 650 al 833 [39], en Die desde el 614 al 788 [40], en Arlés desde el 683 al 794 [41]. Parecidas interrupciones se comprueban en Orange, Aviñón, Carpentras, Marsella, Tolón (679-879), Aix (596-794), Antibes (660-788), Embrun (677-828), Béziers (693-788), Nimes (680-788), Lodève (683-817), Uzès (675-788), Agde (683-788), Maguelonne (683-788), Carcasona (683-788), Elne (683-788) [42]. Según Lot, el último concilio celebrado en la Galia sería del 695, y no volvería a reunirse antes del 742 [43].

Se observa además la desaparición de los sínodos en el último tercio del siglo VII. No vuelve a haberlos en el siglo VIII, bajo Pipino y Carlomagno. Leblant comprueba también la creciente desaparición de las inscripciones.

Y si se piensa en la considerable influencia que los obispos ejercen desde el siglo VII en las ciudades, ha de concluirse necesariamente la decadencia de las instituciones urbanas; no cabe duda de

[29] DUCHESNE, *op. cit.*, t. II, p. 88.
[30] *Ibid.*, t. II, p. 64.
[31] *Ibid.*, t. II, p. 62.
[32] *Ibid.*, t. II, p. 55.
[33] *Ibid.*, t. II, p. 52.
[34] *Ibid.*, t. II, p. 46.
[35] *Ibid.*, t. II, p. 97.
[36] *Ibid.*, t. II, p. 98.
[37] *Ibid.*, t. II, p. 181.
[38] *Ibid.*, t. II, p. 194.
[39] *Ibid.*, t. II, p. 229.
[40] *Ibid.*, t. I, p. 235.
[41] *Ibid.*, t. I, p. 261.
[42] *Ibid.*, t. I, *passim*.
[43] LOT, PFISTER y GANSHOF, *op. cit.*, p. 332.

que lo que estas habían conservado de su curia desaparece en medio de esta anarquía.

La vida urbana, tal y como el comercio la había conservado, se borra. Y es que la fuente mediterránea del comercio, que las invasiones del siglo v no habían agotado, se seca ahora que el mar está cerrado.

Es muy característico que las grandes familias senatoriales, que proporcionaban el personal eclesiástico de las diócesis y el alto personal laico de la administración, se hacen cada vez más raras en un ambiente tan profundamente transformado [44]. Seguramente a partir de mediados del siglo VII la sociedad se desromaniza rápidamente, y eso será un hecho, o casi, a comienzos del siglo VIII. Es la misma población, pero ya no es la misma civilización.

Puede confirmarse eso con pruebas. Según la *Vita* de San Desiderio de Cahors († 655), la ciudad, floreciente bajo su episcopado, ha caído después de él en el marasmo [45]. Igualmente Lyon, donde todavía se señala un gran comerciante en el 601, cae en una espantosa decadencia que alcanza su máximo cuando, hacia el año 800, Leidrado escribe su informe a Carlomagno [46].

La anarquía que se apodera de la Galia a consecuencia de la decadencia del poder real la conduce a la fragmentación. Aquitania se convierte a partir de 675-680 en un ducado aparte que vive su propia vida.

En cambio, Austrasia, que no se ha visto afectada por la desaparición del comercio y de las ciudades, donde la administración real estaba menos desarrollada y donde la sociedad gravitaba por entero en torno a las grandes fincas, adquiere una preponderancia cada vez más marcada. A la cabeza de su aristocracia aparece la familia de los Pipínidas, cuyo papel ha sido ya considerable en los acontecimientos que han conducido a la caída de Brunegilda. Es una familia de grandes terratenientes de Bélgica [47]. Hacia el año 640, ya Itta, esposa de Pipino I (de Landen), funda el monasterio de Nivelles y su liberalidad permite al apóstol irlandés San Feuillen fundar en Fosses el *monasterium Scottorum*. Lierneux —una propiedad de la familia— es donada por Pipino II entre 687 y 714 al monasterio de Stavelot-Malmedy [48].

[44] La última mención de una persona senatorial en la Galia es de comienzos del siglo VIII (LOT, PFISTER y GANSHOF, *op. cit.*, p. 311, n. 69).

[45] Ed. Poupardin, p. 56.

[46] COVILLE, *Recherches sur l'histoire de Lyon*, 1928, p. 283.

[47] F. ROUSSEAU, *La Meuse et le pays mosan en Belgique*, Namur, 1930, páginas 45 y 221 (*Annales de la Societé d'Archéologie de Namur*, t. XLI).

[48] *Recueil des chartes de Stavelot-Malmedy*, ed. Roland & J. Halkin, t. I, página 39.

En el 691, Begga, esposa de Ansegiso y madre de Pipino II, funda en Andenne un monasterio al que se retira y donde acaba sus días en el 693. Pipino II dona a San Ursmar, abad de Lobbes, entre 697 y 713, las *villae* de Leernes y Trazegnies [49]. Tienen una poderosa fortaleza en Chèvremont que forma parte de su hacienda de Jupille. No lejos, en Heristal, sobre el Mosa, se encuentra una residencia que será uno de sus lugares favoritos y que se menciona frecuentemente como un *palatium* a partir del 752.

En esa región del Mosa se encuentran verdaderamente en su casa, al borde del bosque de Ardenas. Como auténticos campesinos que son, sólo sienten antipatía, al parecer, por la residencia de Metz, que ha sido la capital de Austrasia. Es en Lieja donde Grimoaldo, el hijo de Pipino II, es asesinado en el 714 por un frisón. En el 741, Carlomán y Pipino el Breve encerrarán a su hermano Grifón en Chèvremont, después de la muerte de Carlos Martel.

A sus tierras valonas se agregan otras muchas en Alemania, pero su cuna es la tierra liejesa, esa tierra donde el nombre de Pipino se encuentra aún con mucha frecuencia en la Edad Media y, todavía en nuestros días, en el de Pepinster.

Por vez primera una familia del Norte, semigermánica como poco, de derecho franco-ripuario, sin vínculos senatoriales y en cualquier caso limpia de toda alianza romana, va a desempeñar el primer papel. Los carolingios no se han adaptado al ambiente neustriano que, por su parte, les es hostil. Y eso explica que si el primer Pipino logra ya imponer su influencia indudable al rey cuando éste reside en Austrasia, no ejerce en cambio ninguna acción sobre el soberano cuando éste se establece en Neustria [50]. Sin duda se produjo, a causa de eso, un descontento entre los grandes de Austrasia a consecuencia del cual Dagoberto nombraría, en el 632, a su hijo, el futuro Sigiberto III, virrey.

Así, en esa *Francia* donde no se comprueba la menor hostilidad nacional mientras la realeza es fuerte, comienza a producirse una separación en el momento en que ésta entra en decadencia, en forma de la evidente oposición que se manifiesta entre romanismo y germanismo [51].

En esas tierras del Norte, feudos de la Ley Sálica y de la Ley Ripuaria, las costumbres son mucho más rudas que en el Sur. Incluso

[49] F. Rousseau, *op. cit.*, p. 226.
[50] Richter, *op. cit.*, p. 159.
[51] Puede ya percibirse quizá en la *Vita S. Eligii*, I, 20, M. G. H. SS. rer. Merov., t. IV, p. 712, donde se le dice al santo durante su apostolado en el norte de la Galia: *Numquam tu, Romane, quamvis haec frequenter taxes, consuetudines nostras evellere poteris.*

se encuentran aún allí paganos. Y a medida que el poder del rey declina, las influencias de las aristocracias regionales se hacen cada vez más preponderantes y se manifiestan muy claramente en el reclutamiento de las autoridades y del clero [52].

Ahora bien, los Pipínidas son los jefes de esa aristocracia austrasiana que intenta sacudirse la tutela del palacio, apoderarse hereditariamente de las funciones, y que demuestra una marcada antipatía por los romanos de Neustria. Cuando se impongan a la monarquía como mayordomos de palacio, su acción se dejará sentir al punto como netamente hostil al absolutismo real; son antirromanos y, podríamos decir, «antiantiguos».

En Neustria, Ebroino representaba la tendencia exactamente opuesta a la de los Pipínidas. Como el rey era menor de edad, aquel había sido designado por los grandes para ejercer el poder [53]. Inmediatamente pretendió dominar a la aristocracia, a la que por lo demás él no pertenecía, impedir la hereditariedad de las familias palatinas y promover a los empleos, según parece, a gente de baja extracción que le debía todo (656). Naturalmente, tropezó con la resistencia de las grandes familias, a cuya cabeza figura San Leodegario, obispo de Autún desde el 659.

Se perfila una lucha entre los defensores del poder real y la aristocracia. Ahora bien, lo típico es que los reyes no toman parte en ella.

A la muerte de Clotario III (673), Ebroino, que teme la intervención de los grandes, hace subir al trono en seguida a Teuderico III. Pero los grandes, que pretenden intervenir en la designación del rey, se niegan a reconocerlo y designan rey a su hermano Childerico II [54].

Esta vez es un representante de la aristocracia, San Leodegario, quien ejerce en realidad el poder. Lo utiliza para imponer al rey grandes concesiones a los nobles: a partir de ahora, los altos funcionarios no podrán ser enviados de un país a otro. Así se afirmará aún más la influencia de los grandes, cuya autoridad adquirirá una especie de carácter hereditario. Y, sin embargo, esa medida, impuesta por la aristocracia, no beneficia a los Pipínidas. Se discierne en ella la oposición, ya señalada, existente entre Sur y Norte, y sin duda tuvo por móvil, en parte, impedir que el nuevo rey, entronizado con el apoyo de la aristocracia austrasiana, impusiera en Neustria grandes llegados de Austrasia [55].

[52] H. Wieruszowski, *op. cit.*, *Bonner Jahrbücher*, 1921, comprueba que bajo los Pipínidas el clero se germaniza, aunque eso seguramente comenzó por Austrasia.

[53] Véanse los textos en Fustel de Coulanges, *Les transformations*, p. 80.

[54] Fustel de Coulanges, *op. cit.*, p. 100.

[55] *Ibid.*, p. 101.

En Neustria y Borgoña se suprime la mayordomía de palacio, y en Austrasia sigue siendo mayordomo de palacio Wulfoaldo. Parece que se intentó establecer en el palacio un turno entre los grandes. Pero la nobleza no se entiende entre sí y Childerico aprovecha para desembarazarse de Leodegario, a quien destierra a Luxeuil (675). La respuesta no se hace esperar. Ese mismo año Childerico II muere asesinado. Teuderico III le sucede. El asesinato, sin embargo, a causa de la reacción que produjo, tuvo como consecuencia devolver el poder a Ebroino, elevado a la dignidad de mayordomo de palacio. De ello resulta, dice Fustel de Coulanges [56], «un inmenso desplazamiento en las funciones y las dignidades». Todo el personal de palacio es transformado. Leodegario es condenado a muerte, tras haber sido cegado siguiendo la costumbre bizantina [57]. Todo el partido aristocrático forma un bloque contra Ebroino y pone ahora sus esperanzas en Pipino, que, en Austrasia, ha asumido la dignidad de mayordomo de palacio a la muerte de Wulfoaldo. ¿Con qué derecho? Sin duda como descendiente de Pipino I y de Grimoaldo [58], es decir, en virtud precisamente del principio hereditario que Ebroino combate en Neustria. Pipino ejerce en Austrasia un poder *de facto*: los cronistas lo han puesto muy bien de relieve al decir de él: *dominabatur in Austria* [59]. La diferencia entre el poder que aspira a detentar y el que ejerce Ebroino es flagrante. Al contrario de Ebroino, no es un funcionario. Debe el poder a las uniones de su familia y a su calidad de jefe reconocido de la aristocracia que cada vez se agrupa más en torno a él. De creer a los *Annales Mettenses*: «muchos grandes de Neustria, tratados cruelmente por Ebroino, pasaron de Neustria a Austrasia y se refugiaron junto a Pipino» (681). Así, Austrasia, franca de raza, se convertía en protagonista de la aristocracia [60].

Después de la muerte de Dagoberto II, es decir, después de su asesinato, quizá por instigación de Ebroino, en el 679, ya no hay rey en Austrasia. Pipino, que ha sucedido como mayordomo de palacio a Wulfoaldo, derribado sin duda en esta ocasión, marcha contra Ebroino, pero es derrotado cerca de Laon [61]. Ebroino perecería asesinado poco después, en el 680 o en 683, a manos de Ermenfrido, que buscó refugio en Austrasia junto a Pipino. Es muy difícil no sospechar que Pipino estuvo mezclado en el asunto.

Muerto Ebroino, Waratton le sucede en Neustria como mayor-

[56] FUSTEL DE COULANGES, *op. cit.*, p. 106.
[57] RICHTER, *op. cit.*, p. 173.
[58] Ansegiso, padre de Pipino, no ha sido mayordomo.
[59] FUSTEL DE COULANGES, *op. cit.*, p. 168.
[60] *Ibid.*, p. 178.
[61] RICHTER, *op. cit.*, p. 174.

domo de palacio; en seguida hace las paces con Pipino. Pero lo derriba su hijo Gislemar, que marcha contra Pipino y lo derrota en Namur; Gislemar muere asesinado, al parecer. Waratton, de nuevo mayordomo de palacio, confirma la paz que había firmado con Pipino en el 683. Muere en el 686 y le sucede su yerno, Berchier [62].

Contra él se manifiesta en seguida la oposición de los grandes; la mayoría de ellos, entre los cuales se encuentra el obispo de Reims, se alía con Pipino. Este marcha contra Berchier y el rey Teuderico III, que son derrotados en Tertry, cerca de San Quintín, en el 687. Berchier es asesinado en el 688 y el rey reconoce a Pipino como mayordomo de palacio. A partir de ahora es el único mayordomo de palacio para todo el reino. Pero se considera tan poco un servidor del rey, que ni siquiera se establece en su corte. Le pone al lado a un hombre de su confianza: *Nordebertum quondam de suis* [63], y regresa a Austrasia.

II.—Los mayordomos de palacio carolingios

En el 688, el mayordomo de palacio de Austrasia ha impuesto, pues, su tutela al reino. Pero no se ha quedado junto al rey. Le ha bastado con vencer a su rival, mayordomo de palacio de Neustria, y ocupar su puesto. Los asuntos del reino sólo le interesan en la medida que sirven para fortalecer su posición en el Norte. Para él, eso es lo esencial. Esta estaba amenazada por la vecindad de Frisia, donde el paganismo reinaba aún y cuyo príncipe, Radbodo, estaba, quizás, ya entonces instigado por los neustrianos, enemigos de Pipino. En cualquier caso, la lucha que estalló en el 689 se volvió contra él. Fue derrotado en Wyk-lez-Duurstede y tuvo que ceder la Frisia del Este al vencedor [64]. Es comprensible hasta qué punto su victoria debió de aumentar el prestigio de Pipino. En esas tierras aparecía al año siguiente (690) el anglosajón Willibrord, que comenzó la conversión de los frisones y fue el primer intermediario entre los carolingios y la Iglesia anglosajona. Las relaciones entre las dos potencias iban a tener importantes consecuencias. Un poco después se ve a Pipino proteger a otro misionero anglosajón, Suitberto, a quien la esposa de

[62] RICHTER, *op. cit.*, p. 175. Según el *Liber Historiae Francorum*, M. G. H. SS. rer. Merov., t. II, p. 322, c. 48, era: *statura pusillum, sapientia ignobilem, consilio inutilem.*

[63] *Liber Historiae Francorum, op. cit.*, p. 323.

[64] RICHTER, *op. cit.*, p. 177.

Pipino, Plectrudis, da una finca en una isla del Rin, donde él construyó el monasterio de Kaiserswerth [65].

Vencidos los frisones, Pipino, de 709 a 712, se volvió contra los alamanes que se habían constituido en ducado independiente. Al parecer no obtuvo grandes ventajas [66]. Hasta su muerte (diciembre del 714) no volvió a poner los pies en Neustria, pero continuó dominándola por persona interpuesta. En efecto, en el 695, a la muerte de Norberto, colocó como mayordomo de palacio de Childeberto III a su propio hijo, Grimoaldo. La familia carolingia controla así toda la monarquía. Y la controla tan bien que, con ocasión del asesinato de Grimoaldo, unas semanas antes de la muerte de Pipino, este coloca como su sucesor en Neustria a Teodobaldo, hijo bastardo de Grimoaldo, de seis años de edad [67]. Esto es, considera la mayordomía de palacio como una propiedad familiar, una especie de realeza paralela a la otra.

Pero ha tirado demasiado de la cuerda. Los aristócratas neustrianos se ven demasiado sacrificados a los carolingios, aunque éstos hayan tomado medidas en su favor, como por ejemplo la designación de los condes por los obispos y los grandes, sin que el rey Dagoberto III haya hecho nada, por otra parte, para oponerse.

En el 715, unas semanas después de la muerte de Pipino II, los nobles de Neustria se sublevan contra Plectrudis, viuda de Pipino, que, como una reina merovingia, ejerce la regencia de Teodobaldo. No puede verse en ello un movimiento nacional. Es sólo la reacción de una aristocracia que quiere sacudirse la tutela de los mayordomos pipínidas y recobrar la dirección del palacio. Se ve perfectamente que se produjo entonces una reacción contra la clientela que Pipino había situado en el poder [68].

Los nobles nombran a Raganfredo mayordomo de palacio; pero un hijo natural de Pipino, Carlos, el primero con ese nombre germánico *(vocavit nomen ejus lingua propria Carlum)* [69], que tiene veinticinco años y ha escapado de la prisión donde Plectrudis lo tenía encerrado, se pone a la cabeza de los fieles austrasianos. Raganfredo se alía con Radbodo contra él. Al mismo tiempo, los sajones cruzan la frontera. En cuanto al joven Dagoberto III, muere en ese momento, probablemente asesinado. Su hijo, el niño Teuderico, es enviado al monasterio de Chelles, y los nobles eligen rey a Chilperico II, hijo de Childerico II, asesinado en el 673, que estaba relegado en un

[65] *Ibid.*, p. 182.
[66] *Ibid.*, p. 181.
[67] RICHTER, *op. cit.*, p. 182.
[68] *Ibid.*, p. 183: *fuit illo tempore valida persecutio.*
[69] *Ibid.*, p. 176.

claustro. Es el primer merovingio que desde hace veinticinco años sube al trono a la edad adulta, y será el último. La realeza no es más que un instrumento con el que juega la aristocracia [70].

Carlos, atacado a la vez por Radbodo, que ha remontado el Rin en barco con los frisones hasta Colonia, y por los neustrianos, conducidos por el rey y Raganfredo, huye a Eifel [71]. Pero ataca y derrota a los neustrianos en Amblève durante la retirada de estos, en el 716. Habría firmado de buen grado la paz, a condición de recobrar, sin duda, la mayordomía de palacio.

Pero la negativa de sus adversarios lo obliga a combatir. Los derrota en Vincy, cerca de Cambrai, el 21 de marzo del 717. Después, tras haber devastado los alrededores de París, sube a Austrasia e instaura en el trono a Clotario IV, emparentado con los merovingios, pero del que nada se sabe [72]. Al regresar a sus tierras, depone al obispo de Reims, Rigoberto, que no lo había apoyado, y da el obispado a Milón, obispo de Tréveris *sola tonsura clericus,* acumulando así en la misma mano dos diócesis con total desprecio del derecho canónico [73]. Pero la Iglesia es para él sólo un medio de conseguir partidarios [74]. Tiene en ella un magnífico capital del que puede disponer [75].

Mayordomo de palacio, Carlos se comporta como soberano. En el 718 emprende una expedición punitiva contra los sajones cuyo territorio arrasa hasta el Weser.

En el 719, Chilperico y Raganfredo, abandonando a sus aliados del Norte, se entienden con Eudes, que ha creado un ducado en Aquitania y se reúne con ellos en París para marchar contra Carlos. Lo que se forma ahora contra éste es, pues, una coalición romance.

70 *Ibid.*, p. 184.

71 *Ibid.*, p. 185.

72 RICHTER, *op. cit.*, p. 185.

73 FUSTEL DE COULANGES, *Les transformations*, p. 189, no quiere creer, contra toda evidencia, en una reacción germánica. Cierto que esta es inconsciente.

74 RICHTER, *op. cit.*, p. 185.

75 Podemos darnos cuenta además, por la historia de la abadía de San Pedro, de Gante, de lo que ocurre entonces. Los enemigos del abad Celestino se dirigen al *princeps* Carlos, acusando a Celestino de haber escrito a Raganfredo. En consecuencia, Carlos: *privavit eum a coenobiali monachorum caterva ac de eadem qua morabatur expulit provincia. Villas quoque que subjacebant dominio monasterii Blandiniensis, suos divisit per vasallos absque reverentia Dei.* La situación duró, dice el cronista, hasta la época de Luis el Piadoso. Así, pues, lo que recompensa a los vasallos fieles es la arrebatiña de los bienes de la Iglesia, inclusive los de los monasterios. Es cierto que Carlos hizo su fortuna con su clientela *(Liber traditionum S. Petri,* ed. A. Fayen, 1906, p. 5). Carlos incluso manda matar a eclesiásticos sin preocuparse por los sínodos, como, por ejemplo, en el 739, al abad Wido de Saint-Vaast, de Arrás, jefe de una conspiración (BREYSIG, *op. cit.*, pp. 87-88).

Por lo demás, los confederados no se atreven a afrontar el choque con Carlos, que avanza contra ellos. Eudes conduce a Chilperico, con sus tesoros, a Aquitania. Pero Clotario IV muere y Carlos firma la paz con Eudes y reconoce a Chilperico II rey de toda la monarquía [76].

Este muere en el 720, y los francos nombran sucesor a Teuderico IV, hijo menor de Dagoberto III. En cuanto a Raganfredo, ¿sigue siendo mayordomo? Se ha refugiado en Angers donde, en el 724, se subleva contra Carlos. Será la última reacción de los neustrianos. Carlos, que ha firmado la paz con Eudes de Aquitania, puede consagrarse a sus guerras del Norte. En el 720, reanuda la lucha contra los sajones, para continuarla, al parecer, en el 722. Al mismo tiempo, sostiene la actividad de Willibrord entre los frisones, y también sin duda los esfuerzos de San Bonifacio, a quien Gregorio II (715-731) ha nombrado obispo de los pueblos paganos de Alemania.

En el 725 emprende una primera expedición para someter Baviera. Favorecido por las disensiones que reinaban en la familia ducal, avanza hasta el Danubio tras haber preparado su campaña, al parecer, por un acuerdo con los lombardos. En el 728, una segunda expedición no logra hacerlo dueño de Baviera, que conserva su autonomía bajo el duque Huberto. En el 730, se le encuentra en Alamania, que parece haber unido a *Francia*. En el 734, somete Frisia, conquistada a partir de entonces para el cristianismo. Por último, en el 738, vuelve a partir en una expedición contra los sajones. Todas esas guerras del Norte han dado por resultado las anexiones de Frisia y Alamania.

Pero Carlos iba a tener que volverse contra el Islam. En el 720, los árabes de España cruzaban los Pirineos, se apoderaban de Narbona y sitiaban Toulouse. En la primavera del 721, Eudes marcha contra ellos, los derrota ante las murallas de Toulouse y los arroja de Aquitania, aunque sin poder recobrar Narbona [77]. En el 725, los sarracenos emprenden una gran *razzia,* se apoderan de Carcasona, ocupan por un tratado, según parece, todo el país hasta Nimes, suben por el valle del Ródano y, en el mes de agosto, están ante Autun, ciudad que saquean antes de regresar a España cargados de botín.

Eudes, sintiéndose amenazado en Aquitania, para protegerse entrega su hija en matrimonio a Omán, el jefe árabe de la frontera.

Pero en ese momento los árabes están tan desgarrados como los cristianos por discordias intestinas. En el 732, el gobernador de España Abderramán, que acaba de matar a Omán, cruza los Pirineos,

[76] RICHTER, *op. cit.*, p. 186.
[77] RICHTER, *op. cit.*, p. 187.

sitia Burdeos, derrota a Eudes al pasar el Garona y, asolándolo todo, sube hacia el Loira. Eudes llama a Carlos en su auxilio y éste, en octubre del 732, al frente de un ejército compuesto esencialmente, sin duda, por austrasianos, derrota al invasor y lo rechaza, y después regresa a sus tierras, sin avanzar más.

Al año siguiente, 733, Carlos llega a Borgoña, se impone en Lyon; hay en ello un intento de dominio del Sur; *leudes probatissimi* reciben el encargo de contener el país [78]. Por el lado de Aquitania, cuenta sin duda con Eudes. En todo eso no se ve ninguna medida dirigida contra el Islam.

En el 735, Eudes muere y Carlos se arroja sobre sus tierras. Ocupa las ciudades y seguramente deja en ellas a sus propios vasallos. No hace nada contra los árabes que acaban de extenderse desde Narbona a Arlés, sin duda en virtud del tratado firmado anteriormente, y no se ve que se haya manifestado la menor resistencia contra ellos. Así, todas las costas del golfo de León están ocupadas por el Islam. Según la crónica de Moissac, los sarracenos se quedaron cuatro años en el país, dedicándose al pillaje [79].

Carlos, al no poder subyugar Aquitania, deja en ella a Chunoldo, hijo de Eudes, como duque, mediante un juramento de vasallaje [80]. Después se dirige hacia el valle del Ródano, que somete hasta Marsella y Arlés. Esta vez se trata de una toma de posesión por la gente del Norte. Pero provoca una reacción al frente de la cual aparece un tal «duque» Mauronto. Las fuentes no permiten entender exactamente lo que pasa. Parece que Mauronto actúa de acuerdo con los sarracenos. En el 737 estos se han apoderado de Aviñón. Tras asediar la ciudad, Carlos la toma, y después baja por el Ródano y acude a atacar Narbona, que los árabes entregan. Después Carlos regresa, incendiando por el camino Nimes, Agde y Béziers [81].

Evidentemente quiere aterrorizar a la población meridional, pues resulta insensato creer que haya destruido esas ciudades para impedir otra invasión árabe. Pero mientras ha regresado a combatir en Sajonia, los musulmanes se extienden de nuevo hasta Provenza y toman Arlés. Carlos pide auxilio a los lombardos contra ellos. Liutprando, cuyas fronteras amenazan, cruza los Alpes y los rechaza. Mauronto

[78] *Ibid.*, p. 195.
[79] RICHTER, *op. cit.*, p. 196.
[80] *Ibid.*, p. 196.
[81] *Ibid.*, p. 197. Había habido ya en Provenza una rebelión contra Pipino de Heristal, dirigida por el patricio Antenor. PROU, *Catal. des monnaies mérovingiennes*, p. CX. Es imposible admitir que no haya en todo ello una hostilidad nacional. Las *Formulae Arvernenses* dan como causa de la desaparición de papeles que importa reconstruir la *hostilitas Francorum*. BRUNNER, *Deutsche Rechtsgeschichte*, t. I, 2.ª ed., p. 581, n. 31.

sigue resistiendo, en medio de todo esto. En el 739, Carlos, con su hermano Childebrando, marcha contra él y reconquista el país hasta el mar.

En esto, Carlos muere el 21 de octubre del 741. Desde la muerte de Teuderico IV en el 737, ha gobernado sin rey. Antes de morir, reparte el Estado, o si se quiere el gobierno, entre sus dos hijos: Carlomán, el mayor, a quien da Austrasia, y Pipino. Baviera y Aquitania escapan a este reparto; siguen siendo ducados autónomos. Este arreglo, aunque hecho *consilio optimatum suorum,* provoca al punto problemas: Grifón, hijo natural de Carlos, se subleva; sus hermanos lo encierran en Chèvremont. Después Borgoña se agita, los alamanes y los aquitanos toman las armas, mientras que los sajones reanudan la lucha. Los dos hermanos marchan primero contra los aquitanos del duque Chunoldo, a quien el continuador de Fredegario llama *Romanos,* los persiguen hasta Bourges, destruyen el castillo de Loches; después se lanzan sobre los alamanes, cuyo país recorren hasta el Danubio y a los que someten [82]. Después, en el 743, derrotan al duque de Baviera convirtiéndole en un vasallo.

Ese mismo año, 743, y sin duda a causa de estos trastornos, se deciden a reponer en el trono, que su padre ha dejado vacante, al último merovingio, Childerico III (743-757), cuyas relaciones de parentesco con los reyes precedentes son oscuras.

En el 747, Carlomán renuncia al gobierno y se mete monje en Montecassino. Pipino queda sólo en el gobierno al lado de su rey fantasma. Hay todavía ciertos problemas con Grifón, a quien Pipino ha puesto en libertad y que subleva a los sajones y los bávaros. Pero se trata de un incidente pasajero y sin consecuencias.

Por fin, el año 749-750 es tranquilo [83]. Pipino puede considerar consolidado su poder. Ha nacido en el 714 y tiene por tanto treinta y seis años, la edad de la plena fuerza. ¿Va a seguir llevando el título subordinado de mayordomo de palacio? ¿Cómo podría hacerlo? Ahora tiene vasallos propios en todas partes. Todos, salvo en Aquitania, están ligados a él por juramentos y la situación de sus fieles depende de su poderío. Está, pues, seguro de su poder, que además legitima su herencia *de facto.*

Incluso se ha conciliado a la Iglesia, a la que su padre ha maltratado tanto y cuyos despojos están en manos de sus fieles. En el 742, Carlomán, instigado por Bonifacio, ha convocado un sínodo en Austrasia, el primero desde hace decenas de años, para reorganizar esa

[82] RICHTER, *op. cit.*, p. 202.
[83] *Ibid.*, p. 214.

Iglesia terriblemente degradada en su personal [84]. En el 744, se reúne en Soissons un segundo sínodo, y muy pronto se celebra un tercer sínodo austrasiano.

En el 745, tras estos esfuerzos de reforma que han partido sobre todo del Norte, como se ve, mientras que hasta el comienzo del siglo VIII todo el movimiento eclesiástico venía del Sur, se celebra la primera asamblea general de la Iglesia franca bajo la presidencia de San Bonifacio. Y esta vez se ve intervenir la influencia del papa, pues él es quien manda convocar la asamblea.

Pipino y Carlomán, gracias a Bonifacio, se ven conducidos hacia el papa. Y toda la Iglesia, que se organiza en Alemania, los considera como sus protectores, gracias a Bonifacio. ¿Cómo no hacer ratificar y sancionar por el jefe de esta Iglesia el poder que ejercen y poseen? La conjunción con el papado parece indicada. Y va a realizarse tanto mejor cuanto que también a la Iglesia le interesa, y Pipino lo sabe bien, pues el papa se ha dirigido ya a Carlos Martel para pedirle su apoyo.

III.—Italia, el papa y Bizancio. El cambio de orientación del papado

La Iglesia, a la caída del gobierno imperial en Occidente, había conservado fielmente el recuerdo y la reverencia de este Imperio romano, cuya imagen recogía su propia organización con sus diócesis *(civitates)* y sus provincias. No solamente lo veneraba, sino que lo continuaba en cierto sentido, pues todo su alto personal estaba constituido por descendientes de las viejas familias senatoriales que conservaban el respeto y la añoranza. Toda la Iglesia vive bajo el derecho romano. Para la Iglesia el acontecimiento del 476 no tiene la menor importancia. Había reconocido al emperador de Rávena, reconocía ahora al emperador de Constantinopla. Lo reconocía como su jefe. En Roma, el papa era su súbdito, mantenía correspondencia con él y tenía un apocrisiario en Constantinopla. Acudía fielmente a los sínodos y a sus otras convocatorias.

El propio emperador, cuando la situación era normal, lo miraba y veneraba como el primer patriarca del Imperio, con primacía sobre los de Constantinopla, Jerusalén, Antioquía y Alejandría [85].

Esta adhesión sin reservas de la Iglesia de Occidente al Imperio se explica tanto mejor cuanto que, hasta Gregorio Magno, los límites

[84] *Ibid.*, pp. 203-204.

[85] El papa consiguió que Focas le reconociera como «cabeza de todas las Iglesias» contra el patriarca de Constantinopla, que había adoptado el título de ecuménico. VASILIEV, *op. cit.*, t. I, p. 228.

del antiguo Imperio romano eran los de la Iglesia, más o menos. Es cierto que la formación de los reinos germánicos, constituidos sobre ruinas, había dividido a la Iglesia entre varios Estados sometidos a diversos reyes, a los cuales, por lo demás, testimonió desde el principio una lealtad absoluta. Aunque el Imperio no subsistiera ya en la realidad, sin embargo, seguía siendo uno para el papa de Roma [86].

Ni siquiera bajo Teodorico, en quien nunca quiso ver sino a un funcionario del Imperio, había dejado el papa de reconocer la autoridad del emperador. El triunfal regreso de los ejércitos romanos con Justiniano había reforzado aún más su subordinación. Elegido por el clero y el pueblo romano, el papa pide la ratificación al emperador desde la entrada de Belisario en Roma. Y a partir de Vigilio (537-555), desde el 550, introduce el nombre del emperador en la fecha de sus actas.

Vigilio, además, debe la tiara al emperador. En el 537, mientras Vitiges sitiaba Roma, el papa Silverio había sido depuesto por Belisario, con el pretexto de que se entendía con los godos, y desterrado a la isla de Palmataria. Designado por el emperador Teodosio, Vigilio lo había sustituido en la sede pontificia [87]. Justiniano no tardaría en aprovecharse de ello para pretender imponer al papa el absolutismo religioso del emperador, a propósito del asunto de los tres capítulos, es decir, del edicto imperial de 543 que anatemizaba a tres teólogos del siglo v, supuestamente nestorianos, con el fin de dar una satisfacción a los monofisitas y de reconciliar con ellos al Estado y los ortodoxos.

Pero los occidentales, y sobre todo los africanos, protestan. El papa Vigilio, invitado a aprobar el edicto, se niega, excomulga al patriarca de Constantinopla y después acaba cediendo en el 548. Sin embargo, ante la resistencia de los obispos de Occidente, Vigilio retira su aquiescencia. Se convoca entonces un concilio ecuménico en Constantinopla. Pero Vigilio, aunque retenido en esta ciudad, se niega, al igual que la gran mayoría de los obispos de Occidente, a acudir a él, hasta el punto de que el concilio ecuménico no fue en realidad más que un concilio griego, presidido por el patriarca de Constantinopla. En él fueron condenados los tres capítulos y Vigilio, que no se sometía, fue desterrado por Justiniano a una isla del mar de Mármara [88]. Finalmente cedió y fue autorizado a regresar a Roma, pero murió durante el viaje, en Siracusa, en el 555 [89].

Como Vigilio, su sucesor Pelagio I, consagrado en el 555, es

[86] Este fecha sus actas por los años del emperador.
[87] HARTMANN, *op. cit.*, t. I. p. 384.
[88] VASILIEV, *op. cit.*, pp. 201-202.
[89] HARTMANN, *op. cit.*, t. I, pp. 392-394.

designado por Justiniano. Mantiene como puede la paz de la Iglesia, que sigue dividida en torno al asunto de los tres capítulos, pese a la crisis trágica que las guerras hacen atravesar a Italia.

Los lombardos, a quienes los ejércitos imperiales retenidos en Asia y en el Danubio [90] no pueden detener, anegan el país. Es el momento en que el Imperio atraviesa uno de los períodos más críticos y más turbados de su historia. Justino II, incapaz de enviar tropas, aconseja combatir a los lombardos con oro y aliarse, contra ellos, con los francos.

Sin embargo, los lombardos llegan a Spoleto y Benevento bajo el emperador Tiberio II (578-582). El papa Pelagio II secunda los esfuerzos del emperador ante los francos, aunque en vano. Italia se hunde en el más terrible desorden.

Roma, sede del papa, Rávena, la ciudad imperial, siguen aguantando, sin embargo. El emperador Mauricio (582-602) envía a Rávena un exarca, provisto de ilimitados poderes, pero que dispone de efectivos insuficientes.

En el momento en que Gregorio Magno (590-604) sube al solio pontificio, el peligro es mayor que nunca. En el 592, cortadas las comunicaciones entre Roma y Rávena, Arnulfo, duque de Spoleto, se presenta ante las murallas de Roma; en el 593 la ciudad se ve amenazada de nuevo, esta vez por el rey Agilulfo. Gregorio está solo para defender Roma. Se consagra a ello, por sí mismo sin duda, pero también por el emperador.

En ese momento, el patriarca de Constantinopla, aprovechando la situación casi desesperada de Roma, toma el título de ecuménico. Gregorio protesta en seguida. El emperador Focas le da satisfacción y reconoce al papa de Roma como «cabeza de todas las Iglesias» [91].

Rodeado por todas partes por los invasores que acuden a asaltar la ciudad, abandonado por el emperador, el papa, para afirmar su poder de jefe supremo de la cristiandad, erige una columna en el foro [92].

Pero el abandono del papa en Roma aumenta su poder y su prestigio. En el 596 envía sus primeras misiones a Inglaterra, dirigidas por Agustín. Su finalidad, al hacerlo, es ganar almas y no duda que da así bases nuevas a la grandeza de la Iglesia romana y a su independencia de Bizancio. Desde lejos, dirige e inspira a sus misioneros. Pero no le estaría reservado a él presenciar el nacimiento de esa Iglesia anglosajona que iba a decidir los destinos de Roma.

[90] VASILIEV, *op. cit.*, t. I, p. 225.
[91] HARTMANN, *op. cit.*, t. II[1], p. 180.
[92] VASILIEV, *op. cit.*, p. 228.

Los años siguientes serían decisivos para el papado.

Heraclio acaba de alejar de Constantinopla el peligro persa. El Imperio ha vuelto a ser una gran potencia. Iba a poder recuperar la totalidad de Italia de manos de los lombardos, cuando bruscamente hace irrupción el Islam en el Mediterráneo (634). Atacada por todas partes, Bizancio tiene que renunciar a luchar contra los lombardos. Roma queda abandonada a sí misma.

La conquista de las costas asiáticas y africanas del Mediterráneo por los musulmanes fue, para la Iglesia, la más espantosa de las catástrofes. Amén de reducir únicamente a Europa el territorio de la cristiandad, iba a ser también la causa del gran cisma que separaría definitivamente Occidente de Oriente, Roma, donde reinaba el papa, de Bizancio, donde tenía su sede el último patriarca de Oriente que sobrevivió a la oleada islámica.

Heraclio, tras haber reconquistado a los persas Siria, Palestina y Egipto, donde dominaban los monofisitas, había aspirado a conseguir la unidad, como antaño Justiniano, mediante concesiones en el terreno dogmático. Los monofisitas, que sólo reconocían a Cristo una naturaleza, la divina, se oponían irreductiblemente a los ortodoxos que veían en él a la vez el hombre y el dios; sin embargo, no parecía imposible conciliar estas tesis opuestas, pues si los ortodoxos afirmaban que hubo en Cristo dos naturalezas, sin embargo, no le reconocían más que una sola vida. Se podría llegar a conciliar la ortodoxia y el monofisismo en una doctrina única, el monotelismo.

Para reforzar la unidad del sentimiento religioso e imperial contra los invasores musulmanes, el emperador creyó llegado el momento de reconciliar a monofisitas y ortodoxos proclamando la doctrina del monotelismo e imponiéndola a toda la cristiandad con la promulgación de la *Ekthesis* (638)[93].

Esta manifestación llegaba demasiado tarde para salvar el Imperio, pues en esa época Siria había sido conquistada ya por el Islam. En cambio, iba a alzar a Roma contra Bizancio. El papa Honorio declaró herética la doctrina monotelista.

Pronto Egipto sucumbía a su vez, conquistado por el Islam. Los dos principales centros del monofisismo estaban irremediablemente perdidos. Y, sin embargo, Constantinopla no abandonó el monotelismo. Constante II, en 648, publicó el *Typos* —tipo de fe—, prohibiendo toda querella sobre el dogma y confirmando el monotelismo.

Roma no cedió, y en el Sínodo de Letrán el papa Martín I condenaba a la vez la *Ekthesis* y el *Typos,* declarándolos contaminados de herejía.

[93] VASILIEV, *op. cit.*, t. I, p. 294.

El emperador Constante II respondió a la resistencia del papa ordenando al exarca de Rávena que detuviera a Martín, que fue enviado a Constantinopla. Allí, convicto de haber tratado de provocar un levantamiento contra el emperador en las provincias occidentales, fue encarcelado tras terribles humillaciones, y por fin enviado al destierro a Crimea, donde murió en septiembre del 655.

La victoria de Constantino IV sobre los árabes, al salvar Constantinopla, fue sin duda el punto de partida del abandono del monotelismo por el emperador y de la vuelta a Roma. El acercamiento se produjo bajo Vitaliano; Constantino IV (668-685) convocó el VI Concilio ecuménico en Constantinopla, en el 680, que condenó el monotelismo y reconoció al papa como «jefe de la primera sede de la Iglesia universal». Así, la presión del Islam llevaba al emperador hacia Occidente.

El VI Concilio demostró a la Siria, la Palestina y el Egipto monofisitas que Constantinopla abandonaba la esperanza de reconciliarse con las provincias arrebatadas al Imperio. La paz del emperador con Roma se compró, pues, al precio de un total abandono de las poblaciones monofisitas y monotelistas de las provincias orientales.

Ya Constante II, por lo demás, había indicado la misma orientación hacia Occidente cuando, pese a las divergencias de doctrina que lo separaban entonces del papa, había ido a Roma, donde había sido recibido con veneración por Vitaliano el 5 de julio del 663. Acaso había pensado en volver a instalarse en la antigua capital del Imperio; sin embargo, debió de reconocer que su presencia allí era imposible, sin ejército para rechazar a los amenazantes lombardos y, después de doce días, partió hacia Sicilia y se estableció en Siracusa, donde, al menos, podía contar con su flota. Allí murió asesinado en el año 668.

Poco tiempo después, en 677, Constantino IV alejaba de Constantinopla, con el fuego griego, a la flota árabe, obligaba al califa Mu'awiya a pagarle tributo y, por otra parte, aseguraba sus posesiones en Italia firmando una paz definitiva con los lombardos [94].

El Imperio ha salvado Constantinopla, conservado Roma y el exarcado de Rávena, pero a partir de ahora está confinado al Mediterráneo oriental —tras la pérdida de España y Africa. Y parece en ese momento que la Iglesia romana, que acaba también de perder Africa y España ante el avance islámico, está muy lejos de volverse hacia Occidente. El concilio del 680 parece ligarla muy claramente a la suerte del Imperio, ya puramente griego. De los trece papas que gobernaron desde el 678 al 752, no se cuentan más que dos de ori-

[94] *Ibid.*, p. 283.

gen romano, Benito II (684-685) y Gregorio II (715-731). Todos los demás son sirios, griegos o por lo menos sicilianos. Ahora bien, Sicilia, donde el elemento griego se ha incrementado considerablemente con la emigración siria que siguió a la conquista de Siria por los musulmanes, está casi totalmente helenizada a finales del siglo VII [95].

La nueva orientación de la Iglesia hacia Bizancio no se explica en absoluto por una mayor influencia del poder bizantino sobre el pontificado. El exarca, que a partir de Heraclio está encargado de ratificar a los papas, apenas interviene más que pro forma. La elección del papa se produce, con total independencia, en el ambiente romano y eso es lo que hace extrañas las constantes designaciones de griegos para ocupar la silla de San Pedro.

Después de la paz con los lombardos, en la Italia bizantina ya no hay más que tropas reclutadas en el país, pues las otras están empleándose contra el Islam. Bizancio no puede, pues, imponer su autoridad en la elección de los papas. Pero las tropas, como el clero de Roma, desempeñan un papel preponderante en esa elección. Ahora bien, la mayoría de los jefes militares están helenizados, así como numerosos sacerdotes, lo cual explica esos nombramientos sirios.

Por otra parte, las tropas no siguen en eso una orden llegada de Bizancio. Aisladas del poder y sin contacto con él, no obedecen al exarca de Rávena, y ni siquiera al emperador. En el 692, cuando el papa Sergio se niega a poner su firma al pie de las actas del concilio *in Trullo* que contiene cláusulas opuestas a los usos de Roma, Justiniano II ordena detenerlo y llevarlo a Constantinopla. Pero la milicia romana se subleva y el delegado imperial debe la vida a la intercesión del papa.

Así, aunque Roma forme parte del Imperio, el papa disfruta en ella de una independencia de hecho. Es a la vez su jefe religioso, civil y militar. Pero reconoce su pertenencia al Imperio; además, esta fortalece singularmente su autoridad, pues el emperador no deja de considerarlo como el primer personaje de la Iglesia; él mismo, por otra parte, no renuncia a presidir la Iglesia universal cuya parte mayor, desde la conquista de Africa y España, está constituida por las provincias de Oriente.

Así, la momentánea ruptura que sigue al incidente del 692 no era deseada ni por el papa ni por el emperador. El último papa que fue recibido en la capital del Imperio fue tratado allí con los mayores honores: el emperador se prosternó ante él y le besó los pies [96] y, una

[95] GAY, *op. cit.*, pp. 9-10.

vez más, se llegó a un arreglo satisfactorio para ambas partes; la paz se había restablecido.

Sin embargo, la vieja querella entre ortodoxos y monotelistas se despierta periódicamente. En el 711, el advenimiento del emperador monotelista Filípico provoca motines en Roma. Y, por otra parte, la autoridad temporal del emperador sobre Italia se debilita cada vez más. En el 710, las tropas de Rávena se rebelan, el exarca es asesinado y reemplazado por un jefe nombrado por las tropas [97]. Se imponía una vigorosa intervención del Imperio. Pero la muerte de Justiniano II (711) inicia un período de anarquía (711-717) que permite a los búlgaros llegar a Constantinopla, mientras los árabes avanzan por tierra a través de Asia Menor y sus flotas que dominan el Egeo y la Propóntide atacan a la capital por mar (717) [98].

Puede decirse que Europa se salvó entonces gracias al enérgico soldado que acababa de tomar la corona, León III el Isaúrico. Gracias a la superioridad que le daba sobre la flota árabe el temible fuego griego, gracias también a la alianza que supo establecer con los búlgaros, obligó al enemigo a retirarse tras un asedio de más de un año (718).

Se trata de un hecho histórico mucho más importante que la batalla de Poitiers; fue el último ataque que intentaron los árabes contra la ciudad «protegida por Dios». Fue, dice Bury, una fecha ecuménica [99]. A partir de entonces, y hasta el reinado de la emperatriz Irene (782-803), los árabes fueron contenidos e incluso rechazados al Asia Menor. Bajo León y su hijo Constantino, el Imperio se recupera; una reorganización administrativa le devuelve la cohesión que le faltaba, mediante la generalización del régimen de los *themas* [100].

Pero León quiso rematar su obra con una reforma religiosa: la Iconoclastia. Quizás la explica en parte el deseo de disminuir la oposición entre el cristianismo y el Islam y el de conciliarse las provincias orientales de Asia Menor, donde los paulicianos eran numerosos [101].

En Roma, la promulgación de la nueva doctrina tuvo las más graves consecuencias: León publica su primer edicto contra las imágenes en 725-726 [102]. Inmediatamente, el papa Gregorio II lo anate-

[96] VASILIEV, *op. cit.*, t. I, p. 297.
[97] HARTMANN, *op. cit.*, t. II, pp. 77-78.
[98] VASILIEV, *op. cit.*, t. I, p. 313.
[99] *Ibid.*, p. 314.
[100] *Ibid.*, p. 331.
[101] *Ibid.*, p. 339.
[102] *Ibid.*, p. 342.

matiza. Y el conflicto que surge adquiere de golpe un carácter agudo. A la afirmación del emperador, que pretende imponer su autoridad a la Iglesia, el papa responde con la afirmación de la separación de los dos poderes, con un tono que ninguno de sus antecesores había empleado aún [103]. Llega a desafiar al emperador, invitando a los fieles a guardarse de la herejía que acaba de proclamar. Y, rechazando netamente su autoridad, acusa al emperador de no poder defender a Italia, lo amenaza con volverse a las naciones occidentales y prohíbe a los romanos pagar el impuesto al emperador. Inmediatamente, las tropas imperiales acantonadas en Italia se sublevan por doquier, deponen a sus jefes, nombran otros; el exarca Pablo muere en una revuelta; los romanos expulsan a su duque. Toda la Italia bizantina está en plena rebelión, dispuesta sin duda a nombrar un antiemperador si el papa así lo hubiera aconsejado. No hizo falta nada de eso. ¿Es preciso ver en ello un último escrúpulo de lealtad, o bien el papa no quería instalar en Italia, a su lado, un emperador? [104].

Sin embargo, el emperador no cede. Envía a Rávena un nuevo exarca, que nada puede, al no disponer de tropas. Y la situación es tanto más grave cuanto que los duques lombardos de Spoleto y Benevento, rebelados contra su rey, sostienen al papa. Al emperador solo le queda una cosa: aliarse con el rey de los lombardos, Liutprando, que aprovechará la ocasión para reducir a los duques rebeldes.

Gracias a Liutprando, el exarca entra en Roma, y el papa, aunque sigue oponiéndose a la iconoclastia, capitula políticamente. Acepta reconocer la autoridad temporal del emperador, pero pretende mantener su independencia en el terreno espiritual. En el 730, protesta de nuevo contra otro edicto iconoclasta promulgado por el emperador, y declara al patriarca de Constantinopla desposeído de su calidad de tal.

Políticamente, sin embargo, el papa actúa de acuerdo con el exarca, cuya autoridad se restablece sin ningún género de dudas: un antiemperador proclamado en Toscana es ajusticiado, y su cabeza enviada a Bizancio. Rávena, tras haber rechazado una flota bizantina, vuelve a caer en poder del exarca.

Gregorio II murió en el 729. Su sucesor fue el sirio Gregorio III, el último papa que pidió su confirmación al emperador [105].

Pero, apenas entronizado, reanuda la lucha contra la iconoclastia. Ya en el 731 reúne un sínodo que excomulga a los destructores de imágenes. El emperador, atacado de frente, le responde separando

[103] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núm. 2180. Cfr. HARTMANN, *op. cit.*, t. II², página 94.
[104] HARTMANN, *op. cit.*, t. II², p. 95.
[105] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, p. 257.

de la jurisdicción de Roma todas las diócesis del Este del Adriático (Iliria), Sicilia, Bruttium y Calabria, que coloca bajo la autoridad del patriarca de Constantinopla [106]. Además, le quita las propiedades de la Iglesia en Sicilia, Calabria y Bruttium, que producían anualmente 350 libras de oro. Así el papa, desde el punto de vista bizantino del emperador, no es más que un obispo italiano. Su influencia jerárquica y su influencia dogmática no volverán a ejercerse sobre Oriente, del que se ve excluido. La Iglesia latina es rechazada, por el propio emperador, fuera del mundo bizantino.

Y, sin embargo, el papa no rompe con el emperador. Quizás su fidelidad se explica por el cambio de actitud de Liutprando que, rompiendo con el exarca, se apodera de Rávena y deja traslucir así su intención de conquistar toda Italia. Si Roma cae, el papa se vería degradado al rango de un obispo lombardo. Y así, a pesar de todo, se apega a la causa griega. Exhorta al obispo de Grado a conseguir de la gente de las lagunas, es decir, de los venecianos, que utilicen su marina contra los lombardos de Rávena, desprovistos de flota. Gracias a esos atrevidos marinos, la ciudad es recuperada y ocupada de nuevo por el exarca en el 735. Pero Liutprando sigue siendo temible [107]. En el 738, el papa se alía contra él con los duques de Spoleto y Benevento, que tratan de hacerse independientes [108]. Pero en el 739 Liutprando ataca al duque de Spoleto, lo obliga a refugiarse en Roma y se dedica a saquear la campiña romana [109].

En medio de esas constantes amenazas, el papa, apoyándose en la Iglesia anglosajona, va a emprender la conversión de Germania, aún pagana. La Iglesia anglosajona, organizada por el monje griego Teodoro, a quien el papa Vitaliano había nombrado en el 669 arzobispo de Canterbury [110], era una auténtica avanzadilla del papado en el Norte.

De ella parten los grandes evangelizadores de Germania: Wynfrith (San Bonifacio), que penetra allí en el 678, y Willibrord, que llega al continente en el 690. Antes de emprender su misión, se dirige a Roma a pedir la bendición del papa Sergio, que lo encarga oficialmente de evangelizar Germania y de fundar allí iglesias para las que le entrega reliquias.

Willibrord parte a predicar en Frisia. Allí sostiene su obra Pipino, por razones religiosas —naturalmente—, pero sobre todo políticas, pues la cristianización debía favorecer la penetración franca entre los

106 HARTMANN, *op. cit.*, t. II², pp. 111-112.
107 *Ibid.*, t. II², p. 134.
108 JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núm. 2244.
109 HARTMANN, *op. cit.*, t. II², p. 138.
110 SCHUBERT, *Geschichte der Christlichen Kirche im Frühmittelalter*, p. 269.

frisones. En el 696 Willibrord regresa a Roma, recibe allí el nombre de Clemente, el *pallium,* y es consagrado, por el papa Sergio, obispo de Utrecht [111].

El 15 de mayo del 719, Gregorio II confía a Bonifacio (Wynfrith) la misión de proseguir la evangelización de Frisia, conforme a la doctrina de Roma. Es entonces cuando recibe el nombre de Bonifacio, a causa del santo del día [112]. Durante su apostolado en Frisia, al lado de Willibrord, Bonifacio no cesó de beneficiarse de la protección de Carlos Martel. Al regresar a Roma en el 722, Bonifacio fue nombrado obispo por Gregorio II, con la misión de predicar la fe en Germania, en la orilla derecha del Rin [113]. Las cartas que el papa le da lo convierten en un auténtico misionero de Roma. En el 724 el papa lo recomienda a Carlos Martel [114] y por último, en el 732, Gregorio III lo consagra arzobispo, con autorización para nombrar él mismo obispos en los territorios que conquiste para Cristo.

Así, al mismo tiempo que el emperador rechaza a Roma de Oriente, la misión de Bonifacio le abre la perspectiva de extenderse por esas *extremas occidentis regiones* cuya conversión había ya entrevisto Gregorio II. Este gran misionero, que extiende por Germania la autoridad del papa de Roma, es al mismo tiempo, por la fuerza de las cosas, un protegido de Carlos Martel, quien, por otra parte, saquea la Iglesia, la despoja y confisca sus bienes para dar feudos a sus vasallos. ¿Cómo el papa, en medio del desamparo en que se encuentra en Italia, no va a dirigirse al todopoderoso protector de San Bonifacio? En el 738, éste ha ido de nuevo a Roma, donde ha permanecido cerca de un año. Con toda seguridad no se ha limitado a hablar con Gregorio III de la organización de la Iglesia alemana, y es preciso suponer que le ha aconsejado buscar apoyo en Carlos Martel, pues ya en el 739 el papa se pone en relación con el todopoderoso dueño de Occidente. Le envía su gran «condecoración», las llaves del sepulcro de San Pedro, y le ofrece, a cambio de la protección que solicita de él contra los lombardos, abandonar al emperador [115].

Pero Carlos no podía malquistarse con el rey de los lombardos, que acababa de emprender para él una expedición a Provenza contra los sarracenos. Se limitó, pues, a responder a Gregorio III enviándole una embajada encargada de llevarle la promesa de un apoyo, apoyo que nunca llegó [116].

[111] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, p. 244.
[112] SCHUBERT, *op. cit.*, p. 300.
[113] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núms. 2159-2162.
[114] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núm. 2168. Cfr. SCHUBERT, *op. cit.*, p. 301.
[115] *Ibid.*, núm. 2249.
[116] HARTMANN, *op. cit.*, t. II², pp. 170-171.

En el año 741 mueren al mismo tiempo Gregorio III, Carlos Martel y el emperador León III. Al primero le sucede Zacarías, al segundo Pipino, al tercero Constantino V Coprónimo (741-775), fanático iconoclasta.

Ante la persecución religiosa, 50.000 monjes griegos se refugian en Roma, proscritos por el emperador y exasperados con él. Zacarías no ha pedido la ratificación del emperador. Pero recién elegido firma una tregua de veinte años con Liutprando; éste aprovecha para atacar de nuevo el exarcado en el 743. Pero entonces, a pesar de todo, el papa toma partido por el emperador y, a petición del exarca, consigue que Liutprando firme en Rávena una tregua con el Imperio [117].

Sin embargo, por intermedio de Bonifacio, las relaciones del papa con Pipino, mucho más favorable a la Iglesia que su padre, se han vuelto cada vez más íntimas. Por lo demás, Pipino, desembarazado de Carlomán, prepara su golpe de Estado. No cabe duda de que para realizarlo le basta con desearlo así. Pero no quiere dejar nada al azar y, sabiendo que puede contar con el favor de Zacarías, intenta con él su célebre gestión.

En el 751, el obispo de Wurzburg, Burchard, uno de los nuevos obispos nombrados en Germania, y el abad Fulrad, van a Roma a plantearle al papa la famosa cuestión de saber quién debe ceñir la corona, el que lleva el título de rey o el que ejerce realmente el poder. La respuesta de Zacarías, favorable a Pipino, marcaría el final de la dinastía merovingia.

El pobre rey merovingio, que esperaba su suerte, fue enviado a un monasterio sin que nadie se preocupara por él.

A partir de entonces se ha realizado ya el gran cambio de orientación. El Norte domina decididamente. En él reside el poder temporal desde que el Islam ha arruinado la Galia meridional, y sólo él puede sostener al papado desde que el Imperio griego lo ha rechazado de Oriente [118].

El año 751 marca la alianza de los carolingios con el papado. Se ha anudado bajo Zacarías, se rematará bajo Esteban II. Para que el trastrueque de la situación sea completo, es preciso que el último hilo que une aún al papa con el Imperio se rompa, pues mientras subsista, el papado se verá forzado a seguir siendo, contra natura,

[117] *Ibid.*, t. II², p. 144.

[118] SCHUBERT, *op. cit.*, p. 287, ha encontrado términos muy justos para caracterizar esa inversión: *Die Heimat der abendländischen Christenheit, der Schauplatz ihrer Geschichte hat sich nach Norden verschoben; die Linie Rom-Metz-York bezeichnet ihn. Rom die Herrin liegt nicht mehr im Mittelpunkt, sondern an der Peripherie. Zerbrochen ist die Einheitskultur der Mittelmeerländer. Neue Völker dränger sich ans Licht und streben nach neuer Einheit. Eine neue Zeit beginnt: die des Übergangs ist vorüber.*

una potencia mediterránea. Lo habría seguido siendo, sin duda, si el Islam no le hubiera quitado Africa y España. Pero ahora pesa con más fuerza Germania, en el Norte.

De todos modos, la tradición era tan fuerte que, si por un imposible, el emperador hubiera podido contener a los lombardos, el papa habría permanecido fiel. Pero en el 749, con la aparición de Astolfo, los lombardos reanudan su política de conquistas.

En el 751 se apoderan de Rávena y esta vez en serio. Roma no puede ya eludir su suerte. En el 752, el ejército de Astolfo está ante sus murallas. Solo puede salvarla un socorro inmediato. Esteban empieza por implorar el del iconoclasta. Le pide un ejército y que acuda a liberar la ciudad de Roma [119]. Pero Constantino V se limita a enviar una embajada al rey de los lombardos. Astolfo la recibe, pero se niega a hacer concesiones. El papa Esteban II implora entonces el auxilio de Pipino, pero antes de dar el paso decisivo se dirige él mismo a Pavía para conseguir de Astolfo que renuncie a sus conquistas. Ante el fracaso sufrido, parte hacia la corte de Pipino, a donde llega en enero del 754.

Lo inevitable se ha producido. La tradición, rota por Pipino en el 751, lo es, tres años después, por el papa.

IV.—El nuevo Imperio

En el 754, Esteban II se encuentra, pues, en esas *extremae occidentis regiones* cuya vía había indicado Gregorio II ya en el 729. ¿Qué va a hacer allí? Pedir protección para Roma, ya que Astolfo no ha querido hacerle caso y el enviado del emperador no ha obtenido nada. Seguramente, de haber tenido éxito en su gestión en Pavía, no hubiera franqueado los Alpes. No hay duda de que es plenamente consciente de la gravedad del paso que da, pero está acorralado.

En Ponthion, Pipino lo espera, el 6 de enero del 754. Esteban le suplica que intervenga contra los lombardos. Y Pipino jura al papa *exarchatum Ravennae et reipublicae jura sue loca reddere* [120].

A juzgar por estos textos, en todo eso hay un equívoco. Se trata de devolver a la *respublica* lo que el lombardo le ha quitado. Pero la *respublica* es el Imperio, o es Roma, que está en el Imperio. Y Pipino, a quien sin duda no le interesa hacer la guerra, envía una embajada a Astolfo. Este se niega a escuchar a Pipino; y más aún, suscita contra él la oposición de Carlomán, de quien ha conseguido

[119] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, núm. 2308.
[120] BÖHMER-MUHLBACHER, *Die Regesten des Kaiserreichs*, t. I, 2.ª ed., p. 36.

que abandone la abadía de Montecassino y que, llegado a Francia, es detenido y muere [121].

Así, el rey lombardo se ha malquistado torpemente con Pipino. Parece, por tanto, que esta vez Astolfo está realmente decidido a apoderarse de Roma y de toda Italia. Entre el papa y él, es Pipino quien va a decidir. Antes de partir en campaña, Pipino ha reunido a sus nobles en Quiersy-sur-Oise. Entrega al papa un diploma que encierra sus promesas (14 de abril). Tres meses después, en Saint-Denis, antes de partir a la guerra, el papa renueva solemnemente la consagración con que Bonifacio había investido ya a Pipino y prohíbe a los francos, bajo pena de excomunión, elegir un rey que no sea descendiente de Pipino. Se ha anudado así la alianza entre la dinastía y el jefe de la Iglesia. Para que sea más firme, Esteban da a Pipino y sus hijos el título de *patricius Romanorum*. Al hacerlo, usurpa evidentemente los derechos del emperador. El exarca había llevado el título de patricio. Pipino se convierte, pues, en el protector de Roma, como lo era aquel, pero en virtud de una delegación del papa y no del emperador [122]. Parece, por lo demás, que el papa actuó por propia iniciativa y sin preocuparse por las conveniencias de Pipino, que jamás llevó ese título, que sin duda no le interesaba.

Astolfo, vencido, devuelve por un tratado a los romanos las conquistas realizadas, es decir, los *patrimonia* de Narni y Ceccano, más los territorios del exarcado. En cuanto el emperador es advertido, en el 756, demanda a Pipino que renuncie a Rávena y al exarcado. Pipino, naturalmente, se negó, pese a la importante suma que el emperador le prometía a cambio. Solo había obrado por reverencia hacia San Pedro y nada podría hacerlo volverse atrás de sus promesas [123]. En el momento en que llega la embajada imperial, se ha reanudado la guerra entre Pipino y Astolfo, pues este ha violado inmediatamente sus promesas. Incluso había puesto sitio a Roma el 1 de enero de 756. Bloqueado por segunda vez en Pavía, el lombardo pide por segunda vez la paz. Devuelve de nuevo los territorios y Pipino los entrega al papa. Este es, pues, a partir de ahora, dueño de Roma y de su territorio [124]. Sin embargo, sigue reconociendo la soberanía teórica del emperador.

Es muy característico que Pipino no haya entrado en Roma en ninguna de sus dos expediciones. Por otra parte, no reaparecería más en Italia, aunque el sucesor de Astolfo, Desiderio, proclamado rey

[121] LOT, PFISTER y GANSHOF, *op. cit.*, p. 410.
[122] *Ibid.*, p. 411.
[123] L. OELSNER, *Jahrbücher des Fränkischen Reiches unter König Pippin*, 1871, p. 267.
[124] BÖHMER-MUHLBACHER, *op. cit.*, pp. 42-43.

en parte gracias a su influencia, le cause nuevos problemas. Desiderio había prometido ceder al papa diversas conquistas lombardas de Liutprando, pero solo había accedido a restituir una parte.

El sucesor de Esteban, Pablo I (757-767), reclama en vano. Parece que el emperador intentó sacar partido de las circunstancias. Su embajador Jorge, que había negociado ya con Pipino en el 756, llega a Nápoles en el 758, y trama con Desiderio proyectos de coalición para recuperar Roma y Rávena; después marcha a la corte de Pipino, donde no obtiene nada, pues Pipino se mantiene fiel al papa [125]. En el 760, se difunde por Roma el rumor de que el emperador envía una flota de 300 navíos contra Roma y Francia [126]. Sin duda, el papa espera inducir así a Pipino a bajar a Italia. Más tarde aún, habla de ataques que los *nefandissimi Greci* preparan contra Rávena [127], oponiendo a tales herejes el *vere orthodoxus* Pipino [128].

Sabe que el emperador sigue maniobrando con Pipino. En el 762, embajadores de Pipino y el papa habían ido a Constantinopla. Además, el emperador busca manifiestamente un acercamiento. Hacia el 765, el emperador envía a Pipino el espatario Anthi y el eunuco Sinesio para tratar la cuestión de las imágenes y los esponsales de Gisla, hija de Pipino, con el hijo del emperador [129]. Hubo aún una gran discusión sobre las imágenes, en el 767, en Gentilly [130].

Pero Pipino sigue inquebrantable y obra en todo de acuerdo con el papa. En cuanto a las dificultades de este con Desiderio, Pipino las ha allanado en el 763, por un acuerdo en virtud del cual el papa renuncia a sus reivindicaciones territoriales, así como a sus tentativas de protectorado sobre Spoleto y Benevento [131]. En suma, gracias a él, el papa se ha sentido protegido de sus enemigos, seguro de la ortodoxia, pero obligado a ponerse totalmente en sus manos.

* * *

El reinado de Carlomagno fue, en todos sus puntos, el resultado del de Pipino. Su padre le legaba su política italiana, es decir, su política lombarda y su política romana. Subía al trono (9 de octubre

[125] OELSNER, *op. cit.*, pp. 320-321.

[126] OELSNER, *op. cit.*, p. 346. Cfr. *Codex Carolinus*, ed. Gundlach, M. G. H. Epist., t. III, p. 521.

[127] *Codex Carolinus*, ed. Gundlach, M. G. H. Epist., t. III, p. 536.

[128] Le escribe: *post Deum in vestra excellentia et fortissimi regni vestri brachio existit fiducia.* Y más adelante, parafraseando un texto bíblico: *Salvum fac, Domine, Christianissimum Pippinum regem, quem oleo sancto per manus apostoli tui ungui praecepisti, et exaudi eum, in quacumque die invocaverit te. Codex Carolinus, loc. cit.*, p. 539.

[129] OELSNER, *op. cit.*, pp. 396-397.

[130] BÖHMER-MUHLBACHER, *op. cit.*, p. 53.

[131] LOT, PFISTER y GANSHOF, *op. cit.*, p. 413.

del 768) con el título de patricio, como su hermano Carlomán. Solo tras la muerte de este pudo actuar realmente (diciembre de 771).

El rey de los lombardos, Desiderio, seguía ambicionando la posesión de Roma. Ya en enero del 773 el papa Adriano tuvo que solicitar auxilio a Carlomagno. Este baja inmediatamente a Italia y mientras su ejército pone sitio a Pavía, donde Desiderio se ha encerrado, se dirige a Roma para asistir allí a las festividades de la Pascua (774). Y aparece entonces como el gran benefactor de la Santa Sede. No solo renueva las donaciones hechas al papa por su padre, sino que las amplía enormemente, hasta el punto de incluir en ellas los ducados de Spoleto y Benevento, así como Venecia e Istria [132]. Después regresa a Pavía, que se rinde en junio del 774 con Desiderio, y toma para sí el título de rey de los lombardos.

Hasta entonces se había contentado con llamarse *Carolus, gratia Dei, rex Francorum vir inluster*. Su título es ahora: *Rex Francorum et Longobardorum atque patricius Romanorum* [133].

Esta innovación demuestra seguramente que, para él, el patriciado romano, con clara diferencia de como lo querría el papa, es un anexo a su realeza lombarda. El rey de los francos se ha convertido en una potencia italiana. Su poder, nacido en la Austrasia germánica, se ha extendido hasta el Mediterráneo. Pero no se establecerá en Roma. No se volverá mediterráneo. Seguirá siendo septentrional. Italia gravitará en su órbita con el papado. Deja al reino lombardo cierta autonomía, pero envía allá condes francos y distribuye tierras a grandes iglesias de *Francia*.

En cuanto al papa, trata naturalmente de no ver en ese *patricius*, que en resumidas cuentas ha recibido su poder de Esteban II en Quiersy, más que a un protector de su posición. Pero en ello hay una contradicción fatal. En primer lugar, todo protector se convierte fácilmente en amo. Pipino no lo ha sido, él, que ha moldeado tan fielmente su política italiana sobre la del papa; pero Carlos lo será. El hecho de que no tome el título de patricio hasta haber conquistado el reino lombardo indica a la perfección que considera ese título como una conquista, es decir, que lo posee gracias a sí mismo. En cuanto al papa que, a partir del 772, ya no data sus bulas por el año del reinado del emperador, a la espera de datarlas, a partir del 781, por el de su pontificado [134], trata evidentemente de extenderse. Pero tropieza con la oposición del príncipe lombardo de Benevento y del

[132] BÖHMER-MUHLBACHER, *op. cit.*, p. 73. Cfr. LOT, PFISTER y GANSHOF, *op. cit.*, p. 422.
[133] LOT, PFISTER y GANSHOF, *op. cit.*, p. 423.
[134] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta*, p. 289.

patricio de Sicilia que gobierna, o pretende gobernar, en nombre del emperador, Sicilia, Calabria y el ducado de Nápoles.

Carlos no pensaba entregar Italia al papa. Era el rey de los lombardos y, como tal, pretendía ser dueño de toda la península. Así, cuando llegó a Roma por segunda vez, a las festividades de Semana Santa del año 780, retractándose de sus primeras declaraciones hechas cuando aún no había conquistado la corona lombarda, impidió al papa extender su autoridad a Spoleto, cuyo duque se reconocía súbdito suyo.

Por otra parte, el Imperio bizantino, donde acababa de morir León IV, y donde Irene renunciaba a la iconoclastia, esbozaba un acercamiento. En el 781, una embajada de Constantinopla acudía a pedirle a Carlos la mano de su hija Rotrudis para el joven emperador y se concertaron los esponsales [135]. No era el momento de malquistarse con el emperador, y Carlos no podía, por consiguiente, favorecer las acciones del papa contra los territorios imperiales.

A finales del 786, Carlos está de nuevo en Roma, llamado sobre todo por las intrigas del duque de Benevento, a quien se ve obligado a reducir a la obediencia. Pero apenas se ha marchado cuando el duque Arichis urde una alianza con Bizancio, en los términos de la cual debe recibir el título de patricio y representar al emperador en Italia e incluso en Roma. Se perfila así bruscamente un retorno ofensivo de Bizancio contra el papa y contra Carlos. El choque, que se produce en el 788, desemboca en un reforzamiento del dominio de Carlos sobre Benevento y le vale en el Norte la conquista de Istria [136]. Sin embargo, jamás Carlos podrá imponerse verdaderamente en Benevento, a pesar de sus expediciones emprendidas sin éxito contra el duque en 791, 792-793, 800, 801-802 [137].

Carlos protege, pues, al papa por veneración hacia San Pedro, pero no se subordina a él como Pipino. Incluso tiene intenciones de dictarle su conducta en materia de dogma. Después de la reprobación de la iconoclastia por el Concilio de Nicea en el 787 que, desde el punto de vista dogmático, reconcilia a Roma con Constantinopla, Carlos se negó a aceptar todas sus decisiones. Mandó componer a unos teólogos, en contra del concilio, una serie de tratados: los *Libri Carolini,* y envió un embajador a Roma encargado de presentar al soberano pontífice una capitular que contenía 85 reconvenciones al papa; por último, en el 794, reúne a todos los obispos de Occidente en Francfort, en un concilio en el que se abandonan varias

[135] LOT, PFISTER y GANSHOF, *op. cit.*, p. 425.
[136] *Ibid.*, p. 427.
[137] *Ibid.*, p. 427.

de las conclusiones del Concilio de Nicea, y donde son condenadas las doctrinas de los adoradores de imágenes [138].

Después de la muerte de Adriano escribió, en el 796, a su sucesor, León III, que «él es señor y padre, rey y sacerdote, jefe y guía de todos los cristianos» [139]. Y le traza su conducta, fijando muy exactamente los límites de su propio poder temporal y del poder espiritual del papa [140].

Por otra parte, al suceder a Adriano, León III le ha enviado la bandera de la ciudad de Roma [141] y ha introducido la nueva moda de insertar en la fecha de sus bulas los años de Carlos *a quo cepit Italiam*.

Es evidente que Carlos ya no se considera como un *patricius Romanorum*. Actúa como protector de la cristiandad. En esa época, ha triunfado sobre Sajonia y los lombardos, sometido o rechazado al otro lado del Tisza a los ávaros (796) y, en la plenitud de su poderío, pretende asumir ese papel. Sólo él existe en Occidente, si no se tienen en cuenta los pequeños príncipes de Inglaterra y España.

Su situación supera la que ningún rey ha tenido nunca. Y aunque restos de la supremacía bizantina persistían aún en la *Romania*, estos no existen en el Norte, ni en los ambientes anglosajones y germánicos donde vive Carlos; Alcuino puede, dirigiéndose a Carlos, llamarle emperador [142].

En la propia Roma, el papa, aunque no niega la soberanía del emperador de Bizancio, en realidad escapa a ella. ¿Cómo no iba a ocurrírsele la idea de reconocer el poderío y el prestigio de que goza el rey de los francos, y reconstruir el Imperio, que no tiene titular en Occidente desde el siglo v, en beneficio de Carlos? En lo que piensa, además, no es evidentemente en rehacer el Imperio *in partibus Occidentis* y en dar un sucesor, si así puede decirse, a Rómulo Augústulo. Hacer eso equivaldría a traer el emperador a Roma y a pasar bajo su poder. Pero él quiere seguir siendo independiente.

138 DAWSON, *Les origines de l'Europe*, trad. franc., p. 227.

139 DAWSON, *op. cit.*, p. 226.

140 *Nostrum est: secundum auxilium divinae pietatis sanctam undique Christi ecclesiam ab incursu paganorum et ab infidelium devastatione armis defendere foris, et intus catholicae fidei agnitione munire. Vestrum est, sanctissime pater: elevatis ad Deum cum Moyse manibus nostram adjuvare militiam, quatenus vobis intercedentibus Deo ductore et datore populus Christianus super inimicos sui sancti nominis ubique semper habeat victoriam, et nomen domini nostri Jesu Christi toto clarificetur in orbe. Aleuini Epistolae,* núm. 93, ed. Dümmler, M. G. H. Epist., t. IV, pp. 137-138

141 BÖHMER-MUHLBACHER, *op. cit.*, p. 145.

142 *Ad decorem imperialis regni vestri.* LOT, PFISTER y GANSHOF, *op. cit.*, página 457, n. 10.

El mosaico que ha mandado colocar en el *triclinium* de Letrán y en el que se ve a San Pedro entregando el *pallium* a León III y el estandarte a Carlos, así lo prueba. No es la Roma imperial, sino la Roma de San Pedro la que el papa quiere ensalzar al reconstruir el Imperio, la cabeza de la *ecclesia,* de esa *ecclesia* de la que Carlos se proclama soldado. ¿No ha dicho él mismo, hablando con León III, que su pueblo es el *populus Christianus*?

Carlos podría, sí, otorgarse a sí mismo la dignidad de emperador o hacer que se la diera un sínodo de su Iglesia. Pero ¡cuánto más legítima le parecerá a toda la cristiandad si se la confiere la iniciativa del papa! La desproporción que hay entre el título de *patricius,* que lleva Carlos, y el poderío que posee, desaparecerá. Será el representante militar de San Pedro, como el papa es su representante religioso. Uno y otros estarán conjugados en un mismo sistema: el de la *ecclesia.*

En el 800, Carlos ha conquistado Sajonia, Baviera, aniquilado a los ávaros, atacado España. Casi toda la cristiandad occidental está en sus manos.

Y el 25 de diciembre del año 800 el papa consagra ese Imperio cristiano posando en su frente la corona imperial. Carlomagno ha recibido su título según la fórmula usual en Bizancio, es decir por *acclamatio.* El papa le ha colocado después la corona en la cabeza y lo ha adorado [143].

En su forma, el acceso de Carlos al Imperio era conforme a la legalidad [144]. La aclamación del pueblo se ha producido como en Bizancio. En realidad, empero, una diferencia esencial separa el advenimiento de Carlos del de un emperador bizantino.

De hecho, los romanos que lo aclamaron no eran, como el pueblo de Constantinopla, los representantes de un Imperio, sino los habitantes de una ciudad de la cual el elegido era patricio. Sus aclamaciones no podían vincular a los súbditos de Carlos desde el Elba a los Pirineos. En realidad, esas aclamaciones eran puro teatro. De hecho, quien dio el Imperio a Carlos fue el papa, el jefe de la *ecclesia,* y por tanto la *ecclesia.* Con ello se convierte en su defensor titular. Su título imperial no tiene significado laico, a diferencia del del antiguo emperador romano. El acceso de Carlos al Imperio no corresponde a ninguna institución imperial. Pero, por una especie de golpe de Estado, el patricio que protegía a Roma se convierte en el emperador que protege a la Iglesia.

[143] HARTMANN, *op. cit.*, t. II², p. 348, no da crédito a Eginardo cuando este pretende que a Carlos le cogió por sorpresa la iniciativa de León III. En su opinión, todo estaba convenido de antemano.

[144] HARTMANN, *op. cit.*, t. II², p. 350.

El poder que ha recibido hace de él no un emperador, sino el emperador. No puede haber dos emperadores, del mismo modo que no puede haber dos papas. Carlos es el emperador de la *ecclesia* tal y como la concibe el papa, de la Iglesia romana en el sentido de Iglesia universal [145]. Es *serenissimus Augustus, a Deo coronatus, magnus, pacificus, imperator.* Obsérvese que no se denomina *Romanorum imperator,* ni *semper Augustus,* títulos que llevaban los emperadores romanos. Agrega solamente *Romanorum gubernans imperium,* expresión bastante vaga que precisan las dos realidades *rex Francorum et Longobardorum.* El papa, por su parte, le llama en sus bulas: *imperante domino nostro Carolo piisimo perpetuo Augusto a Deo coronato magno et pacifico imperatore* [146].

Este defensor de la Iglesia, este santo y piadoso emperador, tiene el centro de su poder efectivo no en Roma, donde lo ha recibido, sino en el norte de Europa. El antiguo Imperio mediterráneo había tenido, lógicamente, su centro en Roma. Este, lógicamente, tiene su centro en Austrasia. El emperador de Bizancio asistió impotente al advenimiento de Carlos. Solo pudo negarse a reconocerlo. Sin embargo, el 13 de enero de 812, los dos imperios firman la paz. El emperador de Bizancio acepta la nueva situación, y Carlos renuncia a Venecia y al sur de Italia, que devuelve al Imperio bizantino [147]. En suma, la política de Carlos en Italia ha fracasado; no se ha convertido en una potencia mediterránea.

Nada muestra mejor el trastorno del orden antiguo y mediterráneo que había prevalecido durante tantos siglos. El Imperio de Carlomagno es el punto final de la ruptura, por el Islam, del equilibrio europeo. Si pudo realizarse es porque, por una parte, la separación de Oriente y Occidente ha limitado la autoridad del papa a Europa occidental; y porque, por otra parte, la conquista de España y Africa por el Islam había convertido al rey de los francos en dueño del Occidente cristiano.

Es rigurosamente cierto decir, por tanto, que sin Mahoma, Carlomagno es inconcebible.

El antiguo Imperio romano se ha convertido, de hecho, en el

[145] La situación de Carlos como jefe de la cristiandad se expresa también en sus monedas, donde manda acuñar la leyenda *Christiana religio* (HARTMANN, *op. cit.*, t. II², p. 334). Según PROU, *Cat. des monnaies carol.*, p. XI, esas monedas serían posteriores a la coronación. Llevan en el anverso el busto imperial con la leyenda *D. N. Karlus Imp. Aug. Rex F. et L.* La cabeza está coronada de laurel a la antigua y el busto cubierto por el *paludamentum*, como los emperadores romanos del Alto Imperio.

[146] A. GIRY, *Manuel de Diplomatique*, p. 671. Bajo Justiniano, se decía: *imperante domino nostro Justiniano perpetuo augusto* (GIRY, *op. cit.*, p. 668).

[147] HARTMANN, *op. cit.*, t. III¹, p. 64.

siglo VII, en un Imperio de Oriente; el Imperio de Carlos es un Imperio de Occidente.

En realidad, cada uno de los dos ignora al otro [148].

Y, de acuerdo con la dirección que ha tomado la historia, el centro de ese Imperio está en el Norte, hacia donde se ha trasladado el nuevo centro de gravedad de Europa. Con el reino franco, pero con el reino franco-austrasiano-germánico, se inicia la Edad Media. Después del período durante el cual, del siglo V al VIII, subsiste la unidad mediterránea, la ruptura de esta ha desplazado el eje del mundo [149].

El germanismo comienza su papel. Hasta entonces la tradición romana se había continuado. Ahora va a desarrollarse una civilización romano-germánica original.

El Imperio carolingio, o mejor dicho el Imperio de Carlomagno, es el marco de la Edad Media. El Estado en que se basa es sumamente débil y se hundirá. Pero el Imperio subsistirá como unidad superior de la cristiandad occidental.

[148] La coronación de Carlos no se explica tampoco por el hecho de que en ese momento reine en Constantinopla una mujer.

[149] HARTMANN, *op. cit.*, t. II², p. 353, lo ha visto bien cuando escribe: *Geographisch und wirtschaftlich, politisch und kulturell hat sich eine Verschiebung in der Gruppierung der Christlichen Völker vollzogen, welche dem Mittelalter sein Gepräge gibt.*

Cfr. también DAWSON, *op. cit.*, p. 147: *It is in the seventh century, and not in the fifth, that we must place the end of the last phase of ancient Mediterranean civilisation, the age of the Christian Empire, and the beginnings of the Middle Ages.*

Capítulo 3
LOS COMIENZOS DE LA EDAD MEDIA

I.—La organización económica y social

La opinión corriente considera el reinado de Carlomagno como una época de restauración económica. Un poco más, y se hablaría en este terreno, como en el de las letras, de renacimiento. Hay en ello un error evidente que no sólo procede de la fuerza del prejuicio en favor del gran emperador, sino que se explica también por lo que se podría denominar un mal enfoque.

Los historiadores han comparado siempre la última fase de la época merovingia con el reinado de Carlomagno; siendo así, no resulta difícil comprobar un resurgimiento. En la Galia, el orden sucede a la anarquía, mientras que en la Germania conquistada y evangelizada, es fácil comprobar un evidente progreso social. Pero si se quiere apreciar correctamente la realidad es importante comparar el conjunto de los tiempos que precedieron a la era carolingia con esta. Entonces se percibe que nos encontramos ante dos economías en pleno contraste.

Antes del siglo VIII, lo que existe es la continuación de la economía mediterránea antigua. Después del siglo VIII hay una total ruptura con esa misma economía. El mar está cerrado. El comercio ha desaparecido. Nos hallamos ante un Imperio cuya única riqueza es la tierra y en el que la circulación de bienes muebles está reducida al mínimo. Muy lejos de haber progreso, lo que hay es regresión. Las partes antaño más vivas de la Galia son ahora las más pobres.

Era el Sur el que dominaba el movimiento; ahora es el Norte el que imprime su carácter a la época.

En esta civilización anticomercial existe, empero, una excepción que parece contradecir cuanto acabamos de exponer.

Es cierto que en la primera mitad del siglo IX el extremo norte del Imperio, es decir, los futuros Países Bajos, ha estado animado por una navegación muy activa que contrasta vivamente con la atonía del resto del Imperio.

No es que haya en ello nada absolutamente nuevo. Ya en tiempos del Imperio romano esa región donde el Escalda, el Mosa y el Rin mezclan sus aguas había conocido un tráfico marítimo con Britania. Esta exportaba trigo para las guarniciones del Rin e importaba especias y otros productos llegados por el Mediterráneo. Pero eso no era, sin embargo, más que la prolongación de la corriente comercial del mar Tirreno. Eso entraba en la actividad general de la *Romania*; era su punta extrema. El monumento de la diosa Nehalennia, protectora céltica de la navegación, recuerda aún la importancia de este tráfico [1]. Los barcos avanzaban incluso hasta las bocas del Elba y el Weser. Más adelante, cuando las invasiones del siglo III, hubo que organizar una flota de guerra para alejar las incursiones de los sajones. El puerto principal donde los barcos del mar se encontraban con los del interior era Fectio (Vechten), cerca de Utrecht.

Esa navegación, que debió sufrir mucho con las invasiones del siglo V y la conquista de Britania por los sajones, se encuentra y prosigue en la época merovingia. Acaso ese comercio se extendía en el siglo VIII hasta Escandinavia [2]. En lugar de Fectio, han nacido los puertos de Duurstede sobre el Rin y de Quentovic en la desembocadura del Canche. En Quentovic se han hallado numerosas monedas merovingias [3]. También se tienen muchas de Maastricht [4]; son mucho más numerosas que las de Colonia, Cambrai, etc. También las hay de Amberes, gran cantidad de Huy [5], de Dinant, de Namur [6]. Por último, se han acuñado muchas monedas en Duurstede [7], en Frisia [8].

¿Por qué ese comercio, que florecía en las provincias septentrionales, iba a desaparecer en la época carolingia? El mar seguía siendo libre en la costa del Norte. Además, los paños flamencos, que habían

[1] CUMONT, *Comment la Belgique fut romanisé*, pp. 26 y 28.
[2] VOGEL, *Die Normannen*, pp. 44 y ss.
[3] PROU, *Catalogue des monnaies mérovingiennes*, pp. 245-249.
[4] *Ibid.*, pp. 257-261.
[5] *Ibid.*, pp. 261-264.
[6] *Ibid.*, pp. 265-266.
[7] *Ibid.*, pp. 267-269.
[8] *Ibid.*, pp. 269-270. Sobre el comercio de Duurstede, véase VOGEL, *Die Normannen*, pp. 66 y ss.

alimentado la navegación desde la época romana, no habían desaparecido [9]. Incluso hay razones nuevas que explican la continuación de esta actividad: ante todo la presencia de la corte en Aquisgrán, después la pacificación y la anexión de Frisia. Se sabe que la flotilla frisona fue muy activa en todos los ríos de la región y en el alto Rin, hasta la catástrofe de las invasiones normandas [10]. En Frisia se han encontrado monedas de oro [11]. Y por último, los principales peajes de la época carolingia, o sea Ruán, Quentovic, Amiens, Maastricht, Duurstede, Pont-Saint-Maxence están todos situados en el Norte [12]. Existe, pues, un gran comercio en ese rincón septentrional del Imperio, e incluso parece haber sido más activo que antes.

Pero es un comercio orientado hacia el Norte y que ya no tiene relaciones con el Mediterráneo. Su campo parece incluir, amén de los ríos de los Países Bajos, Britania y los mares del Norte. Hay en eso, pues, una prueba característica del retroceso mediterráneo. En ese comercio orientado hacia el Norte, los frisones desempeñan el mismo papel que los sirios desempeñaban en el Mediterráneo.

Hacia el interior, el *hinterland* de Amiens y de Quentovic se extiende hasta el umbral de Borgoña, pero no más lejos [13]. El comercio de Tournai parece también bastante importante en el siglo IX [14].

Pero en la segunda mitad del siglo IX las invasiones normandas pusieron fin a ese comercio [15].

[9] H. PIRENNE, «¿Paños de Frisia o paños de Flandes?», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, t. VII, 1909, pp. 309-310.

[10] Prou cita numerosos denarios acuñados en Duurstede bajo Carlomagno, Luis el Piadoso y Lotario I. PROU, *Catalogue des monnaies carolingiennes*, páginas 9-12. También los hay de Maastricht, Visé, Dinant, Huy, Namur, Cambrai, Verdún (numerosísimos), Ardenburg, Brujas, Gante, Cassel, Courtrai, Thérouanne, Quentovic (numerosísimos), Tournai, Valenciennes, Arrás, Amiens, Corbie, Péronne, *ibid.*, pp. 14-38.

[11] PROU, *op. cit.*, p. XXXIII.

[12] VERCAUTEREN, *Etude sur les Civitates*, p. 453. En el 790, Gervoldo es: *super regni negotia procurator constituitur per multos annos, per diversos portus ac civitates exigens tributa atque vectigalia, maxime in Quentawich. Gesta abbatum Fontanellensium*, ed. M. G. H. SS. in usum scholarum, p. 46. En el 831, Luis el Piadoso concede a la iglesia de Estrasburgo la exención del peaje en todo el reino, salvo en Quentovic, Duurstede y en las *Clusae*. Cfr. G. G. DEPT, «La palabra "Clusa" en los diplomas carolingios», *Mélanges H. Pirenne*, t. I, página 89.

[13] VERCAUTEREN, «La interpretación económica de un hallazgo de monedas carolingias hecho cerca de Amiens», *Revue belge de phil. et d'hist.*, t. XIII, 1934, pp. 750-758 muestra que ninguna pieza de ese tesoro proviene del sur del Loira, y que el 90 por 100 de las monedas se emitieron en la región entre el Mosa y el Sena.

[14] VERCAUTEREN, *Etude sur les Civitates*, pp. 246-247.

[15] Sobre las exageraciones de Bugge a propósito del comercio de los normandos con Francia, véase VOGEL, *Die Normannen*, pp. 417-418.

De todas formas, es innegable que fue muy activo y que allí pudo conservarse una actividad económica superior. En gran medida, además, ese comercio debió de depender cada vez más del comercio de los escandinavos, que en el siglo IX exportan vino de Francia a Irlanda [16]. Las relaciones que los escandinavos mantenían con el Islam, por Rusia, debieron dar un poderoso impulso a su comercio. En el siglo IX había en el Báltico puertos o, mejor dicho, escalas marítimas importantes [17]. Gracias a la arqueología, se sabe que el comercio de Hedeby se extendió, del 850 al año 1000, hasta Bizancio y Bagdad, a lo largo del Rin, a Inglaterra y por el norte de Francia.

Por otra parte, la civilización vikinga se desarrolla bastante en el siglo IX, como atestigua el mobiliario funerario encontrado en el barco de Oseberg, hoy en el Museo de Oslo [18]. Los dinares árabes más antiguos encontrados en Escandinavia se remontan a finales del siglo VII (698). Pero su mayor expansión data de finales del siglo IX y mediados del X. En Birka, en Suecia, se han encontrado objetos del siglo IX de procedencia árabe, y otros originarios de Duurstede y Frisia. Además, los escandinavos de Birka exportan vino en el siglo IX de Duurstede [19].

Las monedas de Birka, de los siglos IX y X, están difundidas por Noruega, Schleswig, Pomerania y Dinamarca; son imitación de los denarios de Duurstede, acuñados bajo Carlomagno y Luis el Piadoso.

El Imperio carolingio tiene por tanto dos puntos económicos sensibles: Italia del Norte, gracias al comercio de Venecia, y los Países Bajos, a causa del comercio frisón y escandinavo. Son los dos lugares donde se iniciará el renacimiento económico del siglo XI. Pero ninguno de los dos pudo desarrollarse plenamente antes de esta última época: el uno se vería pronto aplastado por los normandos, el otro estorbado por los árabes y los disturbios de Italia.

Nunca se insistirá demasiado sobre la importancia de los escandinavos a partir de finales del siglo VIII [20]. Se apoderan de Frisia y despojan todos los valles fluviales, más o menos como hacen los árabes en el Mediterráneo por esas mismas fechas. Pero en el Norte no están para resistirles ni Bizancio, ni Venecia, ni Amalfi. Lo han

[16] BUGGE, «Die Nordeuropäischen Verkehrswege im frühen Mittelalter», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, t. IV, 1906, p. 271.

[17] En 808-809, el puerto de Réric fue destruido por el rey de Dinamarca, que obligó a los mercaderes a establecerse en Hedeby para poder recaudar mejor el peaje. *Annales regum Franc., ed. Kurze, a.*" 808, p. 126.

[18] E. DE MOREAU, *Saint Anschaire*, 1930, p. 16.

[19] Sobre Birka, véase la *Vita Anskarii*, ed. G. Waitz, M. G. H. SS. in us. schol., p. 41.

[20] H. PIRENNE, *Les villes du Moyen Age*, pp. 46 y ss.

arrasado todo a su paso, a la espera del momento en el que reanudar negociaciones pacíficas.

En el 834, los normandos dirigen su primer ataque a Duurstede e incendian un barrio de la ciudad [21]. Durante los tres años siguientes, Duurstede es atacada cada año. Su decadencia, y la de toda Frisia, data de esta época, aunque se conserven algunos rastros de actividad hasta finales del siglo IX.

En el 842, Quentovic es atacada a su vez [22] y, en el 844, la ciudad sufre un terrible saqueo del que no se levantará. Su comercio se trasladó setenta años después, cuando las incursiones de los normandos finalizaron, a Etaples [23].

Este floreciente comercio, cuyos puertos exportadores eran Duurstede y Quentovic, difería sustancialmente del comercio practicado por los escandinavos. En efecto, mientras que el comercio escandinavo no cesaba de desarrollarse a causa del contacto que mantenía, por Bizancio, con el mundo oriental, el de los frisones no tenía la menor relación con el Sur. Estaba arrinconado estrictamente al Norte. Y en eso se distingue muy netamente del comercio que había conocido la Galia en la época merovingia y que hacía penetrar por todas partes, con el vino, las especias, el papiro, la seda y los productos de Oriente, la civilización mediterránea.

Casi no hay otros centros comerciales en el Imperio carolingio que Quentovic y Duurstede.

Puede atribuirse cierta importancia a Nantes, incendiada en el 843, y cuyos barqueros comerciaban un poco con las tierras del Loira [24], pero hay que guardarse de admitir que la presencia de un peaje basta para probar la existencia de un tráfico comercial [25].

Sin duda, no es difícil rebuscar en Teodulfo, en Ermoldo Nigelo, en las vidas de santos, en los poemas de la época, por no hablar del demasiado famoso monje de Saint-Gall, menciones esporádicas de comerciantes y de mercaderías. Y hay quien se deja arrastrar a construir, con esos elementos dispersos, un edificio que no es sino una fantasía de la imaginación. Bastará con que un poeta diga que un río lleva barcos, para que se llegue a la conclusión, por semejante trivialidad, de que existe un poderoso tráfico comercial; y será suficiente

[21] VOGEL, *Die Normannen*, pp. 68 y 72. Según Holwerda, Duurstede desapareció en el 864.

[22] VOGEL, *op. cit.*, p. 88.

[23] *Ibid.*, p. 100.

[24] *Ibid.*, p. 90.

[25] Véase un buen ejemplo en VOGEL, *op. cit.*, p. 138, n. 2. En el 856, el duque de Bretaña, Erispoe, da al obispo el peaje de los barcos en Nantes. Ahora bien, en esa época el comercio de la ciudad ha sido aniquilado por los normandos.

la presencia de algunos peregrinos en Jerusalén o de algún artista o erudito oriental en la corte carolingia para afirmar que un movimiento de navegación unía Occidente con Oriente.

Algunos no han dejado, por último, de invocar el movimiento marítimo de Venecia y de las ciudades del sur de Italia, que pertenecen a la economía bizantina, en favor de la economía carolingia.

¿Qué importa incluso que se hayan podido acuñar, en el siglo IX, algunas piezas de oro? [26]. Lo que cuenta no es saber si se poseen en los textos algunas menciones referentes al comercio y al intercambio. El comercio y el intercambio han existido en todas las épocas. Lo que importa es su importancia y su naturaleza. Lo que se necesita para apreciar un movimiento económico son hechos masivos, no sucesos aislados, rarezas y singularidades. La presencia de un buhonero o de un barquero aislado no prueba la existencia de una economía de cambio. Si pensamos que en la época carolingia la acuñación del oro ha desaparecido, que el préstamo con intereses está prohibido, que ya no hay una clase de comerciantes profesionales, que la importación de productos orientales (papiro, especias, seda) ha cesado, que la circulación monetaria está reducida al mínimo, que el saber leer y escribir ha desaparecido entre los laicos, que no se encuentra ya organización de impuestos, que las ciudades no son sino fortalezas, podremos decidir sin temor que nos encontramos ante una civilización que ha retrocedido a esa etapa puramente agrícola que no necesita ya comercio, crédito e intercambios regulares para el mantenimiento del cuerpo social.

Antes se ha visto que la causa esencial de esa transformación fue el cierre del Mediterráneo occidental por el Islam. Los carolingios pudieron detener la ascensión de los sarracenos hacia el Norte; pero no pudieron volver a abrir el mar, y por otra parte tampoco lo intentaron.

Ante los musulmanes sus actitud fue puramente defensiva. Los primeros de ellos, incluso el propio Carlos Martel, aumentaron aún más el desorden para poner en condiciones de defensa el reino, atacado por doquier. Bajo Carlos Martel, todo se sacrificó despiadadamente a las necesidades militares. La Iglesia fue saqueada. Hubo en todas partes profundos trastornos, provocados por la sustitución de los aristócratas romanos —partidarios de Ebroino o de Eudes de Aquitania— por vasallos germánicos. Parece que el reinado de Carlos Martel vio repetirse trastornos análogos a los de las invasiones

[26] F. Vercauteren, en LOT, PFISTER y GANSHOF, *Histoire du Moyen Age*, t. I, página 608. Cfr. Offa, rey de Mercia, que acuña aún algunas piezas de oro, *ibid.*, p. 693.

germánicas. No olvidemos que incendia las ciudades del Sur y seguramente hace desaparecer así todo lo que subsistía aún de organización comercial y municipal. Lo mismo ocurrió con el gran cuerpo eclesiástico en el que se basaban la caridad pública, los hospitales y la instrucción, que las escuelas cesaron de dispensar por entonces.

Cuando Pipino sucede a su padre, toda la aristocracia, y por consiguiente todo el pueblo, debía de ser tan iletrada como él mismo. Los negociantes de las ciudades se han dispersado. El propio clero se encuentra en una situación de barbarie, de ignorancia y de inmoralidad de las que podemos hacernos una idea leyendo las cartas de San Bonifacio. «En esa época lamentable —dice Hincmaro [27]— no sólo se privó a la Iglesia de Reims de cuanto poseía de valioso, sino que las casas de los religiosos fueron destruidas y dilapidadas por el obispo. Los pocos y desdichados clérigos que subsistían, buscaban los medios de vivir comerciando y ocultaban los dineros que así ganaban en cartas y manuscritos.»

Puede juzgarse, por este estado de una de las más ricas iglesias del reino, lo que debió pasar en otros lugares.

El informe de Leidrado sobre Lyon nos entera, por lo demás, de que las cosas no marchaban allí mejor. San Bonifacio sólo recibe incienso en pequeños paquetes que le envían sus amigos de Roma.

En cuanto a las monedas, reina un desorden espantoso. Ya no hay, por así decirlo, monedas de oro. En el siglo VIII aparecen en los contratos frecuentes menciones de precios de venta satisfechos en trigo o animales [28]. Los monederos falsos hacen lo que quieren. Ya no hay ni peso ni ley para las monedas.

Pipino emprendió sin gran éxito la reforma del sistema monetario. La doble iniciativa que tomó en este terreno fue una completa ruptura con el sistema monetario mediterráneo de los merovingios. No se acuñaron ya más que piezas de plata y el sueldo tuvo a partir de entonces 12 denarios, siendo el denario ya la única moneda real. La libra de 327 gramos de plata (la libra romana) tiene, a partir de Pepino, 22 sueldos o 264 denarios; Carlomagno la reduciría a 20 sueldos o 240 denarios [29].

Carlomagno remata la reforma monetaria de su padre. Es el fundador del sistema monetario medieval. Ese sistema se estableció, pues, en una época en la que la circulación de la moneda ha alcanzado el grado más bajo que jamás conoció. Carlomagno lo adoptó en una época en la que el gran comercio ha desaparecido. En la época mero-

[27] *Vita S. Remigii*, M. G. H. SS. rer. Merov., t. III, p. 251.
[28] PROU, *Catalogue des monnaies mérovingiennes*, p. VII.
[29] Luschin VON EBENGREUTH, *Allgemeine Münzkunde*, 2.ª ed., 1926, p. 161.

vingia, en cambio, se habían seguido acuñando monedas de oro a causa de la actividad comercial imperante, y no pueden caber dudas sobre ello cuando se ve el oro perpetuarse con el hiperpero, continuador del sueldo de oro, en el mundo comercial bizantino, e instalarse en el del Islam. En el propio Imperio carolingio, es característico que se acuñen aún durante cierto tiempo pequeñas piezas de oro allá donde se conserva la actividad comercial, es decir al pie de los Pirineos, donde se anudan ciertas relaciones con la España musulmana, y en Frisia, donde el comercio escandinavo mantiene cierto movimiento de negocios.

Carlomagno acuñó también algunos sueldos de oro en el reino lombardo, antes de imponer en él su sistema monetario [30], lo cual prueba que, normalmente, no acuñaba oro. Existen algunos sueldos de oro de la ceca de Uzès de la época de Carlomagno. Y se poseen también algunas hermosas piezas de oro de Luis el Piadoso [31] con la inscripción *munus divinum*. El curso de estas piezas debió de estar bastante difundido, pues fueron imitadas por los pueblos comerciantes del Norte, probablemente los frisones [32]. La mayoría de los ejemplares conocidos provienen de Frisia, aunque también se han descubierto en Noruega.

«En resumen, si es cierto que se encuentran algunas monedas de oro, de un carácter absolutamente excepcional, acuñadas con los nombres de Carlos y Luis el Piadoso, no por ello nos sentimos menos autorizados a decir que esas monedas no entran en el sistema monetario carolingio. Este sistema no tiene más que monedas de plata; es esencialmente monometálico» [33], pues no puede pensarse en ver en esa reducida acuñación de oro la prueba de un sistema bimetalista [34].

[30] Prou, *Catalogue des monnaies carolingiennes*, p. XXXII.

[31] El rey Offa de Mercia (757-796) acuña monedas de oro, pero imitadas de las monedas árabes. Lot, Pfister y Ganshof, *Histoire du Moyen Age*, t. I, página 693. Sin duda ese oro lo proporcionaba el comercio escandinavo, igual que el de las monedas frisonas. En cualquier caso, es una prueba de la necesidad de la moneda de oro para el comercio a larga distancia y una confirmación de la desaparición de ese comercio allí donde la sustituye la moneda de plata.

[32] Prou, *op. cit.*, p. XXXIII.

[33] Prou, *op. cit.*, p. XXXV.

[34] Dopsch, *Naturalwirtschaft und Geldwirtschaft*, 1930, p. 120, se equivoca rotundamente en esto. Recoge lo que él mismo ha dicho en el t. II, 2.ª ed., 1922, de su *Wirtschaftsentwicklung der Karolingerzeit*, p. 306. Quiere probar ante todo que, en contra de la teoría corriente, que admite —equivocadamente, según él— la acuñación de la plata porque ya no hay oro, este último metal no ha desaparecido en el siglo VIII. Trata de probarlo citando las multas en oro que Carlomagno y Luis imponen al duque de Benevento (*ibid.*, p. 319), el botín logrado de los ávaros, y el oro llevado al sur de Francia por los musulmanes

Lo que hay que recordar es que con los carolingios se produce una completa ruptura del sistema monetario. Y eso ocurre no solamente con el oro, sino con el sueldo, base monetaria. Se abandona además la libra romana, por una libra mucho más pesada de 491 gramos en vez de 327. Esa libra se corta en 240 redondeles de plata pura que llevan o conservan el nombre de denarios. Esos denarios y los óbolos de medio denario son las únicas monedas reales. Pero hay a su lado monedas de cuenta, simples expresiones numerales que corresponden cada una a una cantidad determinada de denarios. Son el sueldo, que probablemente en virtud de la numeración duodecimal de los germanos corresponde a 12 denarios, y la libra, que comprende 20 sueldos. Evidentemente, esta moneda menuda no está hecha para el gran comercio; su principal objeto es servir a la clientela en los pequeños mercados locales mencionados tan a menudo en las capitulares, y donde las ventas y tratos se hacen *per denaratas*. Las capitulares, por otra parte, nunca citan más que denarios de plata.

El sistema monetario de Carlos marca, pues, una ruptura completa con la economía mediterránea que ha durado hasta la invasión del Islam, y que se había vuelto inaplicable después de ésta, como lo prueba la crisis monetaria del siglo VIII. Se explica por la voluntad de acomodarse a la situación, de adaptar la legislación a las condiciones nuevas que se imponen a la sociedad, de aceptar los hechos y someterse a ellos con el fin de poder sustituir el desorden por el orden. El nuevo sistema, monometalista de plata, corresponde a la regresión económica a la que se ha llegado.

Allá donde seguía existiendo la necesidad de pagos considerables se utilizó el oro, ya el de los países donde aún se acuñaba, ya monedas árabes o bizantinas [35].

Es preciso observar también la pobreza del stock monetario y la escasa difusión de la moneda. Esta aparece ligada a esos pequeños mercados locales de los que se hablará luego. Y es fácilmente com-

---

de España (*ibid.*, p. 319). Hace alusión a la suma de 900 sueldos de oro dada por el mayordomo de palacio a Saint-Corbinian (*ibid.*, p. 319), al hallazgo en Ilanz (Coire, Suiza) de algunas piezas de oro (*ibid.*, p. 320), así como a las monedas de oro frisonas; por último, ¡invoca el gran lujo de la época! Según él, *loc. cit.*, t. II, p. 309 y ss., si los carolingios acuñaron monedas de plata fue porque se encontraron ante una formidable crisis monetaria y quisieron desvanecer la desconfianza que se manifestaba ante las malas piezas de oro, reemplazándolas por buenos y fuertes denarios de plata. Este historiador se equivoca enteramente, en mi opinión, al comparar esta reforma con la de los denarios *gros* en el siglo XIII.

[35] PROU, *Catalogue des monnaies carolingiennes*, pp. XXXI-XXXII; M. BLOCH, «El problema del oro en la Edad Media», *Annales d'histoire économique et sociale*, 1933, p. 14.

prensible que no desempeñe sino un papel muy secundario en una sociedad donde el impuesto ha desaparecido. Se llega a la misma conclusión comprobando la insignificancia del tesoro real, que antaño era tan esencial. La riqueza mobiliaria es ínfima comparada con la inmobiliaria.

Carlomagno introdujo también nuevos pesos y medidas cuyos patrones estaban depositados en el palacio. También en esto hay una ruptura con la tradición antigua. Pero ya en el 829 los obispos señalan a Luis el Piadoso que las medidas son diferentes en todas las provincias. Evidentemente Carlomagno en esto, como en muchas otras cosas, quiso hacer más de lo que podía.

Los carolingios devolvieron a la moneda su carácter real. La hacen vigilar por los condes y los *missi* y regulan el número de cecas [36]. Sin embargo, en el 805 quisieron centralizar la acuñación en el palacio [37], aunque no lo lograron. Ya en el reinado de Luis el Piadoso se acuñaba en la mayoría de las ciudades [38]. Y en el reinado de Carlos el Calvo los condes usurpan el derecho a acuñar moneda. En el 827, Luis el Piadoso cede ya una ceca a una iglesia, pero la moneda que se acuña en ella es todavía real. En el 920, algunas iglesias obtienen el derecho de acuñar moneda con su propio sello. Es la total usurpación que había preparado el abandono por el rey de sus derechos útiles [39].

Puede decirse, pues, que si hasta la reforma carolingia no hubo en la Europa cristiana más que un solo sistema monetario, mediterráneo y romano, ahora hay dos, que corresponden cada uno a un terreno económico especial: el bizantino y el carolingio, el oriental y el occidental. La moneda ha seguido las perturbaciones económicas de Europa. Los carolingios no continúan a los merovingios. Entre unos y otros existe el mismo contraste total que entre el oro y la plata. Lo que hay que demostrar ahora con ciertos detalles, pues ha sido discutido, es que el gran comercio ha desaparecido y que esa desaparición explica la del oro.

Ese gran comercio, ya se ha visto y todos los admiten, se mantenía gracias a la navegación por el Mediterráneo occidental. Ahora bien, antes se ha visto que el Islam, en el curso del siglo VIII, cerró el mar a la navegación cristiana allí donde la flota bizantina no pudo protegerla. Y las invasiones árabes del siglo VIII en Provenza, con el incendio de las ciudades por Carlos Martel, hizo el resto. Es cierto que Pipino volvió a poner el pie en las costas del golfo de León

[36] PROU, *op. cit.*, p. LXXIV.
[37] *Ibid.*, p. LXIX.
[38] *Ibid.*, p. LI.
[39] *Ibid.*, p. LXI.

restableciendo, en el 752, su dominación en Nimes, Maguelonne, Agde y Béziers, que le entregó el godo Ansemundo [40]; pero en esas ciudades visigóticas había guarniciones sarracenas. La población tuvo que alzarse contra ellas. Narbona aguantó más tiempo. Sólo en el 759 sus habitantes mataron a la guarnición y accedieron a recibir una guarnición franca, a condición de conservar su derecho nacional [41].

La fundación del califato Omeya en España, en el 765, dio a las relaciones del Estado carolingio con el Islam un carácter más apacible. Ni esta tregua, ni la recuperación de la costa del golfo de León, reanimaron el comercio marítimo [42]. Eso se debe a que los carolingios no tienen flota y no pueden por tanto limpiar el mar de los piratas que lo infestan.

Sin embargo, trataron de conseguir la seguridad en el mar: en el 797 ocupan Barcelona [43], y en el 799 las Baleares, que los sarracenos acaban de devastar y que se entregan a Carlos [44]. En el 807, Pipino expulsa a los moros de Córcega con una flota italiana [45]. Carlos parece haber querido, en determinado momento, emprender la lucha en el mar; en el 810 ordenó construir una flota [46], pero sin ningún resultado, y no pudo impedir que los moros, en el 813, asolaran Córcega, Cerdeña, Niza, Civitavecchia.

La expedición organizada en el 828 por Bonifacio de Toscana contra la costa de Africa [47] tampoco dio mucho resultado. Incapaz de lograr la seguridad en el mar, Carlos tuvo que limitarse a proteger la costa contra los moros que ejercían la piratería [48]. El propio papa se ve reducido también a poner la costa en situación de defensa, para protegerla de las expediciones de los sarracenos [49].

Después de Carlos, que al menos tuvo una política defensiva útil, es el desastre. En el 838 Marsella es invadida. En el 842 y 850, los árabes penetran hasta Arlés. En el 852, toman Barcelona. La costa está ya abierta a todos los ataques. En el 848, incluso está infestada

[40] RICHTER y KOHL, *Annalen des Fränkischen Reichs im Zeitalter der Karolinger*, t. II, 1.ª parte, p. 1. L. OELSNER, *Jahrbücher des Fränkischen Reiches unter König Pippin*, p. 340.

[41] RICHTER y KOHL, *op. cit.*, t. II, 1.ª parte, 1885, p. 16.

[42] Carlos estuvo al menos con Harun, de 797 a 809. KLEINCLAUSZ, *Charlemagne*, p. 342.

[43] RICHTER y KOHL, *op. cit.*, p. 116.

[44] *Ibid.*, p. 144.

[45] *Ibid.*, p. 173. Cfr. *ibid.*, p. 184, *a.°* 810.

[46] *Ibid.*, p. 186.

[47] KOHL, *Annalen des Fränkischen Reichs im Zeitalter der Karolinger*, t. II, 2.ª parte, 1887, p. 260.

[48] ABEL y SIMSON, *Jahrbücher des Fränkischen Reiches unter Karl dem Grossen*, t. II, p. 427.

[49] *Ibid.*, t. II, pp. 488-489.

de piratas griegos y en el 859 los daneses, que han bordeado España, aparecen en la Camarga.

Hacia el 890, los sarracenos de España se instalan entre Hyères y Fréjus, y establecen una fuerte posición en Fraxinetum (La Garde-Frainet), en la cadena de los Maures [50]. Desde allí dominan Provenza y el Delfinado, que someten a continuas *razzias* [51]. Es inaudito que sea una flota griega la que, en el 931, les haya infligido una derrota.

Solo en el 973 el conde Guillermo de Arlés consiguió arrojarlos de allí. Pero hasta ese momento no sólo dominaron la costa sino también los pasos de los Alpes [52].

La situación no es mejor en la costa italiana. En el 935, Génova es saqueada [53].

Es comprensible que, en semejantes condiciones, los puertos estén cerrados a todo tráfico. Para quien quiere, desde el Norte, ir a Italia, a menudo no hay otro paso posible que los puertos de los Alpes, donde se corre el riesgo de ser asaltado y asesinado por la gente de Fraxinetum. Se comprueba además que los pasos que conducen hacia Provenza están ahora abandonados.

Sería un error creer que existió un comercio entre *Francia* y España [54]. Sin embargo, España está en plena prosperidad. El puerto de Almería contaba al parecer, en el 970, con hospederías. La única importación de la Galia que se puede comprobar allí es la de los esclavos, llevados por los piratas, sin duda, y también por los judíos de Verdún.

El gran comercio está, pues, totalmente muerto en estas partes, desde comienzos del siglo VIII. Todo lo que ha podido conservarse es una venta ambulante de objetos preciosos, de procedencia oriental, ejercida por los judíos. No cabe duda de que a eso alude Teodulfo.

Acaso subsista cierto tráfico entre Burdeos y Gran Bretaña [55], pero, en cualquier caso, es muy poca cosa.

De modo que todo concuerda.

[50] En agosto del 890, un texto dice que: *Sarrazeni Provinciam depopulantes terram in solitudinem redigebant*. M. G. H. Capit., ed. Boretius-Krause, t. II, página 377.

[51] A. SCHAUBE, *Handelsgeschichte der Romanischen Völker*, p. 98.

[52] SCHAUBE, *op. cit.*, p. 99.

[53] En el 979, el arzobispo de esta ciudad declara que *res nostrae ecclesiae vastatae et depopulatae et sine habitatore relicte*.

[54] LEVI-PROVENÇAL, *L'Espagne musulmane au Xe siècle*, 1932, p. 183, observa que el Languedoc fue, sin duda, tributario de las industrias musulmanas de España en el siglo X, «aunque la absoluta falta de documentos sobre la cuestión no permite, desgraciadamente, de momento más que presunciones».

[55] THOMPSON, *An economic and social history of the Middle Ages*, 1928, página 314.

Se ha comprobado antes el final de la importación del papiro, de las especias, de las sedas a *Francia*. Con el Islam no existe el menor movimiento de negocios. Lo que Lippmann dice de la fabricación de azúcar, que se difunde por la Italia del Sur, pero no en el norte de la península antes del siglo XII, es concluyente [56]. Los griegos de Italia habrían podido ser los intermediarios. Pero no lo han sido. Y se comprende muy bien la razón [57].

La clase de los grandes comerciantes ha desaparecido. Se encuentra aquí y allá un *mercator* [58] o un *negociator*, pero lo que ya no se encuentra son mercaderes profesionales como los de la época merovingia. Los hombres de negocios ya no donan tierras a las iglesias ni mantienen pobres. Ya no hay capitalistas que arrienden los impuestos y presten dinero a los funcionarios. No se vuelve a oír hablar de comercio concentrado en las ciudades. Lo que subsiste, porque eso se encuentra en todas las épocas, son comerciantes ocasionales. Pero eso no es una clase mercantil. Hay, sin duda, gente que aprovecha una hambruna para ir a vender trigo fuera, o que vende incluso sus propios bienes [59]. Y sobre todo hay gente que sigue a los ejércitos para beneficiarse de ellos. Los hay que se aventuran hasta las fronteras para vender armas al enemigo haciendo trueques con los bárbaros. Se trata de un negocio de aventureros, en el cual no se puede ver una actividad económica normal. El abastecimiento del palacio de Aquisgrán engendró un servicio regular. Pero tampoco eso es una manifestación comercial. Esos proveedores están sometidos a un control que el palacio ejerce sobre ellos [60]. Además, hay que señalar un hecho que demuestra cómo ha disminuido la importancia del capital mobiliario, y es la prohibición del préstamo con intereses. Sin duda hay que ver en ello la influencia de la Iglesia, que desde muy pronto se lo prohibió a sus miembros; pero que esa prohibición haya sido impuesta al comercio, sobre el cual debería pesar durante toda la Edad Media, prueba, sin lugar a dudas, la desaparición del gran comercio. Ya la capitular de 789 prohíbe todo beneficio sobre

[56] LIPPMANN, *Geschichte des Zuckers*, 2.ª ed., 1929, p. 283.

[57] El monje de Saint-Gall refiere que Luis el Piadoso daba en las grandes fiestas *preciosissima vestimenta* a los grandes funcionarios de su palacio. ¿Se trataba de seda? Cfr. R. HAEPKE, «Die Herkunft der friesischen Gewebe», *Hansische Geschichtsblätter*, t. XII, 1906, p. 309.

[58] E. SABBE, «Algunos tipos de mercaderes de los siglos IX y X», *Revue belge de phil. et d'hist.*, t. XIII, 1934, pp. 176-187.

[59] M. G. H. Capit., ed. Boretius-Krause, t. I, p. 131: Orden a los obispos de vigilar los tesoros de las iglesias *quia dictum est nobis, quod negociatores Judaei necnon et alii gloriantur, quod quicquid eis placeat possint ab eis emere.*

[60] WAITZ, *Deutsche Verfassungsgeschichte*, t. IV, 2.ª ed., 1885, p. 45.

el dinero o sobre cualquier otra cosa dada en préstamo [61]. Y el Estado adopta la prohibición que publica la Iglesia [62].

Ya no hay, pues, como regla general, comerciantes de profesión en la época carolingia; a lo sumo se encuentran, sobre todo durante las hambrunas, comerciantes ocasionales y siervos de abadías que codician los productos de la tierra y los venden o los compran en caso de carestía. Si el comercio se ha extinguido, es que no tiene salidas, porque la población urbana ha desaparecido; mejor dicho, en tiempos de Carlomagno y de Luis el Piadoso sólo existe comercio en el palacio, y éste no se mueve de Aquisgrán. Allí, se recurre a mercaderes, pero mercaderes especiales que son en cierta medida agentes de abastecimientos, que están sometidos a la jurisdicción del palacio y puestos a las órdenes de *magistri* [63].

Están exentos del pago de peajes en Les Cluses, en Duurstede y en Quentovic. Por otra parte, parecen haberse dedicado a sus negocios al mismo tiempo que a los del emperador [64].

En ciertas ciudades y seguramente en Estrasburgo, en el 775 [65], el obispo había organizado un servicio de aprovisionamiento con hombres suyos, a quienes Carlos exime del peaje en todo su reino, excepto en Quentovic, Duurstede y Les Cluses.

[61] WAITZ, *op. cit.*, t. IV, 2.ª ed., p. 51, M. G. H. Capit., t. I, pp. 53 y ss. y p. 132: *Usura est ubi amplius requiritur quam datur; verbi gratia si dederis solidos 10 et amplius requisieris; vel si dederis modium unum frumenti et iterum super aliud exigeris.* Por mucho que DOPSCH intente probar que los carolingios no tomaron medidas contra el interés, sólo lo consigue con un subterfugio; no hay, dice, *op. cit.*, t. II, p. 278, prohibición a los laicos de que obtengan un interés.

[62] Según DOPSCH, Carlos no innovó nada en materia de legislación antiusuraria y se limitó a continuar la tradición merovingia que prohíbe el préstamo con interés a los clérigos, *op. cit.*, t. II, p. 281. El mismo autor pone algunos ejemplos poco convincentes para probar que el préstamo con intereses se practicaba en la época carolingia. Es evidente: cuando se prohíbe, es porque existía. El único hecho interesante es su prohibición, *op. cit.*, t. II, pp. 282-284. Concluye, t. II, p. 286, con esta afirmación inverosímil: *Von einer verkehrsfeindlichen Tendenz der Karolinger oder ihrer Gesetzgebung kann also wohl doch nicht die Rede sein.*

[63] La capitular *de disciplina palatii* (hacia 820), M. G. H. Capit., t. I, p. 298, confía a un tal Ernaldo la vigilancia de las *mansiones omnium negociatorum, sive in mercato sive aliubi negotientur, tam christianorum quam et judaeorum.* Hay, pues, al parecer tiendas en los domicilios. *Ernaldus seniscalcus* (?), dicen Beretius-Krause, tiene la tabla. Una fórmula de las *Formulae Imperiales* de 828, ed. Zeumer, *Formulae*, p. 314, agrega que los mercaderes irán a presentar sus cuentas al palacio en mayo.

[64] *Et si vehicula infra regna... pro nostris suorumque utilitatibus negotiandi gratia augere voluerint.* M. G. H., Formulae, ed. Zeumer, p. 315.

[65] G. G. DEPT, *op. cit.*, *Mélanges Pirenne*, t. I, p. 89.

Lo mismo ocurría, como es sabido, con las grandes abadías [66]. Pero se ve perfectamente que eso no es, hablando con propiedad, comercio. Es abastecimiento privilegiado. Es, además, un abastecimiento de radio muy amplio, pues se extiende desde el mar del Norte a los Alpes.

Podría considerarse contradictorio con todo esto el número muy grande y siempre creciente de mercados fundados en todas las partes del Imperio. Puede admitirse que hay normalmente uno en cada *civitas* y se encuentran también en gran cantidad de burgos, al lado de las abadías, etc. Pero hay que guardarse mucho de confundirlos con las ferias; en realidad, en la época carolingia no se encuentra sino una única feria, la de Saint-Denis.

Todo lo que sobre ellos sabemos nos muestra que estos pequeños mercados son frecuentados sólo por los campesinos de los alrededores, por buhoneros y barqueros. Se vende «por denarios», es decir, al por menor. Tienen tanta significación de lugares de reunión como de lugares de venta [67]. Las capitulares que les afectan nos los muestran frecuentados sobre todo por siervos, es decir, por campesinos. Aparecen en ellos buhoneros ilegales como ese *negociator* que va de mercado en mercado, ofreciendo en venta una espada robada al conde de Borgoña y que, al no conseguir colocarla, se la devuelve al robado [68]. También se veían judíos. Agobardo se queja incluso de que, para facilitarles el acceso, se cambia el día de los mercados que caen en sábado [69].

[66] Véase, sobre la circulación de los barcos de las abadías, LEVILLAIN, *Recueil des actes de Pépin Ier et de Pépin II, rois d'Aquitaine*, 1926, p. 19, núm. VI; página 59, núm. XVII; p. 77, núm. XXI; p. 170, núm. XLI. Cfr. IMBART DE LA TOUR, «Sobre las inmunidades comerciales concedidas a las iglesias del siglo VII al IX», *Etudes d'histoire du Moyen Age dédiées a G. Monod,* 1896, página 71.

[67] M. G. H. Capit., t. I, p. 88: *Ut... familia nostra ad eorum opus bene laboret et per mercata vacando non eat.* Carlos prohíbe celebrar mercados en domingo, solamente *in diebus in quibus homines ad opus dominorum suorum debent operari* (M. G. H. Capit., t. I, p. 150, parag. 18). Cfr. también los sacerdotes que *per diversos mercatus indiscrete discurrunt,* M. G. H. Capit., t. II, página 33. Sobre el carácter ínfimo de las transacciones y las astucias de las mujeres que se sirven de denarios falsos, véase M. G. H. Capit., t. II, p. 301, *sub anno* 861. Véase también para este pequeño comercio al por menor: *ibid.*, t. II, p. 319, *a.*° 864: *illi, qui panem coctum aut carnem per deneratas aut vinum per sextaria vendunt.*

[68] FLODOARDO, *Historia Remensis*, IV, 12, M. G. H. SS., t. XIII, p. 576. Otro vendedor ambulante es el *mercator* señalado en la *Vita S. Germani* que, montado en su asno, *quidquid in una villa emebat, carius vendere satagebat in altera.* HUVELIN, *Essai historique sur le droit des marchés et des foires,* página 151, n. 4.

[69] WAITZ, *op. cit.*, t. IV, 2.ª ed., p. 47, n. 3.

El día de la fiesta del santo patrono en los monasterios había afluencia de la *familia,* que llegaba desde muy lejos, y entre sus miembros se efectuaban transacciones [70]. Los Milagros de San Remaclo refieren que el siervo encargado de guardar la viña en el monasterio de Remagen va al mercado y compra dos bueyes que pierde por el camino a consecuencia de las copiosas libaciones a las que se había entregado [71]. La fiesta religiosa coincidía, pues, con una feria. Según Waitz, no se requería autorización real para fundar un mercado, a menos que éste llevara consigo una exención o una donación de peaje. Más adelante, a veces se erige una ceca junto al mercado, y en este caso hay concesión real. El edicto de Pîtres [72] muestra que el número de mercados no cesaba de crecer, pues habla de los que existían bajo Carlomagno, de los que comenzaron bajo Luis y de los que se abrieron en el reinado de Carlos el Calvo. Ahora bien, la decadencia económica no cesaba de acentuarse a causa de las incursiones normandas; eso prueba que el número de mercados no explica un pretendido desarrollo del comercio, sino más bien su repliegue sobre sí mismo.

Ya en el 744 la capitular de Soissons había encargado a los obispos de abrir en cada ciudad un *legitimus forus* [73]. Ninguno de esos pequeños mercados era muy frecuentado [74]. La mayoría del tiempo, no se vendía en ellos más que pollos, huevos, etc. Aunque, sin duda, en ciertos mercados más favorecidos podía uno procurarse objetos manufacturados. Ocurría probablemente eso con los tejidos en la región flamenca. Un formulario del *Codex Laudunensis,* de origen gantés, da el texto de una carta donde un clérigo cualquiera envía cinco sueldos a un amigo rogándole que le compre un capuchón *(cucullum spissum)* [75]. Pero es imposible deducir de ello que hubo mercados al por mayor y algo que se pareciese a un movimiento mercantil.

Estos pequeños mercados, tan numerosos, debieron de alimentarse con la industria doméstica de alfareros, herreros, tejedores rurales, para las necesidades de la población local, como en todas las civilizaciones primitivas. Y seguramente nada más; no se encuentra el menor rastro de asentamiento permanente de comerciantes o arte-

[70] WAITZ, *op. cit.*, t. IV, 2.ª ed., p. 52. Es lo que se llama *forum anniversarium* o *mercata annuale*, por oposición al *forum hebdomadarium.*

[71] *Miracula S. Remacli Stabulenses*, M. G. H. SS., t. XV[1], p. 436.

[72] WAITZ, *op. cit.*, t. IV, 2.ª ed., pp. 53 y 54 n.

[73] M. G. H. Capit., t. I, p. 30.

[74] VERCAUTEREN, *Etude sur les Civitates*, p. 334, demuestra que Dopsch se ha servido para dar una gran significación al mercado de Laon de textos que, en realidad, no hablan de él.

[75] VERCAUTEREN, *Etude sur les Civitates*, p. 334.

sanos. El hecho de que con frecuencia se halle junto a los mercados una pequeña ceca, prueba una vez más la ausencia de circulación. En el 865, por otra parte, Carlos el Calvo concede al obispo de Châlons el derecho a abrir una ceca, porque no puede procurarse denarios acuñados en las cecas reales [76].

En esos mercados no se puede conseguir nada de origen remoto. Así, Alcuino tiene un *negociator* a quien envía a hacer compras a Italia [77]. Sólo en la feria de Saint-Denis, en el siglo VIII, se encuentran sajones y frisones [78].

Las transacciones más importantes, si es que las hubo, no se hacían en los mercados. Debían de tener lugar donde se presentaba la ocasión. Se referían a objetos preciosos, perlas, caballos, ganados. El texto de una capitular muestra que en eso consistía el comercio de los *negociatores* propiamente dichos; estos [79], «los especialistas, los profesionales», eran casi exclusivamente judíos.

Con ellos estamos ante gente que vive verdaderamente del comercio. Y en ese caso están solo ellos, con algunos venecianos. Basta, para convencerse, con leer las capitulares, donde la palabra *judaeus* aparece continuamente unida a la palabra *mercator* [80]. Estos judíos continúan evidentemente la actividad de sus compatriotas a los que hemos visto diseminados por toda la cuenca del Mediterráneo antes de la invasión del Islam [81]. Pero la continúan en condiciones muy diferentes.

La persecución de que habían sido objeto en España al final de la época visigoda, cuando Egica (687-702) llegó incluso a prohibirles el comercio con el extranjero y con los cristianos, no se ha propagado al Imperio franco. Al contrario, están colocados bajo la protección del soberano, que los libera del peaje. Luis el Piadoso ha promulgado una capitular en su favor, hoy perdida, que prohíbe perseguirlos más que *secundum legem eorum* [82]. El asesinato de uno de ellos llevaba consigo una multa en beneficio de la *camera* del rey. Se trata de privilegios importantes, de los que no habían disfrutado antes y que demuestran que el rey los consideraba indispensables.

[76] PROU, *Catalogue des monnaies carolingiennes*, p. LXII.

[77] WAITZ, *op. cit.*, t. IV, 2.ª ed., p. 42, n. 3.

[78] HUVELIN, *op. cit.*, p. 149.

[79] M. G. H. Capit., t. I, p. 129, c. 11.

[80] DOSCH, *op. cit.*, t. I, 2.ª ed., p. 168, declara: *Die Handelsleute und Juden, was ja vielfach dasselbe war.*

[81] En el siglo IX se encuentran judíos en Narbona, en Vienne, sobre todo en Lyon y quizá en más sitios del Sur.

[82] DOPSCH, *op. cit.*, t. II, 2.ª ed., p. 345. M. G. H. Formulae, ed. Zeumer, *Formulae Imperiales*, p. 311, núm. 32; p. 314, núm. 37; p. 309, núm. 30; página 310, núm. 31; p. 325, núm. 52. Todas estas fórmulas son del reinado de Luis el Piadoso, probablemente anteriores al 836. Véase COVILLE, *Recherches sur l'histoire de Lyon*, p. 540.

Los carolingios, por lo demás, se servían muy frecuentemente de ellos. Los enviados como embajadores a Harun al-Raschid son judíos; y antes se ha visto que había judíos entre los comerciantes del palacio, establecidos en Aquisgrán.

Luis el Piadoso había tomado a su servicio, concediéndole una protección especial, al judío Abraham de Zaragoza, que le servía fielmente en su palacio [83]. No se encuentra nada parecido en favor de un mercader cristiano.

Hacia el 825, Luis el Piadoso concede un privilegio a David Davitis, a Joseph y a sus correligionarios que habitan en Lyon [84]. Los exime del peaje y de otros derechos que afectan a la circulación, y los coloca bajo la protección del emperador *(sub mundeburdo et defensione)*. Pueden vivir según su fe, celebrar sus oficios en el palacio, contratar cristianos *ad opera sua facienda,* comprar esclavos extranjeros y venderlos en el Imperio, hacer intercambios y traficar como les plazca, y por tanto si es preciso con el extranjero [85].

Lo que sabemos de los judíos por las Fórmulas, nos lo confirma lo que escribe Agobardo en sus opúsculos, redactados entre 822 y 830. En ellos observa enfurecido las riquezas de los judíos, el crédito de que gozan en palacio, las actas que el emperador ha mandado llevar para ellos, por *missi,* a Lyon, y la clemencia de esos *missi* con ellos. Los judíos, dice, proporcionan vino a los consejeros del emperador; los parientes de los príncipes, las esposas de los palaciegos envían regalos y ropas a las mujeres judías; se alzan nuevas sinagogas [86]. Uno creería oír a un antisemita hablando de «barones» judíos. Indudablemente nos hallamos ante grandes mercaderes de los que no se puede prescindir. Incluso se llega a permitirles que tengan servidores cristianos. Pueden poseer tierras; la prueba la da la región de Narbona, donde son propietarios de tierras que hacen cultivar a los cristianos, pues ellos no son campesinos. Ya el papa se quejaba de esta situación en 768-772 [87]. También tienen tierras y viñedos en Lyon, en Vienne de Provenza, en los arrabales de las ciudades. Sin duda los han comprado como inversión de sus beneficios.

El comercio al que se dedican es, generalmente, gran comercio y es al mismo tiempo comercio exterior. Gracias a ellos el mundo occidental se relaciona aún con Oriente. El intermediario ya no es

[83] DOPSCH, *op. cit.*, t. I, 2.ª ed., p. 68, M. G. H. Formulae, ed. Zeumer, *Formulae Imperiales*, p. 325, núm. 52, *liceat illi sub mundeburdo et defensione nostra quiete vivere et partibus palatii nostri fideliter deservire.*

[84] M. G. H. Formulae, ed. Zeumer, p. 310.

[85] COVILLE, *op. cit.*, p. 540.

[86] En Lyon. Cfr. COVILLE, *op. cit.*, p. 541.

[87] JAFFÉ-WATTENBACH, *Regesta pontificum Romanorum*, núm. 2389.

el mar, sino España. A través de ella los judíos están en relación con las potencias del Africa musulmana y con Bagdad. Ibn Jordadbeh, en el «Libro de las Rutas» (854-874), nos habla de judíos radamitas que, dice, «hablan persa, romano, árabe, las lenguas franca, española y eslava. Viajan de Occidente a Oriente y de Oriente a Occidente, tanto por tierra como por mar. Traen de Occidente eunucos, esclavas, muchachos, seda, pieles y espadas. Se embarcan en el país de los francos, junto al mar Occidental, y se dirigen hacia Farama (Pelusa)[88]..., llegan hasta el Sind, la India y la China. A su vuelta, se cargan de almizcle, aloe, alcanfor, canela y otros productos de las comarcas orientales. Algunos se hacen a la vela hacia Constantinopla, para vender allí sus mercancías; otros se dirigen al país de los francos»[89]. Acaso algunos venían por el Danubio; pero seguramente la mayoría llegaba por España. Sin duda, a sus importaciones se refieren los versos de Teodulfo sobre las riquezas de Oriente[90]. España es mencionada también en el texto de una fórmula de Luis el Piadoso, a propósito del judío Abraham de Zaragoza. Y lo que sabemos sobre los comerciantes de Verdún[91] nos los muestra en relaciones con ese mismo país. Por último, también se sabe que los judíos importaban telas de Bizancio y de Oriente en el reino de León[92]. Los judíos, pues, son los proveedores de especias y de telas preciosas. Pero se ve por los textos de Agobardo que también venden vino[93]. Y se ocupan, a orillas del Danubio, del comercio de la sal[94]. En el siglo X, los judíos poseen salinas cerca de Nuremberg[95]. También se dedican al comercio de armas. Además, explotaban los tesoros de las iglesias[96].

Pero su gran especialidad es, como hemos visto antes, el comercio de esclavos. Algunos de estos se venden en el país, pero la mayoría se exporta a España. Es sabido que a finales del siglo IX el

[88] Ciudad destruida cerca de Port Said.

[89] «El libro de las rutas y de los viajes», ed. y trad. franc., C. BARBIER DE MAYNARD, en el *Journal asiatique*, 6.ª serie, t. V, 1865, p. 512.

[90] Ed. Dümmler, M. G. H. Poetae latini aevi carolini, t. I, pp. 460-461, 499, etc.

[91] ROUSSEAU, *La Meuse et le pays mosan en Belgique*, 1930, p. 72.

[92] SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Estampas de la Vida en León durante el siglo X*, 1926, p. 55.

[93] AGOBARDO, *Epistolae*, ed. Dümmler, M. G. H. Epist., t. V, p. 183.

[94] M. G. H. Capit., t. II, p. 250.

[95] ARONIUS, *Regesten zur Geschichte der Juden*, p. 56.

[96] *Dictum est nobis, quod negotiatores Judaei necnon et alii gloriantur, quod quicquid eis placeat possint ab eis emere*, M. G. H. Capit., t. I, p. 131, *a.*" 806.

centro de este comercio de esclavos y de eunucos era Verdún [97]. Los informes sobre la venta de eunucos datan del siglo x, pero ya entre 891 y 900, los *Miracula S. Bertini* hablan de los *Verdunenses negotiatores* que se dirigen a España. Según Liutprando, este comercio proporcionaba enormes beneficios. El comercio de esclavos había sido rigurosamente prohibido en 779 y 781 [98], y la prohibición fue renovada en el 845 [99]. Pero proseguía a pesar de todo.

Agobardo nos muestra que este comercio se remontaba a muy lejos, continuando sin duda el de la época merovingia. Cuenta que a comienzos del siglo IX había llegado a Lyon un hombre, después de haberse escapado de Córdoba, donde lo había vendido como esclavo un judío de Lyon. Y afirma al respecto que le han hablado de niños robados o comprados por los judíos para venderlos [100].

Por último, hay que añadir que los judíos se dedicaban al comercio del dinero, sobre el cual no tenemos muchas informaciones.

Hubo probablemente, al lado de estos judíos ricos y viajeros, pequeños buhoneros que frecuentaban los mercados. Pero quienes prosiguieron con el gran comercio fueron los judíos. Y los objetos de ese comercio son justamente los que un texto de 806 nos señala como la especialidad de los *mercatores*: el oro, la plata, los esclavos y las especias [101].

Al margen de judíos y frisones, apenas hubo en esta época comerciantes propiamente dichos (no me refiero a los comerciantes ocasionales). Puede deducirse ya eso del favor de que gozan los judíos; si no hubieran sido indispensables, no se les habría protegido hasta tal punto. Por otra parte, y puesto que los judíos podían emplear a cristianos, muchos de sus agentes habrán pasado por *mercatores christiani*. Además, ahí está el lenguaje para probarlo: «judío» y «comerciante» se convierten en términos sinónimos [102].

Al lado de los judíos hubo, aquí y allá, algún veneciano que había cruzado los Alpes, aunque eso debió ser bastante raro.

[97] AGOBARDO, *Epistolae*, M. G. H. Epist., t. V, p. 183, y ROUSSEAU, *op. cit.*, página 72.

[98] M. G. H. Capit., t. I, pp. 51 y 190.

[99] *Ibid.*, t. II, p. 419.

[100] *Epist.*, *loc. cit.*, p. 185, y COVILLE, *op. cit.*, pp. 541-542.

[101] *Auro, argento et gemmis, armis ac vestibus necnon et mancipiis non casatis et his speciebus quae proprie ad negotiatores pertinere noscuntur.* M. G. H. Capit., t. I, p. 129.

[102] *Mercatores, id est Judaei et ceteri mercatores*, M. G. H. Capit., t. II, página 252; *mercatores hujus regni, christiani sive Judei, ibid.*, t. II, p. 419; *mansiones omnium negotiatorum... tam christianorum quam et Judaeorum, ibid.*, t. I, página 298; *de cappis et aliis negotiatoribus, videlicet ut Judaei dent decimam et negotiatores christiani undecimam, ibid.*, t. II, p. 361.

En suma, el judío es el mercader profesional de la época carolingia. Pero se cae por su peso que no pudo alimentar una importación considerable. Se ve por la rareza de las especias y por el ocaso del lujo. El hecho de que este comercio sea terrestre y no marítimo lo condena también a ser bastante reducido. Pero por ello muy muy lucrativo.

Una prueba de la falta de importancia del comercio estriba en el hecho de que ni en las *Formulae* ni en las diversas actas de la época se hace alusión a él. Si se habla, en una capitular del 840, de *cautiones* y de dinero confiado *ad negociandum* [103], y en otra, del 880, de *scriptum fiduciationis* [104], se trata de Venecia. El derecho mercantil se ha mantenido allá donde se ha mantenido el comercio mediterráneo. Ha desaparecido cuando el mar quedó cerrado.

De todo esto podemos deducir una regresión comercial que tuvo como consecuencia convertir a la tierra, más que nunca, en base esencial de la vida económica. Lo era ya en la época merovingia, pero la circulación de mercancías desempeñaba aún un importante papel. Antes del cierre del mar, se ha visto que subsistía un tráfico de productos del suelo, tráfico sobre el cual poseemos pocas informaciones, pero que existía. Incluso puede deducirse del hecho de que los grandes terratenientes pagan el impuesto en moneda y que sus *conductores* les entregan los ingresos de sus tierras en metálico. Eso implica, naturalmente, la venta de los productos del suelo. ¿A quién se los venden? Sin duda a los habitantes de las ciudades, que son todavía numerosos. Y quizá también con vistas al comercio. Ahora bien, bajo los carolingios, no se vuelve a encontrar rastro de esta normal circulación de los productos del suelo. La mejor prueba está en la desaparición del aceite en el alumbrado de las iglesias, así como del incienso. Ya no llega, ni siquiera de Provenza. Y de ahí la aparición de los *cerarii,* que no son anteriores al final del período merovingio. Eginardo no puede procurarse cera en Seligenstadt y se ve forzado a mandarla traer de sus dominios de Gante.

La misma observación, aunque mucho más asombrosa, en el caso del vino. Ya no se puede conseguir en el comercio, salvo aquí y allá por medio de un judío. Entonces, como es indispensable, aunque sólo sea para el culto, se hace de todo para procurarse tierras que lo produzcan. El hecho es asombroso y significativo en las abadías de los Países Bajos. Y es tanto más elocuente cuanto que justamente esas abadías pertenecen a un país de ríos, por los que circulan los frisones. El pequeño tráfico al que éstos se dedican no es, pues,

[103] M. G. H. Capit., t. II, p. 134.
[104] *Ibid.*, p. 140.

suficiente para procurarse vino; sin embargo, hasta las incursiones de los normandos subsiste cierto tránsito de vino de Francia hacia Escandinavia.

Para estar seguro de tener vino, es preciso poder producirlo uno mismo, puesto que, aunque se encuentre a la venta, no se está seguro de poder disponer del suficiente dinero para comprarlo. Sólo queda un método, y es conseguir viñedos. Las abadías del valle del Mosa se los hacen donar a orillas del Rin y del Mosela; las de la cuenca del Escalda, a orillas del Sena [105]. El vino que se poseía se mandaba llevar a siervos que lo escoltaban hasta el monasterio en excelentes condiciones, gracias a las exenciones de peaje. Toda abadía cuenta, pues, con sus medios y sus órganos de aprovisionamiento. No necesita de nadie. Constituye una pequeña *commonwealth* que se basta a sí misma. No hay que considerar a estas abadías, como lo hace Imbart de La Tour, como comerciantes privilegiados, pero es preciso admitir con él que: «gracias a un conjunto de prestaciones personales las iglesias organizaron sus transportes por ríos y caminos» [106]. Y lo que ellas se hacían llevar así, eran los productos necesarios para su consumo [107].

Es cierto que, durante las hambrunas, a los terratenientes que podían disponer de trigo o vino se les pedía que los vendieran y subían los precios. Lo cual condujo a la intervención del emperador, que quiso impedir esos injustos beneficios. Pero no se puede ver en ello, como hace Dopsch, una prueba de un comercio regular, como tampoco, por otra parte, en la prohibición de vender caballos fuera del Imperio [108].

Si se lee la correspondencia de Lupo de Ferrières se ve que este

[105] VAN WERVEKE, «¿Como se procuraban el vino en la Alta Edad Media los centros religiosos belgas?», *Revue belge de phil. et d'hist.*, t. II, 1923, p. 643. Lo que prueba que esas fincas sirven para suplir las insuficiencias del comercio es que, cuando éste reaparezca, serán vendidas.

[106] IMBART DE LA TOUR, «Sobre las inmunidades comerciales concedidas a las iglesias desde el siglo VII al IX», *Etudes d'histoire du Moyen Age dédiés à G. Monod*, 1896, p. 77.

[107] DOPSCH, *op. cit.*, t. I, 2.ª ed., pp. 324 y ss., trata de probar que las abadías producían para los mercados. No veo eso por ninguna parte. Aunque es cierto que, en caso de insuficiencia de la cosecha propia, se intentaba procurarse *vinum peculiare*, M. G. H. Capit., t. I, p. 83, *Capit. de Villis*, c. 8, para poder abastecer las *villae dominicae*. Supongo que se compraba con ocasión de una cosecha superabundante. Pero no se puede deducir de eso, como DOPSCH, *ibid.*, p. 324, la existencia de un *beträchtlicher Weinhandel*. Otros textos, que él cita para probar que la producción de las fincas trabaja con vistas al mercado, carecen de toda pertinencia.

[108] DOPSCH, *op. cit.*, t. I, 2.ª ed., pp. 324 y ss.

considera como algo deplorable la necesidad de vender y comprar. Así, se busca la posibilidad de escapar a ello.

El hecho de que el rey Carlos el Calvo haya vuelto a hacerse cargo de la «cella» de Saint-Josse [109], en el monasterio de Ferrières, tiene como consecuencia que los monjes ya no reciben ropas y casi tampoco pescado y queso; así, tienen que vivir de legumbres compradas [110], pero se trata de un hecho excepcional.

Las tierras de la abadía de Saint-Riquier están organizadas de modo que produzcan todo lo que necesitan los monjes para su subsistencia [111].

Los obispos dirigen al rey, en el 858, una carta donde le recomiendan gobernar sus *villae* de tal manera que estas puedan bastarse a sí mismas [112].

En los estatutos de Adalardo de Corbie, de la primera mitad del siglo IX, se capta en vivo una administración patrimonial totalmente cerrada. En ninguna parte se habla de ventas. Las prestaciones que hay que proporcionar al monasterio, cuya población máxima es de 400 personas, están minuciosamente establecidas por semanas durante todo el año, del 1 de enero al 1 de enero siguiente. Hay, en el monasterio, *matricularii* y *laici* que trabajan para él; se encuentran sobre todo: zapateros, bataneros, orfebres, carpinteros, preparadores de pergamino, herreros, médicos, etc. [113]. Se vive de las prestaciones de los siervos, muy a menudo en especies, y de su trabajo. De ahí la organización de las *curtes,* que me parece una creación de la época [114].

Ahora bien, hay que figurarse la sociedad de esta época como salpicada de monasterios y de fundaciones eclesiásticas que son sus órganos característicos. Sólo allí, gracias a la escritura, puede existir una economía.

Las tierras eclesiásticas son las únicas que aumentan sin cesar a causa de las piadosas donaciones de los fieles. Las tierras reales, en cambio, disminuyen constantemente a causa de los beneficios

[109] Saint-Josse, departamento del Paso de Calais, distrito y cantón de Montreuil-sur-Mer.

[110] LUPO DE FERRIÈRES, *Correspondance*, ed. L. Levillain, t. I, 1927, p. 176, número 42, *a.*" 845.

[111] *Ut omnis ars, omneque opus necessarium intra loci ambitum exerceretur.* HARIULFO, *Chronique de Saint-Riquier,* ed. F. Lot, 1894, p. 56.

[112] *Sufficienter et honeste cum domestica corte vestra possitis vivere,* M. G. H. Capit., t. II, p. 438.

[113] L. LEVILLAIN, «Los estatutos de Adalardo», *Le Moyen Age,* 1900, p. 352. Véase también HARIULFO, *Chronique de Saint-Riquier*, ed. F. Lot, p. 306.

[114] Según J. HAVET, *Oeuvres*, t. I, p. 31, la palabra *mansus* sería una palabra carolingia. BRUNNER, *Deutsche Rechtsgeschichte*, t. I, 2.ª ed., p. 370, menciona, sin embargo, *servi mansionarii* a partir de la segunda mitad del siglo VII.

que es preciso crear sin cesar. Esos beneficios pasan a la aristocracia militar que, tanto si se compone de grandes funcionarios como de pequeños vasallos *(milites)* es todo lo contrario de productiva. No se puede suponer realmente entre ella ningún tipo de comercio. Así, los grandes pretenden explotar las tierras de la Iglesia imponiéndose como sus defensores, y devorando sus recursos. En rigor, los arrendatarios podrían, teóricamente, producir para la venta, pero están cada vez más abrumados por prestaciones personales y por censos [115].

Hay entre ellos gran cantidad de pordioseros que viven de limosnas, o que se alquilan en la época de la siega. No se ve a nadie que trabaje para el mercado. El más querido deseo de toda la gente que tiene alguna tierra es colocarse bajo la protección de los monasterios para escapar a las exacciones que los señores de horca y cuchillo ejercen sobre ellos.

En suma, toda esta sociedad cae bajo la dependencia de los poseedores del suelo o de los detentadores de la justicia, y el poder público ha asumido o asume cada vez más un carácter privado. La independencia económica está en su punto más bajo, igual que la circulación monetaria.

En las capitulares se sigue hablando aún de los *pauperes liberi homines;* pero en un montón de casos es visible que esos *homines* tienen, cada cual, un señor.

El poder real ha intervenido mientras le restó algún prestigio, con un objetivo de moralidad cristiana, para impedir la opresión de los débiles y los pobres. La legislación económica de Carlos y de Luis, en vez de tratar de fomentar las ganancias, las condena por el contrario como un beneficio ilícito *(turpe lucrum)*.

Después, toda intervención real desaparece en la anarquía del feudalismo, por encima de la cual sigue flotando el espejismo del Imperio cristiano. Es la Edad Media.

II.—La organización política

Muchos historiadores consideran lo que denominan la época franca como un solo bloque, haciendo así del período carolingio la continuación y el desarrollo del merovingio. Se trata de un error evidente, por varias razones.

1.ª El período merovingio pertenece a un ambiente totalmente

[115] Véase el cuadro que los obispos trazan de los del rey en el 858. M. G. H. Capit., t. II, p. 437, parag. 14.

distinto del carolingio. Hay todavía en los siglos VI y VII un Mediterráneo con el cual se está en constante relación y la tradición imperial continúa en todos los terrenos.

2.ª La influencia germánica, relegada al Norte, a la frontera, es muy débil y perceptible solo en ciertas ramas del derecho y del procedimiento judicial.

3.ª Entre el buen período merovingio, que se extiende hasta mediados del siglo VII, y el período carolingio, hay todo un siglo de abyecta decadencia, en el curso del cual se borran muchos caracteres de la civilización antigua y otros, por el contrario, se elaboran; ahí está el origen del período carolingio. Los antepasados de los carolingios no son los reyes merovingios, sino los mayordomos de palacio. Carlomagno no continúa a Dagoberto, sino a Carlos Martel y Pipino.

4.ª La identidad del nombre *regnum Francorum* no debe engañarnos. El nuevo reino llega hasta el Elba y engloba una parte de Italia. Encierra casi tantas poblaciones germánicas como románicas.

5.ª Por último, las relaciones con la Iglesia se han modificado por completo. El Estado merovingio, como el Imperio romano, es laico. El rey merovingio es *rex Francorum*. El rey carolingio es *Dei gratia rex Francorum* [116], y esta pequeña adición es indicio de una honda transformación. Esto es tan cierto que las generaciones posteriores no entendieron el uso merovingio. Copistas posteriores y falsarios añadieron un *Dei gratia* al título, inadmisible a sus ojos, de los reyes merovingios.

Así, las dos monarquías, de las que aquí se ha tratado de demostrar que la segunda se debe en cierto sentido al anegamiento del mundo europeo por el Islam, en vez de prolongarse entre sí, se oponen una a otra.

En la gran crisis en que se hunde el Estado fundado por Clodoveo, lo que se derrumba a fondo son las bases romanas.

Y, ante todo, la propia concepción del poder real. Sin duda, no es, en la forma que tomó bajo los merovingios, una simple transposición del absolutismo imperial. Reconozco que el poderío real no es, en gran parte, sino un despotismo de hecho. Pero lo cierto es que, para él mismo y para sus súbditos, todo el poderío del Estado se concentra en el rey.

Todo lo que le pertenece es sagrado; puede alzarse por encima de las leyes sin que nadie se oponga, sacarles los ojos a sus enemigos

[116] La fórmula no es aún obligatoria bajo Pipino, pero lo es a partir de Carlomagno. GIRY, *Manuel de diplomatique*, p. 318.

y confiscar sus propiedades con el pretexto de lesa majestad [117]. No tiene que tratar con miramientos nada ni a nadie. El poder que más se parece al suyo es el del emperador bizantino, teniendo en cuenta las enormes diferencias que el desigual nivel de las civilizaciones hace surgir entre ellos.

Toda la administración merovingia conserva, medianamente, el carácter burocrático de la romana. Su cancillería con sus referendarios laicos está calcada de la de Roma; el rey elige sus agentes donde quiere, incluso entre los esclavos [118]; su guardia de antrustiones recuerda la guardia pretoriana. Y a decir verdad, las poblaciones sobre las que reina no conciben otra forma de gobierno. Este gobierno es, por lo demás, el de todos los reyes de la época, ostrogodos, visigodos, vándalos... Y hay que poner de relieve que, aunque los reyes se asesinen entre sí, los pueblos no se sublevan. Hay tentativas de algún ambicioso, no hay levantamientos populares.

La razón de la decadencia merovingia es la creciente debilidad del poder real. Esa debilidad, que los carolingios aprovechan, tiene por causa el desarreglo de la administración financiera y, también en esto, nos hallamos en plena Roma. Pues, como hemos visto antes, el rey alimenta su tesoro sobre todo mediante el impuesto. Y ese impuesto es lo que se hunde con la moneda de oro durante la gran crisis del siglo VIII. La noción del impuesto público desaparece al mismo tiempo que desaparecen en las ciudades los curiales.

Los monederos que hacían llegar ese impuesto al tesoro, en forma de sueldos de oro, dejan de existir. El último, creo, es mencionado bajo Pipino. Así, los mayordomos de palacio dejan de recibir el impuesto. La realeza que erigen, con ocasión de su golpe de Estado, es una realeza donde la noción romana de impuesto público ha quedado abolida.

Los reyes de la nueva dinastía, como mucho tiempo después de ellos los reyes de la Edad Media, solo tendrán como ingresos regulares las rentas de sus posesiones [119]. Sin duda, aún subsisten prestaciones *(paraveredi, mansiones)* que se remontan a la época romana, y en particular el peaje. Pero todo eso se va degradando. El derecho de alojamiento pertenece más a los funcionarios que al rey. En cuanto al peaje, cada vez produce menos, a medida que la circulación se restringe, y los reyes lo donan a las abadías y a los nobles.

[117] En la época carolingia, el crimen de lesa majestad se convierte en sinónimo de *Herisliz* y de *infidelitas*. WAITZ, *op. cit.*, t. III, 2.ª ed., pp. 308-309. Se cita por simple imitación de la antigüedad. WAITZ, *op. cit.*, t. IV, 2.ª ed., p. 704.

[118] Véase el típico ejemplo del conde Leudasto, el enemigo de Gregorio de Tours.

[119] Del impuesto romano, quedan las *justiciae*.

Se ha pretendido probar la existencia de un impuesto bajo los carolingios. Existe, en efecto, en la parte germánica del Imperio, la costumbre de los «dones» anuales. Además, los reyes han decretado colectas y recaudaciones en metálico en la época de las invasiones normandas. Son expedientes que no se han mantenido. En realidad, y es preciso repetirlo siempre, lo que constituye el poderío financiero del rey es su patrimonio, su fisco, si se quiere. A eso hay que agregar, al menos bajo Carlomagno, el botín de guerra. La base financiera ordinaria del poder real es puramente rural. Por eso los mayordomos de palacio confiscaron tantas tierras de la Iglesia. El rey es, y debe seguir siéndolo para mantenerse, el mayor terrateniente del reino. Ya no hay catastro, ya no hay registros de tasas, ya no hay funcionarios financieros; y por tanto ya no hay archivos, ni oficinas, ni cuentas. Los reyes no tienen, pues, finanzas, y es comprensible la novedad que esto introduce en el mundo. El rey merovingio compraba o pagaba a los hombres con oro. El rey carolingio debe entregarles trozos de su patrimonio. En esto hay una formidable causa de debilidad, compensada por el botín mientras dura la guerra, bajo Carlomagno, pero cuyos efectos aparecerán muy pronto después de él. Y, repitámoslo de nuevo, eso marca una ruptura con la tradición financiera romana.

A esta primera diferencia esencial entre lo merovingio y lo carolingio, se añade una segunda. El nuevo rey, ya lo hemos dicho, es rey por la gracia de Dios. La consagración, novedad introducida bajo Pipino, lo convierte en cierto sentido en un personaje sacerdotal [120]. El merovingio era totalmente laico. El carolingio solo ciñe la corona con la intervención de la Iglesia. Y el rey, mediante la consagración, entra en ella. Tiene ahora un ideal religioso y hay limitaciones a su poder, las que le impone la moral cristiana. Ya no se ve a los reyes permitirse esos asesinatos arbitrarios y los desbordamientos del poder personal que son cosa corriente en la época merovingia. Basta con leer, al respecto, el *De rectoribus christianis* de Sedulio de Lieja, o el *De via regia* de Smaragdo, compuesto, según cree Ebert, entre 806 y 813.

Mediante la consagración, la Iglesia tiene influencia sobre el rey. El carácter laico del Estado se borra a partir de entonces. Pueden alegarse aquí dos textos de Hincmaro [121]: «Es a la unción, acto episcopal y espiritual», escribe en el 868 a Carlos el Calvo, «es a esa bendición, mucho más que a vuestro poderío terrenal, a lo que debéis

[120] No hay unción en Bizancio en la época. M. Bloch, *Les rois thaumaturges*, 1924, p. 65.

[121] Citados por Bloch, *op. cit.*, p. 71.

la dignidad real.» Se lee, además, en las actas del Concilio de Sainte-Macre: «La dignidad de los pontífices es superior a la de los reyes: pues los reyes son consagrados reyes por los pontífices, mientras que los pontífices no pueden ser consagrados por los reyes.» La consagración impone al rey deberes con la Iglesia. Según Smaragdo, debe, con todas sus fuerzas, enderezar lo que en ella pudiera haberse deslizado de defectuoso. Pero debe también favorecerla y hacer que le paguen los diezmos [122].

Se comprende, en tales condiciones, que la realeza asocie ahora su acción con la de la Iglesia. Basta con leer las Capitulares para ver que estas se preocupan tanto por la disciplina eclesiástica y por la moral como por la administración secular.

A los ojos de los reyes carolingios, administrar a sus súbditos consiste en impregnarlos de la moral eclesiástica. Se ha dicho ya que sus concepciones económicas están dominadas por la Iglesia. Los obispos son sus consejeros y sus funcionarios. Los reyes les confían las funciones de *missi* y hacen entrar a clérigos en su cancillería. En esto hay un patente contraste con los merovingios, que recompensan a sus referendarios laicos nombrándoles obispos. A partir de Hiterio, el primer eclesiástico que aparece en la cancillería bajo Carlomagno, no volverá a haber, durante siglos, laicos en la cancillería real [123]. Bresslau cree, equivocadamente, que la invasión de las oficinas del palacio por la Iglesia proviene de que los primeros carolingios quisieron sustituir el personal romance de los merovingios por un personal austrasiano, y que para eso tuvieron que dirigirse a los clérigos austrasianos, los únicos que sabían escribir. No, quisieron que la Iglesia colaborase con ellos.

Por lo demás, solo pueden encontrar gente instruida entre los clérigos. Durante la crisis ha desaparecido la instrucción de los laicos. Los propios mayordomos no saben escribir. Los platónicos esfuerzos de Carlomagno para difundir la instrucción entre el pueblo no podían tener éxito, y en la Escuela palatina no hubo sino unos pocos alumnos. Entramos en el período en que clérigo y letrado son sinónimos; de ahí la importancia de la Iglesia que, en un reino donde nadie comprende casi el latín, impone su lengua a la administración durante largos siglos. Hay que hacer un esfuerzo para comprender la importancia de este hecho, que fue enorme. Es un nuevo rasgo medieval lo que aparece: el de una casta religiosa que somete el Estado a su influencia.

[122] EBERT, *Histoire de la littérature du Moyen Age*, trad. franc. J. AYMÉRIC y CONDAMIN, t. II, p. 127.

[123] BRESSLAU, *Handbuch der Urkundenlehre*, t. I, 2.ª ed., pp. 373 y 374.

Y al lado de esta el rey se ve obligado, además, a contar con la clase militar que incluye toda la aristocracia laica y todos los hombres libres que han conservado su independencia. No cabe duda de que esta clase militar nace ya en la época merovingia. Pero la aristocracia de esta época presenta un singular contraste con la de los tiempos carolingios. Los grandes propietarios romanos, los *senatores,* no aparecen, ante todo, tanto si permanecen en el campo o están en las ciudades, como militares. Son instruidos. Aspiran sobre todo a funciones en el palacio y en la Iglesia. Probablemente el rey reclutó sus jefes guerreros y sus soldados de la guardia entre sus antrustiones germánicos. Con toda seguridad la aristocracia terrateniente intentó desde muy pronto dominarlo. Pero no lo consiguió [124].

No se ve que el rey gobierne con ella, ni que le conceda la menor participación en el gobierno mientras él conserva su poder. Y si le confiere la inmunidad, no le abandona el menor derecho de regalía, como tampoco a las iglesias. Tiene, en efecto, contra ella armas terribles: los procesos de lesa majestad y las confiscaciones.

Pero para hacer frente a esa aristocracia el rey tenía, evidentemente, que seguir siendo muy poderoso, es decir muy rico. Pues la aristocracia, como también la Iglesia, aumenta sin cesar su autoridad sobre el pueblo. Esta evolución social, iniciada en el Bajo Imperio, continúa. Los grandes tienen soldados privados, muchos *vassi* que se han encomendado a ellos y que constituyen una temible clientela.

En la época merovingia, esta autoridad señorial de los terratenientes no se manifiesta aún, salvo en el derecho privado. Pero en medio de la anarquía y la decadencia, cuando estalla la lucha entre los mayordomos de palacio que agrupan detrás de sí a facciones de aristócratas, la institución del vasallaje se transforma. Adquiere una creciente importancia y su carácter militar aparece plenamente cuando los carolingios han vencido a sus rivales. A partir de Carlos Martel, el poder que el rey ejerce descansa esencialmente sobre sus vasallos militares del Norte [125].

Les concede «beneficios», es decir tierras, a cambio del servicio militar, tierras que confisca a las iglesias. «Ahora bien —dice Guilhiermoz [126]—, por su importancia, las concesiones de vasallaje tientan ahora no sólo a los personajes de baja o mediana condición, sino a los mismos grandes.»

Y eso responde al interés del cedente que otorga ahora amplios

[124] Véase lo que antes se dijo de Ebroino y Brunegilda.

[125] El Imperio de Carlomagno es un imperio de vasallaje. Carlos ha esperado gobernar con sus vasallos y ha inducido a los hombres a convertirse en vasallos de aquellos. LOT, PFISTER y GANSHOF, *Histoire du Moyen Age*, t. I, p. 668.

[126] GUILHIERMOZ, *Essai sur les origines de la noblesse*, p. 125.

beneficios «a cambio de que el concesionario le sirva no ya solamente con su persona, sino con un número de vasallos proporcional a la importancia del beneficio concedido» [127]. Ciertamente así es como Carlos Martel pudo constituir su poderosa clientela austrasiana, con la cual hizo sus guerras. Y el sistema continuó después de él.

En el siglo IX, los reyes exigen juramento de vasallaje a todos los grandes del reino e incluso a los obispos [128]. Cada vez más, parece que sólo están verdaderamente sometidos al rey quienes le han rendido homenaje. Así, el súbdito desaparece tras el vasallo e Hincmaro hace notar ya a Carlos el Calvo el peligro que de ello resulta para la autoridad real [129]. La necesidad que tuvieron los primeros mayordomos de constituirse una tropa fiel, formada por beneficiarios juramentados, ha conducido a una profunda transformación del Estado. A partir de ahora el rey se verá obligado a contar con sus vasallos, que tienen la fuerza militar. La organización de los condados se derrumba, pues los vasallos escapan a la jurisdicción del conde. En la guerra, mandan ellos mismos a sus vasallos, y el conde solo guía a los hombres libres. Quizá sus tierras disfrutan de inmunidad [130]. Se les denomina *optimates regis*.

La crónica de Moissac, en el 813, los llama *senatus* o *majores natu Francorum,* y en efecto, con los altos eclesiásticos y con los condes, forman el Consejo del Rey [131]. El rey los admite, pues, a compartir su poder político. El Estado empieza a descansar sobre lazos contractuales establecidos entre el rey y sus vasallos.

Se entra en el período feudal.

Y menos mal aún si el rey hubiera podido conservar sus vasallos. Pero, salvo en sus propias tierras, pasan a finales del siglo IX bajo la soberanía de los condes. Pues, a medida que el poder declina a partir de las guerras civiles que marcan el final del reinado de Luis el Piadoso, los condes se hacen independientes. Ya no tienen con el rey más que relaciones de soberano a vasallo. Perciben en su lugar las *regalia*. Reúnen varios condados en uno solo [132]. El reino pierde su carácter administrativo para transformarse en un bloque de principados independientes, ligados al rey por un vasallaje que este ya no puede hacer respetar. El poder real se ha dispersado entre las manos de sus detentadores.

[127] *Ibid.*, p. 123.
[128] *Ibid.*, p. 128.
[129] *Ibid.*, p. 129, n. 13.
[130] *Ibid.*, p. 134.
[131] *Ibid.*, p. 139, n. 4.
[132] Muy característica es, a este respecto, la historia de la formación del condado de Flandes.

Era inevitable que fuera así. El prestigio de Carlomagno no debe llamar a engaño. Pudo gobernar aún a causa de su poderío militar, de su riqueza que proviene del botín, de su preeminencia de hecho en la Iglesia. Por eso pudo reinar sin finanzas regulares y hacerse obedecer aun por funcionarios que, grandes propietarios todos, habrían podido vivir de forma más independiente. ¿Qué es una administración que ya no está a sueldo? ¿Cómo impedirle, cuando quiera, administrar por su cuenta y no para el rey? ¿Qué podrán hacer inspectores como los *missi*? No cabe duda de que Carlos quiso administrar, pero no pudo. Cuando se leen las capitulares impresiona la diferencia que hay entre lo que ordenan y lo que se hace. Carlos ha ordenado que todos manden sus hijos a la escuela; que no haya más que una sola ceca; que queden abolidos los precios usurarios en tiempos de hambruna. Ha establecido precios máximos. Todo eso fue imposible de realizar porque suponía la obediencia, irrealizable, de los grandes que tenían conciencia de su independencia, o de los obispos que, muerto Carlos, proclamaron la superioridad de lo espiritual sobre lo temporal.

La base económica del Estado no respondía al carácter administrativo que Carlos se afanó por conservar. Descansaba sobre la gran propiedad sin mercados.

Los terratenientes no tenían, pues, necesidad de seguridad, puesto que no se dedicaban al comercio. Una forma de propiedad así se las arregla muy bien con la anarquía. Todos los que poseen el suelo no necesitan para nada al rey.

¿Por eso se esforzó Carlos por conservar la clase de hombres libres de baja condición? Lo intentó, pero no pudo. Las grandes haciendas siguieron extendiéndose y la libertad fue desapareciendo.

Cuando comienzan las invasiones normandas, el Estado es ya impotente. Es incapaz de tomar medidas de defensa que sigan un plan cualquiera, y de reunir ejércitos que puedan hacer frente a los invasores. Cada uno tira por su lado. Puede decirse con Hartmann: *Heer und Staat werden durch die Grundherrschaft und das Lehnwesen zersetz* [133].

Lo que le quedaba aún al rey de las *regalia,* lo prostituye. Abandona ahora su peaje, su derecho de acuñar moneda. La realeza se despoja a sí misma de todo lo que había heredado, y que era muy poco. Acaba siendo una mera forma. Y la evolución se remata cuando la realeza en Francia, con Hugo Capeto, se transforma en electiva.

[133] *Op. cit.*, t. III[1], p. 22.

III.—La civilización intelectual

Como hemos visto antes, las invasiones germánicas no hicieron desaparecer el latín como lengua de la *Romania,* salvo en los territorios donde hubo un asentamiento masivo de francos salios y ripuarios, de alamanes y de bávaros. En otros lugares, la romanización de los germanos emigrados se realizó con sorprendente rapidez [134].

Los vencedores, diseminados, y casados con mujeres indígenas que les imponen su lengua, aprendieron todos el latín. No ejercieron la menor acción sobre él, salvo introducir buen número de términos de derecho, de caza, de guerra, de agricultura [135], que se difundieron desde las regiones belgas, donde los germanos eran numerosos, hacia el Sur.

Más rápida aún fue la romanización de los burgundios, los visigodos, los ostrogodos, los vándalos y los lombardos. Según Gamillscheg [136], ya no existía de la lengua gótica, cuando los moros se apoderaron de España, más que nombres de personas y topónimos.

En cambio, la perturbación introducida en el mundo mediterráneo por el Islam provocó, en el terreno lingüístico, una profunda transformación. En Africa, el latín desapareció ante el árabe. En España, por el contrario, se conserva, pero carece de bases: ni escuelas, ni monasterios, ni un clero instruido. Los vencidos se sirven sólo de una jerga romance que no se escribe. Así, el latín, que se había conservado perfectamente en la península hasta las vísperas de la conquista, desaparece; comienza el español.

En Italia, en cambio, se conserva mejor; además, siguen existiendo algunas escuelas aisladas en Roma y en Milán.

Pero es en la Galia donde se puede captar mejor la perturbación y sus causas.

Es suficientemente conocida la bárbara incorrección del latín merovingio; sin embargo, es todavía un latín vivo [137]. Se enseña así, al parecer, en las escuelas destinadas a la práctica, aunque, aquí y allá, obispos y senadores leen y a veces incluso tratan de escribir el latín clásico.

El latín merovingio no tiene nada de lengua vulgar. Las influencias germánicas que ha sufrido son insignificantes. Quienes lo hablan pueden entender y hacerse entender en cualquier lugar de la *Roma-*

[134] Según GAMILLSCHEG, *Romania Germanica*, t. I, p. 294, debía de haber hecho ya grandes progresos en el 600 y está completamente rematada en el 800.

[135] GUILHIERMOZ, *op. cit.*, pp. 152 y ss.

[136] *Op. cit.*, t. I, pp. 397-398.

[137] LOT, «¿En qué época se dejó de hablar latín?», *Bulletin Ducange*, t. VI, 1931, pp. 97 y ss.

nia. Acaso sea más incorrecto que en otras partes en la Francia del Norte, pero a pesar de todo es una lengua que se habla y se escribe para hacerse entender. La Iglesia tampoco vacila en servirse de él para sus necesidades propagandísticas, lo mismo que lo hace la administración y la justicia [138].

Esa lengua se enseña en las escuelas. Los seglares la aprenden y la escriben. Se relaciona con la lengua del Imperio como la cursiva, en la que se escribe, con la escritura de la época romana. Y como se escribe todavía, y mucho, para los servicios de la administración y del comercio, se la fija.

Sin embargo, iba a desaparecer en el curso de la gran perturbación del siglo VIII. La anarquía política, la reorganización de la Iglesia, el final de las ciudades, la desaparición del comercio y de la administración, sobre todo la de las finanzas, la desaparición de las escuelas laicas, le impiden conservar su alma latina. Se bastardea y se transforma según las regiones en dialectos romances. No conocemos los detalles, pero el hecho cierto es que el latín como tal cesó de estar difundido hacia el año 800, salvo para el clero [139].

Ahora bien, justamente en ese momento en que el latín deja de ser una lengua viva y cede su puesto a los idiomas rústicos de los que se derivarán las lenguas nacionales, se convierte en lo que va a seguir siendo a través de los siglos: una lengua culta; nuevo carácter medieval que data de la época carolingia.

Es curioso observar que el origen de este fenómeno ha de buscarse en el único país romano donde la invasión germánica extirpó completamente el romanismo: en Britania, entre los anglosajones.

La conversión del país había partido, como ya vimos, del Mediterráneo, y no de la cercanísima Galia. Son los monjes de Agustín, enviados por Gregorio Magno en el 596, los que provocaron el movimiento ya iniciado antes de ellos por los monjes célticos de Irlanda [140].

En el siglo VII, San Teodoro de Tarso y su compañero Adriano sumaron a la religión que llevaban consigo tradiciones grecorromanas. Una nueva cultura se desarrolló en seguida en la isla, hecho que Dawson considera con razón como «el acontecimiento más impor-

[138] H. PIRENNE, «Sobre la situación de la instrucción de los laicos en la época merovingia», *Revue bénédictine*, t. XLVI, 1934, pp. 165-167.

[139] En el 813, un sínodo provincial establece en Tours: *Ut easdem homilias quisque aperte transferre studeat in rusticam Romanam linguam, aut Theotiscam, quo facilius cuncti possint intelligere quae dicuntur.* Cfr. GAMILLSCHEG, *Romania Germanica*, t. I, p. 295.

El texto está en MANSI, *Sacrorum Conciliorum... Collectio*, t. XIV, col. 855.

[140] DAWSON, *Les origines de l'Europe*, trad. franc., p. 208.

tante ocurrido entre la época de Justiniano y la de Carlomagno»[141]. Entre esos germanos puros que eran los anglosajones, la cultura latina se introdujo de golpe, al mismo tiempo que la religión, y se benefició del entusiasmo sentido por esta. A partir de la conversión, que se hizo bajo la influencia y la dirección de Roma, los anglosajones tienen los ojos clavados en la ciudad santa. Acuden a ella sin cesar y regresan con reliquias y manuscritos. Se someten a su impulso y aprenden su lengua, que, para ellos, al no ser lengua vugar, sino lengua sagrada, goza de un prestigio incomparable. Ya en el siglo VII hay entre ellos hombres como el poeta Aldelmo y Beda el Venerable, cuya ciencia contrasta asombrosamente con lo que existe, desde ese punto de vista, en Occidente.

A los misioneros anglosajones ha de atribuirse el despertar intelectual que se sitúa bajo Carlomagno. Antes de ellos, habían estado los monjes irlandeses, y sobre todo el mayor de todos, Columbano, desembarcado en la Galia hacia el 590, el fundador de Luxeuil y de Bobbio. Habían predicado el ascetismo en medio de una religión en decadencia, pero no se ve que hayan tenido la menor influencia literaria.

Ocurre algo muy distinto con los anglosajones; su finalidad es difundir el cristianismo en Germania, por la que la Iglesia merovingia no había hecho nada o casi nada. Y en eso coinciden con la política de los carolingios. De ahí la enorme influencia de un Bonifacio, el organizador de la Iglesia germánica y, por ello, el intermediario entre el papa y Pipino el Breve.

Carlomagno se consagró a la obra de renacimiento literario al mismo tiempo que a la restauración de la Iglesia. El principal representante de la cultura anglosajona, Alcuino, jefe de la escuela de York, entra a su servicio en el 782, como director de la escuela palatina, y ejerce a partir de entonces una decisiva influencia sobre el movimiento literario de su tiempo.

Así, por una curiosísima inversión de las cosas, que es la confirmación más palmaria de la ruptura provocada por el Islam, el Norte sustituye en Europa al Sur, tanto como centro literario cuanto como centro político.

Ahora va a proyectar a su alrededor la cultura que ha recibido del Mediterráneo. El latín que había sido, al otro lado del estrecho, lengua viva, es allá, desde el principio, solo lengua de la Iglesia. Lo que se ha llevado a Britania no es la lengua incorrecta de los negocios y la administración, hecha para las necesidades de la vida laica, es la lengua que se conservaba en las escuelas mediterráneas.

[141] DAWSON, *op. cit.*, p. 213.

Teodoro era de Tarso, en la Cilicia, y había estudiado en Atenas antes de ir a Roma. Adriano, africano de nacimiento, era abad de un monasterio cercano a Nápoles y era tan versado en la lengua griega como en la latina [142].

Lo que van a propagar entre sus neófitos es, por tanto, la tradición clásica, la lengua correcta que allí no necesita, como en el continente, hacer concesiones al uso para que la entiendan, ya que el pueblo no habla latín, sino anglosajón. Así, los monasterios ingleses reciben directamente la herencia de la cultura antigua. Lo mismo ocurrió en el siglo VI, cuando los sabios bizantinos llevaron a Italia no el griego vulgar y vivo de la calle, sino el griego clásico de las escuelas.

Los anglosajones se encontraron, de tal suerte, a la vez reformadores de la lengua [143] y reformadores de la Iglesia. La barbarie en que esta había caído se manifestaba a la vez en sus malas costumbres, su mal latín, su mal canto, su mala escritura. Reformar era reformar todo eso a la vez. Las cuestiones de gramática y de escritura asumían al punto, por eso mismo, la significación de un apostolado. Pureza de dogma y pureza de la lengua iban a la par. Al igual que los anglosajones que lo habían adoptado en seguida [144], el rito romano se difundió por todo el Imperio al mismo tiempo que la cultura latina. Esta fue, pues, el instrumento por excelencia de lo que se llama el Renacimiento carolingio, aunque haya habido al lado de ella un Pablo Diácono, un Pedro de Pisa y un Teodulfo. Solo importa poner de relieve inmediatamente que este Renacimiento es puramente clerical. No llegó al pueblo, que ya no lo comprende. Es a la vez una reanudación de la tradición antigua y una ruptura con la tradición romana, interrumpida por el dominio del Islam sobre las regiones mediterráneas. La sociedad laica, puramente agrícola y militar, de la época, no tiene nada que ver con el latín. Este es solo la lengua de la casta sacerdotal donde se concentra toda la instrucción y que se aleja cada vez más de ese pueblo cuyo guía se considera por orden divina. Durante siglos, solo habrá ciencia en la iglesia. Así, pues, la ciencia y la cultura intelectuales se enrarecen, al mismo tiempo que se afirman. El Renacimiento carolingio coincide con el analfabetismo general de los laicos. Estos sabían aún leer y escribir bajo los merovingios; ya no saben bajo los carolingios. El soberano que ha provocado y sostenido este movimiento, Carlomagno, no sabía escribir, como su

[142] *Grecae pariter et latinae linguae peritissimus.* BEDA, *Hist. Ecclesiastica*, IV, 1.° ed.; MIGNE, *Patr. lat.*, t. XCV, c. 171.

[143] Al propio Bonifacio se le debe un tratado de gramática, DAWSON, *op. cit.*, página 229.

[144] DAWSON, *op. cit.*, p. 231.

padre Pipino el Breve. No hay que atribuir mucha importancia a las veleidades que tuvo de difundir esa cultura en su corte y en su familia. Algunos cortesanos, para complacerlo, aprendieron latín. Hombres como Eginardo, Nitardo, Angilberto, son meteoros fugaces. En conjunto, la inmensa mayoría de la aristocracia laica permaneció al margen de un movimiento que sólo interesaba a aquellos de sus miembros que pretendían hacer carrera en la Iglesia.

En la época merovingia, la administración real requería cierta cultura por parte de los laicos que se dedicaban a ella. Ahora, en la medida en que debe seguir reclutándose entre los letrados —por ejemplo, para los servicios de la cancillería—, los saca de la Iglesia. Para lo demás, como no hay ya burocracia, no necesita gente instruida. Seguramente la inmensa mayoría de los condes son iletrados. El tipo del *senator* merovingio ha desaparecido. La aristocracia ya no habla latín, ya no lee ni escribe, salvo ínfimas excepciones que confirman la regla [145].

La reforma de la escritura que se realiza por esa misma época termina de caracterizar el Renacimiento carolingio. Esa reforma consiste en la sustitución de la cursiva por la minúscula, es decir de una caligrafía manual mayúscula por una escritura corriente. Mientras la tradición romana se conservó, la cursiva romana se mantuvo entre los pueblos de la cuenca mediterránea. Era, en cierto sentido, una letra de negocios, la letra en todo caso de una época en la que escribir es una necesidad cotidiana. Y la difusión del papiro va a la par con esa necesidad constante de escribirse y de consignar. La gran crisis del siglo VIII restringió, necesariamente, el uso de la escritura. Esta solo se requiere ya para copiar libros. Ahora bien, para eso se usaba la mayúscula y la uncial. Estas letras se habían introducido en Irlanda cuando la evangelización de la isla [146]. Allí es donde, de la uncial (o semiuncial) salió, como muy tarde a finales del siglo VII, la minúscula que aparece ya en el antifonario de Bangor (680-690) [147]. Los anglosajones tomaron esos manuscritos, así como los que les llevaron los misioneros llegados de Roma, como ejemplo y modelo [148].

De la minúscula insular y de los *scriptoria* romanos, donde la

[145] BRUNNER, *Deutsche Rechtsgeshcichte*, t. II, 2.ª ed., p. 250, lo hace constar, observando que, después de Carlos, los escribientes judiciales que él había ordenado nombrar no pudieron mantenerse a causa de la repugnancia que sentían los laicos (germánicos) por el *Urkundenbeweis*.

[146] Irlanda fue convertida por los bretones de Inglaterra (San Patricio) en el siglo V, poco antes de la llegada de los sajones, DAWSON, *op. cit.*, p. 103.

[147] PROU, *Manuel de paléographie*, 4.ª ed., 1924, p. 99.

[148] PROU, *op. cit.*, p. 102.

semiuncial estuvo muy en boga, salió, a comienzos del siglo IX, la minúscula perfecta o minúscula carolina [149].

El primer ejemplo fechado es un evangeliario, escrito por Godescalco en el 781, por orden de Carlomagno, que no sabía escribir [150]. Alcuino convirtió el monasterio de Tours en centro de difusión de esa nueva letra, que iba a determinar toda la evolución de la escritura posterior de la Edad Media [151].

Varios monasterios, que podrían compararse con los talleres tipográficos del Renacimiento, satisfacen la creciente necesidad de libros y proceden a la difusión de estos nuevos caracteres; son, al lado de Tours, Corbie, Orleáns, Saint-Denis, Saint-Wandrille, Fulda, Corvey, Saint-Gall, Reichenau, Lorsch. En la mayoría de ellos, sobre todo en Fulda, se encontraban monjes anglosajones [152]. Se observará que casi todos esos monasterios están situados en el Norte, entre el Sena y el Weser. En esa zona, cuyo centro lo forman los primitivos dominios carolingios, la nueva cultura eclesiástica o, si se quiere, el renacimiento carolingio, conoció su mayor floración.

Se comprueba siempre el mismo fenómeno, por tanto. La cultura, que florecía hasta entonces en las regiones del Mediterráneo, ha emigrado al Norte. Allí se elaborará la civilización de la Edad Media. Es impresionante, además, comprobar que la mayoría de los escritores de la época son originarios de las regiones irlandesas, anglosajonas o francas, situadas al norte del Sena; es el caso, por ejemplo, de Alcuino, Nason, Etelwulfo, Hibernicus exul, Sedulio Scoto, Angilberto, Eginardo, Rábano Mauro, Valafrido Estrabón, Gotdschalk (Godescalco), Ermenrico, Wandalberto, Agio, Tegan de Tréveris, Nitardo, Smaragdo, Ermoldo Nigelo, Agobardo, obispo de Lyon, Pascasio Radberto, Ratram, Hincmaro, Milón de Saint-Amand. De las regiones meridionales y mediterráneas son originarios: Pablo Diácono, Teodulfo de Orleáns, Paulino de Aquilea, Jonás, Prudencio, obispo de Troyes, Bertario, abad de Montecassino, Audrado, Floro de Lyon, Herico de Auxerre, Servat Lupo de Sens.

La Germania convertida asume, pues, de repente una parte esencial en la civilización a la que hasta ahora ha permanecido ajena. La

149 PROU, *op. cit.*, p. 105.

150 PROU, *op. cit.*, p. 169. Rand cree haber descubierto ya un ejemplo de minúscula precarolina en el Eugippius de la B. N. de París, que sitúa entre 725-750. Cfr. *Speculum*, abril 1935, p. 224.

151 Tours es también un centro de pintura. Véase W. KÖHLER, *Die Karolingischen Miniaturen. Die Schule von Tours*, t. I²: *Die Bilder*, Berlín, 1933.

152 DAWSON, *op. cit.*, p. 231.

cultura, hasta entonces totalmente romana, se convierte en romano-germánica, aunque se localiza, a decir verdad, en el seno de la Iglesia.

Sin embargo, resulta evidente que inconscientemente se opera en Europa una nueva orientación en la que el germanismo colabora. La corte de Carlomagno, y el mismo Carlomagno, están ciertamente mucho menos latinizados que los merovingios. Dado el nuevo curso de las cosas, se han cogido muchos funcionarios en Germania y se han instalado en el Sur vasallos austrasianos. Las mujeres de Carlomagno son todas alemanas. Reformas judiciales como la de los regidores, por ejemplo, tienen su origen en las regiones de donde procede la dinastía. Bajo Pipino, el clero se germaniza [153] y, bajo Carlomagno, abundan los germanos entre los obispos en tierras románicas. En Auxerre, Angilelmo y Heribaldo son los dos bávaros; en Estrasburgo, Bernoldo es sajón; en Mans, se suceden tres westfalianos; en Verdún, Hilduino es alemán; en Langres, Herulfo y Ariolfo proceden de Augsburgo; en Vienne, Wulferio, en Lyon, Leidrado, son bávaros. Y creo que no ocurre lo mismo a la recíproca. Para apreciar la diferencia, ¡compárese un Chilperico, poeta latino, con un Carlomagno, que manda recoger los antiguos cantos germánicos!

Todo esto debía producir un desfase con las tradiciones romanas y mediterráneas, hacer que Occidente viviera de sí mismo, producir una aristocracia mezclada por sus ascendencias, sus herencias. ¿No será entonces cuando habrán entrado en el vocabulario muchos términos cuyo origen se sitúa seguramente demasiado pronto? Ya no hay bárbaros. Hay una gran comunidad cristiana tan amplia como la *ecclesia*. Y esa *ecclesia* sin duda mira hacia Roma, pero Roma se ha apartado de Bizancio y es preciso que mire hacia el Norte. Occidente vive ahora su vida propia. Se dispone a desplegar sus posibilidades, sus virtualidades, sin recibir más consignas que las de la religión.

Existe una comunidad de civilización cuyo símbolo e instrumento es el Imperio carolingio. Porque, si el elemento germánico colabora en ella, es un elemento germánico romanizado por la Iglesia. Siguen existiendo, sin duda, diferencias. El Imperio se desmembrará, pero cada una de sus partes subsistirá, ya que el feudalismo respetará la realeza. En suma, la cultura que será la de la primitiva Edad Media, hasta el Renacimiento del siglo XII —un verdadero renacimiento— estará marcada, y seguirá estándolo, por la impronta carolingia. La unidad política ha desaparecido, pero subsiste una unidad internacio-

[153] H. WIERUZOWSKI, «Die Zusammensetzung des gallischen und fränkischen Episkopats bis zum Vertrag von Verdun», *Bonner Jahrbücher*, t. 127, 1922, páginas 1-83.

nal de cultura. Al igual que los Estados fundados en el siglo v por los reyes bárbaros conservaron la impronta romana, Francia, Alemania, Italia, conservaron la impronta carolingia.

Conclusión

De todo lo precedente se desprenden, parece, dos comprobaciones esenciales:

1.ª Las invasiones germánicas no pusieron fin ni a la unidad mediterránea del mundo antiguo, ni a lo que se puede comprobar como esencial en la cultura romana, tal y como se conservaba aún en el siglo v, en la época en que ya no hay emperador en Occidente.

Pese a los trastornos y las pérdidas que resultaron de las invasiones, no aparecen principios nuevos, ni en el orden económico, ni en el orden social, ni en la situación lingüística, ni en las instituciones. Lo que subsiste de civilización es mediterráneo. A orillas del mar se conserva la cultura y allí surgen las novedades: monacato, conversión de los anglosajones, arte bárbaro, etc.

Oriente es el factor fecundador; Constantinopla, el centro del mundo. En el año 600 el mundo no ha tomado una fisionomía cualitativamente diferente de la que tenía en el 400.

2.ª La ruptura de la tradición antigua tuvo como instrumento el avance rápido e imprevisto del Islam. Tuvo por consecuencia separar definitivamente Oriente de Occidente, poniendo fin a la unidad mediterránea. Países como Africa y España, que habían seguido participando en la comunidad occidental, gravitan ahora en la órbita de Bagdad. Lo que aparece en ellos es otra religión, otra cultura en todos los terrenos. El Mediterráneo occidental, convertido en un lago musulmán, deja de ser el camino de los intercambios y de las ideas que no había cesado de ser hasta entonces.

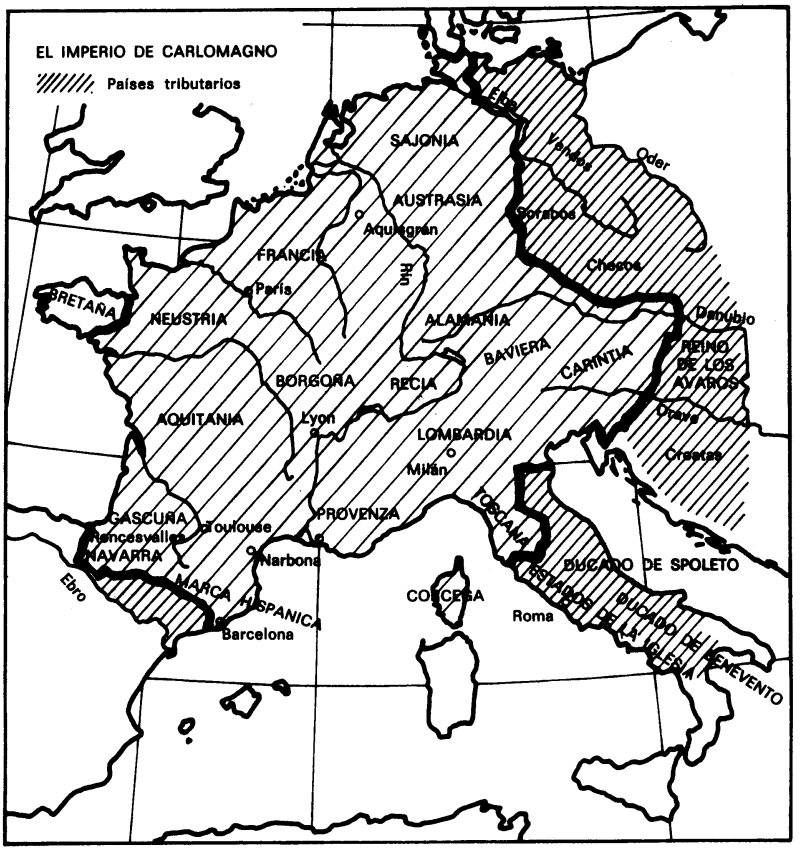
Occidente está embotellado y se ve forzado a vivir de sí mismo, en aislamiento. Por primera vez el eje de la vida histórica se desplaza desde el Mediterráneo hacia el Norte. La decadencia en la que a continuación cae el reino merovingio, hace aparecer una nueva dinastía, originaria de las regiones germánicas del Norte, la Carolingia.

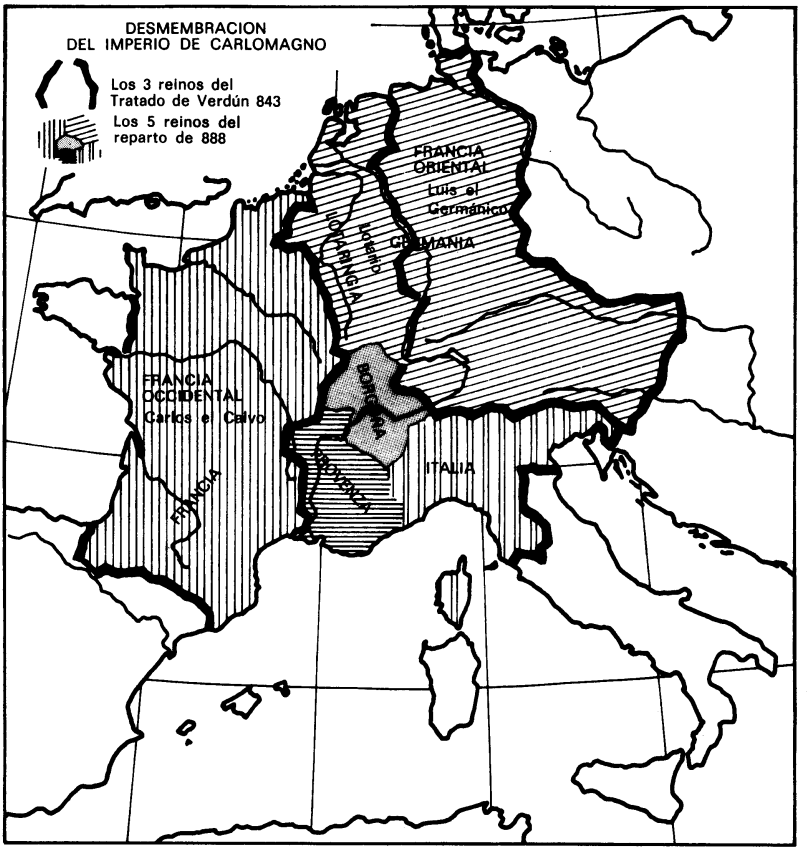
El papa se alía con ella, rompiendo con el emperador que, absorbido por la lucha contra los musulmanes, no puede impedirlo. Así, la Iglesia se alía con el nuevo curso de las cosas. En Roma, en el nuevo Imperio que funda, está solo ella. Y su dominio es tanto más grande cuanto que el Estado, incapaz de conservar su administración, se deja absorber por el feudalismo, consecuencia fatal de la regresión económica. Todas las consecuencias de esto aparecen con plena evi-

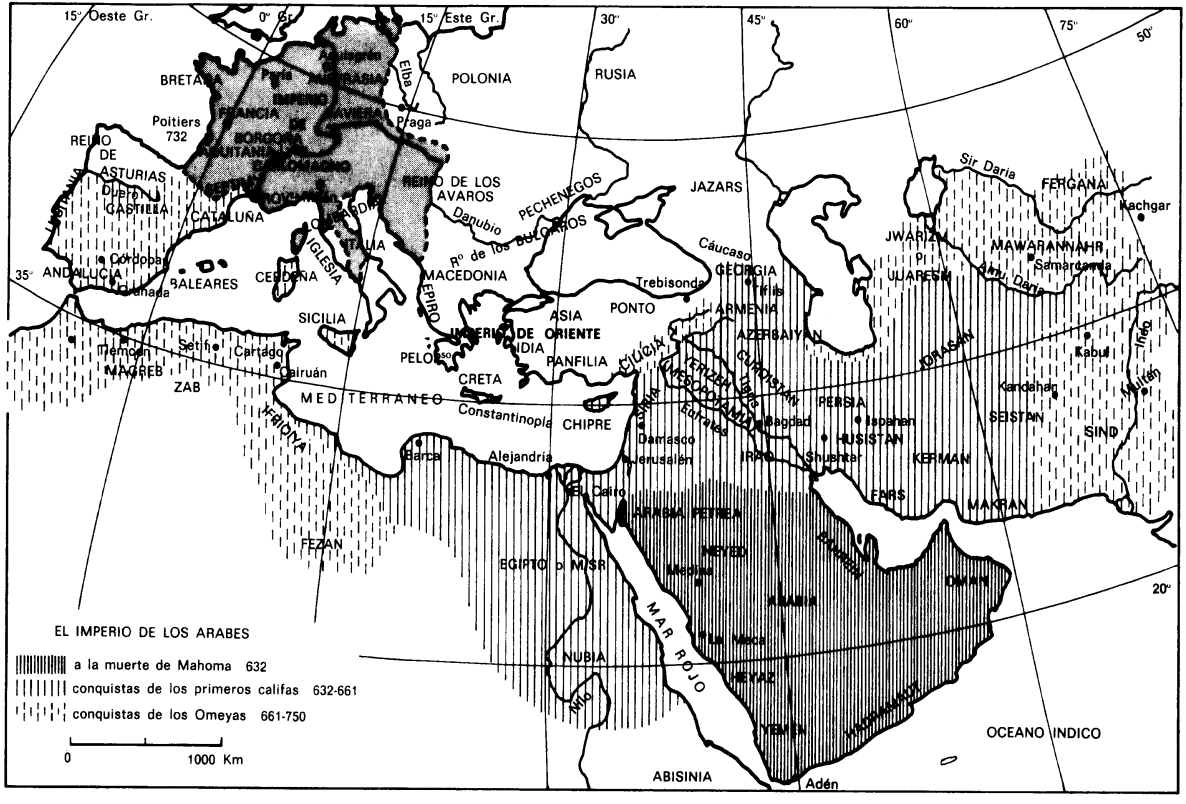
dencia después de Carlomagno. Con diferentes matices según las regiones, Europa, dominada por la Iglesia y el feudalismo, adquiere una fisionomía nueva. La Edad Media, por conservar la locución tradicional, comienza. La transición ha sido larga. Puede decirse que cubre todo un siglo, que va desde 650 a 750. Durante este período de anarquía se pierde la tradición antigua y los nuevos elementos toman la delantera.

La evolución finaliza en el año 800, con la constitución del nuevo Imperio, que consagra la ruptura de Oriente y Occidente por la razón de que da a Occidente un nuevo Imperio romano; es la prueba evidente de que ha roto con el antiguo, que prosigue en Constantinopla.

Uccle, 4 de mayo de 1935, 10 h 30.


EL IMPERIO DE CARLOMAGNO
Países tributarios
SAJONIA
Elba
Vendas
Oder
AUSTRASIA
Aquisgrán
Sorabos
FRANCIA
Rin
Checos
Paris
BRETAÑA
NEUSTRIA
ALAMANIA
Danubio
BAVIERA
CARINTIA
REINO DE LOS AVAROS
BORGOÑA
RECIA
AQUITANIA
Lyon
Drava
LOMBARDIA
Croatas
Milán
GASCUÑA
Toulouse
PROVENZA
Roncesvalles
NAVARRA
Narbona
TOSCANA
DUCADO DE SPOLETO
Ebro
MARCA HISPANICA
CORCEGA
ESTADOS DE LA IGLESIA
Roma
Barcelona
DUCADO DE BENEVENTO


DESMEMBRACION
DEL IMPERIO DE CARLOMAGNO
Los 3 reinos del
Tratado de Verdún 843
Los 5 reinos del
reparto de 888
FRANCIA
ORIENTAL
Luis el
Germánico
GERMANIA
LOTARINGIA
LUEBO
FRANCIA
OCCIDENTAL
Carlos el Calvo
FRANCIA
ROMANIA
PROVENZA
ITALIA


15° Oeste Gr.
0° Gr.
15° Este Gr.
30°
45°
60°
75°
50°
35°
20°
BRETAÑA
Poitiers 732
REINO DE ASTURIAS
DUERO
CASTILLA
CATALUÑA
LUSITANIA
Córdoba
Granada
ANDALUCIA
BALEARES
CERDEÑA
SICILIA
IGLESIA
ITALIA
Elba
Praga
POLONIA
RUSIA
REINO DE LOS AVAROS
Danubio
Ro de los BULGAROS
PECHENEGOS
MACEDONIA
EPIRO
PELOPONESO
CRETA
IMPERIO DE ORIENTE
ASIA
PONTO
Trebisonda
JAZARS
Cáucaso
GEORGIA
Tiflis
ARMENIA
AZERBAIYAN
CILICIA
PANFILIA
CHIPRE
Constantinopla
MEDITERRANEO
Tremecén
Setif
Cartago
Cairuán
MAGREB
ZAB
IFRIQIYA
FEZAN
Barca
Alejandría
EGIPTO b MISR
El Cairo
Damasco
Jerusalén
SIRIA
MESOPOTAMIA
Eufrates
Tigris
IRAQ
Bagdad
Shushtar
KURDISTAN
PERSIA
Ispahan
JUSISTAN
KERMAN
FARS
MAKRAN
JORASAN
JWARIZM
UJARESM
Sir Daria
FERGANA
Kachgar
MAWARANNAHR
Samarcanda
Amu Daria
Kabul
Indo
Multan
Kandehar
SEISTAN
SIND
ARABIA PETREA
NEYED
Medina
ARABIA
Mecca
HEYAZ
YEMEN
HADRAMAUT
OMAN
MAR ROJO
NUBIA
Nilo
ABISINIA
Adén
OCEANO INDICO
EL IMPERIO DE LOS ARABES
a la muerte de Mahoma 632
conquistas de los primeros califas 632-661
conquistas de los Omeyas 661-750
0
1000 Km

Alianza Universidad

Volúmenes publicados

467 James Tobin: **Acumulación de activos y actividad económica**

468 Bruno S. Frey: **Para una política económica democrática**

469 Ludwik Fleck: **La génesis y el desarrollo de un hecho científico**

470 Harold Demsetz: **La competencia**

471 Teresa San Román (compilación): **Entre la marginación y el racismo**

472 Alan Baker: **Breve introducción a la teoría de números**

473 Jean-Paul Sartre: **Escritos políticos, 1**

474 Robert Axelrod: **La evolución de la cooperación**

475 Henry Kamen: **La sociedad europea, 1500-1700**

476 Otto Pöggeler: **El camino del pensar de Heidegger**

477 G. W. F. Hegel: **Lecciones sobre filosofía de la religión, 2**

478 H. A. John Green: **La teoría del consumidor**

479, 480 Georg Simmel: **Sociología**

481 Nicolás Ortega Cantero: **Geografía y cultura**

482 Geza Alföldy: **Historia social de Roma**

483 Jean-Paul Sartre: **Escritos políticos, 2**

484 Louis Dumont: **Ensayos sobre el individualismo**

485 Jayant Narlikar: **La estructura del universo**

486 Jorge Lozano: **El discurso histórico**

487 Carlos Castilla del Pino: **Cuarenta años de psiquiatría**

488 Paul Preston: **La destrucción de la democracia en España**

489 Galileo Galilei: **Carta a Cristina de Lorena y otros textos sobre ciencia y religión**

490 Vilfredo Pareto: **Escritos sociológicos**

491 Gary Becker: **Tratado sobre la familia**

492 Concepción de Castro: **El pan de Madrid**

493 Mijail Bajtin: **La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento**

494 Albert Soboul: **Los sans-culottes. Movimiento popular y gobierno revolucionario**

495 Juan Ginés de Sepúlveda: **Historia del Nuevo Mundo**

496 Ludwig Wittgenstein: **Observaciones sobre los fundamentos de la matemática**

497 Juan J. Linz: **La quiebra de las democracias**

498 Ptolomeo: **Las hipótesis de los planetas**

499 José Antonio Maravall: **Velázquez y el espíritu de la modernidad**

500 **El libro de Marco Polo.** Anotado por Cristóbal Colón y versión de Rodrigo Santaella. Edición de Juan Gil

501 Manuel Pérez Ledesma: **El obrero consciente**

502 Ibn Battuta: **A través del Islam**

503 Jayant Narlikar: **Fenómenos violentos en el universo**

504 **Libro de Aleixandre.** Estudio y edición de Francisco Marcos Marín

505 Sadi Carnot: **Reflexiones sobre la potencia motriz del fuego**

506 Rafael Cruz: **El Partido Comunista de España en la Segunda República**

507 James Noxon: **La evolución de la filosofía de Hume**

508 Alonso de Sandoval: **Un tratado sobre la esclavitud**

509 Giordano Bruno: **La cena de las cenizas**

510 Peter Laslett: **El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo**

511, 512 Isaac Newton: **Principios matemáticos de la filosofía natural**

513 V. I. Arnold: **Teoría de catástrofes**

514 Paul Madden: **Concavidad y optimización en microeconomía**

515 Jean-Paul Sartre: **Escritos políticos, 3**

516 Léon Walras: **Elementos de economía política pura**

517 David Anisi: **Tiempo y técnica**

518 G. W. F. Hegel: **Lecciones sobre filosofía de la religión, 3**

519 El Inca Garcilaso: **La Florida**

520 Genoveva García Queipo de Llano: **Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera**

521 Carlos Castrodeza: **Ortodoxia darwiniana y progreso biológico**

522 Clive Orton: **Matemáticas para arqueólogos**

523 Isaiah Berlín: **Cuatro ensayos sobre la libertad**

524 Alastair Rae: **Física cuántica, ¿ilusión o realidad?**

525 Niels Bohr: **La teoría atómica y la descripción de la naturaleza**

526 Rafael Rubio de Urquía y otros: **La herencia de Keynes**

527 Carl G. Hempel: **Fundamentos de la formación de conceptos en ciencia empírica**

528 Javier Herrero: **Los orígenes del pensamiento reaccionario español**

529 Robert E. Lucas, Jr.: **Modelos de ciclos económicos**

530 Leandro Prados de la Escosura: **De imperio a nación**
Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930)

531 Helena Béjar: **El ámbito íntimo**

532 Ernest Gellner: **Naciones y nacionalismo**

533 José Ferrater Mora: **El ser y la muerte**

534 Javier Varela: **Jovellanos**

535 Juan López Morillas: **Racionalismo pragmático**

536 Hanna Arendt: **Sobre la revolución**

537 Earl J. Hamilton: **Guerra y precios en España, 1651-1800**

538 Charles S. Peirce: **Escritos lógicos**

539 Helmut Frisch: **Teorías de la inflación**

540 Diana T. Meyers: **Los derechos inalienables**

541 Carlos A. Floria y César A. García Belsunce: **Historia política de la Argentina contemporánea, 1880-1983**

542 Benjamin Franklin: **Experimentos y observaciones sobre electricidad**

543 Mercedes Allendesalazar Olaso: **Spinoza: Filosofía, pasiones y política**

544 Francisco de Solano y otros: **Proceso histórico al conquistador**

545 Carlos Castilla del Pino (compilación): **El discurso de la mentira**

546 W. V. Quine: **Las raíces de la referencia**

547 Patrick Suppes: **Estudios de filosofía y metodología de la ciencia**

548 John Shore: **El algoritmo sacher-torte y otros antídotos contra la ansiedad que provoca el ordenador**

549 Ferdinand Tönnies: **Hobbes**
Vida y doctrina

550 Ronald Grimsley: **La filosofía de Rousseau**

551 Isaiah Berlin: **Karl Marx**

552 Francis Galton: **Herencia y eugenesia**

553, 554 E. M. Radl: **Historia de las teorías biológicas,** 1 y 2

555 Manuel Selles, José Luis Peset y Antonio Lafuente (Compilación): **Carlos III y la ciencia de la ilustración**

556 Josefina Gómez Mendoza, Nicolás Ortega Cantero y otros: **Viajeros y paisajes**

557 Victoria Camps: **Etica, retórica y política**

558 William L. Langer: **Enciclopedia de Historia Universal. 1. Prehistoria e Historia Antigua**

559 Konrad Lorenz: **La acción de la naturaleza y el destino del hombre**

560 Fray Bernardino de Sahagún: **Historia general de las cosas de Nueva España, 1**

561 Fray Bernardino de Sahagún: **Historia general de las cosas de Nueva España, 2**

562 Paul Hazard: **La crisis de la conciencia europea**

563 Wilhelm Dilthey: **Teoría de las concepciones del mundo**

564 James W. Friedman: **Teoría del oligopolio**

565 Francis Bacon: **El avance del saber**

566, 567 Giovanni Sartori: **Teoría de la democracia**
1. El debate contemporáneo

568 Richard P. Feynman: **Electrodinámica cuántica**

569 John Sullivan: **El nacionalismo vasco radical (1959-1986)**

570 Quentin Skinner (compilación): **El retorno de la gran teoría en las ciencias humanas**

571 Adam Przeworski: **Capitalismo y socialdemocracia**

572 John L. Austin: **Ensayos filosóficos**

573 Georges Duby y Guy Lardreau: **Diálogo sobre la historia**

574 Helmut G. Koenigsberger: **La práctica del imperio**

575 G. W. F. Hegel: **La diferencia entre el sistema de filosofía de Fichte y el de Schelling**

576 Martin Heidegger: **Conceptos fundamentales**

577 Juan Gil: **Mitos y utopías del descubrimiento, 1**

578 Lloyd G. Reynolds: **El crecimiento económico en el tercer mundo**

579 Julián A. Pitt-Rivers: **Un pueblo de la sierra: Grazalema**

580 Bernal Díaz del Castillo: **Historia verdadera de la conquista de Nueva España**

581 Giordano Bruno: **Expulsión de la bestia triunfante**

582 Thomas Hobbes: **Leviatán**

583 William L. Langer: **Enciclopedia de Historia Universal**
2. La Edad Media

584 S. Bowles, D. M. Gordon y T. E. Weisskopf: **La economía del despilfarro**

585 Juan Gil: **Mitos y utopías del descubrimiento, 2**

586 Alberto Elena: **A hombros de gigantes**

587 Rodrigo Jiménez de Rada: **Historia de los hechos de España**

588 Louis Dumont: **La civilización india y nosotros**

589 Emilio Lamo de Espinosa: **Delitos sin víctima**

590 Carlos Rodríguez Braun: **La cuestión colonial y la economía clásica**

591 Irving S. Shapiro: **La tercera revolución americana**

592 Roger Collins: **Los vascos**

593 Rafael Muñoz de Bustillo (compilación): **Crisis y futuro del estado de bienestar**

594 Julián Marías: **Generaciones y constelaciones**

595 Manuel Moreno Alonso: **La generación española de 1808**

596 Juan Gil: **Mitos y utopías del descubrimiento**
3. El Dorado

597 Francisco Tomás y Valiente: **Códigos y constituciones (1808-1978)**

598 Samuel Bowles, David M. Gordon, Tomas E. Weisskopf: **La economía del despilfarro**

599 Daniel R. Headrick: **Los instrumentos del imperio**

600 Joaquín Romero-Maura: **La rosa de fuego**

601 D. P. O'Brien. **Los economistas clásicos**

602 William Langer: **Enciclopedia de Historia Universal**
3. Edad Moderna

603 Fernando García de Cortázar y José María Lorenzo Espinosa: **Historia del mundo actual (1945-1989)**

604 Miguel Artola: **Los afrancesados**

605 Bronislaw Geremek: **La piedad y la horca**

606 Paolo Rossi: **Francis Bacon: de la magia a la ciencia**

607 Amartya Sen: **Sobre ética y economía**

608 Robert N. Bellah, y otros: **Hábitos del corazón**

609 I. Bernard Cohen: **El nacimiento de una nueva física**

610 Noam Chomsky: **El conocimiento del lenguaje. Su naturaleza, origen y uso**

611 Jean Dieudonne: **En honor del espíritu humano. Las matemáticas, hoy**

612 Mario Bunge: **Mente y sociedad**

613 John Losee: **Filosofía de la ciencia e investigación histórica**

614 Arnaldo Momigliano y otros: **El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV**

615 Enrique Ballestero: **Economía social y empresas cooperativas**

616 Max Delbrück: **Mente y materia**

617 Juan C. García-Bermejo: **Aproximación, probabilidad y relaciones de confianza**

618 Frances Lannon: **Privilegio, persecución y profecía**

619 Carlos Castilla del Pino: **Teoría del personaje**

620 Shlomo Ben-Ami: **Los orígenes de la Segunda República: anatomía de una transición**

621 Antonio Regalado García: **El laberinto de la razón: Ortega y Heidegger**

622 William L. Langer: **Enciclopedia de Historia Universal 4. Siglo XIX**

623 Barrington Moore, Jr.: **Autoridad y desigualdad bajo el capitalismo y el socialismo: EE.UU., URSS y China**

624 Pierre Vidal-Naquet: **Ensayos de historiografía**

625 Donald N. McCloskey: **La retórica de la economía**

626 Heinz Heimsoeth: **Los seis grandes temas de la metafísica occidental**

627 Angelo Panebianco: **Modelos de partido**

628 José Alcina Franch (compilación): **Indianismo e indigenismo**

629 Ricardo Gullón: **Direcciones del Modernismo**

630 Saim Sambursky: **El mundo físico de los griegos**

631 Lewis Pyenson: **El joven Einstein**

632 Jack Goody: **La lógica de la escritura y la organización de la sociedad**

633 Brian Vickers (compilación): **Mentalidades ocultas y científicas en el Renacimiento**

634 Andrés Barrera González: **Casa, herencia y familia en la Cataluña rural**

635 Anthony Giddens, Jonathan Turner y otros: **La teoría social, hoy**

636 David Goodman: **Poder y penuria**

637 Roberth Hertz: **La muerte y la mano derecha**

638 Carolyn Boyd: **La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII**

639 Manuel Santaella López: **Opinión pública e imagen política en Maquiavelo**

640 Pietro Redondi: **Galileo herético**

641 Stéphane Deligeorges, Ed.: **El mundo cuántico**

642 M. J. Piore y C. F. Sabel: **La segunda ruptura industrial**

643 I. Prigogine e I. Stengers: **Entre el tiempo y la eternidad**

644 William L. Langer: **Enciclopedia de Historia Universal 5. De la 1.ª a la 2.ª Guerra Mundial**

645 Enrique Ballestero: **Estudios de mercado. Una introducción a la mercadotecnia**

646 Saim Sambursky: **El mundo físico a finales de la Antigüedad**

647 Klaus Offe: **Las contradicciones del Estado de Bienestar**

648 David Morgan: **Los mongoles**

649 Victor F. Weisskopf: **La física en el siglo XX**

650 Luis Vega Reñón: **La trama de la demostración**

651 John King Fairbank: **Historia de China. Siglos XIX y XX**

652 Emilio García Gómez: **Las jarchas romances de la serie árabe en su marco**

653 P. M. Harman: **Energía, fuerza y materia**

654 Manuel Rodríguez: **El descubrimiento del Marañón**

655 Anthony Sandford: **La mente del hombre**

656 Giordano Bruno: **Cábala del caballo Pegaso**

657 E. L. Jones: **El milagro europeo**

658 José Hierro S. Pescador: **Significado y verdad**

659 Georges Duby: **El amor en la Edad Media y otros ensayos**

661 J. S. Bell: **Lo decible y lo indecible en mecánica cuántica**

662 F. Tomás y Valiente y otros: **El sexo barroco y otras transgresiones premodernas**

663 R. Descartes: **El tratado del hombre**

664 Peter Burke: **La cultura popular en la Edad Moderna**

665 Pedro Trinidad Fernández: **La defensa de la sociedad**

666 Michael Mann: **Las fuentes del poder social**

667 Brian McGuinness: **Wittgenstein**

668 Jean-Pierre Luminet: **Agujeros negros**

669 W. Graham Richards: **Los problemas de la química**

670 Ludwig Wittgenstein: **Diarios secretos**

671 Charles Tilly: **Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes**

672 P. Adriano de las Cortes (S.I.): **Viaje de la China.** Edición de Beatriz Moncó

673 Paul Martin y Patrick Bateson: **Medición del comportamiento**

674 Otto Brunner: **Estructura interna de Occidente**

675 Juan Gil: **Hidalgos y samurais**

676 Richard Gillespie: **Historia del Partido Socialista Obrero Español**

677 James W. Friedman: **Teoría de juegos con aplicaciones a la economía**

678 Fernand Braudel: **Escritos sobre la Historia**

679 Thomas F. Glick: **Cristianos y musulmanes**

680 René Descartes: **El Mundo o el Tratado de la Luz**

681 Pedro Fraile: **Industrialización y grupos de presión**

682 Jean Levi: **Los funcionarios diarios**

683 Leandro Prados y Verra Zamagni (eds.): **El desarrollo económico en la Europa del Sur**

684 Michael Friedman: **Fundamentos de las teorías del espacio-tiempo**

685 Gerolamo Cardano: **Mi vida**

686 Francisco Sánchez-Blanco: **Europa y el pensamiento español del siglo XVIII**

687 Jagdish Bhagwati: **El proteccionismo**

688 Carl Schmitt: **El concepto de lo político**

689 Salomon Bochner: **El papel de la matemática en el desarrollo de la ciencia**

690 Hao Wang: **Reflexiones sobre Kurt Gödel**

691 David Held: **Modelos de democracia**

692 Enrique Ballestero: **Métodos evaluatorios de auditoría**

693 Martin Kitchen: **El período de entreguerras en Europa**

694 Marwin Harris y Eric B. Ross: **Muerte, sexo y fecundidad**

695 Dietrich Gerhard: **La vieja Europa**

696 Violeta Demonte: **Detrás de la palabra**

697 Gabriele Lolli: **La máquina y las demostraciones**

698 C. Ulises Moulines: **Pluralidad y recursión. Estudios epistemológicos**

699 Rüdiger Safranski: **Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía**

700 Johannes Kepler: **El secreto del universo**

701 Miquel Siguan: **España plurilingüe**

702 El silencio: **Compilación de Carlos Castilla del Pino**

703 Pierre Thuillier: **Las pasiones del conocimiento**

704 Ricardo García Cárcel: **La leyenda negra**

3412214

SI bien HENRI PIRENNE (1862-1935) concluyó la primera versión de MAHOMA Y CARLOMAGNO pocos meses antes de su fallecimiento, el gran historiador belga acostumbraba a reescribir sus trabajos antes de enviarlos a la imprenta, con el fin de acentuar la objetividad de la presentación, desarrollar todos los pasos de los razonamientos y reforzar el aparato de citas y referencias bibliográficas. Esa es la causa de que Jacques Pirenne, hijo y discípulo del gran investigador que revolucionó los estudios medievales, asumiera la tarea de preparar para su edición el manuscrito póstumo; el criterio seguido fue respetar las partes cuya redacción estaba plenamente terminada, completar las referencias y las citas y retocar la obra sólo cuando las notas y fichas dejadas por el autor lo permitían. El libro contiene las conclusiones definitivas sobre el conjunto de problemas que constituyó «la gran pasión científica de los veinte últimos años de vida» de Henri Pirenne y que había orientado ya su anterior estudio sobre «Las ciudades de la Edad Media» (LB 401). Las invasiones germánicas no pusieron fin a la unidad mediterránea del mundo antiguo ni aportaron principios nuevos en el orden económico y social, en la situación lingüística o en las instituciones que la cultura romana había transmitido. Sólo la expansión islámica, al convertir el Mediterráneo en un lago musulmán, desplazó hacia el norte el eje de la vida histórica y creó las condiciones para la separación entre el Oriente bizantino y Occidente y para la ruptura de la continuidad en el desarrollo de la civilización. La decadencia del reino merovingio, el ascenso de Carlomagno, la alianza del papado con la nueva dinastía y el predominio de la Iglesia y de los señores feudales marcan, entre el 650 y el 750, la transición hacia el período de regresión económica y anarquía en el que la tradición antigua se pierde y que recibe el nombre de Edad Media.

Alianza Editorial

Cubierta: Daniel Gil

ISBN
9 788420 622149
63